

La Economía de la Creación

Fundamentos para una
civilización productiva

Dr. Ramón C. Barquín III

Colección Caribe Unidos · Obras económicas

Página legal

© 2026 Dr. Ramón C. Barquín III. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra podrá reproducirse o distribuirse sin autorización escrita del autor, salvo las excepciones reconocidas por la ley. Edición de autor, 2026. Publicado e impreso bajo el sello editorial Atlantic University Press.

Las afirmaciones estadísticas, los datos coyunturales y las referencias a proyectos de infraestructura deberán cotejarse con las fuentes oficiales vigentes antes de la impresión comercial. El libro original Caribe Unidos: Una región, un propósito, una voz para el desarrollo se preserva como obra independiente y fuente primaria.

Dedicatoria

A mi familia, origen de la memoria, la disciplina y la responsabilidad con las que he procurado comprender la obra humana. A cada persona que ha imaginado una posibilidad, ha asumido el riesgo de convertirla en empresa y ha creado valor para otros mediante su trabajo. Y a las generaciones que continuarán esta búsqueda, porque la economía adquiere su sentido más profundo cuando amplía la libertad de la persona para conocer, crear y servir.

Prólogo del autor

La teoría económica ha dedicado una atención considerable a la distribución de recursos, al intercambio y a la formación de precios. Esas preguntas son fundamentales, pero aparecen después de un acto anterior que con frecuencia permanece implícito: alguien imagina una posibilidad, organiza capacidades y crea un valor que antes no existía. La economía comienza en la creación antes de manifestarse en la circulación o en el consumo.

Esta obra propone seguir ese proceso desde su origen humano hasta su expresión civilizacional. La persona crea, el emprendimiento convierte la idea en acción, la empresa organiza la cooperación, el capital conserva capacidad para el futuro y las instituciones permiten que el aprendizaje sobreviva a quienes lo produjeron. El desarrollo surge cuando esa secuencia se repite, se amplía y se transmite entre generaciones.

La creación no debe confundirse con una celebración ingenua de la innovación ni con una defensa de cualquier resultado del mercado. Crear valor exige libertad, pero también responsabilidad; necesita capital, aunque su finalidad no puede reducirse a la acumulación; requiere instituciones, pero éstas pierden legitimidad cuando sustituyen a la persona como propósito. La economía de la creación

busca precisamente comprender la relación entre esas dimensiones.

El argumento que se desarrolla en las páginas siguientes parte de una afirmación sencilla: la riqueza duradera es memoria organizada de actos creadores anteriores y capacidad disponible para nuevas obras. Una sociedad prospera cuando protege esa memoria, amplía el conocimiento y permite que más personas participen responsablemente en la creación. De esa manera, la economía se convierte en un proceso de continuidad humana y no solamente en una medición de intercambios.

Índice general

Introducción 9

Parte I — El origen humano de la economía 11

Capítulo 1. La persona y la capacidad de crear 11

La persona como origen y medida 12

Imaginación, anticipación y trabajo 20

Libertad, dignidad y responsabilidad 29

De la capacidad individual a la capacidad social 38

Capítulo 2. La creación de valor y el origen de la riqueza 46

Necesidad, utilidad y reconocimiento 47

El valor como resultado de capacidades organizadas 54

Riqueza, tiempo y acumulación 61

La finalidad humana de la creación 67

Capítulo 3. Economía de creación y economía de transferencia 74

La distribución presupone creación 75

Dos orientaciones de la vida económica 76

Del patrimonio heredado a la capacidad futura 76

Parte II — La organización de la creación 78

Creación, distribución y sostenibilidad del patrimonio 78

Capítulo 4. Emprendimiento, descubrimiento y riesgo 83

El descubrimiento de oportunidades 84

Incertidumbre, riesgo y responsabilidad 88

Aprendizaje mediante la acción 91

Emprendimiento y movilidad social 96

Capítulo 5. La empresa como institución civilizacional 99

Coordinación y división del trabajo 100

La empresa como espacio de aprendizaje 114

Innovación, proveedores y mercados 126

Gobernanza y continuidad organizacional 137

La empresa y la civilización 151

Capítulo 6. Capital, ahorro y memoria de la creación 163

Ahorro y horizonte temporal 164

Capital como memoria productiva 168

Crédito, confianza y derechos 171

Financiamiento para distintas etapas 174

Capital e intergeneracionalidad	178
Capítulo 7. La inversión y la expansión de capacidades	181
Inversión reproductiva	182
Inversión expansiva	183
Inversión transformadora	183
Criterios para evaluar el legado de una inversión	185
Parte III — Instituciones, desarrollo y civilización	187
La inversión evaluada por el legado que deja	187
Capítulo 8. Conocimiento y factores de producción	193
El conocimiento como multiplicador	194
Conocimiento disperso y coordinación	201
Tecnología, innovación y productividad	207
Universidad y transferencia de capacidades	214
Capítulo 9. Instituciones, libertad y Estado de Derecho	220
Reglas, incentivos y confianza	221
Libertad económica y responsabilidad	223
El Estado como garante y facilitador	225
Instituciones que protegen la creación	227
Capítulo 10. Cooperación y organización de capacidades	229
Cooperación, especialización y redes	230
Fluidez institucional	231
Empresa, universidad y sector público	233
La región como sistema de capacidades	234
Densidad institucional y cooperación productiva	235
Capítulo 11. Desarrollo, continuidad y renovación	237
Desarrollo como acumulación de capacidades	238
Deterioro silencioso y pérdida de aprendizaje	258
Renovación de métodos e instituciones	278
Continuidad sin inmovilidad	299
Capítulo 12. Responsabilidad intergeneracional	318
La herencia recibida	319
Liderazgo como custodia	320
Sucesión, memoria y relevo	321
El deber de ampliar las oportunidades	322
Capital generacional y deber de transmisión	323
Capítulo 13. Patrimonio civilizatorio y civilización creadora	327
El patrimonio visible e invisible	328
Creación, memoria y continuidad	330
La arquitectura del desarrollo	331

La civilización creadora	333
Capítulo 14. El aparato formal de la Economía de la Creación	336
Los axiomas operativos	337
Leyes derivadas de la creación y las capacidades	338
Teorema de la Continuidad Civilizacional	339
Teorema de la Acumulación de Capacidades	340
Canon de la creación	341
De la intuición doctrinal a una arquitectura contrastable	342
Capítulo 15. Tiempo, confianza y horizonte creador	345
El tiempo como dimensión económica	346
La confianza como capital invisible	347
Horizonte creador e intergeneracionalidad	347
El tiempo como dimensión de toda decisión de capital	348
Capítulo 16. Una métrica de la capacidad creadora	353
Más allá del producto	354
Indicadores de creación, renovación y transmisión	354
Del indicador a la decisión	355
Medir capacidades sin reducir la teoría a indicadores	356
Capítulo 17. Tecnología, datos y soberanía del conocimiento	361
Datos, propiedad intelectual y soberanía del conocimiento	362
La empresa creadora frente a la aceleración tecnológica	365
Capítulo 18. Los cinco postulados organizadores de la Economía de la Creación	369
De la persona a la creación organizada	370
Capital, conocimiento, democracia y generaciones	372
Capítulo 19. Liderazgo, convocatoria y sociedad emprendedora	376
El liderazgo que convoca capacidades	377
Sociedad emprendedora y movilidad	380
Capítulo 20. La Economía de las Oportunidades	384
Oportunidades como medida del desarrollo	386
De la riqueza a las posibilidades reales	388
Conclusión	391
Síntesis y horizonte de la obra	394
Apéndice A. Tabla conceptual	397
Apéndice B. Programa de tablas, gráficas y visuales	398
Apéndice C. Matriz del aparato doctrinal integrado	400
Apéndice D. Sistema de representación visual de la obra	400
Referencias	402
Sobre el autor	406

Introducción

El orden de esta obra responde a la secuencia mediante la cual una posibilidad humana se transforma en capacidad social. La persona imagina y crea; el emprendimiento asume el riesgo de actuar; la empresa coordina recursos y conocimientos; el capital extiende el horizonte temporal; las instituciones conservan el aprendizaje; y el desarrollo transmite esa capacidad a la civilización. Cada etapa depende de la anterior y, al mismo tiempo, la amplía.

La creación de valor no puede explicarse únicamente mediante la suma de factores productivos. El conocimiento reorganiza esos factores, la cooperación multiplica su alcance y la libertad permite descubrir usos que ninguna autoridad central podría anticipar por completo. La riqueza aparece cuando esas capacidades producen soluciones reconocidas por otros y pueden sostenerse sin consumir aquello que las hizo posibles.

Los capítulos siguientes combinan economía, filosofía, teoría institucional y experiencia empresarial. El propósito no es fundar una terminología separada de la literatura existente, sino dialogar con ella desde una pregunta que atraviesa toda la obra: cómo una sociedad protege y multiplica su capacidad de crear. La respuesta conduce inevitablemente hacia la persona, la empresa, el

conocimiento, la libertad y la responsabilidad intergeneracional.

La teoría dialoga con la creación de riqueza, el emprendimiento, la empresa, el conocimiento disperso, las instituciones y el crecimiento basado en ideas (Smith, 1776/1976; Schumpeter, 1934/1983; Coase, 1937; Drucker, 1985; Hayek, 1945; North, 1990; Romer, 1990). Estas obras proporcionan categorías indispensables, pero la secuencia persona, creación, emprendimiento, empresa, institución, desarrollo y civilización organiza el argumento desde una perspectiva propia. La economía de la creación se propone explicar cómo la capacidad humana se convierte en patrimonio productivo y en continuidad histórica.

Parte I — El origen humano de la economía

Capítulo 1. La persona y la capacidad de crear

La persona y la capacidad de crear exige mirar más allá del ingreso. Dignidad y libertad necesitan oportunidades para aprender, crear, poseer, asociarse y participar bajo reglas que protejan también a los demás. Cuando esas posibilidades aumentan de manera sostenible, el progreso material adquiere contenido humano y deja de ser una estadística separada de la vida cotidiana.

La capacidad de crear distingue a la persona como agente económico. Antes de existir una empresa, un mercado o una institución, existe alguien capaz de imaginar una posibilidad y convertirla en acción. La economía comienza, por tanto, en una facultad humana que combina razón, experiencia, voluntad y cooperación.

Esa capacidad no opera en el vacío. Familia, educación, cultura, propiedad, Derecho y acceso al conocimiento pueden ampliarla o restringirla. Una economía de la creación estudia precisamente cómo esas condiciones permiten que más personas

transformen ideas en valor y valor en capacidades duraderas.

Secuencia de la capacidad creadora



La creación individual adquiere escala, continuidad y memoria cuando se organiza institucionalmente.

Figura 1. Secuencia de la capacidad creadora

Fuente: elaboración propia a partir del marco conceptual desarrollado en esta obra.

La persona como origen y medida

Finalmente, el desarrollo posee una dimensión moral que con frecuencia ha sido ignorada. Ningún incremento del ingreso nacional puede considerarse plenamente exitoso si limita la libertad, debilita la dignidad humana o compromete la capacidad de las generaciones futuras para construir su propio destino. La economía adquiere legitimidad precisamente porque sirve a la persona y no porque la sustituye como finalidad de la organización social.

La creación de riqueza constituye, en esencia, un acto profundamente humano. Ningún otro ser vivo modifica deliberadamente su entorno para aumentar sistemáticamente su capacidad futura de producir

bienestar. Los animales satisfacen necesidades inmediatas; el ser humano imagina un futuro distinto del presente y organiza su inteligencia, su trabajo y sus recursos para hacerlo posible. Esa capacidad de anticipación explica la aparición de la agricultura, del comercio, de las ciudades, de la industria y, más recientemente, de la economía del conocimiento. La riqueza no nace del azar. Nace de la imaginación organizada.

En consecuencia, la pregunta fundamental deja de ser cuánto vale una economía. La pregunta verdaderamente importante es otra: ¿está aumentando o disminuyendo la capacidad creadora de su sociedad? Ésa es la cuestión que determinará no solamente el comportamiento de sus indicadores económicos, sino el lugar que esa nación ocupará en la historia de la civilización.

Durante miles de años la producción estuvo limitada por la capacidad de una familia, de un pequeño taller o de una comunidad para satisfacer sus propias necesidades. El artesano dominaba íntegramente su oficio; el agricultor conocía personalmente cada etapa de su cultivo; el comerciante realizaba directamente la mayor parte de las operaciones relacionadas con su actividad. Aquel modelo resultó suficiente mientras la economía permaneció esencialmente local y las necesidades de las comunidades conservaron una escala relativamente reducida. Sin embargo, conforme

crecieron las ciudades, se ampliaron las rutas comerciales y aumentó la complejidad tecnológica, comenzó a hacerse evidente que ninguna persona podía dominar por sí sola todo el conocimiento necesario para producir bienes y servicios cada vez más sofisticados.

El verdadero punto de inflexión comenzó a producirse con el extraordinario desarrollo comercial de las ciudades italianas durante los siglos XIII y XIV. Venecia, Génova, Florencia y otras repúblicas mercantiles comprendieron que el comercio de larga distancia exigía organizaciones capaces de sobrevivir a sus fundadores, administrar capital aportado por varios inversionistas y asumir riesgos que ningún individuo hubiera podido enfrentar aisladamente. La aparición de nuevas formas societarias, de la contabilidad por partida doble y de mecanismos financieros más sofisticados permitió que la actividad económica dejara de depender exclusivamente del patrimonio personal del comerciante. La organización comenzó a adquirir una existencia propia.

Para comprenderlo debemos retroceder varios siglos y observar la evolución de la cooperación humana. Desde los primeros asentamientos permanentes, las personas descubrieron que la especialización aumentaba considerablemente la productividad. El agricultor producía alimentos con mayor eficiencia que quien alternaba entre la

agricultura, la construcción y la fabricación de herramientas. El artesano perfeccionaba su oficio cuando podía dedicarle toda su atención. El comerciante ampliaba las posibilidades de intercambio cuando se especializaba en conectar regiones y mercados. La especialización permitió incrementar el conocimiento, pero al mismo tiempo creó un problema nuevo: cuanto más especializada se volvía la sociedad, mayor era la necesidad de coordinar el trabajo de personas que ya no compartían las mismas habilidades ni los mismos objetivos inmediatos.

Esta característica resulta especialmente visible en las industrias que han definido el progreso tecnológico de los últimos cien años. Ningún avión comercial, ningún sistema operativo, ningún medicamento de alta complejidad ni ninguna red global de telecomunicaciones puede atribuirse al esfuerzo individual de una sola persona. Detrás de cada uno de estos avances existe una organización que fue capaz de integrar miles de conocimientos especializados durante largos períodos de tiempo. La innovación contemporánea ya no depende exclusivamente del genio individual. Depende, sobre todo, de la capacidad institucional para organizar inteligentemente el talento colectivo.

Al comprender esta secuencia, el desarrollo económico deja de percibirse como una sucesión de programas gubernamentales o de coyunturas

favorables. Comienza a revelarse como la consecuencia de una sociedad que ha aprendido a formar personas capaces de crear organizaciones, y organizaciones capaces de crear riqueza. Allí reside, probablemente, una de las diferencias más profundas entre una economía que simplemente crece y una civilización que ha descubierto cómo renovar permanentemente su capacidad creadora. Esa diferencia será el hilo conductor de los capítulos que siguen, pues en ella descansa la posibilidad de comprender por qué algunos pueblos consiguen sostener la prosperidad durante siglos mientras otros, aun disfrutando de períodos de bonanza, no logran convertirla en un patrimonio permanente de las generaciones futuras.

Esta observación puede parecer ajena a la economía, pero en realidad constituye su fundamento más profundo. Antes de existir la producción existió la imaginación; antes del capital existió la idea; antes de la empresa existió la decisión de organizar personas alrededor de un propósito compartido. Toda riqueza fue, en algún momento, una posibilidad que solamente existía en la mente de alguien. El acto económico fundamental no consiste, por tanto, en intercambiar bienes ya existentes, sino en crear bienes, servicios, conocimientos o instituciones que antes no formaban parte de la realidad. La economía comienza mucho antes del mercado. Comienza en la capacidad creadora del ser humano.

Durante siglos esa coordinación descansó sobre mecanismos relativamente simples. La autoridad familiar organizaba la producción doméstica. Los gremios regulaban determinados oficios. Las comunidades locales resolvían buena parte de sus necesidades mediante relaciones personales de confianza. Estos mecanismos fueron extraordinariamente eficaces para economías de pequeña escala. Sin embargo, comenzaron a mostrar limitaciones conforme aumentaron la población, el comercio internacional y la complejidad tecnológica. Las sociedades necesitaban instituciones capaces de coordinar actividades económicas que ya no podían descansar exclusivamente sobre relaciones personales.

La empresa respondió precisamente a esa necesidad histórica. Su extraordinaria importancia no consiste únicamente en producir bienes o prestar servicios. Consiste, sobre todo, en haber permitido coordinar cantidades crecientes de conocimiento humano sin recurrir permanentemente a la autoridad política. Allí donde antes era necesaria la intervención directa del poder para organizar grandes proyectos colectivos, la empresa demostró que la cooperación voluntaria podía alcanzar niveles de eficiencia y complejidad anteriormente impensables. Millones de personas comenzaron a colaborar diariamente con individuos que jamás conocerían personalmente, guiadas por reglas

compartidas, responsabilidades claramente definidas y objetivos económicos mutuamente beneficiosos.

Resulta imposible comprender el desarrollo económico sin detenerse previamente a reflexionar sobre la naturaleza de la libertad. Durante siglos, la economía analizó el intercambio, la producción, el consumo y la distribución de la riqueza con admirable profundidad. No obstante, con frecuencia dio por sentado el presupuesto más importante de todos: la existencia de personas libres para decidir qué producir, cómo producirlo y para quién hacerlo. Allí donde esa libertad desaparece, la economía continúa existiendo, pero cambia radicalmente de naturaleza. Deja de ser un proceso espontáneo de descubrimiento para convertirse en un sistema de asignación administrada.

La observación histórica confirma esta afirmación con notable consistencia. Las grandes etapas de expansión económica no coincidieron únicamente con avances tecnológicos o con incrementos del comercio internacional. Coincidieron, sobre todo, con períodos durante los cuales millones de personas pudieron tomar decisiones económicas con un grado creciente de autonomía. El comerciante pudo explorar nuevos mercados; el inventor pudo experimentar con tecnologías desconocidas; el agricultor introdujo nuevas formas de cultivo; el empresario organizó recursos para responder a necesidades que nadie había identificado

previamente. La riqueza surgió porque la libertad permitió que innumerables iniciativas individuales fueran puestas a prueba simultáneamente.

Esta observación obliga a reconsiderar incluso el significado del trabajo. Tradicionalmente se le ha definido como uno de los factores de producción. Sin embargo, esa descripción resulta insuficiente para explicar la naturaleza del trabajo en una economía basada crecientemente en el conocimiento. El trabajo humano no consiste únicamente en aplicar esfuerzo físico o intelectual a un proceso productivo. Consiste, sobre todo, en ejercer la capacidad creadora de la persona. Cada problema resuelto, cada proceso perfeccionado, cada innovación incorporada y cada necesidad satisfecha representan expresiones concretas de esa facultad creadora. La productividad deja entonces de depender exclusivamente de la intensidad del esfuerzo y comienza a depender de la calidad de la inteligencia aplicada.

La libertad adquiere un significado todavía más amplio. No constituye únicamente un derecho político ni una garantía jurídica. Representa el espacio dentro del cual la creatividad humana puede desplegar plenamente su potencial. Allí donde las personas conservan la posibilidad de experimentar, innovar, emprender y cooperar voluntariamente, la sociedad amplía continuamente su capacidad para descubrir soluciones frente a problemas que ayer parecían insolubles. La riqueza aparece entonces

como la consecuencia visible de un fenómeno mucho más profundo: la extraordinaria facultad del ser humano para crear cuando actúa libremente dentro de un orden institucional que protege esa libertad.

Comienza a perfilarse una de las tesis centrales de este tratado. La economía no constituye el estudio del dinero ni de los mercados considerados aisladamente. Constituye, en su sentido más profundo, el estudio de la manera en que las sociedades organizan institucionalmente la libertad creadora de sus ciudadanos para transformar conocimiento, esfuerzo y cooperación en prosperidad compartida. Bajo esta perspectiva, la empresa, el capital, el mercado, la educación y el Estado de Derecho dejan de aparecer como fines en sí mismos. Se revelan como instituciones al servicio de una finalidad superior: ampliar continuamente la capacidad de las personas para crear, cooperar y legar a las generaciones futuras una civilización más libre, más próspera y más capaz que la que ellas mismas recibieron. Ésa, y no otra, constituye la razón última por la cual la riqueza adquiere sentido dentro de una sociedad verdaderamente desarrollada.

Imaginación, anticipación y trabajo

La creación de riqueza deja de ser una actividad destinada únicamente a satisfacer necesidades presentes. Se convierte en un acto de continuidad

histórica. Cada empresa fundada, cada innovación incorporada, cada institución fortalecida y cada joven adecuadamente formado representan una inversión realizada en personas que todavía no han tenido la oportunidad de contribuir plenamente a la sociedad. La riqueza adquiere así un significado que trasciende ampliamente la acumulación material. Se convierte en el mecanismo mediante el cual una generación expresa su confianza en las posibilidades de la siguiente y le entrega una civilización con mayores oportunidades para crear, para innovar y para vivir en libertad.

Por esta razón, la historia económica no debe interpretarse únicamente como la historia de la producción. Debe comprenderse como la historia de la ampliación progresiva de las posibilidades humanas. Cada generación hereda un conjunto de conocimientos que multiplica las oportunidades disponibles para la siguiente. El agricultor moderno produce varias veces más alimentos que sus antepasados utilizando menos personas y menos tierra por unidad de producción. Un cirujano contemporáneo realiza procedimientos impensables hace apenas cincuenta años. Un pequeño equipo de ingenieros puede desarrollar hoy tecnologías capaces de llegar simultáneamente a millones de personas alrededor del planeta. La diferencia fundamental no radica únicamente en la acumulación de herramientas. Radica en la extraordinaria expansión

de las capacidades creadoras organizadas por la sociedad.

Esta observación modifica también la forma en que debemos evaluar las decisiones públicas y privadas. No basta con preguntarse cuánto crecimiento económico producirá una determinada medida durante el próximo año fiscal. Resulta igualmente indispensable preguntarse si fortalecerá o debilitará la capacidad creadora de la sociedad durante las próximas décadas. Una política puede generar resultados estadísticamente favorables en el corto plazo y, al mismo tiempo, deteriorar lentamente las condiciones que hicieron posible ese crecimiento. Del mismo modo, determinadas inversiones cuyos beneficios inmediatos parecen limitados pueden convertirse en los pilares sobre los cuales descansará la prosperidad de varias generaciones.

La cultura, por consiguiente, no constituye simplemente un conjunto de manifestaciones artísticas o tradiciones históricas. Representa el sistema operativo invisible de una civilización. Es el marco dentro del cual millones de personas toman diariamente decisiones sobre el trabajo, el ahorro, la educación, el emprendimiento, la cooperación y la innovación. Las instituciones pueden modificar conductas durante algún tiempo. La cultura determina cuáles de esas conductas terminarán convirtiéndose en hábitos permanentes. Allí donde ambas dimensiones se encuentran armónicamente

alineadas, el desarrollo adquiere una estabilidad extraordinaria. Allí donde permanecen en conflicto, incluso las mejores políticas económicas producen resultados parciales.

Toda sociedad enfrenta diariamente necesidades que superan los recursos inmediatamente disponibles para satisfacerlas. Esa realidad ha llevado a definir la economía como la ciencia de la escasez. Sin embargo, la historia demuestra que la humanidad nunca se limitó a administrar escasez. Su mayor logro consistió en reducirla progresivamente mediante la creación de nuevas posibilidades. Allí donde antes existía hambre, surgieron nuevas técnicas agrícolas. Donde el transporte imponía límites insuperables, aparecieron el ferrocarril, el automóvil y la aviación. Donde las enfermedades parecían inevitables, la investigación científica desarrolló vacunas, antibióticos y procedimientos quirúrgicos que transformaron radicalmente la esperanza de vida. En cada uno de estos casos, la escasez no desapareció; fue desplazada por la capacidad creadora de la inteligencia humana.

Conviene insistir en esta idea porque de ella depende buena parte de la arquitectura intelectual del presente tratado. El crecimiento económico no constituye un fin en sí mismo. Su importancia deriva de que amplía el conjunto de opciones disponibles para las personas. Una economía que aumenta su producción sin expandir simultáneamente las

oportunidades de libertad termina reduciendo la riqueza a una simple magnitud estadística. La prosperidad auténtica debe medirse por la capacidad que adquiere cada individuo para desarrollar su proyecto de vida dentro de un marco de responsabilidad y respeto por los derechos de los demás.

De igual manera, la riqueza no puede desligarse de la responsabilidad. Cada acto creador incorpora inevitablemente consecuencias para otros miembros de la comunidad. La empresa que innova modifica mercados completos. Una universidad transforma generaciones de profesionales. Una institución financiera determina el acceso al capital de miles de proyectos. Un gobierno, mediante la calidad de sus decisiones, puede facilitar o dificultar la actividad económica de toda una nación. Ninguna creación ocurre en aislamiento. Toda creación modifica el entorno dentro del cual otras personas desarrollarán posteriormente sus propias iniciativas. La responsabilidad aparece entonces como el principio que armoniza la libertad individual con el bien común.

Pocas variables han sido tan subestimadas dentro del análisis económico y, al mismo tiempo, tan determinantes para explicar el destino de las naciones. La cultura no produce directamente un bien económico, no figura como un factor tradicional de producción y rara vez ocupa un capítulo central

en los manuales de economía. Sin embargo, ninguna decisión económica importante ocurre fuera del marco cultural de una sociedad. Antes de invertir, ahorrar, innovar, asumir riesgos, fundar una empresa o desarrollar una nueva tecnología, las personas actúan dentro de un sistema de valores que les indica qué comportamientos son legítimos, cuáles son admirables y cuáles resultan inaceptables.

Esta observación exige una precisión importante. La cultura no determina mecánicamente el comportamiento de los individuos. Ninguna persona queda prisionera de la tradición que recibe. Sin embargo, la cultura sí establece el conjunto de incentivos morales, sociales e intelectuales dentro del cual las decisiones individuales adquieren significado. Una sociedad que honra el trabajo disciplinado, el cumplimiento de la palabra, la innovación, el ahorro, la responsabilidad y el mérito está creando un entorno favorable para el desarrollo de instituciones económicas dinámicas. Otra que normaliza la dependencia, la improvisación, el privilegio político, la búsqueda de rentas o el incumplimiento sistemático de las normas terminará enfrentando obstáculos que ninguna reforma económica podrá superar por sí sola.

La diferencia entre ambas situaciones no reside únicamente en la eficacia de sus políticas públicas. Reside en la profundidad de sus convicciones culturales. Las leyes pueden modificarse mediante un

procedimiento legislativo. Los reglamentos pueden reformarse mediante decisiones administrativas. La cultura evoluciona de una manera mucho más lenta porque descansa sobre procesos educativos, familiares e institucionales que requieren tiempo para consolidarse. Precisamente por ello, las transformaciones económicas más duraderas siempre han estado acompañadas por transformaciones culturales igualmente profundas.

Por esta razón, la tarea más importante de una generación nunca consiste únicamente en aumentar el ingreso nacional o atraer nuevas inversiones. Su responsabilidad histórica consiste en fortalecer la cultura que permitirá a las generaciones siguientes seguir creando riqueza cuando las circunstancias hayan cambiado. Toda civilización enfrenta, en última instancia, una elección permanente entre dos caminos. Puede consumir el patrimonio cultural recibido hasta agotar lentamente su capacidad creadora o puede enriquecer ese patrimonio mediante nuevas instituciones, nuevas empresas, nuevas ideas y nuevos ejemplos de responsabilidad, libertad y servicio. La historia demuestra que el destino económico de las naciones depende, mucho más de lo que habitualmente se reconoce, de la decisión colectiva que adopten frente a esa elección. Allí comienza realmente el desarrollo y allí también comienza, silenciosamente, su eventual decadencia.

Una de las preguntas más antiguas de la historia humana consiste en comprender por qué las civilizaciones ascienden, alcanzan su esplendor y, posteriormente, comienzan a declinar. Desde Heródoto y Tucídides hasta Ibn Jaldún, Arnold Toynbee, Oswald Spengler y Will Durant, la humanidad ha intentado descubrir si existe una lógica común que explique el ciclo vital de las grandes civilizaciones. Las respuestas han sido diversas. Algunos encontraron la explicación en la decadencia moral; otros en el agotamiento institucional; algunos la atribuyeron a factores militares; otros al exceso de centralización política o a la pérdida de cohesión social. Ninguna de estas interpretaciones carece de fundamento. Sin embargo, todas observan únicamente una parte de un fenómeno considerablemente más complejo.

Una economía puede llegar a concentrar buena parte de su energía intelectual, política e institucional en la redistribución de la riqueza existente. En tales circunstancias, el centro de la discusión pública deja de ser cómo ampliar la capacidad creadora de la sociedad y pasa a concentrarse en la manera de repartir un patrimonio cuya magnitud apenas aumenta. Las controversias giran alrededor de quién debe recibir más recursos, qué sectores merecen mayores beneficios, cuáles grupos deben asumir una carga contributiva superior o qué actividades económicas deben ser protegidas mediante

privilegios regulatorios. Ninguna de estas discusiones carece de importancia. La distribución constituye una responsabilidad legítima de toda comunidad organizada. El problema aparece cuando la distribución desplaza completamente la reflexión sobre la creación.

Las sociedades no toman una decisión formal para convertirse en creadoras o en sociedades de transferencia. Ninguna constitución incorpora semejante declaración, ningún parlamento aprueba una ley en tal sentido y ningún gobierno llega al poder proponiéndose alterar deliberadamente esa orientación. Se trata de un proceso mucho más silencioso y, precisamente por ello, mucho más profundo. La dirección histórica de una nación comienza a definirse mediante miles de decisiones aparentemente independientes que, con el paso del tiempo, terminan configurando una determinada cultura económica.

El desarrollo económico adquiere una dimensión profundamente humana. No se reduce al incremento de variables cuantificables ni a la acumulación de riqueza material. Se convierte en la expresión histórica de una comunidad que ha decidido organizar su inteligencia, su libertad y su sentido de responsabilidad alrededor de la creación permanente de nuevas posibilidades para las generaciones futuras. La prosperidad deja entonces de ser un accidente económico para convertirse en una

consecuencia natural de una cultura que comprende que el mayor patrimonio de una nación nunca será aquello que posee, sino aquello que continuamente es capaz de crear.

Libertad, dignidad y responsabilidad

Sin embargo, reducir el intercambio a una simple transacción económica significa desconocer su verdadera naturaleza. Cuando dos personas intercambian libremente bienes, servicios o conocimientos no solamente transfieren propiedad. Cada una reconoce implícitamente que aquello que recibe posee para ella un valor superior a aquello que entrega. Si ambas participan voluntariamente, ambas consideran haber mejorado su situación. El intercambio crea valor precisamente porque reorganiza recursos existentes de una manera que aumenta simultáneamente el bienestar de todos los participantes.

Precisamente por ello, la libertad de intercambiar constituye una de las expresiones más profundas de la libertad creadora. Allí donde las personas pueden asociarse voluntariamente, contratar libremente, invertir, competir, cooperar e intercambiar conocimiento sin obstáculos arbitrarios, la sociedad multiplica exponencialmente su capacidad para descubrir nuevas soluciones frente a problemas antiguos. El intercambio deja entonces de ser un

simple mecanismo comercial para convertirse en una institución civilizacional. Su verdadera importancia no reside únicamente en facilitar el comercio. Reside en conectar inteligencias que, al colaborar, producen resultados imposibles de alcanzar de manera aislada.

Esta perspectiva obliga igualmente a reconsiderar el significado de la educación. Durante demasiado tiempo se identificó la educación con la transmisión de conocimientos existentes. Esa función continúa siendo indispensable. Sin embargo, una sociedad que aspire a mantener una capacidad creadora permanente debe formar personas capaces de producir conocimiento nuevo, cuestionar supuestos heredados, integrar disciplinas diferentes y resolver problemas inéditos. La educación deja entonces de preparar únicamente para una profesión. Comienza a preparar para la creación continua de nuevas posibilidades económicas, científicas e institucionales.

Esta realidad explica igualmente la función del capital. Con frecuencia se presenta el capital como un privilegio acumulado. Sin desconocer que toda concentración de recursos debe desarrollarse dentro de un marco jurídico y ético sólido, conviene recordar que el capital constituye, ante todo, riqueza previamente creada que decide permanecer al servicio de la creación futura. Su verdadera importancia no reside en aquello que representa, sino en aquello que hace posible. Allí donde el capital

encuentra instituciones confiables, libertad económica y oportunidades para innovar, multiplica la capacidad creadora de la sociedad. Allí donde esas condiciones desaparecen, deja de cumplir esa función y busca otros espacios donde pueda seguir generando valor.

Esta distinción reviste una importancia extraordinaria porque evita uno de los errores más frecuentes del debate contemporáneo. Con demasiada facilidad se presenta al Estado y al mercado como realidades contrapuestas, obligadas a disputar un espacio común. La experiencia histórica ofrece una perspectiva distinta. Allí donde el Estado protege eficazmente los derechos, garantiza la igualdad ante la ley, preserva la estabilidad institucional y asegura el cumplimiento de los contratos, la sociedad encuentra condiciones favorables para crear riqueza. Allí donde esas funciones se debilitan, la incertidumbre aumenta, la inversión disminuye y la capacidad creadora comienza a deteriorarse. La relación correcta no es de sustitución ni de competencia. Es de complementariedad funcional.

Precisamente por ello conviene abandonar una terminología que ha condicionado innecesariamente buena parte de la discusión económica durante el último siglo. Preguntarse si el desarrollo pertenece al Estado o al mercado constituye, en realidad, una formulación incorrecta del problema. El mercado no

constituye un sujeto histórico capaz de desarrollarse por sí mismo. El Estado tampoco produce espontáneamente prosperidad. Ambos forman parte de una arquitectura institucional mucho más amplia cuyo protagonista principal es la sociedad organizada. Son las personas quienes investigan, emprenden, trabajan, invierten, enseñan, innovan y crean empresas. Son las organizaciones sociales quienes articulan gran parte de esa capacidad creadora. El Estado protege el espacio dentro del cual tales actividades pueden desplegarse con libertad y seguridad.

Esta perspectiva permite comprender la verdadera naturaleza de la libertad económica. Con frecuencia se la presenta como una reivindicación exclusivamente empresarial o financiera. Tal interpretación resulta limitada. La libertad económica constituye, ante todo, una manifestación de la libertad humana. Significa reconocer el derecho de las personas a crear, intercambiar, asociarse, invertir, emprender y organizar proyectos comunes sin interferencias arbitrarias. La empresa privada representa una expresión particularmente poderosa de esa libertad porque convierte iniciativas individuales en organizaciones capaces de producir valor para millones de personas. Sin embargo, su fundamento último reside en una concepción más amplia de la dignidad humana y de la capacidad creadora de cada individuo.

Esta función adquiere una importancia extraordinaria en las sociedades contemporáneas. La creciente especialización del conocimiento hace imposible que una sola persona domine todos los elementos necesarios para resolver los grandes desafíos económicos, científicos o tecnológicos. La ventaja competitiva deja entonces de depender exclusivamente del talento individual y pasa a depender de la capacidad para reunir inteligencias diferentes dentro de un mismo proyecto creador. El liderazgo moderno consiste menos en dirigir personas y más en integrar capacidades.

Aquí conviene introducir una afirmación que considero especialmente importante para esta teoría. El liderazgo económico auténtico nunca se limita a producir crecimiento. Produce instituciones. Su mayor legado no consiste en los proyectos que ejecuta personalmente, sino en las organizaciones que continúan creando valor cuando su fundador ya no participa directamente en ellas. Las universidades sobreviven a sus rectores. Las empresas sobreviven a sus fundadores. Los gremios sobreviven a sus presidentes. Las naciones sobreviven a sus gobernantes. La verdadera medida del liderazgo no reside en la magnitud del poder ejercido, sino en la permanencia de las capacidades que deja organizadas para el futuro.

Cuando formulamos esta pregunta, la respuesta parece inmediata. Evidentemente las personas

aprenden; las universidades enseñan; las empresas adquieren experiencia; los gobiernos corrigen políticas públicas. Sin embargo, ninguna de estas observaciones responde realmente la pregunta. La cuestión no consiste en determinar si existen individuos inteligentes dentro de una sociedad. Toda civilización los ha tenido. La verdadera cuestión consiste en saber si una nación, considerada como una comunidad histórica, posee la capacidad de incorporar ese conocimiento, conservarlo, perfeccionarlo y transmitirlo a generaciones que nunca conocerán personalmente a quienes originalmente lo produjeron.

Pocas palabras han sido utilizadas con tanta frecuencia y, al mismo tiempo, comprendidas de maneras tan distintas como la libertad. La filosofía la ha asociado con la dignidad de la persona; el derecho, con el reconocimiento de garantías individuales; la política, con la organización del poder; la economía, con la capacidad de producir, intercambiar e invertir. Cada disciplina ha destacado una dimensión legítima del concepto. Sin embargo, para comprender el desarrollo económico resulta necesario observar la libertad desde otra perspectiva. No basta con preguntarnos qué derechos protege. Debemos preguntarnos qué hace posible.

Esta observación explica por qué la libertad no constituye únicamente un principio político. Constituye también una condición económica. La

empresa existe porque una persona puede imaginar una solución distinta para un problema conocido. La investigación científica progresa porque un investigador conserva el derecho a cuestionar una explicación aceptada. El emprendedor asume riesgos porque espera que el fruto de su esfuerzo pueda ser legítimamente conservado. El inversionista compromete recursos porque confía en que las reglas permanecerán razonablemente estables. En todos estos casos la libertad antecede al resultado económico. Ninguna riqueza aparece antes que la posibilidad de actuar libremente.

Ahora bien, conviene evitar una simplificación que con frecuencia empobrece el debate contemporáneo. La libertad no debe confundirse con la ausencia de normas. Toda civilización desarrollada descansa precisamente sobre un orden jurídico que hace posible el ejercicio efectivo de las libertades. Allí donde no existe protección de la propiedad, cumplimiento de los contratos, independencia judicial o seguridad personal, la libertad termina reducida a una aspiración retórica. Paradójicamente, las sociedades más libres suelen ser también aquellas donde el Estado de Derecho alcanza su mayor fortaleza. No porque la ley sustituya la libertad, sino porque la protege frente a la arbitrariedad.

Esta relación entre libertad y orden constituye uno de los equilibrios más delicados de toda sociedad civilizada. Cuando el orden pretende sustituir la

iniciativa de las personas, comienza lentamente a limitar la creatividad de la sociedad. Cuando la libertad desconoce la necesidad del orden institucional, la incertidumbre termina debilitando la cooperación sobre la cual descansa toda economía moderna. El desarrollo aparece precisamente cuando ambas dimensiones dejan de concebirse como fuerzas opuestas y comienzan a actuar de manera complementaria. El orden garantiza reglas comunes; la libertad permite descubrir posibilidades que ninguna regla podría anticipar.

Resulta interesante observar que los grandes períodos de expansión económica casi siempre estuvieron acompañados por una notable ampliación del espacio donde las personas podían crear organizaciones, experimentar nuevas tecnologías o desarrollar formas inéditas de cooperación. No todas esas iniciativas tuvieron éxito. Muchas fracasaron. Pero precisamente esa posibilidad de fracasar sin comprometer la continuidad de toda la sociedad constituye una de las mayores fortalezas de una economía libre. Los errores permanecen limitados; los aciertos, en cambio, pueden difundirse rápidamente y beneficiar a millones de personas. La libertad convierte la diversidad de iniciativas individuales en un proceso permanente de descubrimiento colectivo.

Quizá ésta sea una de las razones más profundas por las cuales la libertad posee una dimensión moral

además de económica. Reconoce que cada persona constituye una fuente potencial de creación cuyo valor no puede determinarse anticipadamente. La historia está llena de innovaciones que parecían improbables, de empresas que comenzaron siendo insignificantes, de descubrimientos científicos que inicialmente fueron ignorados y de individuos que transformaron su tiempo sin ocupar posiciones de poder. Una civilización que protege la libertad preserva, en realidad, la posibilidad permanente de que aparezcan nuevas respuestas para problemas todavía no resueltos.

Sin embargo, sería un error pensar que la cultura de la creación pertenece exclusivamente al mundo empresarial. Una escuela la fortalece cuando enseña a preguntar antes que a memorizar. Una universidad la fortalece cuando investiga aquello que todavía no conoce. Un tribunal la fortalece cuando protege la libertad intelectual indispensable para el progreso científico. Una familia la fortalece cuando educa a sus hijos en la responsabilidad de pensar por sí mismos y asumir las consecuencias de sus decisiones. Incluso una comunidad local participa de esa cultura cuando reconoce el esfuerzo creador con el mismo respeto que reconoce el éxito alcanzado.

De la capacidad individual a la capacidad social

Aquí conviene introducir una reflexión que acompañará silenciosamente el resto del tratado. Ninguna civilización ha logrado mantener durante siglos una capacidad creadora permanente si la innovación permanece confinada a un reducido grupo de especialistas. La creación debe difundirse como un hábito social. Debe manifestarse en la manera de enseñar, de investigar, de emprender, de administrar instituciones, de resolver conflictos y de imaginar el porvenir. Cuando la creatividad deja de pertenecer exclusivamente a determinadas profesiones y comienza a incorporarse al comportamiento cotidiano de la comunidad, el desarrollo adquiere una profundidad que trasciende ampliamente los ciclos económicos.

Quizá por ello las sociedades más productivas no son necesariamente aquellas donde las personas trabajan más horas. La experiencia internacional demuestra con notable consistencia que el verdadero aumento de la productividad suele producirse cuando una economía aprende a utilizar mejor la inteligencia disponible antes que simplemente incrementar el esfuerzo físico de sus trabajadores. El progreso económico de los últimos dos siglos no ha consistido principalmente en trabajar más. Ha

consistido en aprender a trabajar mejor mediante el uso creciente del conocimiento.

Ésa es la razón por la cual una teoría del desarrollo no puede conformarse con recomendar incrementos de productividad. Debe explicar cómo una civilización llega a producirlos de manera continua. La respuesta no se encuentra únicamente en la economía. Se encuentra en la interacción permanente entre cultura, educación, instituciones, empresa, libertad, confianza y conocimiento. Cuando esas dimensiones comienzan a fortalecerse mutuamente, la productividad deja de ser un objetivo perseguido deliberadamente y pasa a convertirse en la consecuencia natural de una sociedad que ha aprendido a crear valor de manera cada vez más inteligente.

Cuando Adam Smith (Smith, 1776/1976) publicó *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* en 1776, cambió para siempre la manera en que el mundo entendía la economía. Su gran aportación consistió en desplazar la atención desde la acumulación de metales preciosos hacia la capacidad productiva de una sociedad. La riqueza dejó de identificarse con el tesoro almacenado por un reino y comenzó a relacionarse con la productividad del trabajo, la especialización, el intercambio y la libertad económica. Pocas obras han ejercido una influencia comparable sobre el pensamiento moderno.

El desarrollo deja de observarse como una sucesión de políticas públicas, de ciclos económicos o de indicadores estadísticos. Comienza a revelarse como un proceso de naturaleza acumulativa mediante el cual una civilización fortalece progresivamente las condiciones que hacen posible la creación de valor. La productividad, la innovación, la inversión, el conocimiento y las instituciones dejan entonces de aparecer como explicaciones independientes. Forman parte de un mismo proceso histórico cuyo propósito consiste en ampliar continuamente la libertad creadora de la sociedad.

Toda sociedad aprende. La cuestión verdaderamente importante no consiste en determinar si aprende, sino en comprender cómo logra conservar ese aprendizaje cuando desaparecen las personas que originalmente lo adquirieron. Éste es uno de los problemas más antiguos de la civilización y, paradójicamente, uno de los menos desarrollados por la teoría económica. La economía ha explicado con notable precisión la formación de precios, la asignación de recursos, el funcionamiento de los mercados y la acumulación del capital. Ha dedicado menos atención a explicar cómo las sociedades conservan la inteligencia necesaria para seguir creando riqueza una vez cambian las generaciones.

La misma lógica puede observarse en la evolución de la ciencia. Los grandes descubrimientos del pasado

fueron, en muchos casos, el resultado del trabajo de individuos excepcionales. La ciencia contemporánea, en cambio, depende crecientemente de comunidades de investigación distribuidas entre universidades, laboratorios, centros tecnológicos y empresas ubicadas en distintas partes del mundo. El conocimiento continúa siendo producido por personas concretas, pero su desarrollo exige niveles de cooperación que ninguna generación anterior habría podido imaginar. La innovación deja de ser el resultado exclusivo del genio individual para convertirse en la expresión de una inteligencia colectiva cuidadosamente organizada.

Quizá por esa razón las civilizaciones que han ejercido mayor influencia sobre la historia no fueron necesariamente aquellas que concentraron más recursos materiales, sino aquellas que desarrollaron instituciones capaces de extender la cooperación más allá del círculo inmediato de la familia, de la ciudad o del Estado. La verdadera expansión económica comenzó cuando la confianza pudo sostener relaciones entre personas que jamás se habían visto y que, sin embargo, compartían un mismo marco institucional. En ese momento la cooperación dejó de depender del conocimiento personal y comenzó a descansar sobre la fortaleza de las instituciones. Allí, más que en ningún otro lugar, se encuentra uno de los fundamentos del desarrollo moderno.

Quizá sea ésta la razón por la cual las grandes civilizaciones nunca fueron simplemente economías exitosas. Fueron comunidades capaces de organizar el conocimiento, la libertad, la cooperación y las instituciones alrededor de un propósito permanente de creación. La prosperidad fue una consecuencia de ese proceso, no su punto de partida. Cuando la capacidad creadora permaneció viva, la riqueza volvió a surgir aun después de los períodos de mayor adversidad. Cuando esa capacidad se debilitó, ni siquiera la abundancia acumulada logró evitar el declive.

Toda teoría del desarrollo, por elaborada que sea, termina enfrentándose a una pregunta que ninguna variable macroeconómica puede responder por sí sola. Antes de existir la empresa, el mercado, el capital o las instituciones, existe la persona. La economía acostumbra a comenzar su análisis cuando el individuo ya participa en el intercambio, toma decisiones de consumo, ahorra, invierte o trabaja. Sin embargo, el verdadero punto de partida se encuentra antes de cualquiera de esas acciones. Se encuentra en la capacidad exclusivamente humana para imaginar una realidad distinta de aquella que existe y decidir actuar para hacerla posible.

La tradición económica ha dedicado una atención considerable al comportamiento racional de los individuos. Desde los trabajos de Adam Smith (Smith, 1776/1976) hasta la economía neoclásica, el análisis

ha explicado con notable precisión cómo las personas responden a incentivos, asignan recursos escasos y buscan maximizar determinados objetivos. Esa explicación continúa siendo indispensable. No obstante, el desarrollo exige incorporar una dimensión adicional. El ser humano no solamente responde a incentivos; también crea posibilidades que antes no existían. La innovación no consiste simplemente en elegir entre alternativas disponibles. Consiste en ampliar el conjunto mismo de alternativas.

En este punto conviene introducir una reflexión que acompañará el resto del tratado. La creación económica nunca ocurre en el vacío. Toda innovación descansa sobre conocimientos previamente acumulados, sobre instituciones que garantizan estabilidad y sobre formas de cooperación desarrolladas por generaciones anteriores. Ninguna persona crea completamente sola. La creatividad individual representa siempre el punto de encuentro entre la libertad personal y el patrimonio intelectual recibido de la sociedad. Ésta es una de las razones por las cuales el desarrollo posee simultáneamente una dimensión individual y una dimensión colectiva. El individuo crea; la civilización hace posible que esa creación produzca efectos duraderos.

Esta afirmación permite comprender una característica que distingue a las sociedades más dinámicas. No se limitan a proteger el derecho de

propiedad sobre los resultados de la creación. Protegen igualmente el proceso creador. Reconocen la libertad de investigar, de emprender, de asociarse, de experimentar y, cuando es necesario, de rectificar. Entienden que la incertidumbre forma parte inevitable de toda innovación y que ninguna sociedad puede aspirar a descubrir nuevas soluciones si penaliza sistemáticamente el intento honesto de encontrarlas.

Cuando una sociedad comprende esta relación, cambia también su manera de evaluar el progreso. La pregunta deja de ser exclusivamente cuánto produce una economía y comienza a incluir otra igualmente importante: ¿cuántas personas tienen realmente la oportunidad de crear? Una nación donde millones de ciudadanos pueden desarrollar sus talentos, convertir ideas en proyectos, transformar conocimiento en empresas y participar activamente en la construcción del bien común posee una fortaleza que trasciende cualquier indicador coyuntural. Allí la creación deja de ser el privilegio de unos pocos para convertirse en una característica de la vida social.

Quizá sea éste el punto donde la teoría económica y la teoría del desarrollo vuelven a encontrarse con la dignidad de la persona. Toda riqueza tiene un origen humano. Todo conocimiento fue pensado por alguien. Toda institución fue construida por generaciones de hombres y mujeres que decidieron organizar su convivencia de una manera determinada. El

desarrollo comienza cuando una sociedad reconoce esa capacidad creadora, la protege mediante la libertad, la fortalece mediante la educación y la proyecta hacia el futuro mediante instituciones capaces de conservarla y ampliarla. Ése es, en definitiva, el fundamento sobre el cual descansa toda economía de la creación.

La diferencia comienza a apreciarse cuando el análisis deja de concentrarse exclusivamente en el individuo y dirige su atención hacia el entorno institucional dentro del cual ese individuo actúa. Ninguna persona emprende en el vacío. Toda decisión empresarial se encuentra condicionada, en mayor o menor medida, por la calidad del sistema educativo que recibió, por la seguridad jurídica existente, por el acceso al financiamiento, por la eficiencia de la administración pública, por la confianza social y, no menos importante, por la valoración cultural que la comunidad concede al emprendimiento. Allí donde estos elementos convergen favorablemente, la iniciativa individual encuentra condiciones propicias para desarrollarse. Allí donde permanecen ausentes o debilitados, incluso personas extraordinariamente capaces encuentran enormes dificultades para transformar sus ideas en organizaciones permanentes.

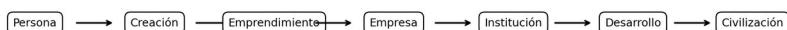


Figura 1. Secuencia doctrinal de la Economía de la Creación.

Nota. Elaboración conceptual del autor a partir del corpus doctrinal de la obra.

Capítulo 2. La creación de valor y el origen de la riqueza

La creación de valor y el origen de la riqueza se relaciona con la secuencia persona, creación, emprendimiento, empresa, institución, desarrollo y civilización. El propósito de esa secuencia es mostrar cómo una capacidad individual puede adquirir escala social sin perder responsabilidad ni finalidad humana. Cada etapa añade organización y continuidad a la anterior.

La riqueza no aparece cuando se intercambia un activo que ya existía; aparece cuando la inteligencia humana transforma recursos, conocimiento y tiempo en algo capaz de satisfacer una necesidad de manera más eficaz. Ese acto puede asumir la forma de un producto, un servicio, una tecnología, una organización o una solución institucional. En todos

los casos existe una creación previa que hace posible la distribución posterior.

Esta distinción es esencial porque una sociedad puede aumentar transacciones sin aumentar proporcionalmente su capacidad creadora. El desarrollo exige observar no sólo cuánto se compra o se vende, sino qué nuevas capacidades se incorporan al sistema económico y quién aprende a reproducirlas.

Necesidad, utilidad y reconocimiento

Cuando uno observa las grandes civilizaciones de la historia encuentra un fenómeno que rara vez recibe suficiente atención. Tendemos a estudiar los gobiernos, las guerras, los tratados y las constituciones. Sin embargo, pocas veces nos detenemos a analizar quién organizó realmente la producción, quién acumuló el conocimiento práctico, quién desarrolló la tecnología, quién financió la innovación y quién sostuvo económicamente a esas mismas sociedades. La respuesta aparece una y otra vez en la historia: fue la empresa.

Este hecho obliga a replantear la naturaleza misma de la riqueza. La riqueza no debe entenderse únicamente como un conjunto de bienes acumulados. Debe comprenderse como la manifestación visible de una capacidad mucho más profunda: la capacidad de una sociedad para crear valor continuamente. Allí

donde esa capacidad existe, la riqueza puede perderse temporalmente y volver a reconstruirse. Allí donde esa capacidad desaparece, incluso los mayores patrimonios terminan consumiéndose con el paso del tiempo. La verdadera riqueza de una nación no descansa en lo que posee, sino en lo que sus ciudadanos son capaces de producir una y otra vez.

La empresa privada ocupa un lugar central dentro de este proceso porque constituye el principal mecanismo mediante el cual esa capacidad creadora adquiere una expresión organizada. Las ideas, por brillantes que sean, permanecen estériles mientras no encuentren una organización capaz de convertirlas en bienes, servicios, tecnologías o soluciones útiles para la sociedad. La empresa transforma conocimiento en producción, producción en riqueza y riqueza en nuevas posibilidades de inversión. En ese sentido, la empresa no solamente crea valor económico; convierte la creatividad humana en progreso tangible.

Precisamente por ello, la creación de riqueza debe entenderse como una responsabilidad social y no únicamente como un interés privado. Cada empresario que invierte productivamente, cada investigador que desarrolla una nueva tecnología, cada trabajador que perfecciona un proceso y cada educador que forma talento contribuyen, desde ámbitos distintos, a ampliar la capacidad creadora de la sociedad. La riqueza deja entonces de ser un

objetivo individual para convertirse en un patrimonio colectivo construido mediante millones de decisiones libres que convergen diariamente dentro de un mismo orden económico.

Aquí conviene detenernos en una idea que ha recibido menos atención de la que merece. La riqueza no solamente se crea; también debe reproducirse. Existen sociedades capaces de generar importantes excedentes económicos durante una generación y perderlos completamente en la siguiente. Otras, por el contrario, parecen poseer una extraordinaria capacidad para reconstruirse después de guerras, crisis financieras o desastres naturales. La diferencia rara vez radica en la magnitud de las pérdidas sufridas. Radica en la permanencia de las capacidades que hicieron posible la riqueza original. Alemania y Japón, devastados al finalizar la Segunda Guerra Mundial, recuperaron en pocas décadas una posición de liderazgo económico. No reconstruyeron primero sus edificios; reconstruyeron su capacidad para producir. Esa observación debería llevarnos a una conclusión de enorme importancia: la verdadera riqueza de una nación nunca reside en su patrimonio físico, sino en el patrimonio intelectual, institucional y empresarial de su pueblo.

Un tratado clásico no explica primero su teoría. La va descubriendo junto con el lector. Adam Smith (Smith, 1776/1976) no comienza *La riqueza de las naciones* diciendo cuál es su conclusión. Hayek

tampoco. Douglass North (North, 1990) tampoco. Primero construyen el problema intelectual. Conviene detenerse en este punto, porque aquí comienza a manifestarse uno de los principios más importantes de esta obra. La riqueza no debe analizarse como un stock, sino como un flujo continuo de creación de valor. Una economía verdaderamente dinámica no se caracteriza por poseer un determinado volumen de activos, sino por mantener un proceso constante mediante el cual el conocimiento, la innovación y la empresa transforman necesidades humanas en nuevas oportunidades económicas. La prosperidad deja entonces de depender exclusivamente de lo acumulado y comienza a descansar sobre la extraordinaria capacidad de una sociedad para producir continuamente aquello que todavía no existe.

Esta perspectiva modifica igualmente la manera de comprender el trabajo humano. Durante mucho tiempo la economía analizó el trabajo como uno de los factores tradicionales de producción. Esa clasificación, aunque útil para determinados análisis, resulta insuficiente para explicar la realidad contemporánea. El trabajo deja de ser únicamente esfuerzo físico o tiempo dedicado a una actividad productiva. En la economía del conocimiento, el trabajo representa principalmente inteligencia aplicada, creatividad organizada, juicio, experiencia y

capacidad para resolver problemas. El valor agregado de una economía depende cada vez menos de la cantidad de trabajo incorporado y cada vez más de la calidad del conocimiento que ese trabajo logra movilizar.

Esta observación nos obliga a reconsiderar una idea ampliamente difundida. Durante mucho tiempo se afirmó que el mercado constituye el elemento central de la economía. Sin embargo, el mercado, por sí solo, no produce bienes, no desarrolla tecnologías, no forma talento ni acumula experiencia organizacional. El mercado facilita el intercambio. La empresa, por el contrario, organiza la producción. Ambos cumplen funciones distintas y complementarias. Confundirlas ha llevado, en numerosas ocasiones, a interpretar incorrectamente el proceso mediante el cual una sociedad crea riqueza de manera sostenida.

La empresa no puede sustituir a la familia en la formación del carácter. Tampoco puede reemplazar a la universidad en la producción sistemática del conocimiento ni al Estado en la administración de justicia. Sin embargo, ninguna de esas instituciones puede sustituir la función específica que corresponde a la empresa: organizar recursos, asumir riesgos, transformar ideas en bienes y servicios, incorporar innovación y crear riqueza de manera sostenible. Cada vez que una sociedad ha pretendido trasladar esa responsabilidad hacia otras instituciones, los

resultados han sido, en el mejor de los casos, limitados y, en numerosas ocasiones, profundamente contraproducentes.

Esta afirmación modifica profundamente la manera de entender la política económica. Durante demasiado tiempo el debate se ha concentrado en determinar cuánto debe intervenir el Estado, qué incentivos fiscales deben establecerse o cuáles sectores productivos merecen prioridad. Todas esas preguntas poseen importancia, pero ninguna llega al núcleo del problema. La pregunta verdaderamente decisiva es otra: ¿están nuestras instituciones formando ciudadanos capaces de crear riqueza por iniciativa propia o están formando ciudadanos cuya principal expectativa consiste en encontrar una organización -pública o privada- que los incorpore como empleados?

La historia de las naciones confirma repetidamente este principio. Las economías que han logrado sostener altos niveles de prosperidad durante varias generaciones no solamente atrajeron inversión; también produjeron empresarios. No solamente importaron tecnología; aprendieron a desarrollarla. No solamente participaron del comercio internacional; construyeron empresas capaces de liderarlo. En todos los casos, el verdadero cambio ocurrió cuando la sociedad dejó de preguntarse cómo distribuir una riqueza existente y comenzó a preguntarse cómo fortalecer

permanentemente su capacidad para crear una riqueza todavía mayor.

Conviene introducir una distinción que, a juicio del autor, no ha recibido suficiente atención en la teoría económica contemporánea. Existe una diferencia fundamental entre crear riqueza y crear capacidad para seguir creando riqueza. La primera puede alcanzarse incluso bajo circunstancias excepcionales, como un auge temporal de los precios internacionales, el descubrimiento de recursos naturales o la llegada de importantes flujos de inversión. La segunda exige algo mucho más complejo: requiere instituciones capaces de reproducir continuamente conocimiento, innovación, liderazgo y organización empresarial. Mientras la riqueza puede fluctuar de un período a otro, la capacidad para producir riqueza constituye un atributo mucho más permanente de una civilización.

La historia económica suele describir el ascenso y la decadencia de las naciones mediante indicadores cuantificables. Se comparan niveles de ingreso, productividad, comercio, inversión o industrialización. Todos estos instrumentos resultan indispensables para comprender la evolución de una economía, pero ninguno explica plenamente por qué unas sociedades mantienen durante siglos una extraordinaria capacidad para renovarse mientras otras, aun habiendo alcanzado elevados niveles de prosperidad, terminan perdiendo gradualmente su

dinamismo. El problema no consiste únicamente en explicar cómo una nación se hace rica. Consiste en comprender por qué unas continúan creando riqueza generación tras generación y otras comienzan lentamente a vivir de la riqueza creada por generaciones anteriores.

El valor como resultado de capacidades organizadas

Aparece una diferencia conceptual que considero fundamental para este tratado. La mayoría de las teorías del desarrollo estudian los factores que producen crecimiento económico. La reflexión que aquí se propone dirige la atención hacia un problema distinto. No pregunta únicamente cuáles factores generan riqueza. Pregunta qué condiciones permiten que una civilización conserve indefinidamente la facultad de seguir generándola. La diferencia parece sutil, pero cambia completamente el objeto de estudio. Ya no observamos solamente la economía. Observamos la continuidad histórica de la creatividad organizada.

A partir de esta reflexión comienza a revelarse un principio que, a juicio del autor, posee implicaciones mucho más amplias que las habitualmente atribuidas al análisis económico. La riqueza no constituye el producto final de la civilización; constituye una consecuencia natural de una sociedad que ha

aprendido a organizar su capacidad creadora. Allí donde esa capacidad permanece viva, la riqueza puede reconstruirse incluso después de las crisis más severas. Allí donde se extingue, ninguna acumulación de recursos resulta suficiente para impedir el estancamiento. La historia económica confirma repetidamente esta realidad. Las naciones no alcanzan la prosperidad porque poseen riqueza; producen riqueza porque han desarrollado instituciones, cultura y organizaciones capaces de convertir la creatividad humana en una fuerza permanente de transformación económica y social.

Pocas palabras han ejercido tanta influencia sobre la historia de la humanidad como la palabra riqueza. Imperios fueron contruidos para obtenerla; guerras se libraron para conquistarla; sistemas económicos completos se organizaron alrededor de su producción, de su distribución o de su preservación. Sin embargo, a pesar de ocupar un lugar tan central en la vida de las sociedades, pocas veces nos detenemos a preguntarnos qué entendemos realmente por ella. La riqueza suele darse por definida, cuando precisamente su definición constituye uno de los problemas intelectuales más importantes de la economía.

Adam Smith (Smith, 1776/1976) introdujo una transformación decisiva al demostrar que la riqueza no dependía únicamente de aquello que una nación poseía, sino de aquello que era capaz de producir

mediante el trabajo especializado y la división de funciones. Con ello desplazó el centro del análisis desde la acumulación hacia la productividad. Fue un cambio extraordinario porque permitió comprender que el progreso económico no descansaba exclusivamente sobre la naturaleza, sino sobre la organización del esfuerzo humano. Sin embargo, incluso esa explicación, revolucionaria para su tiempo, respondía a una economía cuya principal fuente de valor continuaba siendo la producción material.

La evolución posterior de la economía obligó nuevamente a ampliar el concepto. La Revolución Industrial reveló la importancia del capital. Schumpeter mostró que la innovación modificaba continuamente las posibilidades de producción. Hayek explicó que el conocimiento se encontraba disperso entre millones de individuos. Peter Drucker (Drucker, 1985) anunció que la sociedad del conocimiento transformaría profundamente la naturaleza de la riqueza. North demostró que las instituciones condicionaban el desempeño económico de las naciones. Cada uno de estos aportes enriqueció la comprensión del problema, pero todos compartían una característica común: describían componentes esenciales de la riqueza sin agotar completamente su significado.

La dificultad reside en que la riqueza no constituye un objeto. Constituye una relación

dinámica entre la inteligencia humana y la realidad. Un mismo recurso puede carecer completamente de valor para una generación y convertirse en uno de los activos estratégicos de la siguiente. El petróleo fue durante siglos una sustancia prácticamente inútil para la mayor parte de las economías. La arena del desierto continúa siendo uno de los materiales más abundantes del planeta, pero únicamente determinados tipos de sílice poseen hoy el grado de pureza necesario para fabricar microprocesadores. Los datos digitales no existían como categoría económica hace apenas unas décadas y hoy representan uno de los principales activos de numerosas empresas. Ninguno de estos ejemplos puede explicarse únicamente mediante la teoría tradicional de los recursos. Lo que cambió no fue la naturaleza física de los bienes, sino la capacidad humana para descubrir nuevos usos, nuevas combinaciones y nuevos significados económicos.

Esta observación conduce a una conclusión de enorme trascendencia. La riqueza no reside exclusivamente en las cosas. Reside en la capacidad de atribuirles un valor que anteriormente no poseían. La inteligencia humana no solamente transforma materia; transforma significado económico. Allí donde otros observan un recurso sin utilidad aparente, el creador identifica una oportunidad. Allí donde existe un problema, descubre una solución posible. Allí donde únicamente había conocimiento

disperso, organiza una empresa capaz de convertirlo en innovación. La riqueza aparece, por tanto, como la consecuencia de un acto de creación intelectual antes que de un simple proceso material.

Precisamente por ello la riqueza no puede medirse únicamente por aquello que una sociedad posee en un momento determinado. Debe evaluarse también por aquello que transmite. Una generación verdaderamente próspera no es aquella que consume el mayor volumen de bienes durante su existencia, sino aquella que entrega a sus sucesores una capacidad superior para crear riqueza, conocimiento e instituciones. La prosperidad deja entonces de ser un fenómeno estrictamente económico y adquiere una dimensión histórica. Cada generación se convierte simultáneamente en heredera y fiduciaria de un patrimonio que no le pertenece exclusivamente. Lo recibe de quienes la precedieron y tiene la responsabilidad de ampliarlo antes de transmitirlo a quienes vendrán después.

Conviene introducir una reflexión que acompañará el resto del tratado. La verdadera riqueza de una nación nunca pertenece exclusivamente a la generación que la disfruta. Toda prosperidad representa el resultado de un esfuerzo acumulativo que comenzó mucho antes y que necesariamente continuará después. Las generaciones reciben una civilización en préstamo. Pueden administrarla con prudencia, fortalecerla

mediante nuevas creaciones o consumir progresivamente el patrimonio recibido hasta dejar a sus sucesores una sociedad con menos oportunidades que aquellas de las cuales ellas mismas disfrutaron. Ninguna decisión económica posee consecuencias exclusivamente presentes. Todas proyectan efectos sobre quienes todavía no participan del proceso de producción.

Existe una premisa implícita que ha acompañado buena parte del pensamiento económico desde sus orígenes. Se parte de la existencia de recursos escasos y se estudia la forma más eficiente de asignarlos. Esa perspectiva ha producido algunos de los avances intelectuales más importantes de la economía moderna y continúa siendo indispensable para comprender el comportamiento de los mercados. Sin embargo, cuando la historia económica se observa a lo largo de varios siglos, comienza a aparecer una realidad que exige ampliar ese enfoque. La mayor parte de la riqueza que hoy sostiene a la humanidad no existía cuando aquellas teorías fueron formuladas.

Esta continuidad constituye, probablemente, el patrimonio más valioso que una generación puede transmitir a la siguiente. Las riquezas materiales pueden perderse; las instituciones pueden deteriorarse; incluso los sistemas políticos pueden transformarse profundamente. Sin embargo, mientras una sociedad conserve una cultura que valore la libertad, el conocimiento, la empresa, el

mérito y la responsabilidad, conservará igualmente la posibilidad de reconstruir aquello que eventualmente haya perdido. Ésa ha sido la gran lección de las civilizaciones que lograron superar guerras, crisis económicas, catástrofes naturales y profundas transformaciones históricas. No sobrevivieron porque conservaran intactas sus riquezas. Sobrevivieron porque conservaron intacta su voluntad de seguir creando.

La historia demuestra que las civilizaciones más dinámicas nunca descuidaron la cuestión distributiva, pero tampoco permitieron que ella absorbiera toda la energía creadora de la sociedad. Comprendieron que la distribución depende, en última instancia, de la magnitud de la riqueza creada. Una comunidad que amplía continuamente su capacidad productiva dispone de mayores posibilidades para atender necesidades sociales sin comprometer el proceso de generación de nuevo valor. Por el contrario, cuando la creación pierde dinamismo y la distribución continúa expandiéndose, las tensiones económicas terminan haciéndose inevitables. La discusión deja entonces de girar alrededor de cómo producir más y comienza a centrarse exclusivamente en cómo repartir una riqueza que crece cada vez menos.

Riqueza, tiempo y acumulación

Por el contrario, cuando una sociedad comienza a orientarse principalmente hacia la transferencia, la lógica institucional experimenta una transformación silenciosa. La creatividad pierde centralidad frente a la administración. El éxito económico comienza a depender menos de la capacidad para crear valor y más de la capacidad para obtener acceso privilegiado a recursos previamente existentes. Las organizaciones dedican una parte creciente de sus esfuerzos a gestionar regulaciones, negociar beneficios especiales, asegurar transferencias o preservar posiciones adquiridas. Poco a poco, la inteligencia colectiva deja de orientarse hacia la expansión de la riqueza y comienza a concentrarse en la redistribución de un patrimonio relativamente estable. El problema ya no consiste únicamente en la magnitud de los recursos disponibles. Consiste en el cambio cultural que esa transformación produce.

Toda economía existe porque existen necesidades humanas. Esta afirmación parece tan evidente que rara vez merece atención. Sin embargo, precisamente en su aparente simplicidad se encuentra una de las cuestiones más profundas del desarrollo. Las necesidades, por sí mismas, no producen riqueza. Han acompañado a la humanidad desde sus orígenes. Lo que distingue a las civilizaciones no es la existencia de necesidades, sino la manera en que

responden a ellas. Algunas responden administrando la escasez. Otras responden creando nuevas posibilidades. En esa diferencia comienza verdaderamente la economía.

La riqueza aparece únicamente cuando una persona, una organización o una sociedad logra crear algo que otros consideran suficientemente valioso como para dedicar parte de sus propios recursos a obtenerlo. Antes de existir la riqueza debe existir el valor. La riqueza constituye la expresión económica del valor reconocido por otros miembros de la comunidad. Esta secuencia resulta fundamental porque desplaza el centro de gravedad de la economía desde el dinero hacia la creación. El dinero no crea valor. Lo representa. El capital no crea valor por sí mismo. Amplía la capacidad de crearlo. Incluso los mercados no crean valor de manera autónoma; permiten descubrir, comparar y recompensar el valor que millones de personas producen diariamente mediante su trabajo, su conocimiento y su creatividad.

Podemos comprender por qué el desarrollo económico nunca ha sido exclusivamente un fenómeno financiero. Las grandes transformaciones de la historia no fueron producidas únicamente por mayores cantidades de capital. Fueron posibles porque determinadas sociedades desarrollaron una extraordinaria capacidad para crear nuevas formas de valor y para convertir ese valor en riqueza,

instituciones, conocimiento y oportunidades. El capital aceleró el proceso; la creación de valor le dio origen. La riqueza expresó sus resultados; la cultura aseguró su continuidad. El mercado facilitó su descubrimiento; la empresa organizó su producción. Cada institución cumplió una función distinta, pero todas participaron de un mismo movimiento histórico: la expansión permanente de las posibilidades humanas.

Esta observación reviste una enorme importancia. Durante siglos se creyó que la riqueza solamente podía aumentar mediante la producción material. La experiencia demuestra algo diferente. El intercambio también crea riqueza porque permite que un mismo bien produzca una utilidad superior al cambiar de manos. Un libro conserva exactamente el mismo número de páginas antes y después de venderse. Sin embargo, adquiere un valor mucho mayor cuando pasa de quien ya terminó de leerlo a quien lo necesita para aprender. Un terreno improductivo puede adquirir un significado completamente distinto cuando llega a manos de quien posee el conocimiento, el capital y la visión necesarios para convertirlo en una empresa. El valor no reside únicamente en las cosas. Reside también en la relación entre las cosas y la capacidad humana para utilizarlas creativamente.

Éste constituye uno de los descubrimientos más importantes de la economía de mercado. El

intercambio no empobrece a quien participa libremente en él; amplía el valor económico total de la sociedad porque permite que los recursos migren continuamente hacia usos más productivos. La riqueza colectiva aumenta no porque aparezcan inmediatamente nuevos bienes materiales, sino porque los bienes existentes comienzan a generar una utilidad superior. El mercado funciona, en este sentido, como un extraordinario mecanismo de descubrimiento mediante el cual millones de personas revelan diariamente cuáles necesidades consideran prioritarias y cuáles soluciones estiman más valiosas.

El propósito de las nuevas alianzas regionales no consiste únicamente en ampliar mercados. Su finalidad consiste en integrar capacidades complementarias para aumentar la creación de valor de toda la región. El comercio deja entonces de ser el objetivo final para convertirse en una consecuencia natural de la cooperación creadora. Toda época histórica desarrolla una manera particular de organizar la creación de valor. Las sociedades agrícolas organizaron la producción alrededor de la tierra. Las sociedades mercantiles organizaron el intercambio alrededor de las rutas comerciales. La Revolución Industrial reorganizó la economía alrededor de la fábrica y del capital físico. El siglo XX expandió extraordinariamente los mercados mediante la internacionalización del comercio, de las

finanzas y de la inversión. Cada una de estas etapas amplió las posibilidades económicas de la humanidad, pero ninguna agotó el proceso de evolución de la civilización.

En las primeras décadas del siglo XXI comienza a manifestarse una transformación de naturaleza distinta. No consiste únicamente en producir más, comerciar más o comunicar más rápidamente. La verdadera transformación radica en la forma en que el conocimiento, el talento, la tecnología, el capital y las instituciones empiezan a integrarse para crear valor de manera simultánea, independientemente de las fronteras políticas o de la ubicación física donde se encuentren. La riqueza deja de depender exclusivamente del lugar donde se concentran los recursos materiales y comienza a depender crecientemente de la capacidad para articular inteligentemente recursos distribuidos en múltiples sociedades.

La historia demuestra que ninguna sociedad permanece inmóvil. Todas cambian. Algunas lo hacen por decisión propia; otras porque las circunstancias las obligan. Cambian sus instituciones, evolucionan sus tecnologías, modifican sus formas de organización política, transforman sus sistemas educativos y alteran la manera en que producen, comercian y crean riqueza. El cambio constituye una constante de la historia humana. Lo verdaderamente extraordinario no es que las civilizaciones cambien.

Lo extraordinario es que algunas aprenden a dirigir ese cambio mientras otras terminan siendo dirigidas por él.

Una de las mayores confusiones del pensamiento económico contemporáneo consiste en alterar el orden natural mediante el cual surge la prosperidad. Con frecuencia el debate público comienza allí donde el proceso económico prácticamente termina. Se discute cómo distribuir la riqueza, cómo asignar recursos, cómo corregir desigualdades o cómo financiar determinados programas sociales. Todas estas cuestiones poseen indudable importancia y forman parte de las responsabilidades de toda sociedad organizada. Sin embargo, existe una pregunta previa de la cual dependen todas las demás y que con frecuencia permanece insuficientemente desarrollada: ¿cómo llega a existir la riqueza que posteriormente será distribuida?

Precisamente aquí adquiere pleno significado la función de la empresa privada. Su misión histórica no consiste únicamente en generar beneficios económicos para quienes aportan capital. La empresa representa el principal mecanismo mediante el cual la sociedad convierte conocimiento, creatividad y esfuerzo en nueva riqueza. Cada empresa exitosa amplía la base económica sobre la cual posteriormente podrán descansar salarios, inversión, innovación, ingresos fiscales y programas públicos. La creación precede necesariamente a todas esas

manifestaciones. Sin ella, el resto del sistema comienza gradualmente a perder sustento.

La finalidad humana de la creación

Esta lógica resulta igualmente aplicable al conocimiento. Ninguna autoridad puede determinar de antemano dónde surgirán los descubrimientos científicos más importantes del futuro. Las grandes innovaciones aparecen frecuentemente en la intersección de disciplinas distintas, dentro de pequeñas empresas, universidades, laboratorios independientes o alianzas internacionales cuya diversidad constituye precisamente su mayor fortaleza. El papel del Estado no consiste en sustituir esa creatividad. Consiste en proteger el entorno institucional donde esa creatividad pueda florecer libremente.

Conviene formular el segundo gran principio de la presente teoría del desarrollo. La prosperidad sostenible surge cuando existe una clara correspondencia entre funciones institucionales. Corresponde al Estado preservar el orden jurídico, garantizar la seguridad, proteger los derechos fundamentales, asegurar la igualdad ante la ley y ofrecer estabilidad institucional. Corresponde a la sociedad transformar ese entorno en conocimiento, empresa, innovación, riqueza y oportunidades. Cuando ambas responsabilidades se confunden, el

desarrollo pierde claridad de propósito. Cuando cada institución comprende plenamente su misión histórica, la creación de valor encuentra un terreno fértil para expandirse de manera continua.

Durante generaciones, la teoría económica ha definido la inversión como la asignación presente de recursos con el propósito de obtener beneficios futuros. La definición conserva plena validez y continúa siendo indispensable para comprender el funcionamiento de las economías modernas. Sin embargo, observada desde una perspectiva histórica más amplia, resulta evidente que esa descripción solamente explica una parte del fenómeno. Antes de producir riqueza, toda inversión produce una transformación más profunda: amplía las capacidades de una sociedad para crear riqueza futura.

La historia ofrece una respuesta que merece ser examinada cuidadosamente. Las épocas de mayor florecimiento científico, artístico y empresarial no surgieron allí donde la creatividad quedó subordinada a la voluntad permanente de una autoridad central. Surgieron allí donde los individuos y las organizaciones encontraron espacio suficiente para experimentar, equivocarse, corregirse y volver a comenzar. La innovación posee una característica que con frecuencia pasa inadvertida: antes de convertirse en un éxito visible, suele presentarse como una hipótesis incierta. Si toda iniciativa

necesita demostrar anticipadamente su resultado para recibir autorización, muchas de las transformaciones que posteriormente modifican la historia jamás llegarían a producirse.

En este punto comienza a percibirse con mayor claridad la naturaleza del desarrollo que propone este tratado. No se trata simplemente de incrementar la producción ni de elevar determinados indicadores económicos. Se trata de construir una sociedad cuya mirada trascienda el ciclo político, el balance empresarial y la vida individual. Una sociedad que aprenda a invertir en aquello que todavía no puede medir plenamente porque comprende que las obras más importantes de la civilización rara vez producen resultados inmediatos. La grandeza de una nación no depende únicamente de la riqueza que logra acumular durante una generación. Depende, sobre todo, de la profundidad del horizonte histórico con el cual decide emplearla.

Las sociedades no innovan porque un gobierno apruebe un programa de innovación ni porque una universidad inaugure un laboratorio de investigación. Tales iniciativas pueden acelerar un proceso ya existente o facilitar su expansión, pero difícilmente logran producirlo desde sus fundamentos. La innovación comienza mucho antes de llegar al laboratorio. Comienza en la forma en que una comunidad interpreta el error, recompensa la curiosidad, valora el mérito y observa a quienes

deciden recorrer caminos distintos de los ya conocidos. Allí donde la creatividad se considera una excepción, la innovación aparece ocasionalmente. Allí donde la creatividad se convierte en una expectativa cultural, la innovación deja de ser un acontecimiento extraordinario para transformarse en una característica permanente de la sociedad.

Esta diferencia explica por qué la historia económica presenta períodos extraordinariamente fecundos que difícilmente pueden atribuirse a una sola causa. La Florencia del Renacimiento, la Inglaterra de la Revolución Industrial, la Alemania científica del siglo XIX o el extraordinario dinamismo tecnológico de diversas economías contemporáneas no surgieron exclusivamente porque existieran recursos financieros suficientes o porque determinadas políticas públicas fueran acertadas. En todos esos casos comenzó a desarrollarse un ambiente cultural donde formular preguntas nuevas dejó de ser motivo de sospecha para convertirse en motivo de reconocimiento. La creatividad encontró legitimidad social antes de convertirse en productividad económica.

La economía clásica y la economía moderna han dedicado enormes esfuerzos a explicar cómo aumentar la productividad del trabajo, del capital y de los factores de producción. Pero rara vez se preguntan por qué la productividad aumenta. Se describen sus efectos, se identifican algunos

determinantes inmediatos, pero pocas veces se examina la causa que se encuentra detrás de todos ellos.

Por ello conviene distinguir cuidadosamente entre la riqueza y el capital. La riqueza puede consumirse. El capital existe precisamente porque una parte de esa riqueza decide no consumirse y se orienta deliberadamente hacia la ampliación de las capacidades futuras. Esta decisión representa uno de los actos económicos más trascendentales de toda civilización. Significa renunciar voluntariamente a una satisfacción inmediata para construir una posibilidad que todavía no existe. En ese sentido, el capital expresa una forma particularmente elevada de confianza en el futuro.

Éste es, probablemente, uno de los cambios más significativos que ha experimentado el desarrollo durante las últimas décadas. La riqueza ya no depende exclusivamente de la eficiencia con la cual una nación organiza sus propios recursos. Depende también de la calidad de las relaciones que establece con otras sociedades, con otras instituciones y con otros centros de conocimiento. La cooperación deja de ser un componente accesorio de la economía para convertirse en uno de sus principales multiplicadores.

Las grandes teorías económicas se distinguen no solamente por la calidad de las respuestas que

ofrecen, sino por la manera en que ordenan los problemas que pretenden explicar. La riqueza de las naciones, la división del trabajo, el capital, el comercio internacional, las instituciones o la innovación han sido estudiados durante generaciones como fenómenos de enorme importancia. Sin embargo, con frecuencia se analizan de manera relativamente independiente, como si cada uno perteneciera a un campo distinto del conocimiento económico. Esa aproximación ha producido avances extraordinarios, pero también ha fragmentado la comprensión del desarrollo.

Esta observación puede parecer ajena a la economía. No lo es. Toda actividad económica comienza precisamente cuando alguien identifica una necesidad que todavía no ha sido satisfecha o descubre una manera superior de satisfacer una necesidad ya conocida. Antes de existir el producto existe una idea; antes de existir la empresa existe una iniciativa; antes de existir el intercambio existe una decisión creadora. Ninguna teoría del desarrollo puede comprender plenamente el origen de la riqueza si omite ese momento inicial.

Por esta razón, el emprendimiento no debe interpretarse exclusivamente como una responsabilidad individual. Constituye igualmente una responsabilidad institucional. Cada regulación innecesariamente compleja, cada procedimiento administrativo que prolonga injustificadamente la

incertidumbre o cada obstáculo que desalienta la inversión inicial reduce el número de oportunidades que una sociedad concede a sus propios ciudadanos para transformar su creatividad en riqueza. La función de las instituciones no consiste en decidir qué empresas tendrán éxito. Consiste en garantizar que el mayor número posible de personas pueda intentar crear valor bajo reglas claras, previsibles y equitativas.

La historia económica demuestra que la prosperidad sostenida nunca ha sido el resultado exclusivo de una buena cosecha, de un descubrimiento mineral, de una innovación tecnológica aislada o de un período particularmente favorable del comercio internacional. Todos estos acontecimientos pueden producir importantes incrementos de riqueza y alterar significativamente el comportamiento de una economía durante algún tiempo. Sin embargo, el paso de las décadas revela una diferencia mucho más profunda entre aquellas sociedades que experimentan episodios de crecimiento y aquellas que logran convertir ese crecimiento en un proceso continuo de desarrollo.

Capítulo 3. Economía de creación y economía de transferencia

Economía de creación y economía de transferencia se relaciona con la secuencia persona, creación, emprendimiento, empresa, institución, desarrollo y civilización. El propósito de esa secuencia es mostrar cómo una capacidad individual puede adquirir escala social sin perder responsabilidad ni finalidad humana. Cada etapa añade organización y continuidad a la anterior.

Una economía de creación amplía el conjunto de bienes, servicios, conocimientos y capacidades disponibles. Una economía de transferencia puede redistribuir recursos existentes entre actores sin modificar necesariamente esa frontera. Ambas funciones pueden coexistir y la redistribución puede ser necesaria por razones de justicia o cohesión, pero confundirlas conduce a errores de política económica.

La secuencia importa: primero debe existir valor susceptible de ser distribuido. Cuando el debate económico se concentra exclusivamente en transferencias, pierde de vista la fuente que hace sostenible cualquier aspiración social. La política pública debe proteger la creación, facilitar movilidad

y corregir exclusiones sin debilitar los incentivos que producen nueva riqueza.

La distribución presupone creación

Toda sociedad distribuye riqueza, pero no toda sociedad la crea con la misma intensidad. Los salarios, las utilidades, los impuestos, el crédito y las herencias trasladan recursos entre personas, instituciones y generaciones; todos cumplen funciones legítimas dentro de una economía organizada. Sin embargo, cada transferencia presupone un acto creador anterior, porque sólo puede distribuirse de manera sostenible aquello que fue producido, ahorrado, aprendido o institucionalizado antes.

La diferencia entre una economía orientada a la creación y una economía orientada a la transferencia no constituye una oposición ideológica entre Estado y mercado. Toda sociedad necesita solidaridad, protección social y mecanismos de distribución, del mismo modo que necesita inversión, emprendimiento y acumulación productiva. La cuestión decisiva consiste en determinar cuál de esas funciones domina los incentivos, las expectativas y la dirección histórica de la comunidad.

Dos orientaciones de la vida económica

La orientación creadora busca ampliar el valor disponible mediante innovación, productividad y organización. La orientación transferencial concentra su atención en redistribuir o capturar valor ya existente. Ninguna sociedad prescinde por completo de transferencias, pero una estructura dominada por ellas puede debilitar el incentivo y la capacidad que las financian.

Una sociedad orientada a la transferencia administra principalmente oportunidades recibidas y concentra buena parte de su energía en disputar el patrimonio existente. Una sociedad orientada a la creación procura ampliar ese patrimonio mediante conocimiento, trabajo, capital, innovación y empresa, de manera que la distribución futura descansa sobre una base productiva mayor. El desarrollo comienza a adquirir continuidad cuando la creación de nuevas capacidades crece con mayor rapidez que las obligaciones acumuladas sobre la riqueza heredada.

Del patrimonio heredado a la capacidad futura

El patrimonio recibido sólo produce desarrollo cuando se convierte en capacidad para actuar. Una carretera, una universidad, una empresa o una tradición intelectual pierden valor si no se

mantienen, actualizan y conectan con necesidades nuevas. La herencia se honra mediante renovación productiva, no mediante contemplación inmóvil.

Esta distinción permite comprender por qué el aumento transitorio del ingreso no siempre se convierte en desarrollo permanente. Una economía puede experimentar años favorables por transferencias externas, endeudamiento, precios excepcionales o gasto público extraordinario y, aun así, perder capacidad productiva. La prosperidad duradera exige que una proporción creciente de los recursos movilizados se convierta en nuevas empresas, conocimiento aplicable, infraestructura, instituciones confiables y oportunidades para la siguiente generación.

Parte II — La organización de la creación

Creación, distribución y sostenibilidad del patrimonio

Quizá sea precisamente aquí donde comienza a vislumbrarse la idea central de este tratado. Las regiones no prosperan únicamente porque dispongan de recursos naturales, capital o talento humano. Prosperan cuando aprenden a organizar esos recursos dentro de un sistema que favorece la cooperación antes que la fragmentación, la continuidad antes que la improvisación y la creación de valor antes que la distribución de privilegios. La organización del desarrollo constituye, en consecuencia, una tarea permanente. Nunca concluye. Cada generación recibe una estructura institucional determinada y tiene la responsabilidad de fortalecerla antes de transmitirla a quienes la sucederán.

Sostengo que la distribución más importante de una economía no es únicamente la distribución del ingreso. Es la distribución de la capacidad para crear riqueza. Allí donde millones de personas pueden emprender, invertir, innovar y convertirse en propietarias de activos productivos, la libertad

económica deja de ser una aspiración teórica para convertirse en una realidad cotidiana. Una civilización alcanza su mayor fortaleza cuando el poder económico se encuentra suficientemente distribuido para que ninguna institución, pública o privada, pueda limitar la extraordinaria capacidad creadora de una sociedad libre.

La creación de valor ya no depende únicamente del territorio donde se encuentran los recursos ni del país donde se produce un bien. Depende de la capacidad para integrar inteligentemente conocimientos, instituciones, capital, tecnología y talento distribuidos por todo el planeta. La riqueza deja de generarse principalmente dentro de una economía nacional y comienza a surgir de redes de creación de valor cuya escala es civilizacional. A esta nueva etapa histórica el autor la denomina la Era de la Convergencia Creadora.

Durante años se utilizó la expresión “simplificación administrativa” para describir los esfuerzos dirigidos a reducir trámites, eliminar redundancias y agilizar la gestión pública y privada. Esa formulación resulta insuficiente cuando se limita a recortar procedimientos sin examinar la relación completa entre instituciones, ciudadanos y empresas. La categoría más precisa es la fluidez institucional: la capacidad de un sistema para permitir que información, conocimiento, capital y decisiones

circulen con rapidez, trazabilidad, interoperabilidad, seguridad jurídica y responsabilidad. Una institución fluida no renuncia al control necesario; organiza ese control de manera que proteja el interés público sin consumir innecesariamente el tiempo productivo de la sociedad.

No debe sorprender, por consiguiente, que la teoría económica comenzara también a cambiar. Adam Smith había explicado magistralmente cómo la división del trabajo multiplicaba la productividad, pero escribía en una época donde la empresa moderna apenas comenzaba a tomar forma. David Ricardo profundizó en la distribución de la riqueza y en las ventajas comparativas del comercio internacional. John Stuart Mill incorporó nuevas reflexiones sobre la producción y la organización económica. Todos ellos realizaron contribuciones extraordinarias para comprender el funcionamiento de las economías de su tiempo. Sin embargo, ninguno tuvo frente a sí la empresa global, la corporación multinacional, los mercados financieros contemporáneos ni la economía basada en el conocimiento que caracteriza al siglo XXI. La historia del pensamiento económico debe leerse siempre dentro del contexto histórico en que cada autor escribió.

La empresa privada desempeña aquí una función que trasciende ampliamente la producción de bienes

y servicios. Constituye uno de los principales espacios donde los incentivos se transforman en comportamiento observable. Allí el conocimiento genera innovación, la innovación produce productividad y la productividad crea riqueza. Pero este proceso sólo puede sostenerse cuando existe un marco institucional que recompensa el esfuerzo, protege la inversión y garantiza que el éxito dependa principalmente de la capacidad para servir mejor a la sociedad. Cuando los incentivos dejan de premiar la creación de valor y comienzan a favorecer la captura de privilegios, el dinamismo económico se debilita progresivamente. La empresa deja de competir mediante la innovación y comienza a competir mediante el acceso diferencial al poder. Ese desplazamiento representa una de las formas más sutiles de deterioro institucional.

Esta realidad adquiere una importancia especial para Puerto Rico y para el conjunto del Caribe. Durante décadas, buena parte de nuestra discusión pública se ha concentrado en reformas fiscales, incentivos contributivos, infraestructura o programas de desarrollo sectorial. Todos esos instrumentos conservan su importancia. Sin embargo, el verdadero desafío consiste en fortalecer una cultura que vuelva a colocar la creación de valor en el centro de la vida económica. Una cultura donde fundar una empresa sea considerado un servicio a la sociedad; donde

innovar constituya una responsabilidad cívica; donde el éxito económico legítimamente alcanzado sea entendido como la consecuencia de haber resuelto problemas para otros y no como un motivo de sospecha; donde la educación forme creadores antes que simples administradores de conocimientos heredados.

La diferencia parece sutil, pero posee profundas consecuencias teóricas. Una universidad extraordinaria no garantiza por sí sola una economía innovadora. Una excelente política industrial resulta insuficiente si el sistema educativo no produce el talento necesario para sostenerla. Un sistema financiero sólido tampoco generará desarrollo cuando la cultura penaliza el emprendimiento o cuando las instituciones carecen de credibilidad. El desarrollo aparece únicamente cuando estos componentes dejan de actuar como compartimentos independientes y comienzan a operar como partes de un mismo sistema de creación de valor. Ésta es la razón por la cual la presente obra concede tanta importancia a la organización. La organización no constituye un recurso adicional. Constituye el principio que multiplica el valor de todos los recursos existentes.

Capítulo 4. Emprendimiento, descubrimiento y riesgo

El análisis de capítulo 4. emprendimiento, descubrimiento y riesgo exige distinguir creación de valor de mera transferencia de rentas. El capital cumple una función legítima cuando financia capacidad productiva, innovación, conocimiento o infraestructura y recibe un rendimiento proporcional al riesgo asumido y al valor generado. Bajo ese criterio, empresa y sociedad no son adversarias: la primera crea la base material que permite a la segunda sostener aspiraciones sociales duraderas.

Emprender significa actuar bajo incertidumbre. El empresario combina información incompleta, recursos limitados y expectativas sobre un futuro que todavía no existe. Su función económica consiste en probar una posibilidad y aceptar que el mercado puede confirmar, modificar o rechazar su hipótesis.

El riesgo cumple así una función disciplinaria. Obliga a priorizar, escuchar señales y aprender. Una sociedad que castiga desproporcionadamente el fracaso honesto reduce experimentación; una que protege indefinidamente decisiones fallidas destruye disciplina. El desarrollo exige un marco en el que sea posible intentar, fracasar, aprender y volver a crear.

El descubrimiento de oportunidades

Esta observación merece una reflexión adicional porque suele interpretarse incorrectamente. El crecimiento de grandes empresas no fue la causa inicial del desarrollo; fue una de sus manifestaciones. Antes de que existieran organizaciones capaces de operar a escala global fue necesario construir un entorno donde resultara posible emprender, invertir, innovar y asumir riesgos con expectativas razonables de estabilidad. Las instituciones precedieron a las organizaciones, pero las organizaciones fortalecieron posteriormente a las instituciones. Se trata de una relación dinámica, no de una secuencia lineal. La historia económica demuestra que ambas dimensiones evolucionan conjuntamente y se fortalecen mutuamente cuando existe un marco de libertad económica y seguridad jurídica.

Existe una tendencia muy extendida a identificar el espíritu empresarial con una característica individual. Se habla del empresario como si fuera una personalidad excepcional dotada de cualidades que la mayoría de las personas no posee. Desde esa perspectiva, el emprendimiento aparece como el resultado del talento, de la intuición o incluso del azar. Sin desconocer la importancia de las capacidades individuales, semejante interpretación resulta insuficiente para explicar por qué determinadas sociedades producen generaciones

enteras de empresarios mientras otras apenas logran sostener una actividad empresarial limitada. La explicación debe buscarse en un nivel mucho más profundo que el de la biografía individual.

Las civilizaciones no producen empresarios por accidente. Los forman. Lo hacen, además, de manera continua y muchas veces sin ser plenamente conscientes de ello. La familia transmite hábitos relacionados con el trabajo, el ahorro, la responsabilidad y la disciplina. La escuela desarrolla capacidades intelectuales y sociales. La universidad amplía el conocimiento técnico y científico. Los gremios empresariales facilitan el intercambio de experiencias, promueven buenas prácticas y fortalecen la representación institucional del sector productivo. Los mercados financieros canalizan recursos hacia proyectos con potencial de crecimiento. El sistema jurídico protege la propiedad y garantiza el cumplimiento de los contratos. Ninguno de estos elementos crea, por sí mismo, un empresario. Sin embargo, cuando todos funcionan de manera coherente, aumentan significativamente la probabilidad de que surjan personas dispuestas y capacitadas para asumir el riesgo de emprender.

Este fenómeno permite comprender una realidad que con frecuencia pasa inadvertida en el diseño de las políticas públicas. El emprendimiento no constituye únicamente una actividad económica; representa una consecuencia cultural. Las sociedades

que valoran la autonomía, la innovación, el mérito y la responsabilidad generan un ambiente más favorable para la creación de empresas que aquellas donde el fracaso es socialmente estigmatizado, el éxito económico se observa con sospecha o la iniciativa individual encuentra obstáculos administrativos permanentes. La cultura, en consecuencia, deja de ser un elemento periférico del desarrollo para convertirse en uno de sus determinantes más profundos.

La historia económica demuestra que la empresa nunca surge en el vacío. Ninguna organización aparece como consecuencia exclusiva de la voluntad de un individuo, por extraordinario que éste sea. El empresario necesita una sociedad que le permita descubrir oportunidades, acceder al conocimiento, obtener financiamiento, contratar talento, proteger su propiedad y competir bajo reglas estables. Allí donde esas condiciones no existen, el emprendimiento deja de ser una actividad orientada a crear riqueza y se convierte, con frecuencia, en un ejercicio de supervivencia.

Conviene introducir una distinción que considero esencial para comprender el propósito de este tratado. El verdadero objetivo del desarrollo económico no consiste únicamente en aumentar el número de empresas. Tampoco consiste exclusivamente en incrementar el tamaño promedio de las organizaciones existentes. El desafío consiste

en construir una sociedad cuya cultura, instituciones y sistema educativo produzcan continuamente personas capaces de identificar oportunidades, organizar recursos, asumir riesgos responsables y crear valor económico para los demás. En otras palabras, el objetivo no es multiplicar organizaciones por decreto. El objetivo es desarrollar una civilización que produzca empresarios de manera natural.

La economía constituye un excelente ejemplo de esta realidad. Ninguna sociedad puede prosperar sin estabilidad macroeconómica, sin inversión productiva o sin mercados eficientes. Sin embargo, la estabilidad económica, por sí misma, jamás ha creado una empresa. Puede favorecer su nacimiento; puede facilitar su crecimiento; puede reducir la incertidumbre bajo la cual opera. Pero la decisión de emprender continúa siendo una decisión humana. Esa decisión depende de factores que trascienden ampliamente las variables macroeconómicas. Depende de la percepción del riesgo, de la confianza en las instituciones, de la valoración social del éxito y del fracaso, de la calidad del sistema educativo y, sobre todo, de la convicción de que el esfuerzo individual puede transformar legítimamente la realidad.

Incertidumbre, riesgo y responsabilidad

Éste constituye uno de los fenómenos más fascinantes de la historia de las civilizaciones. El deterioro económico rara vez comienza con la desaparición de la riqueza. Comienza mucho antes, cuando la sociedad pierde progresivamente la disposición para crear aquello que todavía no existe. La innovación cede espacio a la repetición. El emprendimiento comienza a parecer excepcional. La inversión productiva disminuye. La burocracia adquiere mayor peso que la iniciativa privada. El talento joven encuentra menos incentivos para asumir riesgos y más razones para buscar seguridad. Ninguno de estos cambios resulta inmediatamente visible. Todos ellos, sin embargo, anuncian una transformación mucho más profunda: la civilización ha comenzado a consumir sus capacidades en lugar de reproducirlas.

Esta perspectiva modifica igualmente la manera en que debemos interpretar el éxito de las instituciones. Una universidad no cumple plenamente su misión porque gradúe un gran número de estudiantes. La cumple cuando forma personas capaces de ampliar el conocimiento existente. Una empresa no alcanza su mayor contribución únicamente por generar utilidades. La alcanza cuando desarrolla organizaciones que aprenden, innovan y forman nuevos líderes. Un

sistema jurídico no demuestra su fortaleza por la cantidad de normas que produce, sino por la confianza que inspira y por la estabilidad que ofrece a quienes desean emprender. Incluso una familia trasciende la simple convivencia cuando logra transmitir valores que permitan a la siguiente generación crear más oportunidades que las recibidas. Cada institución participa, desde su propia naturaleza, en un mismo proceso de reproducción de capacidades creadoras.

Esta observación conduce a una conclusión que merece ser examinada con detenimiento. Con frecuencia atribuimos el desarrollo a los inventos, a los descubrimientos científicos o a las grandes innovaciones tecnológicas. Todos ellos desempeñan un papel decisivo. Sin embargo, su impacto histórico depende de una condición previa que rara vez recibe la misma atención: la existencia de organizaciones capaces de absorber esas innovaciones, perfeccionarlas y difundirlas a través de toda la economía. La empresa constituye el principal vehículo mediante el cual el conocimiento deja de ser una posibilidad intelectual para convertirse en una realidad económica y social.

Aquí conviene introducir una distinción que considero esencial para el resto de este tratado. Existe una diferencia profunda entre administrar recursos y crear riqueza. La administración busca utilizar eficientemente aquello que ya existe. La creación, en

cambio, incorpora al mundo económico bienes, servicios, conocimientos y oportunidades que anteriormente no formaban parte de la realidad. La primera responde principalmente a criterios de eficiencia. La segunda exige imaginación, riesgo, juicio y una disposición permanente a enfrentar la incertidumbre. Ambas funciones son necesarias, pero no equivalentes. Una sociedad puede administrar extraordinariamente bien un patrimonio heredado y, aun así, dejar de crear nuevas fuentes de prosperidad. Del mismo modo, puede poseer un notable potencial creador y desperdiciarlo si carece de instituciones capaces de organizarlo.

Esta observación modifica profundamente la forma en que debe entenderse la riqueza. La riqueza no representa únicamente una acumulación de bienes materiales ni una determinada cantidad de dinero. Representa, ante todo, una ampliación efectiva de la libertad humana. Una sociedad es más rica cuando sus ciudadanos poseen mayores posibilidades de alimentarse, educarse, desplazarse, emprender, acceder al conocimiento, proteger su salud y desarrollar plenamente sus talentos. La riqueza adquiere así un significado que trasciende ampliamente la contabilidad nacional. Se convierte en la expresión concreta de las oportunidades que una civilización ha sido capaz de construir para sus miembros.

La historia demuestra que la decadencia nunca comienza en los mercados financieros. Tampoco comienza en los balances fiscales ni en los indicadores macroeconómicos. Esos fenómenos constituyen manifestaciones tardías de transformaciones mucho más profundas. La decadencia comienza cuando una sociedad modifica silenciosamente la relación que mantiene con el esfuerzo creador. Ocurre cuando deja de admirar a quienes construyen y comienza a admirar exclusivamente a quienes administran. Ocurre cuando el riesgo deja de percibirse como una oportunidad para mejorar la condición humana y comienza a considerarse una conducta indeseable. Ocurre cuando el éxito empresarial deja de interpretarse como la consecuencia legítima de haber creado valor para otros y empieza a despertar sospechas permanentes. Ninguna de estas transformaciones produce inmediatamente una crisis económica. Todas ellas, sin embargo, modifican lentamente el horizonte cultural dentro del cual las futuras generaciones tomarán sus decisiones.

Aprendizaje mediante la acción

No debe interpretarse esta reflexión como una crítica a toda forma de redistribución. Una civilización justa necesita mecanismos de solidaridad, instituciones que protejan a los más vulnerables y

políticas públicas que garanticen igualdad de oportunidades. Negar esta realidad sería desconocer la complejidad de toda sociedad moderna. Sin embargo, existe una diferencia esencial entre una redistribución que fortalece la capacidad creadora de la población y otra que termina sustituyéndola. La primera amplía las posibilidades futuras; la segunda puede, si se diseña inadecuadamente, reducir los incentivos para innovar, invertir y emprender. La cuestión no reside en la existencia de mecanismos distributivos, sino en su relación con el proceso permanente de creación de riqueza.

Ésta es la diferencia entre una economía que depende de circunstancias favorables y una civilización que ha aprendido a crear su propio futuro. La primera prospera mientras las condiciones externas permanecen estables. La segunda transforma incluso las circunstancias adversas en oportunidades para innovar. La primera administra oportunidades recibidas. La segunda produce oportunidades nuevas. La primera vive principalmente de la riqueza existente. La segunda amplía continuamente la frontera de la riqueza posible.

Esta perspectiva explica igualmente por qué las economías dinámicas muestran una extraordinaria capacidad para reasignar recursos hacia actividades de mayor valor agregado. Los mercados no premian simplemente la producción; premian la capacidad

para resolver mejor los problemas de la sociedad. Aquellas organizaciones que descubren soluciones superiores atraen inversión, talento y nuevas oportunidades de crecimiento. Las que dejan de crear valor comienzan gradualmente a perder recursos, independientemente del tamaño que alguna vez alcanzaron. La competencia, correctamente entendida, constituye un proceso permanente de descubrimiento social acerca de cuáles organizaciones crean mayor valor para la comunidad.

La empresa privada desempeña aquí un papel singular. Su función no consiste únicamente en responder a señales de mercado. Actúa como un mecanismo permanente de descubrimiento. Cada nuevo emprendimiento constituye una hipótesis acerca de cómo resolver mejor un problema humano. Algunos fracasarán; otros transformarán industrias completas. El proceso competitivo permite seleccionar aquellas soluciones que realmente crean mayor valor para la sociedad. La innovación deja entonces de depender de decisiones centralizadas y pasa a convertirse en una característica distribuida de toda la economía.

Esta afirmación modifica igualmente la comprensión del empresario. Tradicionalmente se le identifica con el propietario del capital o con quien asume riesgos financieros. Ambas funciones conservan plena relevancia. Sin embargo, desde la

perspectiva de la Economía de la Creación, el empresario desempeña una responsabilidad todavía más profunda. Actúa como arquitecto de capacidades. Descubre posibilidades donde otros observan limitaciones. Integra talentos aparentemente inconexos. Moviliza recursos hacia nuevas oportunidades. Construye organizaciones capaces de sobrevivir a su propio fundador. El empresario deja de ser simplemente un agente económico. Se convierte en un constructor de civilización.

Esta observación modifica igualmente la comprensión del emprendimiento. Con frecuencia se identifica al emprendedor con quien inicia una empresa. Desde la perspectiva de la Economía de la Creación, el emprendimiento constituye una forma particular de liderazgo convocante. El emprendedor identifica una necesidad, formula una visión, reúne capital, incorpora conocimiento, atrae talento, construye confianza y organiza todo ello alrededor de una solución que anteriormente no existía. El producto final representa solamente la manifestación visible de una capacidad mucho más profunda: la convocatoria de voluntades creadoras.

La humanidad inventó organizaciones cuya función principal consiste precisamente en impedir que la inteligencia desaparezca con quienes la produjeron. La universidad conserva conocimiento. La empresa conserva experiencia. El laboratorio conserva descubrimientos. Los tribunales conservan

doctrina jurídica. Las academias conservan lenguaje. Las bibliotecas conservan memoria. Incluso la familia conserva formas de comprender el mundo que ningún texto logra transmitir completamente. Cada una de estas instituciones cumple una misión silenciosa: derrotar el olvido.

Esta observación permite comprender por qué el emprendimiento no puede reducirse a una categoría estadística. Con frecuencia se cuantifica el número de nuevas empresas creadas durante un año, la tasa de supervivencia de los negocios o el volumen de inversión asociado a nuevos proyectos. Todos esos indicadores poseen utilidad analítica. Ninguno, sin embargo, alcanza a describir plenamente el significado económico del emprendimiento. Lo verdaderamente importante no es únicamente cuántas empresas nacen, sino qué capacidad poseen para ampliar el patrimonio creador de la sociedad.

Joseph Schumpeter atribuyó al empresario la función de introducir nuevas combinaciones económicas capaces de alterar el equilibrio existente (Schumpeter, 1934/1983). Su planteamiento continúa siendo uno de los aportes más relevantes de la teoría del desarrollo. Sin embargo, la experiencia contemporánea permite ampliar esa observación. El empresario no solamente reorganiza recursos; reorganiza conocimiento. Descubre relaciones que anteriormente permanecían invisibles, aproxima disciplinas distintas, identifica oportunidades donde

otros solamente observan limitaciones y convierte esa visión en una organización capaz de actuar de manera permanente. Su principal aporte no consiste en poseer capital. Consiste en reorganizar inteligentemente capacidades dispersas.

Emprendimiento y movilidad social

Aquí aparece una cuestión que considero esencial para la teoría del desarrollo. Una sociedad emprendedora no se caracteriza únicamente por la existencia de personas dispuestas a iniciar negocios. Se caracteriza, sobre todo, por la existencia de un entorno institucional donde esa decisión resulta razonablemente posible. La estabilidad jurídica, la protección de la propiedad, el acceso al financiamiento, la calidad del sistema educativo, la eficiencia administrativa y la confianza social no producen automáticamente nuevos empresarios. Lo que hacen es reducir los obstáculos que separan la creatividad de la acción. Allí donde el costo institucional de emprender disminuye, aumenta la probabilidad de que las ideas abandonen el terreno de la intención y se conviertan en organizaciones productivas.

La capacidad de emprender suele atribuirse al talento, al carácter o a la disposición personal para asumir riesgos. Ninguno de estos factores debe subestimarse. La historia empresarial demuestra que

la iniciativa individual ha desempeñado un papel decisivo en la creación de organizaciones que posteriormente transformaron industrias completas. Sin embargo, la explicación resulta incompleta cuando se observa el fenómeno desde una perspectiva más amplia. Las personas emprendedoras existen en prácticamente todas las sociedades. Lo que varía de manera significativa es la frecuencia con la cual esa capacidad logra traducirse en empresas estables, innovadoras y capaces de contribuir sostenidamente al desarrollo económico.

Esta observación obliga a distinguir entre el empresario y la sociedad emprendedora. El primero representa una realidad individual; la segunda constituye una característica institucional. Una sociedad emprendedora no es aquella donde existen algunos empresarios sobresalientes. Es aquella donde el proceso de crear nuevas empresas forma parte del funcionamiento ordinario de la economía. La iniciativa empresarial deja de percibirse como una excepción y comienza a convertirse en una posibilidad abierta para cualquier persona que reúna las capacidades necesarias y esté dispuesta a asumir las responsabilidades inherentes a esa decisión.

En este punto resulta útil recordar una idea que atraviesa silenciosamente toda la historia económica. Las grandes transformaciones productivas nunca fueron obra exclusiva de individuos extraordinarios. Fueron posibles porque determinadas sociedades

desarrollaron ecosistemas institucionales capaces de multiplicar el esfuerzo creador de miles de personas al mismo tiempo. La Revolución Industrial no produjo únicamente grandes empresarios; produjo una cultura donde emprender dejó de ser una actividad marginal para convertirse en una expresión normal de la vida económica. Lo mismo puede afirmarse de los grandes centros de innovación tecnológica contemporáneos. Su fortaleza no reside exclusivamente en el talento de algunos fundadores. Descansa sobre universidades, sistemas financieros, redes empresariales, instituciones jurídicas y una cultura que acepta la innovación como parte natural del desarrollo.

Aquí aparece nuevamente el papel de las instituciones. La estabilidad normativa, la protección efectiva de la propiedad, la transparencia administrativa y la existencia de un sistema judicial confiable no crean empresarios. Tampoco sustituyen la iniciativa individual. Lo que hacen es disminuir la incertidumbre que rodea el acto de emprender. Reducen el costo institucional de transformar una idea en una organización. En consecuencia, permiten que un mayor número de personas dedique su energía a crear valor y no a superar obstáculos innecesarios. Ésta constituye una de las contribuciones más importantes que el Estado puede realizar al desarrollo económico.

El emprendimiento deja de ser un episodio económico aislado. Se convierte en uno de los mecanismos mediante los cuales una civilización renueva continuamente su capacidad creadora. Cada nueva empresa incorpora una respuesta distinta a necesidades existentes o emergentes; cada organización que logra consolidarse amplía el patrimonio institucional de la sociedad; cada generación de empresarios transmite experiencia, conocimiento y formas de cooperación que servirán de fundamento para quienes emprendan en el futuro. El desarrollo adquiere entonces una característica acumulativa que trasciende ampliamente la vida económica de una generación y comienza a integrarse al proceso histórico de la civilización.

Capítulo 5. La empresa como institución civilizacional

Capítulo 5. La empresa como institución civilizacional resulta decisivo para convertir iniciativa dispersa en producción sostenida. Esa función exige empresas capaces de coordinar trabajo, capital, conocimiento y riesgo bajo reglas previsibles y una cultura de cumplimiento. El efecto social aparece cuando la productividad amplía empleo, propiedad, aprendizaje y capacidad de reinversión.

La creación individual adquiere continuidad cuando se convierte en organización. La empresa permite coordinar personas con capacidades diferentes, acumular conocimiento, establecer procesos y sostener relaciones más allá de una transacción aislada. Esa continuidad convierte a la empresa en una institución decisiva para la civilización productiva.

La empresa también educa. Enseña puntualidad, cooperación, responsabilidad, servicio al cliente, administración de recursos y adaptación tecnológica. Cuando el tejido empresarial es diverso y abierto, millones de decisiones privadas se convierten en una infraestructura de aprendizaje social.

Coordinación y división del trabajo

Éste es, precisamente, el punto donde la empresa privada adquiere una dimensión que la teoría económica tradicional no siempre ha desarrollado con suficiente amplitud. La empresa no debe entenderse únicamente como una organización destinada a producir bienes o servicios. Debe comprenderse como el principal mecanismo mediante el cual una sociedad conserva, perfecciona y transmite capacidades productivas. En la empresa se acumula experiencia, se forman líderes, se incorporan tecnologías, se perfeccionan procesos y se construyen relaciones de confianza que trascienden

ampliamente los límites de una generación. Una empresa centenaria representa mucho más que un activo económico. Constituye un depósito de conocimiento organizado que la sociedad tardó décadas en construir.

Esta realidad explica igualmente por qué el cierre de una empresa tiene consecuencias mucho más profundas que las reflejadas en un balance financiero. Cuando desaparece una organización productiva no solamente se pierden empleos o inversiones. También desaparecen relaciones comerciales, capacidades técnicas, liderazgo, innovación acumulada y experiencia organizacional que, en muchos casos, resultan irreemplazables. Las estadísticas económicas suelen registrar el valor de los activos físicos; rara vez logran medir el enorme capital intelectual y social que desaparece junto con ellos. Una política pública orientada exclusivamente a observar indicadores de corto plazo corre el riesgo de destruir silenciosamente capacidades cuya reconstrucción requerirá décadas.

No obstante, incluso esta explicación continúa siendo incompleta. El conocimiento, por sí mismo, tampoco crea riqueza. Las bibliotecas están llenas de conocimiento que jamás produjo una empresa, una innovación o un empleo. Las universidades generan diariamente investigaciones de enorme valor científico que nunca llegan al mercado. El conocimiento necesita una institución capaz de

convertirlo en actividad económica. Esa institución ha sido, históricamente, la empresa privada.

Éste es un punto donde considero que buena parte de la literatura económica ha permanecido excesivamente fragmentada. Los economistas estudian la producción; los administradores estudian la empresa; los sociólogos estudian las organizaciones; los juristas analizan la personalidad jurídica de las sociedades mercantiles. Rara vez se estudia la empresa como el lugar donde convergen simultáneamente conocimiento, capital, liderazgo, innovación, organización y riesgo para producir riqueza. Sin comprender esa convergencia resulta imposible explicar por qué unas sociedades desarrollan ecosistemas empresariales extraordinariamente dinámicos mientras otras permanecen atrapadas en economías de baja productividad.

La pregunta planteada al final de la sección anterior merece una reflexión mucho más detenida de la que habitualmente recibe en la literatura económica. Con frecuencia se estudia la empresa una vez que ésta existe. Se analizan sus estados financieros, sus modelos de administración, sus estrategias competitivas o sus procesos de producción. Sin embargo, pocas veces se examina por qué la humanidad llegó a la necesidad de crear una institución con esas características. La empresa no apareció de manera espontánea ni fue el resultado de

una decisión legislativa. Surgió como respuesta a una necesidad que las formas tradicionales de organización económica ya no podían resolver de manera eficiente.

Fue precisamente esa complejidad la que hizo indispensable una institución capaz de coordinar conocimientos dispersos. La empresa representa la respuesta más exitosa que la civilización ha encontrado para resolver ese desafío. Su importancia no radica únicamente en producir bienes o prestar servicios. Su verdadera contribución consiste en organizar capacidades humanas que, de permanecer aisladas, difícilmente generarían el mismo resultado. La empresa constituye, en esencia, un mecanismo de coordinación del talento.

Esta afirmación permite comprender la empresa desde una perspectiva distinta a la habitual. Tradicionalmente se enseña que la empresa combina tierra, trabajo y capital para producir bienes y servicios. Esa explicación conserva utilidad pedagógica, pero resulta insuficiente para comprender la naturaleza de las organizaciones contemporáneas. Una empresa moderna administra mucho más que factores de producción. Administra información, conocimiento, confianza, liderazgo, creatividad, reputación y relaciones humanas. Buena parte de los activos más valiosos de una organización ni siquiera aparecen reflejados en sus estados financieros. La experiencia acumulada de sus

equipos, la credibilidad construida durante décadas, la capacidad para innovar o la cultura organizacional representan recursos cuya pérdida puede resultar mucho más costosa que la destrucción de un edificio o de una línea de producción.

Quizás por esa razón las sociedades más desarrolladas dedican una atención creciente al fortalecimiento de sus organizaciones productivas. Han comprendido que destruir una empresa resulta relativamente sencillo, pero reconstruir el conocimiento colectivo que esa empresa acumuló durante décadas constituye una tarea infinitamente más compleja. La continuidad empresarial adquiere entonces una importancia que trasciende el interés particular de sus propietarios. Cada organización productiva que logra perdurar preserva capacidades que enriquecen el patrimonio económico e institucional de toda la sociedad.

Esta perspectiva también modifica la manera de interpretar el fracaso empresarial. En demasiadas ocasiones se analiza el cierre de una empresa únicamente desde la óptica financiera o laboral. Sin embargo, detrás de cada empresa que desaparece suele perderse un conjunto de relaciones comerciales, conocimientos técnicos, procesos de innovación y liderazgos cuya reconstrucción requerirá muchos años. Las estadísticas registran el número de empresas creadas y liquidadas; rara vez logran medir el enorme capital intelectual que se

extingue junto con ellas. Una política económica verdaderamente orientada al desarrollo debe preocuparse tanto por estimular la creación de nuevas empresas como por fortalecer las condiciones que permitan la permanencia y evolución de aquellas que ya demostraron su capacidad para generar valor.

La evolución de la empresa no solamente transformó la producción. Transformó la organización misma de la sociedad. Allí donde comenzaron a consolidarse organizaciones empresariales permanentes aparecieron nuevas formas de liderazgo, nuevas profesiones, nuevas especializaciones técnicas y una cultura distinta respecto al trabajo, al ahorro y a la innovación. La empresa dejó de limitarse al intercambio de bienes para convertirse en un espacio donde millones de personas aprendieron a cooperar con individuos que no pertenecían a su familia, a su comunidad inmediata o incluso a su misma nacionalidad. En ese sentido, la empresa representa uno de los mayores avances institucionales de la civilización porque amplió extraordinariamente la escala sobre la cual los seres humanos podían colaborar productivamente.

Este fenómeno posee una importancia que frecuentemente pasa inadvertida. Las primeras formas de organización económica descansaban sobre relaciones personales de confianza. Se comerciaba con quienes se conocía; se producía junto

a quienes compartían vínculos familiares; las obligaciones nacían principalmente de la costumbre. Conforme la economía fue creciendo, ese modelo dejó de ser suficiente. Ningún puerto internacional, ninguna industria moderna ni ninguna universidad contemporánea podrían funcionar exclusivamente sobre relaciones personales. La empresa permitió sustituir esa limitación por una organización basada en reglas, responsabilidades, especialización y objetivos comunes. No eliminó la confianza; la institucionalizó.

En consecuencia, la empresa deja de aparecer como un simple actor económico y comienza a revelarse como una institución mediante la cual la sociedad organiza su inteligencia colectiva. En ella convergen la creatividad individual, el conocimiento acumulado, el capital productivo, la confianza institucional y la voluntad de asumir riesgos para producir bienes, servicios e innovaciones que ninguna persona aislada podría generar por sí misma. Comprender esta función organizadora resulta indispensable para entender por qué la empresa privada ocupa un lugar tan decisivo en la arquitectura del desarrollo y por qué toda sociedad que aspire a prosperar de manera sostenida debe preocuparse, antes que nada, por crear las condiciones que permitan su permanente renovación y fortalecimiento.

La tendencia natural consiste en pensar que la empresa ha existido desde que el ser humano comenzó a comerciar. Sin embargo, esa percepción confunde dos fenómenos distintos. El comercio es tan antiguo como la propia civilización. La empresa, entendida como una organización permanente destinada a coordinar capital, trabajo, conocimiento y riesgo para producir valor de manera continua, es una construcción institucional relativamente reciente dentro de la larga historia de la humanidad. Durante milenios existieron comerciantes, artesanos y agricultores; pero la empresa moderna, tal como hoy la conocemos, surgió lentamente a medida que las sociedades fueron aumentando su complejidad económica.

La aparición de las grandes rutas comerciales del Mediterráneo transformó profundamente esa realidad. Fenicios, griegos y posteriormente romanos desarrollaron redes de intercambio que conectaban regiones separadas por miles de kilómetros. Aquellas rutas no solamente movilizaban mercancías; también transportaban conocimientos, técnicas de navegación, instrumentos financieros y nuevas formas de organización económica. El comerciante dejó de actuar exclusivamente como intermediario y comenzó a convertirse en organizador de expediciones, administrador de riesgos y coordinador de múltiples actividades productivas. Sin proponérselo, estaba dando origen a funciones que

siglos después serían características de la empresa moderna.

La Edad Media aportó otra transformación decisiva. El crecimiento de las ciudades europeas y el desarrollo de los gremios artesanales introdujeron normas de calidad, sistemas de aprendizaje y formas relativamente estables de organización del trabajo. Los gremios protegieron oficios, transmitieron conocimientos técnicos y contribuyeron a la consolidación de una cultura productiva basada en la especialización. Sin embargo, también impusieron restricciones que, con el paso del tiempo, limitaron la innovación y la expansión de nuevas actividades económicas. La historia demuestra, una vez más, que toda institución útil para una etapa determinada puede convertirse posteriormente en un obstáculo cuando la realidad cambia más rápidamente que las reglas que la gobiernan.

Esta observación posee una importancia extraordinaria para el propósito de este tratado. Las instituciones económicas más duraderas de la historia rara vez fueron diseñadas desde un escritorio. Surgieron porque resolvían problemas reales que la sociedad necesitaba enfrentar. La empresa sobrevivió durante siglos precisamente porque ninguna otra institución logró coordinar con igual eficacia el conocimiento, el capital, el trabajo especializado y la innovación. Su permanencia

constituye, por sí misma, una evidencia histórica de su extraordinaria capacidad de adaptación.

La Revolución Industrial alteró definitivamente la escala sobre la cual podía organizarse la actividad económica. Hasta entonces, el crecimiento de una empresa dependía, en gran medida, de la capacidad física de sus propietarios para supervisar directamente las operaciones. La mecanización, el desarrollo del ferrocarril, el perfeccionamiento de las comunicaciones y la expansión de los mercados nacionales modificaron esa realidad de manera irreversible. Las organizaciones comenzaron a operar simultáneamente en múltiples ciudades, incorporaron miles de trabajadores y administraron volúmenes de capital hasta entonces desconocidos. La empresa dejó de ser simplemente una organización comercial para convertirse en una compleja institución económica, tecnológica y social.

No debe sorprender, por consiguiente, que la teoría económica comenzara también a cambiar. Adam Smith (Smith, 1776/1976) había explicado magistralmente cómo la división del trabajo multiplicaba la productividad, pero escribía en una época donde la empresa moderna apenas comenzaba a tomar forma. David Ricardo (Ricardo, 1817/2004) profundizó en la distribución de la riqueza y en las ventajas comparativas del comercio internacional. John Stuart Mill incorporó nuevas reflexiones sobre la producción y la organización económica. Todos

ellos realizaron contribuciones extraordinarias para comprender el funcionamiento de las economías de su tiempo. Sin embargo, ninguno tuvo frente a sí la empresa global, la corporación multinacional, los mercados financieros contemporáneos ni la economía basada en el conocimiento que caracteriza al siglo XXI. La historia del pensamiento económico debe leerse siempre dentro del contexto histórico en que cada autor escribió.

Conforme avanzó el proceso de industrialización, la atención de los economistas comenzó a desplazarse progresivamente desde los factores tradicionales de producción hacia las organizaciones que los coordinaban. Alfred Marshall (Marshall, 1920) observó que las economías de escala, la concentración geográfica de determinadas industrias y el aprendizaje colectivo producían ventajas competitivas que no podían explicarse únicamente por la existencia de capital o trabajo. Décadas más tarde, Ronald Coase (Coase, 1937) formularía una pregunta aparentemente sencilla, pero de enorme profundidad: si los mercados son tan eficientes para coordinar intercambios, ¿por qué existen las empresas? La respuesta propuesta por Coase transformó buena parte de la teoría económica contemporánea al demostrar que las organizaciones reducían costos de transacción que el mercado, por sí solo, no podía eliminar.

La importancia de esa reflexión trasciende ampliamente la economía de la empresa. Coase no estaba únicamente explicando por qué una organización decide contratar empleados en lugar de comprar todos los servicios externamente. Estaba revelando que la civilización había desarrollado distintos mecanismos para coordinar la acción humana y que cada uno respondía a circunstancias específicas. El mercado coordinaba mediante precios; la empresa coordinaba mediante organización; el Estado coordinaba mediante normas jurídicas. Cada institución cumplía una función distinta y ninguna podía sustituir completamente a las demás. Esta observación resulta particularmente relevante porque demuestra que el desarrollo no depende exclusivamente de la existencia de mercados libres ni exclusivamente de instituciones públicas eficaces. Depende, sobre todo, de la calidad de las organizaciones que la sociedad es capaz de construir entre ambos espacios.

Durante la segunda mitad del siglo XX, Peter Drucker (Drucker, 1993) llevó la discusión todavía más lejos. Mientras buena parte de la literatura económica continuaba concentrándose en el capital y el trabajo, Drucker comenzó a sostener que el recurso económico verdaderamente decisivo sería el conocimiento. Su intuición resultó extraordinariamente precisa. La economía contemporánea demuestra diariamente que el valor

de una organización depende cada vez menos de sus activos físicos y cada vez más de su capacidad para aprender, innovar y adaptarse. La empresa comenzó entonces a ser entendida no solamente como una organización productiva, sino como una organización que aprende. Esa transformación modificó profundamente la naturaleza de la competitividad internacional.

No obstante, incluso estas importantes aportaciones continúan dejando abierta una cuestión que este tratado considera fundamental. Tanto Coase como Drucker estudiaron la empresa desde su funcionamiento interno. Schumpeter concentró su atención en el empresario innovador. Porter analizó las fuentes de la ventaja competitiva. North explicó la importancia de las instituciones para reducir incertidumbre. Cada uno iluminó una dimensión esencial del problema. Sin embargo, permanece todavía una pregunta cuya respuesta exige una perspectiva más amplia: ¿por qué algunas sociedades producen de manera continua empresarios, empresas e instituciones innovadoras, mientras otras, aun disponiendo de recursos semejantes, no logran sostener ese proceso durante largos períodos de tiempo?

Responder adecuadamente a esa interrogante exige abandonar momentáneamente el análisis de la empresa individual y observar el comportamiento del conjunto de la sociedad. Ninguna organización surge

en el vacío. Detrás de cada empresa existe una familia que transmitió determinados valores, un sistema educativo que desarrolló ciertas capacidades, un orden jurídico que protege derechos y obligaciones, un mercado financiero que facilita el acceso al capital y una cultura que define la manera en que el éxito, el riesgo, el fracaso y la innovación son percibidos por la comunidad. La empresa constituye el punto donde convergen todos esos factores, pero ninguno de ellos nace dentro de la propia empresa.

Ésta es, probablemente, una de las mayores limitaciones del análisis económico tradicional. Con frecuencia se estudian las empresas como si fueran unidades aisladas cuya conducta dependiera exclusivamente de incentivos económicos. La evidencia histórica sugiere una realidad mucho más compleja. Las empresas reflejan, en gran medida, las fortalezas y debilidades de la civilización que las produce. Una sociedad que valora el conocimiento tenderá a crear empresas intensivas en innovación. Una sociedad que fortalece la seguridad jurídica facilitará inversiones de largo plazo. Una sociedad que cultiva el mérito y la responsabilidad generará organizaciones más resilientes. Por el contrario, allí donde predominan la incertidumbre institucional, el cortoplacismo o la desconfianza, la empresa encontrará enormes dificultades para desarrollar plenamente su potencial.

La empresa como espacio de aprendizaje

En consecuencia, el análisis del desarrollo no puede detenerse en la empresa como unidad económica. Debe avanzar hacia el estudio del ecosistema que hace posible su existencia. La pregunta ya no consiste únicamente en comprender cómo funciona una organización productiva, sino en explicar cómo una sociedad llega a producir miles de organizaciones capaces de innovar, competir y renovarse de manera continua. Es precisamente en ese punto donde comienza el verdadero objeto de estudio de este tratado, porque el desarrollo económico deja de observarse como un fenómeno aislado y pasa a entenderse como una propiedad emergente de una civilización que ha aprendido a organizar eficazmente el talento, el conocimiento, la libertad y la cooperación de sus ciudadanos.

Cuando se estudia la historia económica, resulta frecuente encontrar explicaciones sobre el origen del comercio, la aparición de la moneda, el desarrollo de la banca, la revolución industrial o la evolución de los mercados financieros. Paradójicamente, una de las instituciones que más profundamente ha transformado la civilización moderna suele darse por sentada. Se estudian sus resultados, se analizan sus estados financieros, se reglamenta su funcionamiento jurídico y se examinan sus estrategias administrativas, pero rara vez se formula una

pregunta que, por su aparente sencillez, ha permanecido casi invisible para buena parte de la literatura económica: ¿por qué existe la empresa?

Responder a esta interrogante exige abandonar, al menos provisionalmente, la manera tradicional de estudiar la empresa. Habitualmente se le analiza como una unidad económica destinada a producir bienes y servicios. El derecho mercantil la observa como una persona jurídica. La administración la estudia como una organización compleja. La contabilidad registra sus operaciones. Las finanzas evalúan sus resultados. Cada disciplina aporta una comprensión legítima de una parte del fenómeno. Sin embargo, ninguna de ellas explica completamente por qué la humanidad terminó organizando una parte tan significativa de su actividad creadora alrededor de esta institución.

La empresa surgió precisamente para resolver ese problema de coordinación. No nació porque existiera una teoría económica que la recomendara ni porque una legislación específica la hubiera diseñado. Surgió porque la creciente complejidad de la civilización exigía una institución capaz de integrar conocimientos dispersos, administrar riesgos compartidos, movilizar capital, coordinar personas y sostener proyectos cuya duración trascendía la vida de sus fundadores. Su éxito histórico radica precisamente en haber demostrado una extraordinaria capacidad para organizar aquello que

ninguna persona, familia o comunidad podía organizar por sí sola.

La empresa deja de ser simplemente una organización productiva y comienza a revelarse como una tecnología institucional. Así como la rueda permitió multiplicar la capacidad física del ser humano y la imprenta amplió exponencialmente la difusión del conocimiento, la empresa amplificó la capacidad colectiva para crear riqueza. Constituye una innovación institucional porque permitió que el talento individual dejara de actuar de manera aislada y comenzara a producir resultados mediante una cooperación organizada y permanente. La verdadera revolución no consistió únicamente en producir más; consistió en aprender a producir juntos, de manera cada vez más eficiente, más especializada y más innovadora.

La importancia de esta transformación suele pasar inadvertida porque la empresa forma parte de la vida cotidiana. Nos hemos acostumbrado tanto a su existencia que rara vez nos detenemos a examinar el extraordinario cambio que produjo en la organización de la sociedad. En términos históricos, la empresa moderna hizo posible algo que durante miles de años había permanecido fuera del alcance de la humanidad: permitió coordinar el esfuerzo de miles, e incluso de cientos de miles de personas, alrededor de un propósito común sin que fuera necesario recurrir a vínculos familiares, religiosos o

militares para mantener la cohesión del grupo. Esa capacidad organizativa constituye uno de los mayores avances institucionales de la civilización.

Este fenómeno fue comprendido con particular claridad por Friedrich Hayek (Hayek, 1945) al desarrollar su teoría sobre la dispersión del conocimiento. Ninguna persona, por preparada que sea, posee toda la información necesaria para tomar las decisiones económicas que diariamente adopta una sociedad. El conocimiento relevante no se encuentra concentrado en una oficina gubernamental, en una universidad o en la dirección de una gran corporación. Se encuentra distribuido entre millones de individuos que conocen circunstancias particulares de tiempo, lugar y oportunidad. La empresa moderna adquiere entonces una importancia extraordinaria porque constituye uno de los mecanismos más eficaces para reunir parte de ese conocimiento disperso y convertirlo en decisiones organizadas capaces de crear valor.

Sin embargo, incluso la explicación de Hayek requiere ser ampliada. La empresa no solamente coordina información; coordina aspiraciones humanas. Cada organización reúne personas con trayectorias, talentos y expectativas diferentes alrededor de un objetivo común. Ingenieros, diseñadores, técnicos, administradores, científicos, obreros especializados, vendedores y directivos aportan conocimientos que, considerados

aisladamente, tendrían un alcance limitado. La empresa transforma esa diversidad en una capacidad colectiva superior a la suma de sus partes. En ello reside una de sus mayores aportaciones a la civilización: demuestra que la cooperación organizada produce resultados que ningún individuo podría alcanzar por sí solo.

Éste es, probablemente, el punto donde la empresa deja definitivamente de ser un simple instrumento económico y comienza a revelar su verdadera naturaleza histórica. La empresa constituye una institución mediante la cual la civilización organiza su inteligencia productiva. Su función trasciende ampliamente la producción de bienes y servicios. Conserva conocimiento, forma liderazgo, transmite experiencia entre generaciones, acelera la innovación y convierte la creatividad individual en capacidad colectiva. Comprender esta realidad modifica profundamente la manera de interpretar el desarrollo económico y nos obliga a estudiar la empresa no solamente como una organización de negocios, sino como una de las instituciones fundamentales sobre las cuales descansa la evolución de las sociedades libres.

La explicación de esta diferencia no puede encontrarse únicamente en la disponibilidad de recursos financieros. El capital, por abundante que sea, nunca actúa por sí mismo. Requiere personas capaces de identificar oportunidades, evaluar riesgos,

organizar equipos, incorporar tecnología, interpretar mercados y tomar decisiones bajo condiciones de incertidumbre. En otras palabras, el capital necesita organización. La empresa constituye precisamente el espacio donde esa organización adquiere permanencia y dirección. Sin ella, el capital permanece inerte, el conocimiento permanece disperso y la innovación difícilmente logra traducirse en riqueza sostenible.

Resulta significativo observar que, en cada uno de esos casos, el verdadero cambio no consistió únicamente en producir más bienes. Lo que cambió fue la naturaleza de las organizaciones. Empresas familiares evolucionaron hacia corporaciones de alcance internacional; pequeños talleres se transformaron en industrias altamente especializadas; universidades comenzaron a colaborar estrechamente con centros de investigación y con el sector privado; los mercados financieros aprendieron a movilizar el ahorro hacia proyectos productivos de largo plazo. La economía dejó de ser una suma de actividades aisladas para convertirse en un sistema integrado de creación de capacidades.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, crecimiento empresarial y desarrollo empresarial no son equivalentes. En el desarrollo de «La empresa como espacio de aprendizaje», ventas o activos pueden aumentar sin que mejoren gobernanza, innovación o capacidad de adaptación;

por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: el desarrollo verdadero fortalece la organización para competir y continuar creando. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

Este principio adquiere una importancia extraordinaria para las economías pequeñas. Con demasiada frecuencia se asume que el tamaño del mercado interno constituye la principal limitación para el crecimiento. La evidencia histórica sugiere una realidad distinta. Suiza, Singapur, Israel, Finlandia, Irlanda y varias economías escandinavas demostraron que el tamaño geográfico puede convertirse incluso en un incentivo para desarrollar empresas orientadas hacia la innovación y la internacionalización. Cuando el mercado doméstico resulta insuficiente, las organizaciones aprenden tempranamente a competir en escenarios globales. La limitación inicial termina convirtiéndose en una ventaja estratégica siempre que exista una cultura empresarial orientada hacia la excelencia, la apertura y la creación continua de conocimiento.

La discusión anterior conduce inevitablemente a una pregunta cuya respuesta determinará buena parte del contenido de este tratado. Si la empresa constituye la institución mediante la cual una sociedad organiza su capacidad para crear riqueza, ¿por qué algunas naciones producen continuamente

nuevas empresas mientras otras parecen depender casi exclusivamente de organizaciones creadas por generaciones anteriores? La diferencia no puede atribuirse únicamente al acceso al capital, a la disponibilidad de tecnología o al tamaño de los mercados. Todos esos factores influyen, pero ninguno explica por sí solo un fenómeno que se repite con sorprendente regularidad a lo largo de la historia.

Esta distinción reviste especial importancia porque obliga a reconsiderar el papel del empresario dentro de la sociedad. El verdadero empresario no obtiene su legitimidad por el simple hecho de poseer capital ni por el tamaño de la organización que dirige. Su legitimidad proviene de la capacidad para crear valor de manera sostenida, asumir riesgos que otros no están dispuestos a asumir y organizar recursos que, de otra forma, permanecerían dispersos o improductivos. La utilidad económica constituye una condición necesaria para la supervivencia de la empresa, pero no explica plenamente la función social del empresario. Su verdadera contribución consiste en ampliar las capacidades productivas de la comunidad donde opera.

Esta observación resulta particularmente importante porque durante décadas numerosos programas de desarrollo concentraron sus esfuerzos en estimular la creación de empresas mediante incentivos financieros, subsidios o programas de

asistencia técnica. Tales instrumentos pueden resultar útiles en determinadas circunstancias, pero la evidencia histórica demuestra que, por sí solos, rara vez producen un ecosistema empresarial sólido. Una empresa puede nacer gracias a un incentivo. Muy distinta es la capacidad de sobrevivir, crecer, innovar y competir cuando dicho incentivo desaparece. La permanencia de una organización depende mucho menos de los beneficios temporales que reciba y mucho más de la calidad del entorno institucional y cultural dentro del cual desarrolla sus actividades.

Precisamente por ello, este tratado sostendrá que la formación empresarial comienza mucho antes de la apertura de un negocio. Comienza en la familia, cuando se cultivan hábitos de responsabilidad y autonomía; continúa en la escuela, cuando se desarrolla la curiosidad intelectual y la capacidad para resolver problemas; se fortalece en la universidad mediante el conocimiento especializado; y alcanza su expresión económica cuando el individuo encuentra un entorno institucional que protege su libertad para emprender. La empresa constituye la culminación de ese proceso, no su punto de partida.

Éste ha sido uno de los grandes equívocos de buena parte de las políticas de desarrollo aplicadas durante el último siglo. Se diseñaron programas destinados a crear empresas desde la administración

pública, como si el emprendimiento pudiera producirse mediante decretos, reglamentos o subsidios permanentes. En algunos casos se obtuvieron resultados iniciales alentadores. No obstante, una vez desaparecidos los incentivos extraordinarios, muchas de aquellas organizaciones dejaron de operar o nunca alcanzaron la capacidad necesaria para competir de manera autónoma. La razón resulta relativamente sencilla. Una empresa puede recibir apoyo para comenzar sus operaciones, pero ninguna organización puede sostenerse indefinidamente si no desarrolla la capacidad de crear valor para la sociedad. La viabilidad económica constituye, en última instancia, el único fundamento permanente de la existencia empresarial.

El desarrollo deja de entenderse como un conjunto de políticas económicas y comienza a revelarse como una cualidad de la propia sociedad. Una civilización se desarrolla cuando aprende a reproducir continuamente las condiciones que permiten el nacimiento de nuevas empresas, la formación de nuevos líderes, la incorporación permanente de conocimiento y la expansión constante de las oportunidades económicas. La riqueza constituye la consecuencia visible de ese proceso, pero nunca su causa. La causa reside siempre en la capacidad creadora de una sociedad libre, organizada y culturalmente orientada hacia el trabajo, la innovación y la responsabilidad.

Si observamos cuidadosamente la evolución de las economías más prósperas del mundo, advertimos un fenómeno que rara vez ocupa un lugar central en el análisis económico. Habitualmente medimos el éxito de una empresa por sus ingresos, por la magnitud de sus inversiones, por la cantidad de personas que emplea o por su participación en el mercado. Todos estos indicadores poseen indudable utilidad. Sin embargo, describen únicamente los resultados visibles de una realidad mucho más profunda. La verdadera contribución de una empresa no consiste exclusivamente en aquello que produce para vender, sino en las capacidades que genera mientras produce.

Esta afirmación merece una explicación cuidadosa. Cada empresa constituye una escuela permanente de aprendizaje. En ella se forman administradores, técnicos, ingenieros, investigadores, vendedores, especialistas en logística, diseñadores, financieros y líderes organizacionales. El conocimiento adquirido por estas personas no permanece encerrado dentro de la organización. Con el paso del tiempo se desplaza hacia otras empresas, da origen a nuevos emprendimientos, fortalece instituciones educativas y enriquece el capital intelectual de toda la sociedad. La empresa produce bienes y servicios, pero simultáneamente produce experiencia, liderazgo, disciplina organizacional y conocimiento práctico. Esta segunda producción,

aunque menos visible, suele tener consecuencias mucho más duraderas que la primera.

La historia empresarial ofrece innumerables ejemplos de este fenómeno. Muchas de las organizaciones que posteriormente transformaron industrias completas fueron fundadas por personas que anteriormente habían adquirido experiencia en otras empresas. Los grandes ecosistemas tecnológicos contemporáneos no surgieron porque una organización decidiera crear deliberadamente un conglomerado industrial. Surgieron porque miles de profesionales formados en determinadas empresas llevaron posteriormente ese conocimiento hacia nuevos proyectos, nuevas compañías y nuevas innovaciones. La empresa actúa, de esta manera, como un mecanismo permanente de difusión del conocimiento productivo.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, la empresa convierte capacidades potenciales en producción organizada. En el desarrollo de «La empresa como espacio de aprendizaje», coordina trabajo, capital, conocimiento y riesgo bajo una responsabilidad común; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: su contribución debe medirse por valor, aprendizaje y oportunidades que puede sostener. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

Innovación, proveedores y mercados

La empresa privada adquiere un significado todavía más amplio que el desarrollado en las páginas anteriores. No constituye únicamente una organización eficiente para producir bienes y servicios. Representa uno de los principales mecanismos mediante los cuales una civilización renueva permanentemente su capacidad de aprender. Cada empresa que incorpora una nueva tecnología, desarrolla un producto diferente, conquista un mercado desconocido o encuentra una solución más eficiente está ampliando el repertorio de conocimientos prácticos disponible para toda la sociedad. Su contribución trasciende ampliamente el ámbito mercantil. Participa activamente en el proceso mediante el cual una civilización evita el estancamiento intelectual y económico.

Resulta significativo que buena parte de la teoría económica haya concentrado su atención en la distribución de recursos escasos y no en el proceso mediante el cual esos recursos adquieren un valor completamente nuevo. La escasez constituye una condición permanente de la existencia humana; la creación representa la respuesta que la civilización ha desarrollado frente a esa condición. Cada innovación tecnológica, cada descubrimiento científico, cada nuevo método de producción y cada forma superior de organización empresarial

constituye una demostración de que la humanidad no enfrenta la escasez únicamente distribuyendo mejor lo que posee. La enfrenta ampliando continuamente aquello que es capaz de producir. En esta diferencia descansa buena parte de la evolución económica de los últimos tres siglos.

La creación, sin embargo, nunca ocurre de manera aislada. Incluso las contribuciones aparentemente individuales descansan sobre un patrimonio intelectual acumulado por generaciones anteriores. Ningún inventor comienza desde cero; ningún empresario crea una organización utilizando únicamente sus propios conocimientos; ninguna universidad produce ciencia al margen de la tradición académica que la precede. Toda creación representa, simultáneamente, un acto de continuidad y un acto de innovación. Se construye sobre el pasado, pero introduce algo que el pasado todavía no contenía. Precisamente por ello, las civilizaciones que progresan no son aquellas que rompen permanentemente con su historia ni aquellas que permanecen inmóviles frente al cambio. Son aquellas que aprenden a transformar creativamente el legado recibido.

La empresa privada ha demostrado históricamente una extraordinaria capacidad para preservar ese equilibrio. Toda organización empresarial que compite en mercados abiertos vive sometida a una disciplina permanente. Debe

administrar con eficiencia aquello que ya construyó y, al mismo tiempo, innovar constantemente para no quedar rezagada frente a competidores que buscan resolver los mismos problemas de manera más eficaz. Esta tensión obliga a la empresa a desarrollar una cultura donde la estabilidad y el cambio dejan de ser conceptos opuestos para convertirse en condiciones complementarias de su supervivencia. La organización que únicamente administra termina perdiendo competitividad; la que solamente innova sin consolidar procesos tampoco logra perdurar. La permanencia depende precisamente de la capacidad para armonizar ambas dimensiones.

Quizás sea ésta una de las razones por las cuales las sociedades con mayor densidad empresarial muestran también una notable capacidad de adaptación frente a transformaciones económicas profundas. Cuando una tecnología desaparece, otra ocupa su lugar. Cuando una industria madura comienza a declinar, nuevas organizaciones exploran sectores diferentes. El conocimiento acumulado no desaparece; se reorganiza alrededor de nuevas oportunidades. La sociedad conserva así su capacidad creadora aun cuando cambien las circunstancias específicas bajo las cuales esa creatividad se expresa. Éste constituye, probablemente, uno de los rasgos más importantes de las economías verdaderamente desarrolladas: no dependen de una industria determinada, de una empresa específica ni de un

recurso natural particular. Dependen de una cultura capaz de crear continuamente nuevas respuestas frente a problemas siempre cambiantes.

La empresa puede entenderse como una institución dedicada a reducir una de las formas más costosas de desperdicio que conoce la humanidad: el desperdicio del talento. Ninguna sociedad puede permitirse que el conocimiento permanezca aislado, que las capacidades individuales se desarrollen sin coordinación o que la creatividad de millones de personas carezca de un espacio donde transformarse en resultados concretos. La empresa resuelve precisamente ese problema. Reúne personas con conocimientos distintos, organiza responsabilidades, establece objetivos comunes y convierte talentos dispersos en una capacidad colectiva que supera ampliamente la suma de las capacidades individuales.

Esta idea modifica profundamente la forma en que debemos interpretar la productividad. Tradicionalmente se entiende la productividad como la relación entre insumos y productos. Sin abandonar esa definición, conviene ampliar su significado. La productividad también puede entenderse como la capacidad de una sociedad para coordinar inteligentemente su talento. Dos economías pueden disponer de recursos naturales semejantes, niveles educativos comparables e inversiones equivalentes. Sin embargo, aquella que logre organizar mejor el

conocimiento de sus ciudadanos obtendrá resultados muy superiores. La diferencia no radica únicamente en los recursos disponibles, sino en la calidad de la organización que los articula.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, la empresa conserva y organiza capacidades que trascienden una transacción. En el desarrollo de «Innovación, proveedores y mercados», su permanencia reúne experiencia, liderazgo, tecnología y relaciones de confianza; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: juzgarla sólo por su forma jurídica ocultaría su función civilizatoria. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

Éste es, probablemente, el punto donde la teoría económica comienza a encontrarse con la filosofía de la civilización. La riqueza deja de ser una simple magnitud contable para convertirse en la expresión visible de una capacidad creadora mucho más profunda. Cada empresa fundada, cada descubrimiento científico, cada universidad que forma conocimiento útil, cada institución que fortalece la confianza y cada innovación que resuelve problemas humanos amplían simultáneamente el patrimonio económico y el patrimonio civilizacional de una nación. La verdadera riqueza no consiste únicamente en aquello que una sociedad posee al

finalizar una generación. Consiste, sobre todo, en aquello que ha aprendido a crear para las generaciones que todavía están por venir.

La empresa aparece precisamente en el punto donde ambas dimensiones se encuentran. Toda organización empresarial administra recursos existentes, pero lo hace con el propósito de producir un valor que anteriormente no existía. Esa diferencia explica por qué la empresa nunca puede limitarse a repetir indefinidamente los mismos procesos. La competencia, el cambio tecnológico y la evolución de las necesidades humanas obligan a innovar constantemente. Cada organización que deja de crear comienza, lenta pero inexorablemente, a consumir el patrimonio acumulado durante etapas anteriores. El mercado no castiga únicamente la ineficiencia; castiga también la incapacidad para seguir creando.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, la empresa privada acumula experiencia organizacional además de capital. En el desarrollo de «Innovación, proveedores y mercados», procesos, relaciones, marcas y criterio permiten que la producción aprenda a través del tiempo; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: proteger competencia y sucesión responsable conserva esa memoria sin convertirla en privilegio. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

Esta realidad adquiere una importancia extraordinaria para las economías pequeñas y abiertas. En ellas, el patrimonio empresarial suele concentrarse en organizaciones familiares que, además de producir bienes y servicios, conservan una parte significativa de la memoria económica de la comunidad. Sus propietarios conocen mercados, proveedores, clientes, tecnologías y prácticas comerciales acumuladas durante décadas. Cada vez que una de estas empresas desaparece sin transmitir adecuadamente ese conocimiento, la pérdida trasciende el ámbito privado. La economía pierde una parte de su experiencia acumulada y reduce, aunque sea imperceptiblemente, su capacidad para afrontar nuevos desafíos competitivos.

La empresa privada ocupa un lugar singular dentro de esta arquitectura porque convierte principios abstractos en realidades concretas. Allí donde la libertad, la responsabilidad, el conocimiento y el capital convergen bajo una organización eficiente, comienzan a aparecer nuevas oportunidades económicas. Cada empresa exitosa amplía simultáneamente las opciones disponibles para consumidores, trabajadores, proveedores e inversionistas. Su verdadera aportación no consiste únicamente en producir utilidades para sus propietarios, sino en incrementar el conjunto de posibilidades abiertas para toda la comunidad. La utilidad constituye el indicador de que la

organización está creando valor; pero el valor trasciende ampliamente la utilidad.

Precisamente por ello resulta insuficiente analizar la empresa únicamente desde la perspectiva de sus estados financieros. Una organización empresarial representa un centro permanente de aprendizaje social. En ella se perfeccionan métodos de producción, se desarrollan nuevas tecnologías, se forman líderes, se incorporan innovaciones administrativas y se construyen relaciones de confianza que posteriormente benefician al conjunto de la economía. Buena parte del progreso de una nación ocurre silenciosamente dentro de miles de empresas cuya contribución rara vez ocupa titulares, pero cuya labor cotidiana amplía de manera continua la frontera de las posibilidades económicas.

La experiencia histórica confirma esta relación con extraordinaria claridad. Las sociedades que protagonizaron los grandes ciclos de desarrollo económico no solamente incorporaron nuevas tecnologías o ampliaron su capacidad industrial. También modificaron la valoración social del conocimiento, del emprendimiento, del trabajo especializado y de la educación. La innovación dejó de ser una actividad excepcional para convertirse en una expectativa permanente. La empresa dejó de percibirse como un privilegio reservado a unos pocos y comenzó a entenderse como una institución legítima al servicio de la creación de riqueza y del

progreso colectivo. La educación dejó de limitarse a transmitir conocimientos heredados y pasó a formar personas capaces de ampliar las fronteras del saber existente.

La empresa privada constituye uno de los espacios donde esa interacción entre economía y cultura puede observarse con mayor claridad. Ninguna organización prospera exclusivamente gracias al capital financiero que posee. Su verdadero potencial depende de la cultura que logra construir entre quienes la integran. Empresas con tecnologías semejantes, recursos comparables y acceso a los mismos mercados obtienen resultados profundamente distintos cuando difieren en aspectos como la confianza, el liderazgo, la disciplina organizacional, el aprendizaje continuo o la valoración del mérito. Lo mismo ocurre entre las naciones. El desarrollo no depende únicamente de los recursos disponibles, sino de la cultura mediante la cual esos recursos son organizados y utilizados.

En consecuencia, una universidad no debe medirse únicamente por el número de títulos que confiere ni por la cantidad de profesionales que incorpora al mercado de trabajo. Su verdadera contribución consiste en aumentar la capacidad creadora de la sociedad. Cada investigador que descubre un nuevo conocimiento, cada ingeniero que desarrolla una solución tecnológica, cada empresario que transforma una idea en una organización

productiva y cada maestro que despierta la curiosidad intelectual de sus estudiantes están participando en un mismo proceso histórico. Todos contribuyen a preservar la continuidad creadora de la civilización.

Cada vez que una familia enseña a sus hijos el valor del trabajo disciplinado, está tomando una decisión sobre el tipo de sociedad que desea construir. Cada vez que un maestro despierta la curiosidad intelectual de un estudiante, fortalece la capacidad creadora de la comunidad. Cada empresario que decide reinvertir sus utilidades para ampliar su empresa en lugar de limitarse al consumo inmediato está apostando por el futuro. Cada investigador que dedica años a resolver un problema científico cuya utilidad todavía no resulta evidente está ampliando el patrimonio intelectual de generaciones que quizá nunca conocerá. Ninguna de estas decisiones altera por sí sola el rumbo de una nación. Sin embargo, cuando millones de ellas apuntan en una misma dirección, terminan modificando el destino histórico de un pueblo.

La empresa privada ocupa un lugar central dentro de este proceso porque constituye la institución donde la creación deja de ser una aspiración intelectual y se convierte en una realidad organizada. La empresa transforma ideas en procesos, procesos en productos, productos en riqueza y riqueza en nuevas oportunidades de inversión, empleo e

innovación. Pero su función histórica resulta todavía más amplia. Cada empresa exitosa modifica silenciosamente las expectativas culturales de la sociedad. Demuestra que la creatividad organizada produce resultados, que el riesgo responsable puede generar bienestar y que la cooperación voluntaria constituye una fuerza extraordinariamente poderosa para transformar la realidad. La empresa educa incluso cuando no pretende hacerlo. Su mera existencia transmite una determinada concepción de la relación entre libertad, responsabilidad y creación.

La riqueza es una de las manifestaciones del valor, pero no la única. Una universidad crea valor antes de crear riqueza. Un tribunal imparcial crea valor. Una familia que forma ciudadanos responsables crea valor. Una institución científica crea valor. Una organización cultural fortalece la identidad y el capital social, y también crea valor. Resulta importante detenerse en esta afirmación porque modifica profundamente la comprensión del beneficio económico. Con frecuencia la utilidad empresarial se interpreta exclusivamente como la recompensa obtenida por el propietario del capital. Sin negar esa dimensión, conviene recordar que la utilidad constituye también un mecanismo mediante el cual la sociedad comunica a la empresa que los recursos utilizados han producido un valor superior al que habría podido alcanzarse mediante usos alternativos. Cuando una organización obtiene

beneficios de manera legítima y en un mercado competitivo, está recibiendo una señal de que ha servido eficazmente a otras personas. La utilidad deja entonces de aparecer como un fenómeno exclusivamente financiero y adquiere una dimensión social mucho más amplia.

Esta realidad explica por qué las sociedades abiertas al intercambio de ideas muestran una extraordinaria capacidad para innovar. La creatividad humana raramente prospera en el aislamiento. Necesita confrontar perspectivas distintas, incorporar experiencias diferentes y aprender continuamente de otras personas, otras organizaciones y otras culturas. El comercio internacional nunca ha consistido exclusivamente en el movimiento de mercancías. Ha representado también el movimiento de conocimientos, tecnologías, instituciones, prácticas empresariales y formas de organización que posteriormente transforman la economía de quienes las reciben.

Gobernanza y continuidad organizacional

Por esa razón, la empresa privada no debe entenderse únicamente como participante del mercado. Debe comprenderse como una institución que organiza el intercambio permanente de conocimientos, capital, trabajo, innovación y

confianza. Cada empresa constituye un espacio donde miles de intercambios invisibles ocurren diariamente. Se intercambian ideas entre ingenieros y diseñadores; experiencia entre trabajadores veteranos y nuevas generaciones; información entre proveedores y clientes; conocimiento entre universidades y laboratorios; capital entre inversionistas y emprendedores. El producto final representa solamente la expresión visible de una red mucho más compleja de intercambios intelectuales y humanos.

La empresa privada aparece nuevamente como la institución que mejor expresa esta transformación. Las organizaciones contemporáneas ya no operan como unidades aisladas. Funcionan dentro de complejas redes de proveedores, centros de investigación, universidades, inversionistas, laboratorios, plataformas digitales y mercados distribuidos por múltiples continentes. Una innovación desarrollada en un laboratorio universitario puede perfeccionarse en otro país, financiarse desde un tercero, manufacturarse en un cuarto y comercializarse globalmente mediante plataformas digitales. Ninguna de estas etapas puede comprenderse adecuadamente desde una visión exclusivamente nacional de la economía. Todas forman parte de un mismo proceso de integración creadora.

Ésta constituye, precisamente, la lógica sobre la cual descansa el concepto del Gran Caribe. Su propósito trasciende ampliamente la integración comercial tradicional. Aspira a crear un ecosistema regional donde la empresa privada, la educación superior, la investigación científica, la cultura, la diplomacia económica y la innovación tecnológica actúen como partes de una misma arquitectura creadora. La integración deja de perseguir exclusivamente el aumento del comercio para orientarse hacia un objetivo superior: aumentar la capacidad civilizacional de toda la región.

Aparece una conclusión que, a juicio del autor, resulta decisiva para comprender el futuro de las sociedades libres. La competencia entre las naciones tenderá a desplazarse progresivamente desde la acumulación de recursos hacia la acumulación de capacidades para aprender. Los recursos continuarán siendo importantes. La inversión seguirá desempeñando un papel esencial. El comercio internacional conservará toda su relevancia. Sin embargo, la diferencia entre las economías líderes y aquellas que permanecerán rezagadas dependerá crecientemente de la rapidez con que transformen información en conocimiento, conocimiento en innovación, innovación en empresa y empresa en valor para la sociedad. La verdadera riqueza del siglo XXI residirá menos en aquello que una nación posee

y mucho más en aquello que sea capaz de aprender antes que las demás.

Conviene detenerse en esta afirmación porque modifica profundamente la forma en que interpretamos la historia económica. Las civilizaciones que admiramos no fueron aquellas que evitaron las crisis. Todas enfrentaron guerras, epidemias, transformaciones tecnológicas, conflictos sociales y profundas alteraciones políticas. Lo que las distinguió fue su capacidad para convertir esas circunstancias en oportunidades de aprendizaje institucional. Cada crisis produjo nuevas formas de organización, nuevas tecnologías, nuevas empresas, nuevas universidades y nuevas respuestas frente a desafíos que anteriormente parecían insuperables. La renovación no ocurrió a pesar de las dificultades. En muchos casos ocurrió precisamente como consecuencia de ellas.

Precisamente por ello, la empresa privada ocupa un lugar tan central dentro de la presente teoría. Ninguna otra institución se encuentra sometida de manera tan constante a la disciplina de la renovación. La empresa que deja de aprender pierde competitividad. La que deja de innovar termina siendo desplazada por organizaciones capaces de ofrecer mayor valor a la sociedad. Esta presión permanente convierte a la empresa en uno de los principales laboratorios de adaptación institucional. Cada innovación exitosa demuestra que la

renovación no constituye una amenaza para la estabilidad. Constituye la condición indispensable de su permanencia.

El liderazgo adquiere una dimensión distinta. El verdadero líder no administra únicamente instituciones existentes. Construye instituciones capaces de seguir renovándose cuando él ya no esté presente. Su éxito no debe medirse por la cantidad de decisiones que concentra en torno a su persona, sino por la capacidad que deja instalada dentro de la organización para continuar aprendiendo, innovando y creando sin depender permanentemente de su dirección. La continuidad del liderazgo se manifiesta precisamente cuando la institución conserva su dinamismo una vez desaparecida la figura del fundador.

Precisamente por ello, la empresa privada adquiere una importancia que trasciende ampliamente la producción de bienes y servicios. Su principal contribución consiste en transformar capacidades potenciales en capacidades efectivas. El conocimiento adquirido en una universidad encuentra aplicación práctica dentro de la empresa. La investigación científica se convierte en innovación tecnológica. El ahorro se transforma en inversión. La creatividad individual se convierte en organización colectiva. La empresa constituye el punto donde múltiples capacidades dispersas convergen para

producir una capacidad superior. En ello reside una parte esencial de su función histórica.

La respuesta parece evidente, pero sus implicaciones rara vez se exploran con suficiente profundidad. Antes de toda distribución debe existir un proceso de creación. Ninguna sociedad puede distribuir indefinidamente aquello que no produce. Ninguna institución puede asignar recursos que previamente no hayan sido creados por el esfuerzo combinado del conocimiento, el trabajo, el capital y la organización. Esta secuencia no constituye una preferencia ideológica. Constituye una realidad histórica observable en toda civilización que haya alcanzado niveles elevados de prosperidad.

Sin embargo, reconocer la necesidad del orden no equivale a atribuirle al Estado la totalidad del proceso de desarrollo. La historia demuestra precisamente lo contrario. Ningún gobierno ha producido por sí solo las grandes revoluciones científicas, los avances tecnológicos, las innovaciones empresariales o las transformaciones productivas que modificaron el rumbo de la civilización. Tales avances surgieron de una interacción compleja entre investigadores, emprendedores, universidades, organizaciones profesionales, empresas, instituciones financieras y millones de personas actuando libremente dentro de un marco jurídico relativamente estable. El Estado hizo posible ese entorno; la sociedad produjo el desarrollo.

Precisamente por ello, la empresa privada ocupa una posición singular dentro del proceso de inversión. Ninguna otra institución transforma con tanta frecuencia recursos financieros en capacidades organizadas. El capital invertido dentro de una empresa deja de ser una suma de dinero para convertirse en tecnología, conocimiento aplicado, organización del trabajo, investigación, aprendizaje, experiencia acumulada y confianza entre quienes participan de un mismo proyecto productivo. La rentabilidad constituye una manifestación importante de ese proceso, pero no su única consecuencia. La empresa deja tras de sí una capacidad instalada que continuará generando valor mucho después de haberse recuperado la inversión inicial.

La historia económica suele presentar a la empresa como una organización destinada a producir bienes y servicios para obtener beneficios económicos. Desde la perspectiva de la administración, constituye una unidad donde se coordinan personas, recursos y procesos para alcanzar objetivos determinados. El derecho la reconoce como una persona jurídica. Las finanzas la observan como un vehículo para asignar capital. Todas estas definiciones describen aspectos reales de la empresa. Sin embargo, ninguna alcanza plenamente a explicar su verdadera importancia histórica.

Resulta significativo observar que ninguna de las grandes transformaciones económicas de la historia habría sido posible sin el desarrollo paralelo de nuevas formas empresariales. La Revolución Industrial no fue solamente una revolución tecnológica. Fue igualmente una revolución organizacional. La fábrica moderna permitió coordinar conocimientos, capital y trabajo en una escala anteriormente desconocida. Más tarde aparecieron las corporaciones multinacionales, las empresas intensivas en conocimiento, las organizaciones digitales y las redes globales de innovación. En cada etapa histórica la evolución de la empresa acompañó y, en numerosas ocasiones, precedió la evolución de la economía.

Conviene detenerse en esta observación porque modifica la comprensión tradicional del desarrollo. Con frecuencia atribuimos el progreso económico a las innovaciones tecnológicas. Sin embargo, toda tecnología requiere una organización capaz de incorporarla, perfeccionarla y ponerla al servicio de la sociedad. Un descubrimiento científico permanece como conocimiento potencial mientras no exista una institución que lo transforme en aplicaciones concretas. La empresa cumple precisamente esa función. Convierte el conocimiento en capacidad productiva. Convierte la investigación en innovación. Convierte la creatividad en valor económico y social.

En ese proceso reside buena parte de su trascendencia histórica.

Precisamente por ello, la empresa debe entenderse como una institución educativa además de económica. Educa a través del trabajo, del ejemplo, de la disciplina organizacional, de la innovación y de la responsabilidad compartida. Forma líderes. Desarrolla capacidades técnicas. Enseña a resolver problemas bajo condiciones reales. Transmite una cultura de cooperación que difícilmente puede adquirirse exclusivamente mediante la educación formal. Cada organización exitosa constituye una escuela donde el conocimiento deja de ser teoría para convertirse en acción transformadora.

Aquí aparece una diferencia que considero fundamental para esta teoría. La empresa no crea riqueza porque posea capital. Tampoco porque emplee trabajadores. La empresa crea riqueza porque organiza capacidades. El capital, el trabajo, la tecnología y el conocimiento representan recursos extraordinariamente importantes, pero permanecen dispersos hasta que una organización logra integrarlos alrededor de un propósito común. La verdadera ventaja competitiva no surge de la mera acumulación de recursos. Surge de la calidad con la cual esos recursos son coordinados para crear valor superior al que producirían de manera independiente.

Esta afirmación tiene implicaciones profundas. Coloca a la empresa en el mismo nivel analítico que la universidad, el tribunal, la familia o el Estado: no como un simple actor económico, sino como una institución que cumple una función insustituible dentro de la arquitectura de la civilización. La empresa deja así de ser únicamente un participante del mercado y se convierte en el principal mecanismo mediante el cual una sociedad transforma libertad, conocimiento y responsabilidad en desarrollo sostenible y continuidad civilizacional. Reconocer esa función permite evaluar la empresa no sólo por sus resultados financieros, sino también por las capacidades que organiza, transmite y renueva.

La economía tradicional observa recursos. La presente teoría dirige su atención hacia la capacidad para convocarlos. Entre el recurso disponible y el valor finalmente creado existe un espacio que solamente puede ser ocupado por la organización humana. Ninguna universidad produce conocimiento relevante únicamente por existir. Ninguna empresa innova simplemente porque dispone de capital. Ningún laboratorio transforma la ciencia en tecnología sin investigadores capaces de colaborar alrededor de un mismo propósito. El liderazgo constituye precisamente la inteligencia organizadora que convierte capacidades dispersas en capacidades integradas.

Resulta particularmente significativo observar que las grandes transformaciones económicas de la historia fueron precedidas por extraordinarios procesos de convocatoria. La Revolución Industrial reunió inventores, empresarios, financistas, ingenieros y trabajadores especializados. La revolución científica moderna articuló universidades, academias y centros de investigación. Las grandes empresas tecnológicas contemporáneas integran disciplinas que hace apenas unas décadas apenas mantenían contacto entre sí. Ninguna de estas transformaciones puede explicarse únicamente por la existencia de recursos. Todas exigen comprender la extraordinaria capacidad humana para convocar talentos alrededor de una visión compartida.

Precisamente aquí aparece una diferencia fundamental entre administrar y liderar. La administración procura optimizar los recursos existentes. El liderazgo amplía el conjunto mismo de los recursos disponibles mediante la incorporación de nuevas personas, nuevas ideas, nuevas alianzas y nuevas instituciones. Administrar correctamente constituye una condición indispensable para toda organización. Sin embargo, ninguna civilización alcanzó etapas superiores de desarrollo limitándose a administrar eficientemente aquello que ya poseía. Todas avanzaron porque determinados líderes fueron capaces de convocar capacidades que anteriormente permanecían desconectadas.

En consecuencia, el liderazgo constituye una de las capacidades civilizacionales más importantes. No porque sustituya a las instituciones, sino porque las pone en movimiento. No porque concentre el poder, sino porque distribuye responsabilidades. No porque monopolice el conocimiento, sino porque integra conocimientos diversos en torno a un propósito compartido. El liderazgo representa, en última instancia, la facultad de convertir una visión en una organización y una organización en un proceso permanente de creación de valor para toda la sociedad.

Algo semejante puede observarse en el desarrollo de la empresa moderna. Ninguna organización importante depende exclusivamente de las personas que circunstancialmente la dirigen. Una empresa que descansa únicamente sobre el talento de su fundador difícilmente sobrevivirá a su retiro. En cambio, cuando logra convertir la experiencia acumulada en procesos, principios, cultura organizacional y capacidad para formar nuevas generaciones de dirigentes, comienza a adquirir una permanencia que trasciende a los individuos. La empresa deja entonces de ser simplemente una organización económica para convertirse en una institución capaz de preservar conocimiento productivo.

Por esa razón, el desarrollo no puede entenderse como un proceso dirigido exclusivamente desde una autoridad, por competente que ésta sea. Ningún

gobierno dispone del conocimiento necesario para anticipar todas las innovaciones futuras, ni para identificar de antemano qué empresa, qué universidad o qué investigador encontrará la próxima solución transformadora. Ese conocimiento permanece distribuido entre millones de personas. La función de una sociedad libre consiste precisamente en permitir que ese conocimiento disperso encuentre formas de organización capaces de convertirlo en valor para toda la comunidad.

Lo mismo puede afirmarse de la empresa cuando alcanza su mayor grado de desarrollo institucional. Una organización verdaderamente grande no limita su horizonte al próximo balance financiero ni a los resultados del siguiente trimestre. Invierte en investigación cuyo éxito no puede garantizarse; forma personas que eventualmente dirigirán otras organizaciones; desarrolla tecnologías cuyos mayores beneficios aparecerán mucho después de recuperada la inversión inicial. La empresa deja entonces de actuar únicamente como una unidad económica y comienza a comportarse como una institución histórica.

Quizá por ello las sociedades más prósperas muestran una característica común que trasciende las diferencias culturales, religiosas o políticas. Todas desarrollan organizaciones cuya misión consiste precisamente en extender el horizonte temporal de la comunidad. Las universidades investigan problemas

cuyo impacto puede manifestarse dentro de varias décadas. Las empresas familiares responsables piensan en la siguiente generación antes que en la siguiente transacción. Las fundaciones preservan patrimonio cultural para quienes aún no han nacido. Los centros científicos exploran preguntas cuya utilidad práctica todavía resulta incierta. En conjunto, estas instituciones enseñan a la sociedad a mirar más allá del presente.

La empresa privada participa de manera decisiva en este proceso porque constituye el espacio donde la creatividad enfrenta la prueba más exigente de todas: la realidad. Una idea puede parecer brillante mientras permanece en el terreno de la especulación. Solamente cuando intenta resolver un problema concreto comienza a demostrar su verdadero valor. La empresa convierte la imaginación en disciplina. Obliga a confrontar hipótesis con resultados, intuiciones con hechos y aspiraciones con necesidades reales de la sociedad. Esa permanente confrontación entre la idea y la realidad constituye uno de los mayores estímulos para el perfeccionamiento continuo del conocimiento.

Quizá por ello las sociedades más prósperas no son necesariamente aquellas que producen un mayor número de inventos. Son aquellas que logran convertir la creación en parte de su identidad cultural. Sus ciudadanos crecen convencidos de que mejorar lo existente constituye una obligación antes

que una excepción. Sus instituciones aprenden a corregirse sin esperar que las crisis las obliguen a hacerlo. Sus empresas consideran la innovación una responsabilidad permanente y no un proyecto ocasional. Sus universidades entienden que preservar el conocimiento resulta inseparable de ampliarlo. Poco a poco, la creación deja de percibirse como una actividad reservada para individuos extraordinarios y comienza a entenderse como una responsabilidad compartida por toda la sociedad.

La empresa y la civilización

No resulta casual, por consiguiente, que las economías con mayor productividad suelen mostrar una intensa interacción entre universidades, empresas, centros tecnológicos, organizaciones profesionales y sistemas financieros. Ninguna de estas instituciones incrementa por sí sola la productividad nacional. Lo hace el conjunto. La productividad aparece cuando el conocimiento circula, cuando las organizaciones aprenden unas de otras, cuando la innovación encuentra mecanismos para difundirse y cuando el talento puede desplazarse hacia aquellas actividades donde produce mayor valor. Lo que aumenta no es únicamente la eficiencia de una empresa determinada; aumenta la inteligencia organizada de toda la economía.

El capital deja de ser una categoría exclusivamente financiera para convertirse en una de las expresiones más visibles de la continuidad del desarrollo. Cada empresa responsable, cada universidad, cada laboratorio, cada puerto, cada biblioteca, cada sistema jurídico sólido y cada institución confiable representan capital porque incorporan dentro de sí la experiencia creadora acumulada por generaciones anteriores y la ponen al servicio de quienes todavía no han comenzado su propia obra. Quizá ésta sea la función más elevada del capital dentro de una civilización: conservar el pasado únicamente para ampliar el futuro. Allí reside, en última instancia, su verdadera naturaleza económica y su significado histórico.

Lo mismo ocurre con las naciones. Un país puede carecer de abundantes recursos minerales y, sin embargo, ocupar posiciones de liderazgo económico gracias a la calidad de su sistema educativo, de sus centros de investigación, de sus empresas tecnológicas o de sus instituciones jurídicas. Otro puede disponer de enormes riquezas naturales y permanecer rezagado durante generaciones si no logra convertir esos recursos en conocimiento, organización e innovación. La diferencia no reside exclusivamente en la dotación inicial de factores. Reside en la extraordinaria capacidad de transformar recursos en inteligencia organizada.

La teoría económica clásica reconoció desde muy temprano que el trabajo, la tierra y el capital constituían los factores fundamentales de la producción. Posteriormente, la evolución del pensamiento económico incorporó otros elementos igualmente relevantes. Alfred Marshall observó la creciente importancia de la organización empresarial dentro del proceso productivo (Marshall, 1920). Joseph Schumpeter situó al empresario innovador en el centro de la dinámica económica (Schumpeter, 1934/1983). Décadas más tarde, Robert Solow demostró que una parte considerable del crecimiento económico no podía explicarse únicamente mediante la acumulación de capital y trabajo, atribuyendo ese residuo al progreso tecnológico (Solow, 1957). Paul Romer ampliaría posteriormente esa explicación al demostrar que el conocimiento posee características económicas distintas de los bienes tradicionales y que la producción de ideas modifica profundamente la dinámica del crecimiento (Romer, 1990).

Desde los primeros intentos por explicar la riqueza de las naciones, la economía ha buscado identificar el origen de la prosperidad. Los mercantilistas la asociaron con la acumulación de metales preciosos; los fisiócratas desplazaron la atención hacia la tierra y la agricultura; Adam Smith situó el trabajo, la división de las tareas y la libertad de intercambio en el centro de la explicación (Smith, 1776/1976). David Ricardo amplió el análisis mediante

la teoría de la ventaja comparativa (Ricardo, 1817/2004), mientras que Alfred Marshall incorporó la organización industrial y la evolución de la empresa como elementos esenciales para comprender el funcionamiento de la economía moderna (Marshall, 1920).

A partir de aquí cambia también la manera de interpretar la función de las instituciones. La universidad deja de ser únicamente un centro de enseñanza para convertirse en una organización dedicada a ampliar sistemáticamente la frontera del conocimiento. La empresa deja de ser simplemente una unidad de producción para transformarse en el espacio donde el conocimiento encuentra aplicación económica. El sistema financiero deja de limitarse a movilizar recursos; comienza a asignar capacidades creadoras hacia proyectos con potencial de transformar la realidad. Incluso el Estado de Derecho adquiere una dimensión distinta. Su principal contribución no consiste solamente en preservar el orden, sino en proteger el entorno dentro del cual la sociedad puede crear, experimentar, invertir e innovar con confianza.

Por esta razón, el verdadero patrimonio de una sociedad no debe medirse únicamente por aquello que posee en un momento determinado, sino por el tiempo que sería necesario para reconstruir aquello que posee si llegara a perderlo. Una planta industrial puede reemplazarse mediante nueva inversión. Una

comunidad científica consolidada requiere muchos años para volver a formarse. Una universidad con tradición académica no se crea mediante decreto. Una cultura empresarial tampoco surge por disposición legal. Son el resultado de una lenta acumulación de experiencias, hábitos, conocimientos y formas de cooperación que terminan incorporándose a la vida cotidiana de la sociedad.

El problema no es menor. Ninguna organización puede depender indefinidamente del talento de una sola persona. Ninguna empresa puede fundamentar su permanencia exclusivamente en la visión de su fundador. Ninguna universidad alcanzaría prestigio internacional si cada generación de profesores tuviera que reconstruir nuevamente el conocimiento acumulado por la anterior. La continuidad del desarrollo exige que la experiencia individual deje de pertenecer exclusivamente a quienes la produjeron y pase a formar parte del patrimonio permanente de las instituciones.

La empresa desempeña un papel semejante dentro de la economía. Cada innovación incorpora una experiencia que modifica la forma de producir, administrar, investigar o servir al cliente. Cuando esas experiencias permanecen dispersas, el aprendizaje desaparece con quienes las adquirieron. Cuando se integran a la cultura de la organización, cada nueva generación comienza desde un nivel superior de capacidad. La empresa deja entonces de

limitarse a producir bienes y servicios; comienza a producir conocimiento organizacional.

Esta observación adquiere una importancia particular en el contexto de la economía contemporánea. La complejidad creciente del conocimiento hace imposible que una sola organización concentre todas las capacidades necesarias para competir con éxito. Las cadenas globales de valor, las alianzas estratégicas entre universidades y empresas, los centros de investigación compartidos y las redes internacionales de innovación reflejan una realidad que la teoría del desarrollo debe incorporar plenamente: la ventaja competitiva pertenece cada vez menos al actor aislado y cada vez más a la calidad de las redes de cooperación que ese actor es capaz de construir.

Ésta es una diferencia que conviene establecer desde este momento porque acompañará el resto de la obra. El desarrollo no debe concebirse como una sucesión de variables económicas que evolucionan paralelamente. Debe entenderse como un sistema de relaciones dinámicas. Cuando una universidad mejora la calidad de la investigación que produce, no solamente fortalece el sistema educativo. Incrementa el potencial innovador de las empresas, amplía las posibilidades tecnológicas de la economía y mejora la calidad de las decisiones públicas que eventualmente utilizarán ese conocimiento. Cuando el sistema judicial aumenta su eficiencia, tampoco beneficia

únicamente a quienes acuden a los tribunales. Reduce incertidumbre, facilita la inversión, fortalece la confianza y disminuye los costos de cooperación dentro de toda la economía. Ninguna institución produce efectos exclusivamente sobre sí misma.

Esta observación permite comprender por qué determinadas políticas producen resultados extraordinarios en algunos países y efectos mucho más modestos en otros. La diferencia rara vez reside exclusivamente en la calidad de la política aplicada. Reside en el estado general del sistema dentro del cual esa política intenta operar. Una reforma educativa difícilmente transformará una economía si las empresas permanecen desvinculadas de la investigación. Del mismo modo, una política industrial encontrará resultados limitados cuando las instituciones encargadas de proteger la inversión carecen de credibilidad. Cada intervención modifica una parte del sistema, pero sus efectos dependerán siempre de la calidad de las relaciones existentes entre el resto de sus componentes.

Aquí aparece un aspecto que considero fundamental para el resto del tratado. El desarrollo no consiste únicamente en crear instituciones eficientes. Consiste en construir un ecosistema donde esas instituciones aprendan a potenciarse mutuamente. La creación de valor deja entonces de depender del desempeño extraordinario de una organización específica y comienza a surgir de la

interacción permanente entre todas ellas. Cuando la empresa aprende de la universidad, la universidad aprende de la empresa; cuando ambas fortalecen las instituciones públicas y éstas, a su vez, protegen el entorno donde ambas operan, la sociedad entra en un proceso de retroalimentación positiva que amplía continuamente su capacidad creadora.

Por esa razón, el desarrollo no debe analizarse como la suma de instituciones eficientes consideradas aisladamente. Lo que importa es la calidad de las relaciones que mantienen entre sí. Una universidad extraordinaria producirá resultados limitados si permanece desconectada de la investigación aplicada y del aparato productivo. Un sistema financiero sofisticado tendrá escasa incidencia sobre el desarrollo si no existen empresas capaces de transformar el crédito en innovación. Del mismo modo, una empresa difícilmente alcanzará todo su potencial si el entorno institucional no garantiza seguridad jurídica, estabilidad normativa y protección efectiva de la libertad económica. La fortaleza de una civilización depende menos de la excelencia aislada de cada institución que de la armonía con la cual todas contribuyen a un mismo proceso creador.

Joseph Schumpeter comprendió esta diferencia cuando situó al empresario en el centro del proceso económico. Su empresario innovador no se limita a administrar recursos existentes; introduce nuevas

combinaciones que alteran el equilibrio previo de la economía (Schumpeter, 1934/1983). Esta obra coincide plenamente con esa intuición, pero propone extenderla más allá de la figura del empresario. La capacidad creadora no pertenece exclusivamente a quien funda una empresa. Se manifiesta en el investigador que formula una hipótesis inédita, en el maestro que transforma la manera de enseñar, en el servidor público que simplifica un procedimiento, en el agricultor que mejora un método de cultivo y en el trabajador que descubre una forma más eficiente de realizar una tarea cotidiana. La creación constituye una facultad humana antes que una categoría empresarial.

La teoría económica suele observar el emprendimiento cuando la empresa ya existe. Examina su productividad, su inversión, su capacidad innovadora o su participación en el mercado. Mucho menos frecuente resulta preguntarse por el momento anterior, cuando todavía no existe organización alguna y una persona decide transformar una idea en una realidad económica. Ese instante merece atención porque constituye uno de los actos más característicos de una sociedad libre.

Toda empresa tuvo un origen que no puede expresarse mediante un balance financiero. Antes de aparecer en un registro mercantil, antes de contratar su primer empleado o de producir el primer bien o servicio, existió una decisión personal. Esa decisión

rara vez responde exclusivamente a un cálculo económico. Con frecuencia combina intuición, experiencia, observación, conocimiento acumulado e incluso una determinada comprensión de las necesidades de la comunidad. La economía estudia con detalle el comportamiento de las empresas una vez constituidas; dedica menos atención al proceso mediante el cual una persona decide asumir la responsabilidad de crear una organización que anteriormente no existía.

Esta diferencia adquiere especial importancia cuando se analiza el desarrollo de las pequeñas y medianas empresas. La literatura económica suele concentrar buena parte de su atención en las grandes corporaciones por la magnitud de sus inversiones o por su influencia sobre el comercio internacional. Sin embargo, la historia demuestra que las economías más dinámicas descansan sobre un tejido empresarial extraordinariamente diverso. Las pequeñas empresas constituyen, con frecuencia, el principal espacio donde se experimentan nuevas ideas, se desarrollan innovaciones organizacionales y se forman generaciones completas de empresarios que posteriormente ampliarán su contribución económica. La vitalidad de una economía no depende exclusivamente de la fortaleza de sus grandes empresas. Depende también de la capacidad para renovar continuamente su base empresarial.

Por ello, el emprendimiento representa mucho más que el nacimiento de una empresa. Constituye el momento en que una sociedad convierte la libertad individual en organización económica y la creatividad personal en patrimonio colectivo. La continuidad del desarrollo dependerá, en buena medida, de la frecuencia con la cual ese proceso pueda repetirse y de la calidad institucional con la cual la comunidad aprenda a protegerlo, estimularlo y transmitirlo a quienes asumirán la responsabilidad de crear la siguiente generación de empresas.

La empresa privada participa activamente en este proceso porque representa el principal mecanismo mediante el cual las capacidades acumuladas por la sociedad se transforman nuevamente en riqueza. Cada organización incorpora conocimiento, experiencia, tecnología y formas de cooperación desarrolladas durante años. Pero, al mismo tiempo, cada empresa crea nuevas capacidades que posteriormente se difunden hacia el resto de la economía mediante la formación de trabajadores, el desarrollo de proveedores, la incorporación de innovaciones y la creación de nuevos mercados. La empresa no constituye únicamente una unidad de producción. Es también una institución donde la sociedad acumula experiencia económica organizada.

La empresa privada desempeña una función insustituible dentro de este proceso porque constituye el lugar donde las capacidades dejan de

ser potenciales para convertirse en resultados verificables. En la empresa el conocimiento se somete permanentemente al juicio de la realidad. Las ideas deben demostrar su utilidad; la innovación debe traducirse en mejores procesos, productos o servicios; la organización debe aprender de sus aciertos y de sus errores. Este proceso de validación continua convierte a la empresa en uno de los principales espacios de aprendizaje de toda economía. Su contribución al desarrollo no consiste únicamente en generar riqueza. Consiste igualmente en producir experiencia organizada, disciplina administrativa, liderazgo, innovación y nuevas capacidades que posteriormente se difunden hacia el resto de la sociedad.

La empresa también experimenta procesos semejantes. Las organizaciones rara vez fracasan exclusivamente por falta de recursos financieros. Con frecuencia comienzan perdiendo aquello que originalmente les permitió crecer: la capacidad para aprender. Cuando una empresa deja de cuestionar sus propios procesos, cuando confunde la experiencia con la infalibilidad o cuando interpreta el éxito pasado como garantía del futuro, inicia un proceso de rigidez organizacional que limita progresivamente su capacidad de adaptación. La historia empresarial ofrece innumerables ejemplos de organizaciones que conservaron importantes recursos materiales

mientras perdían silenciosamente su capacidad innovadora.

Esta interacción explica por qué las sociedades más dinámicas muestran una intensa circulación del conocimiento entre organizaciones diferentes. Los investigadores colaboran con empresas; las empresas participan en programas universitarios; los gobiernos desarrollan políticas apoyadas en evidencia científica; las organizaciones profesionales difunden buenas prácticas; los centros tecnológicos aceleran la transferencia de innovación hacia el aparato productivo. La economía deja entonces de depender exclusivamente del conocimiento producido por individuos excepcionales y comienza a descansar sobre una comunidad capaz de aprender colectivamente.

Capítulo 6. Capital, ahorro y memoria de la creación

El análisis de capítulo 6. capital, ahorro y memoria de la creación exige distinguir creación de valor de mera transferencia de rentas. El capital cumple una función legítima cuando financia capacidad productiva, innovación, conocimiento o infraestructura y recibe un rendimiento proporcional al riesgo asumido y al valor generado. Bajo ese criterio, empresa y sociedad no son adversarias: la

primera crea la base material que permite a la segunda sostener aspiraciones sociales duraderas.

El ahorro conserva parte de la creación presente para usos futuros. Al hacerlo, introduce una dimensión temporal en la economía: una sociedad renuncia a consumir todo lo que produce porque reconoce que algunas oportunidades requieren acumulación previa. El capital es, en ese sentido, memoria material de esfuerzos que no fueron agotados en el instante.

Esa memoria puede perderse cuando se consume sin reposición o puede multiplicarse mediante inversión. La calidad institucional determina en gran medida cuál de esos caminos predomina, porque confianza, propiedad y previsibilidad condicionan la voluntad de comprometer recursos por períodos largos.

Ahorro y horizonte temporal

Cuando observamos la evolución de las sociedades más prósperas del mundo encontramos un rasgo constante. Ninguna alcanzó niveles sostenidos de desarrollo únicamente por la acción del Estado ni por la abundancia de sus recursos naturales. Todas desarrollaron una comunidad empresarial capaz de transformar el ahorro en inversión, el conocimiento en innovación y la iniciativa individual en organizaciones productivas. La empresa privada dejó

de ser un simple agente económico para convertirse en el principal mecanismo mediante el cual la sociedad organizó su capacidad creadora.

Aquella aproximación produjo avances significativos. Permitió comprender la importancia de la inversión, de la productividad, del comercio internacional y de la acumulación de capital. Sin embargo, conforme transcurrieron las décadas comenzaron a surgir interrogantes difíciles de responder. ¿Por qué algunos países crecían durante largos períodos sin reducir significativamente la pobreza? ¿Por qué otros alcanzaban altos niveles de ingreso y, sin embargo, experimentaban deterioro institucional, corrupción o estancamiento innovador? ¿Por qué economías con abundantes recursos naturales permanecían rezagadas mientras territorios prácticamente desprovistos de ellos alcanzaban niveles extraordinarios de prosperidad?

Esta observación adquiere especial relevancia para economías pequeñas y abiertas como la de Puerto Rico y para muchas otras jurisdicciones del Caribe. Con frecuencia el debate público se concentra en atraer inversión externa, objetivo legítimo y necesario, pero presta mucha menos atención al fortalecimiento de la empresa nativa. Sin embargo, la experiencia internacional demuestra que las economías más resilientes son aquellas donde conviven exitosamente la inversión internacional con un sólido tejido de empresas locales. Las primeras

aportan capital, tecnología y acceso a mercados; las segundas preservan conocimiento, arraigo, liderazgo y capacidad de decisión dentro de la propia sociedad. Lejos de constituir alternativas excluyentes, ambas dimensiones se complementan y fortalecen mutuamente cuando existe un entorno institucional que favorece la libre competencia y la colaboración.

La experiencia comparada demuestra que las economías más resilientes no descansan exclusivamente sobre la inversión proveniente del exterior ni exclusivamente sobre sus empresas locales. Descansan sobre la interacción permanente entre ambas. La inversión internacional aporta capital, acceso a tecnologías, prácticas gerenciales y conexiones con los mercados globales. La empresa nativa aporta continuidad, conocimiento del entorno, arraigo institucional y una comprensión profunda de las características económicas y culturales de la sociedad donde opera. Cuando ambas dimensiones logran complementarse, el resultado suele ser un ecosistema empresarial mucho más dinámico que aquel construido sobre una sola de ellas.

Esta observación obliga a reconsiderar la forma en que una sociedad debe valorar sus organizaciones productivas. Cuando una empresa desaparece, el análisis económico suele concentrarse en la pérdida de empleos, en la disminución de la inversión o en el efecto inmediato sobre la actividad comercial. Todos estos elementos son importantes, pero no agotan el

problema. La desaparición de una empresa también puede significar la pérdida de una escuela de liderazgo, de un laboratorio permanente de innovación, de una cultura organizacional construida durante décadas y de una comunidad de aprendizaje que difícilmente podrá reconstruirse en el corto plazo. La destrucción del capital físico puede compensarse mediante nuevas inversiones. La reconstrucción del capital organizacional requiere mucho más tiempo porque depende de procesos acumulativos que no pueden improvisarse.

Una de las características más llamativas de la literatura económica contemporánea consiste en la extraordinaria precisión con que define conceptos como capital, productividad, inflación, inversión o consumo. Todos ellos han sido objeto de décadas de investigación, refinamiento conceptual y verificación empírica. Sin embargo, existe un concepto cuya importancia resulta cada vez más evidente y que, paradójicamente, continúa ocupando un lugar secundario dentro del análisis económico. Me refiero a la capacidad.

Cuando una sociedad aprende a coordinar eficazmente su inteligencia colectiva ocurre un fenómeno extraordinario. El conocimiento deja de acumularse únicamente en individuos y comienza a permanecer en las instituciones. La experiencia de una generación no desaparece con su retiro. La innovación desarrollada por un equipo se convierte

en el punto de partida para el siguiente. Las organizaciones adquieren memoria. La economía comienza a aprender. Y cuando una economía aprende sistemáticamente, la prosperidad deja de depender del azar para convertirse en el resultado previsible de una capacidad colectiva cuidadosamente cultivada.

Capital como memoria productiva

Esta perspectiva modifica igualmente nuestra comprensión del capital. Tradicionalmente se le ha considerado un factor de producción indispensable para ampliar la capacidad económica. Sin embargo, el capital representa, en realidad, riqueza previamente creada que decide no consumirse para hacer posible una creación futura todavía mayor. Constituye un puente entre generaciones. El ahorro de ayer financia la innovación de mañana. La inversión actual amplía las oportunidades de quienes todavía no han comenzado a producir. Bajo esta luz, el capital deja de ser simplemente un recurso financiero y adquiere una dimensión profundamente civilizacional. Expresa la decisión colectiva de sacrificar consumo inmediato para ampliar la capacidad creadora del futuro.

La economía tradicional ha prestado una atención considerable al capital físico y al capital financiero. Ambos resultan indispensables para comprender el

funcionamiento de las sociedades modernas. Sin embargo, cuando observamos la evolución de las grandes civilizaciones advertimos que existe una forma de patrimonio mucho más determinante. Se trata del capital institucional y cultural acumulado a lo largo del tiempo. Una carretera puede reconstruirse; una fábrica puede levantarse nuevamente; incluso una ciudad devastada por una guerra puede ser reconstruida con suficiente inversión. Mucho más difícil resulta reconstruir la confianza, la disciplina, la ética del trabajo, el respeto por los contratos, la credibilidad de las instituciones o la cultura empresarial que hicieron posible la existencia de aquellas obras materiales. El patrimonio visible puede recuperarse en algunos años. El patrimonio invisible requiere, con frecuencia, varias generaciones.

Esta perspectiva modifica profundamente el significado del ahorro y de la inversión. Con frecuencia ambos conceptos se explican exclusivamente desde la teoría financiera. Se ahorra para consumir en el futuro; se invierte para obtener un rendimiento económico. Estas explicaciones son correctas, pero incompletas. Desde una perspectiva civilizacional, el ahorro representa una decisión ética además de económica. Significa renunciar a una parte del consumo presente para ampliar las posibilidades de quienes habrán de producir en el futuro. La inversión, por su parte, constituye el

mecanismo mediante el cual esa renuncia adquiere una expresión concreta. Cada fábrica construida, cada laboratorio financiado, cada empresa creada y cada universidad fortalecida representan decisiones mediante las cuales una generación deposita confianza en las capacidades de la siguiente.

Éste constituye uno de los puntos donde la economía se encuentra con la ética. Durante demasiado tiempo ambas disciplinas fueron tratadas como si pertenecieran a universos distintos. Sin embargo, toda decisión económica incorpora inevitablemente una dimensión moral porque afecta el uso de recursos que podrían destinarse a múltiples fines alternativos. El ahorro expresa una preferencia por el futuro. La inversión manifiesta confianza en la capacidad creadora de otros. El cumplimiento de un contrato refleja respeto por la palabra empeñada. La innovación representa un compromiso con la mejora continua de las condiciones de vida. Incluso la competencia, correctamente entendida, constituye un proceso mediante el cual diferentes organizaciones procuran servir mejor a la sociedad ofreciendo soluciones superiores a las existentes.

Toda sociedad distribuye riqueza. Ninguna excepción existe a esta regla. Los salarios representan una forma de distribución; las utilidades empresariales constituyen otra; los impuestos redistribuyen parte del ingreso nacional; las herencias trasladan patrimonio entre generaciones;

los mercados financieros canalizan recursos desde el ahorro hacia la inversión. La transferencia de riqueza forma parte inseparable de toda economía organizada. Sin embargo, el hecho de que toda sociedad distribuya riqueza no significa que toda sociedad la cree con la misma intensidad. Ésta constituye una diferencia fundamental que con frecuencia pasa inadvertida dentro del debate económico contemporáneo.

Crédito, confianza y derechos

Esta diferencia posee consecuencias mucho más profundas de lo que normalmente se reconoce. Una sociedad orientada predominantemente hacia la creación organiza sus instituciones para descubrir oportunidades. Su sistema educativo forma personas capaces de resolver problemas. Sus universidades investigan nuevas fronteras del conocimiento. Sus empresas buscan permanentemente innovar. Sus mercados financieros canalizan capital hacia proyectos productivos. Su orden jurídico protege la inversión de largo plazo. Incluso el debate político tiende a concentrarse en cómo ampliar las posibilidades futuras de la comunidad. La creación se convierte en el eje alrededor del cual gravitan las demás instituciones.

La riqueza constituye, por tanto, una consecuencia posterior. El verdadero efecto de la

inversión aparece mucho antes y suele pasar inadvertido. Cada inversión modifica el conjunto de capacidades disponibles para la sociedad. Algunas aumentan la capacidad científica; otras fortalecen la capacidad empresarial; otras desarrollan la capacidad logística, tecnológica, financiera o institucional. Lo que realmente cambia no es únicamente el volumen del capital acumulado. Cambia el horizonte de posibilidades que la civilización pone al alcance de las generaciones futuras.

Aquí conviene introducir una distinción que considero esencial para esta teoría. Tradicionalmente se habla de capital físico, capital financiero, capital humano o capital tecnológico. Todas estas categorías conservan su utilidad analítica. No obstante, todas pueden comprenderse como expresiones particulares de un concepto más amplio: el capital como capacidad organizada. El verdadero patrimonio de una sociedad no consiste únicamente en aquello que posee, sino en aquello que está preparada para hacer gracias a lo que posee. Una fábrica abandonada constituye un activo inmovilizado; una fábrica integrada dentro de una red de innovación, conocimiento, talento y mercados representa una capacidad creadora en pleno funcionamiento. La diferencia económica entre ambas situaciones resulta inmensa.

Esta reflexión modifica igualmente la función del ahorro. Desde la teoría clásica, el ahorro representa consumo diferido. Desde la perspectiva de la Economía de la Creación, el ahorro adquiere un significado todavía más profundo. Constituye la decisión mediante la cual una generación reserva parte de su riqueza para ampliar las capacidades de la siguiente. El ahorro deja entonces de ser un acto estrictamente financiero y se convierte en una manifestación de responsabilidad intergeneracional. Toda inversión verdaderamente transformadora comienza con la decisión de preservar recursos presentes para crear oportunidades futuras.

La empresa representa una de las instituciones más extraordinarias creadas por la civilización. Su grandeza no radica únicamente en producir riqueza. Su verdadera aportación consiste en organizar capacidades humanas que, actuando de manera aislada, jamás alcanzarían los mismos resultados. Allí donde antes existían conocimientos dispersos, la empresa crea coordinación. Allí donde existían talentos individuales, crea inteligencia colectiva. Allí donde había capital inmovilizado, crea inversión productiva. Allí donde existían necesidades insatisfechas, organiza procesos permanentes para resolverlas. Su función trasciende ampliamente el intercambio económico. La empresa constituye uno de los principales instrumentos mediante los cuales la sociedad transforma potencialidades en realidades.

Esta capacidad organizadora adquiere una dimensión todavía mayor cuando se analiza desde la perspectiva del aprendizaje colectivo. Cada empresa constituye una comunidad permanente de conocimiento. Sus integrantes aprenden unos de otros; desarrollan procedimientos; corrigen errores; acumulan experiencia; perfeccionan tecnologías y construyen una cultura organizacional que ninguna inversión financiera podría adquirir directamente. Buena parte del patrimonio de una empresa no aparece registrado en sus estados financieros. Se encuentra incorporado en las personas, en sus relaciones, en sus procesos y en la confianza que han desarrollado a lo largo del tiempo. Ese patrimonio intangible constituye una de las formas más valiosas de capital civilizacional.

Financiamiento para distintas etapas

La historia económica suele atribuir el desarrollo a la acumulación de capital, al progreso tecnológico o a la evolución de las instituciones. Cada uno de estos factores desempeña un papel determinante. Sin embargo, existe una pregunta previa que rara vez recibe la atención que merece. ¿Quién logra reunir las personas, las instituciones, el conocimiento y los recursos necesarios para que esos procesos comiencen? Ningún capital se organiza por sí mismo. Ninguna institución se transforma espontáneamente.

Ninguna innovación adquiere impacto económico hasta que alguien logra articular voluntades alrededor de un propósito compartido. Allí comienza el liderazgo.

Toda sociedad posee memoria. Sin ella, ninguna comunidad podría llamarse verdaderamente civilización. Sin embargo, esa memoria no reside únicamente en los recuerdos de quienes la integran. Las personas nacen, envejecen y desaparecen; las sociedades continúan. La continuidad histórica solamente resulta posible porque la humanidad aprendió a depositar parte de su inteligencia fuera de la memoria individual. Esa inteligencia quedó incorporada en las instituciones.

No debe interpretarse esta afirmación como una invitación a ignorar las necesidades del presente. Ninguna teoría responsable del desarrollo puede desconocer las obligaciones que toda sociedad mantiene con quienes enfrentan dificultades reales e inmediatas. El problema aparece cuando la urgencia deja de ser una circunstancia excepcional y comienza a convertirse en el principio organizador de la vida económica. Allí donde todo se decide en función de la inmediatez, la inversión pierde profundidad, la investigación se reduce, la innovación se debilita y las instituciones comienzan lentamente a renunciar a su función histórica. La civilización deja entonces de construir el futuro para administrar continuamente el presente.

Pocas palabras ocupan un lugar tan importante dentro del pensamiento económico moderno como la productividad. Sobre ella descansan las explicaciones del crecimiento, de la competitividad internacional, de los salarios reales, de la inversión y, en buena medida, de la prosperidad de las naciones. Con razón se afirma que ninguna sociedad puede aspirar a mejorar sostenidamente el nivel de vida de su población si no logra producir cada vez más valor con la misma cantidad de recursos o, preferiblemente, con menos. Sin embargo, esta afirmación, siendo correcta, deja sin responder una pregunta anterior: ¿qué hace posible ese aumento permanente de la productividad?

Existe una tendencia persistente a considerar el capital como un objeto. Se habla del capital financiero, del capital industrial, del capital físico o del capital tecnológico como si cada uno constituyera una realidad independiente que puede medirse, adquirirse o transferirse con relativa facilidad. Desde esa perspectiva, el capital aparece como un recurso disponible cuya importancia depende principalmente de su volumen. Sin embargo, una observación más detenida revela una realidad distinta. El capital no constituye únicamente un conjunto de bienes acumulados. Constituye, sobre todo, la memoria organizada de la creación realizada por generaciones anteriores.

Esta observación permite comprender igualmente por qué el capital jamás actúa de manera aislada. Un sistema financiero sofisticado resulta insuficiente si no encuentra instituciones confiables donde invertir. La tecnología más avanzada pierde buena parte de su potencial cuando escasean las personas capaces de desarrollarla. Incluso el conocimiento científico requiere organizaciones que lo incorporen a la actividad económica. El capital necesita permanentemente del resto de las capacidades civilizacionales para cumplir plenamente su función histórica. Su verdadera fuerza no reside en aquello que posee, sino en aquello que hace posible.

En este punto resulta evidente que el capital posee una dimensión ética que frecuentemente permanece oculta. Administrar capital significa administrar tiempo. Significa decidir qué parte del esfuerzo acumulado por la generación presente será entregada como oportunidad a la siguiente. Una sociedad que consume íntegramente cuanto produce transmite a sus descendientes únicamente el recuerdo de su prosperidad. Una sociedad que transforma parte de esa prosperidad en instituciones, conocimiento y organizaciones transmite algo mucho más valioso: la posibilidad de seguir creando.

Capital e intergeneracionalidad

Existen conceptos cuya utilización constante termina ocultando su verdadero significado. La productividad constituye uno de ellos. Ningún término aparece con mayor frecuencia en los informes económicos, en los planes de desarrollo o en los discursos empresariales. Sin embargo, pocas veces se dedica suficiente atención a una pregunta que precede a todas las demás: ¿por qué aumenta la productividad? La respuesta habitual consiste en mencionar la tecnología, la inversión o el capital humano. Ninguna de estas respuestas es incorrecta. El problema es que todas describen manifestaciones de un proceso mucho más profundo.

Esta observación permite comprender fenómenos que con frecuencia resultan difíciles de explicar mediante los modelos tradicionales. Una nación puede reconstruir edificios destruidos por un desastre natural en pocos años si conserva intactas sus instituciones, su conocimiento y su capital humano. En cambio, reconstruir la confianza perdida, recuperar la calidad de un sistema educativo o restablecer la credibilidad de un sistema judicial puede requerir varias generaciones. El dinero puede movilizar recursos con rapidez. El tiempo necesario para reconstruir determinadas capacidades no puede acelerarse indefinidamente mediante inversión financiera.

Aquí conviene detenerse un instante porque esta diferencia modifica la manera de comprender la inversión. Con frecuencia se afirma que invertir consiste en destinar recursos presentes para obtener beneficios futuros. La afirmación es correcta, pero todavía incompleta. Invertir significa, además, ahorrar tiempo a las generaciones futuras. Cada avance científico evita que otros investigadores deban comenzar nuevamente desde el principio. Cada innovación tecnológica reduce el tiempo necesario para producir un bien o prestar un servicio. Cada mejora institucional disminuye el tiempo que ciudadanos y empresas dedican a resolver conflictos o cumplir procedimientos innecesarios. En todos estos casos la inversión produce una forma de riqueza que rara vez aparece registrada en los estados financieros: libera tiempo humano para destinarlo a nuevas actividades creadoras.

La integración económica adquiere un significado distinto. No se limita a eliminar barreras comerciales ni a facilitar el movimiento de bienes, servicios o capitales. Su propósito más profundo consiste en ampliar el espacio dentro del cual las capacidades humanas pueden encontrarse, complementarse y generar nuevas formas de valor. Una región integrada no es únicamente un mercado de mayor tamaño. Es una comunidad ampliada de aprendizaje, de innovación y de creación.

Esta forma de comprender el desarrollo obliga igualmente a revisar la manera en que se interpreta la causalidad económica. Durante mucho tiempo se ha buscado identificar cuál es el factor determinante del crecimiento. En diferentes momentos se ha atribuido esa función al capital, al trabajo, al progreso tecnológico, al comercio internacional, a las instituciones o al capital humano. Cada una de estas explicaciones contiene una parte importante de la realidad. Sin embargo, observadas desde una perspectiva sistémica, todas presentan una limitación semejante. Tienden a aislar aquello que, por naturaleza, opera integrado.

No parece razonable preguntar si el conocimiento resulta más importante que las instituciones, o si el capital produce mayores efectos que la educación. La pregunta conduce inevitablemente a respuestas parciales porque supone que cada elemento actúa independientemente del resto. La experiencia histórica demuestra exactamente lo contrario. El conocimiento necesita instituciones para preservarse. Las instituciones requieren personas preparadas para administrarlas. La empresa necesita capital, pero también necesita confianza, seguridad jurídica y talento humano. El capital solamente produce desarrollo cuando encuentra organizaciones capaces de utilizarlo productivamente. Cada elemento fortalece a los demás. Ninguno explica por sí solo la totalidad del proceso.

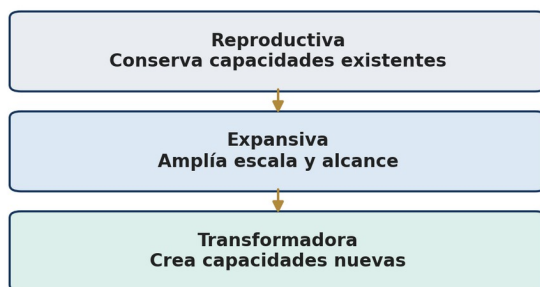
Capítulo 7. La inversión y la expansión de capacidades

Capítulo 7. La inversión y la expansión de capacidades adquiere relevancia cuando el capital deja de ser una magnitud abstracta y se convierte en capacidad productiva duradera. La calidad de esa transformación depende de disciplina financiera, horizontes de largo plazo y criterios que distingan expansión creadora de simple circulación de activos. Su legitimidad se confirma en las empresas, empleos, conocimientos e instituciones que permanecen después de realizada la inversión.

Invertir significa convertir recursos presentes en capacidad futura. Esa capacidad puede ser física, humana, tecnológica, institucional o cultural. La evaluación de una inversión debe considerar, por tanto, algo más que su desembolso inicial o su retorno financiero inmediato.

Una inversión de alta calidad crea opciones que antes no existían. Puede elevar productividad, formar talento, abrir mercados, mejorar infraestructura o producir conocimiento transferible. El criterio central es cuánto amplía la capacidad de una sociedad para seguir creando después de que el proyecto original haya concluido.

Clasificación civilizacional de la inversión



Criterio rector: evaluar la inversión por la capacidad que preserva, amplía o lega.

Figura 2. Clasificación civilizacional de la inversión

Fuente: elaboración propia a partir del marco conceptual desarrollado en esta obra.

Inversión reproductiva

El análisis de inversión reproductiva exige distinguir creación de valor de mera transferencia de rentas. El capital cumple una función legítima cuando financia capacidad productiva, innovación, conocimiento o infraestructura y recibe un rendimiento proporcional al riesgo asumido y al valor generado. Bajo ese criterio, empresa y sociedad no son adversarias: la primera crea la base material que permite a la segunda sostener aspiraciones sociales duraderas.

La inversión debe evaluarse no sólo por su rendimiento financiero, sino también por la capacidad que deja instalada en la sociedad. La inversión reproductiva conserva o repone aquello

que ya existe; evita el deterioro de equipos, instituciones e infraestructura y permite que la actividad continúe. Sin ella, el patrimonio productivo se consume silenciosamente aunque los estados financieros todavía parezcan saludables.

La inversión expansiva aumenta la escala de una capacidad conocida. Amplía plantas, redes, programas educativos, sistemas logísticos o servicios que ya han demostrado utilidad y que pueden alcanzar a un número mayor de personas. Su contribución consiste en extender la frontera cuantitativa de la producción y en reducir restricciones que impiden aprovechar plenamente conocimientos existentes.

Inversión expansiva

Inversión expansiva adquiere relevancia cuando el capital deja de ser una magnitud abstracta y se convierte en capacidad productiva duradera. La calidad de esa transformación depende de disciplina financiera, horizontes de largo plazo y criterios que distingan expansión creadora de simple circulación de activos. Su legitimidad se confirma en las empresas, empleos, conocimientos e instituciones que permanecen después de realizada la inversión.

La inversión transformadora crea capacidades que antes no estaban disponibles. Puede introducir una tecnología, formar una nueva especialidad,

establecer una institución, abrir un mercado, conectar una región o modificar la manera en que varias organizaciones cooperan entre sí. Su valor civilizacional se mide por la cantidad y calidad de decisiones futuras que hace posibles, incluso cuando parte de sus resultados no pueda contabilizarse de inmediato.

Inversión transformadora

El análisis de inversión transformadora exige distinguir creación de valor de mera transferencia de rentas. El capital cumple una función legítima cuando financia capacidad productiva, innovación, conocimiento o infraestructura y recibe un rendimiento proporcional al riesgo asumido y al valor generado. Bajo ese criterio, empresa y sociedad no son adversarias: la primera crea la base material que permite a la segunda sostener aspiraciones sociales duraderas.

Esta clasificación no sustituye el análisis de rentabilidad, riesgo y sostenibilidad financiera. Lo amplía mediante una pregunta intergeneracional: qué podrá hacer la sociedad después de la inversión que no podía hacer antes. Una política de desarrollo madura necesita las tres formas de inversión y debe impedir que el mantenimiento sea sacrificado por proyectos visibles, que la expansión reproduzca

ineficiencias o que la transformación se invoque para justificar iniciativas sin disciplina económica.

Criterios para evaluar el legado de una inversión

Criterios para evaluar el legado de una inversión adquiere relevancia cuando el capital deja de ser una magnitud abstracta y se convierte en capacidad productiva duradera. La calidad de esa transformación depende de disciplina financiera, horizontes de largo plazo y criterios que distingan expansión creadora de simple circulación de activos. Su legitimidad se confirma en las empresas, empleos, conocimientos e instituciones que permanecen después de realizada la inversión.

El legado puede evaluarse observando al menos cinco dimensiones: productividad, aprendizaje, encadenamientos, resiliencia y continuidad. La productividad muestra si la inversión permite producir más o mejor; el aprendizaje revela si genera conocimiento transferible; los encadenamientos indican cuánto valor permanece conectado con otras empresas; la resiliencia mide su capacidad para resistir shocks; y la continuidad examina si sus beneficios pueden sostenerse sin dependencia permanente.

Estos criterios evitan confundir magnitud con calidad. Una inversión grande puede tener escaso

efecto estructural, mientras una inversión relativamente pequeña puede introducir una tecnología, una práctica o una conexión capaz de transformar un sector entero.

Parte III — Instituciones, desarrollo y civilización

La inversión evaluada por el legado que deja

Esta realidad modifica igualmente la comprensión del gasto público y de la inversión privada. Toda decisión económica debería evaluarse preguntando cuánto contribuye a aumentar la capacidad futura de la civilización. Una inversión en educación produce capacidades intelectuales. Una inversión en infraestructura produce capacidades logísticas. Una inversión en investigación produce capacidades científicas. Una inversión en simplificación institucional produce capacidades organizacionales. Incluso una reforma orientada a fortalecer la confianza pública constituye una inversión porque amplía la capacidad de cooperación del conjunto de la sociedad.

La riqueza adquiere una interpretación distinta. La riqueza deja de ser considerada exclusivamente como acumulación patrimonial para entenderse como una manifestación temporal de capacidades previamente organizadas. Allí donde las capacidades continúan fortaleciéndose, la riqueza puede reproducirse continuamente. Allí donde esas

capacidades comienzan a deteriorarse, la riqueza acumulada pierde progresivamente su capacidad de sostener el bienestar colectivo. Las civilizaciones no se empobrecen inicialmente por falta de dinero; comienzan a empobrecerse cuando dejan de producir las capacidades que originan ese dinero.

Esta observación posee una enorme importancia para la teoría del desarrollo. Durante demasiado tiempo se ha buscado explicar la prosperidad exclusivamente mediante factores externos a la sociedad: la disponibilidad de capital, la localización geográfica, la abundancia de recursos naturales o la inserción en determinados mercados internacionales. Ninguno de estos elementos debe ser ignorado, pero todos ellos poseen una característica común: describen condiciones. El desarrollo, sin embargo, depende de capacidades. Las condiciones pueden favorecer o dificultar el progreso; las capacidades determinan la manera en que una sociedad responde a esas condiciones. Dos países pueden enfrentar desafíos similares y producir resultados completamente distintos porque han desarrollado capacidades diferentes para organizar el conocimiento, fortalecer sus instituciones y movilizar a sus ciudadanos alrededor de un propósito compartido.

Ésta será una de las tesis centrales de este tratado. El desarrollo no constituye una carrera para

acumular recursos. Constituye una disciplina para organizar capacidades. Los recursos pueden comprarse, venderse o agotarse. Las capacidades, cuando se organizan correctamente, tienden a multiplicarse. El conocimiento genera nuevo conocimiento. La confianza fortalece la cooperación. La empresa forma nuevos empresarios. La universidad produce nuevos investigadores. Las instituciones democráticas crean ciudadanos capaces de fortalecerlas. La prosperidad, observada desde esta perspectiva, deja de ser un estado económico y comienza a entenderse como un proceso permanente de expansión de capacidades humanas e institucionales.

Existe, además, una dimensión temporal que merece especial atención. Las capacidades requieren largos períodos para construirse, pero pueden deteriorarse sorprendentemente rápido cuando dejan de cultivarse. La confianza institucional, la excelencia educativa, la credibilidad internacional, la calidad regulatoria o la cultura del mérito representan conquistas frágiles. Exigen mantenimiento permanente. Del mismo modo que una infraestructura física requiere conservación para seguir prestando servicio, las capacidades institucionales necesitan actualización continua para responder a nuevos desafíos. El desarrollo no consiste

únicamente en crear capacidades; consiste también en impedir su erosión silenciosa.

Aceptado el principio de que el desarrollo depende de la organización inteligente de las capacidades de una sociedad, resulta necesario examinar el elemento que permite articular dichas capacidades dentro de una arquitectura funcional. Ese elemento es el conocimiento. Ninguna economía contemporánea puede sostener niveles elevados de productividad, innovación o competitividad sin una organización deliberada del conocimiento que produce, incorpora, adapta y transmite. La riqueza del siglo XXI no descansa únicamente sobre aquello que una sociedad sabe, sino sobre la manera en que ese conocimiento circula, se integra y se transforma continuamente en nuevas capacidades para el conjunto de la civilización.

La organización ocupa aquí un lugar central. Las capacidades dispersas producen resultados limitados; las capacidades coordinadas generan efectos exponenciales. Una región donde las universidades investigan aisladamente, las empresas innovan sin conexión con el sistema educativo y las instituciones públicas actúan de forma fragmentada desperdicia una parte considerable de su potencial. En cambio, cuando estos actores cooperan alrededor de un propósito común, la producción de capacidades deja de ser aditiva y adquiere una naturaleza

multiplicadora. La organización se convierte entonces en el principal generador de valor civilizacional.

Esta afirmación permite comprender por qué algunas sociedades parecen reinventarse permanentemente mientras otras permanecen atrapadas durante décadas en los mismos obstáculos. La diferencia rara vez depende exclusivamente del ingreso nacional o del volumen de inversión. Se encuentra principalmente en la cantidad de capacidades que cada generación incorpora al patrimonio colectivo. Una sociedad que produce capacidades aumenta progresivamente su libertad de acción. Una sociedad que únicamente consume capacidades heredadas termina reduciendo lentamente sus posibilidades de desarrollo.

Por ello, Gran Caribe deberá convertirse en una comunidad de capacidades antes que en una comunidad de intereses. Los intereses cambian con las circunstancias. Las capacidades permanecen, se acumulan y se transmiten de generación en generación. Una alianza basada únicamente en ventajas económicas coyunturales resulta inevitablemente frágil. Una comunidad construida sobre capacidades compartidas posee vocación de permanencia porque cada integrante comprende que el fortalecimiento del conjunto aumenta

simultáneamente sus propias posibilidades de desarrollo.

La empresa privada participa de esta lógica porque constituye uno de los mecanismos mediante los cuales las capacidades potenciales se convierten en capacidades efectivas. Allí donde una idea se transforma en innovación, donde una innovación se convierte en empresa y donde una empresa fortalece la competitividad de toda la economía, la capacidad organizada alcanza una de sus expresiones más completas. La empresa no sólo produce riqueza; organiza capacidades para producir nueva riqueza, nuevo conocimiento y nuevas oportunidades.

Sostengo que el desarrollo no puede medirse únicamente por aquello que una sociedad produce, consume o exporta. Debe medirse también por la velocidad con la cual aumenta sus capacidades organizadas. Allí donde cada generación produce más capacidades que la anterior, la civilización entra en un proceso de crecimiento acumulativo prácticamente ilimitado. Allí donde las capacidades dejan de expandirse, incluso la abundancia material comienza lentamente a perder su capacidad transformadora.

Capítulo 8. Conocimiento y factores de producción

Conocimiento y factores de producción se convierte en capacidad productiva cuando el conocimiento puede circular, combinarse y orientar decisiones. La información aislada no basta: necesita práctica, juicio, instituciones de transmisión y vínculos permanentes entre universidad, empresa y sociedad. Su valor aparece en la rapidez con que una comunidad aprende, corrige y transforma experiencia en nuevas posibilidades.

La economía clásica identificó tierra, trabajo y capital como factores fundamentales. El empresarismo añadió la capacidad de combinarlos y asumir riesgo. En la economía contemporánea, el conocimiento debe reconocerse explícitamente como factor transversal porque modifica la productividad de todos los demás.

El conocimiento puede ser tácito, explícito o implícito. Puede residir en una persona, un equipo, un proceso, una base de datos o una cultura organizacional. Su particularidad es que puede multiplicarse mediante aprendizaje y transmisión sin agotarse de la misma manera que un recurso físico.

El conocimiento como multiplicador

El diálogo con la tradición intelectual constituye una condición de rigor para cualquier teoría que aspire a perdurar. Una tesis adquiere fuerza cuando conoce aquello que la precede, identifica con precisión sus puntos de continuidad y explica dónde introduce una contribución distinta. Smith, Schumpeter, Hayek, Drucker, North y otros autores no aparecen aquí como adversarios que deban ser refutados, sino como interlocutores indispensables para comprender la evolución del pensamiento económico. La Economía de la Creación se sitúa dentro de esa conversación y propone avanzar desde ella hacia una comprensión más amplia de la creación, la organización y la continuidad de las capacidades.

La condición de tratado exige que cada concepto pueda sostenerse por la calidad del razonamiento que lo vincula con los demás. La fuerza de una conclusión depende de la arquitectura intelectual que la precede, de la evidencia que la limita y de la claridad con que se distinguen los fundamentos de las hipótesis. Por esa razón, los capítulos se desarrollan como unidades argumentales completas y, al mismo tiempo, como partes de una secuencia acumulativa. La obra busca construir conocimiento antes que acumular afirmaciones, y conservar suficiente apertura para

que sus proposiciones puedan ser contrastadas y corregidas.

La misma reflexión puede extenderse a otros casos contemporáneos. Corea del Sur suele presentarse como un ejemplo de industrialización acelerada, pero con frecuencia se olvida que el verdadero cambio consistió en la construcción de organizaciones empresariales capaces de competir en sectores intensivos en conocimiento. Empresas como Samsung, Hyundai, LG o POSCO no representan simplemente grandes corporaciones industriales; constituyen organizaciones que durante décadas aprendieron a integrar investigación científica, formación de talento, innovación tecnológica y expansión internacional dentro de una misma estrategia de largo plazo. La riqueza generada por estas empresas fue consecuencia de una capacidad organizativa cuidadosamente construida y perfeccionada durante varias generaciones.

Resulta ilustrativo observar la evolución de aquellas sociedades que hoy ocupan posiciones destacadas dentro de la economía mundial. Ninguna de ellas alcanzó ese nivel exclusivamente mediante grandes empresas. Antes de la aparición de las corporaciones que hoy conocemos existieron miles de pequeños talleres, negocios familiares, comerciantes, agricultores, fabricantes y profesionales independientes que fueron acumulando experiencia, capital y conocimiento durante generaciones. El

desarrollo empresarial siempre ha sido un fenómeno acumulativo. Las grandes organizaciones rara vez aparecen de manera espontánea; representan la evolución de una larga tradición de emprendimiento, innovación y aprendizaje institucional.

Toda civilización se encuentra sometida permanentemente a una tensión entre dos fuerzas opuestas. La primera impulsa la creación; la segunda conduce, casi imperceptiblemente, hacia la administración de lo ya existente. Ambas resultan necesarias. Ninguna sociedad puede sobrevivir sin instituciones capaces de preservar el conocimiento acumulado, administrar justicia, proteger el patrimonio construido o garantizar la continuidad de la vida colectiva. Sin embargo, la historia demuestra que las civilizaciones comienzan a perder dinamismo cuando la administración termina desplazando progresivamente a la creación como fuerza dominante.

Quizás por ello las sociedades más desarrolladas invierten crecientemente en educación, investigación y formación continua. No lo hacen simplemente para aumentar el nivel académico de su población. Lo hacen porque han comprendido que el recurso económico más importante del siglo XXI no reside en la acumulación de capital físico, sino en la capacidad de sus ciudadanos para imaginar soluciones que todavía no existen. La riqueza contemporánea surge cada vez menos de la transformación de materias

primas y cada vez más de la transformación del conocimiento en nuevas posibilidades económicas y sociales.

Toda civilización posee una arquitectura visible y otra invisible. La primera puede observarse en sus carreteras, puertos, ciudades, universidades, empresas, hospitales, tribunales y centros de investigación. La segunda no aparece en fotografías ni en los balances nacionales. Está formada por las creencias compartidas, los hábitos cotidianos, las normas no escritas, los valores transmitidos entre generaciones y las expectativas colectivas acerca de aquello que merece reconocimiento o desaprobación. A esa arquitectura invisible llamamos cultura.

Resulta particularmente significativo observar que estos cambios culturales precedieron, en muchas ocasiones, a las transformaciones económicas que posteriormente hicieron posible. La confianza no apareció como consecuencia del crecimiento; permitió el crecimiento. La disciplina laboral no fue el resultado automático de la industrialización; constituyó una de las condiciones que hicieron posible la industrialización. La valoración del conocimiento no surgió después de alcanzar altos niveles de productividad; fue precisamente uno de los factores que impulsó el aumento sostenido de la productividad. La cultura no acompañó al desarrollo. Lo antecedió y, posteriormente, lo sostuvo.

No obstante, sería un error identificar el valor exclusivamente con el mercado. Existen formas de valor cuya expresión económica resulta indirecta o diferida en el tiempo. La investigación científica básica, la educación, la administración imparcial de la justicia, la preservación del patrimonio cultural o la formación ética de las nuevas generaciones producen un valor inmenso que no siempre puede medirse inmediatamente mediante precios. Sin embargo, precisamente porque fortalecen las capacidades de la sociedad, terminan ampliando también su potencial económico. El mercado mide una parte del valor. La civilización depende de una comprensión mucho más amplia del mismo.

Precisamente por ello, una sociedad verdaderamente desarrollada no limita su atención a la acumulación de riqueza. Se preocupa, ante todo, por preservar y ampliar las fuentes desde las cuales surge el valor. Fortalece sus universidades porque sabe que allí se originarán los conocimientos que alimentarán las industrias del futuro. Protege la libertad de investigación porque comprende que las grandes innovaciones raramente pueden planificarse desde una autoridad central. Promueve la empresa privada porque reconoce que constituye el espacio donde el conocimiento encuentra una expresión organizada capaz de resolver necesidades humanas. Defiende el Estado de Derecho porque entiende que la confianza representa una de las formas más

valiosas de capital social. Cada una de estas instituciones participa en una misma tarea histórica: aumentar la capacidad colectiva para crear valor.

No obstante, el intercambio más importante de una civilización ya no ocurre únicamente entre mercancías. Ocurre entre conocimientos. La economía contemporánea se caracteriza por una particularidad que modifica profundamente la teoría clásica del valor. Cuando una persona comparte una idea útil no pierde necesariamente la posibilidad de seguir utilizándola. Por el contrario, el conocimiento suele enriquecerse precisamente mediante el intercambio. Una innovación tecnológica desarrollada por un investigador inspira nuevas investigaciones. Una mejora administrativa implementada en una empresa termina siendo perfeccionada por otras organizaciones. Una universidad forma profesionales que posteriormente crean empresas, desarrollan instituciones y generan nuevos conocimientos que regresan nuevamente al sistema educativo. El intercambio intelectual posee una capacidad multiplicadora que ninguna otra forma de riqueza había conocido en etapas anteriores de la historia.

Durante buena parte de la historia, las economías compitieron principalmente por la posesión de recursos naturales, por el control de rutas comerciales o por la acumulación de capital físico. Hoy observamos un fenómeno distinto. Las ventajas

competitivas más importantes surgen de la capacidad para integrar conocimientos provenientes de disciplinas distintas, tecnologías desarrolladas en países diferentes, capital originado en múltiples mercados, investigación realizada por universidades dispersas geográficamente y talento humano que colabora sin necesidad de compartir un mismo espacio físico. La creación de valor se convierte progresivamente en una función de la integración de capacidades.

Precisamente por ello, la integración exige una condición previa que suele pasar inadvertida. Solamente pueden integrarse plenamente aquellas sociedades que previamente han desarrollado capacidades propias. Nadie puede aportar aquello que no posee. Una universidad contribuye al sistema internacional del conocimiento porque genera investigación original. Una empresa participa exitosamente en cadenas globales de valor porque domina determinadas competencias distintivas. Una nación fortalece su posición internacional cuando desarrolla instituciones confiables, talento altamente especializado y un entorno favorable para la innovación. La integración multiplica capacidades existentes; difícilmente crea desde cero aquellas que nunca fueron desarrolladas.

Conocimiento disperso y coordinación

Conviene precisar cuidadosamente el significado de esta afirmación. Aprender no consiste únicamente en acumular información. Una civilización puede disponer de abundante conocimiento almacenado en bibliotecas, universidades y centros de investigación sin lograr traducirlo en progreso económico. El aprendizaje civilizacional representa un fenómeno mucho más complejo. Consiste en la capacidad de incorporar nuevos conocimientos dentro de las instituciones, transformarlos en nuevas formas de organización y convertirlos finalmente en soluciones que amplían las posibilidades de la sociedad. El conocimiento aislado posee un valor potencial; solamente cuando modifica la manera en que una comunidad produce, coopera e innova comienza a convertirse en una fuerza histórica.

La empresa privada constituye uno de los mecanismos más eficaces mediante los cuales ese aprendizaje adquiere una expresión práctica. Cada innovación introducida en un proceso productivo, cada mejora administrativa, cada nuevo modelo de negocio y cada solución tecnológica representan conocimiento convertido en acción organizada. La empresa aprende porque experimenta, corrige errores, incorpora experiencias y adapta continuamente su comportamiento a un entorno cambiante. Esa capacidad de aprendizaje explica por

qué las economías con mayor densidad empresarial muestran también una extraordinaria velocidad para absorber nuevas tecnologías y responder a transformaciones internacionales.

Sin embargo, sería un error atribuir exclusivamente a la empresa la responsabilidad de aprender. Toda institución participa de este proceso. Las universidades generan conocimiento; los centros de investigación lo amplían; las organizaciones profesionales lo difunden; los sistemas educativos preparan nuevas generaciones para desarrollarlo; los mercados seleccionan las soluciones más eficientes; el Estado de Derecho ofrece estabilidad para que esas soluciones puedan desplegarse con confianza. El aprendizaje deja entonces de ser un atributo individual y se convierte en una propiedad del conjunto de la civilización.

Lo mismo puede afirmarse de las universidades. Su misión histórica no consiste únicamente en preservar el conocimiento heredado. Deben producir el conocimiento que todavía no existe. Cuando una universidad limita su función a reproducir saberes consolidados, comienza lentamente a separarse de la evolución de la sociedad. Su verdadera grandeza aparece cuando logra combinar el respeto por la tradición intelectual con la libertad necesaria para cuestionarla, ampliarla y proyectarla hacia nuevos horizontes. En ello reside una parte esencial de la continuidad creadora de la civilización.

Conviene ilustrar esta idea mediante un ejemplo histórico. La invención de la imprenta no produjo únicamente libros. Produjo una transformación mucho más profunda. Multiplicó la capacidad de difundir conocimiento, aceleró el aprendizaje colectivo y redujo extraordinariamente el costo de transmitir ideas entre generaciones. La imprenta creó una nueva capacidad para crear capacidades. Algo semejante ocurrió con la universidad moderna, con la empresa industrial, con el laboratorio científico y, más recientemente, con las tecnologías digitales. Su verdadera importancia histórica no reside únicamente en los productos que generaron, sino en la ampliación permanente de las posibilidades humanas que hicieron posible.

Esta perspectiva modifica igualmente nuestra comprensión del capital humano. Durante décadas se ha definido como el conjunto de conocimientos y habilidades acumulados por las personas. Sin negar la utilidad de esa definición, conviene ampliarla. El verdadero capital humano no consiste únicamente en lo que una persona sabe. Consiste también en su capacidad para aprender continuamente, cooperar con otros, integrar conocimientos provenientes de distintas disciplinas y transformar ese aprendizaje en nuevas soluciones para la sociedad. El desarrollo del siglo XXI dependerá mucho menos del volumen de información disponible que de la calidad de las

personas capaces de convertir esa información en creación de valor.

La misma lógica resulta aplicable al conocimiento. El conocimiento adquiere su mayor relevancia cuando abandona el plano puramente intelectual y comienza a incorporarse dentro de organizaciones capaces de transformar ideas en soluciones para la sociedad. Una investigación científica, una innovación tecnológica o un descubrimiento administrativo alcanzan su verdadera dimensión económica cuando se convierten en nuevas empresas, nuevos procesos, nuevos productos o nuevas instituciones. La creación de riqueza comienza mucho antes de que aparezcan los resultados financieros. Comienza cuando el conocimiento encuentra una organización capaz de convertirlo en valor para otros.

La pregunta merece una reflexión cuidadosa porque de ella depende buena parte de la teoría del desarrollo. Si las sociedades fueran únicamente la suma de los conocimientos individuales de sus habitantes, cada generación comenzaría prácticamente desde el mismo punto de partida. La muerte de quienes aprendieron implicaría la desaparición del aprendizaje colectivo. La historia demuestra exactamente lo contrario. Las civilizaciones acumulan experiencia. Conservan descubrimientos. Mejoran procedimientos. Rectifican errores. Incorporan innovaciones. El conocimiento

deja de pertenecer exclusivamente a individuos concretos y comienza a formar parte del patrimonio permanente de instituciones que sobreviven a quienes las crearon.

Cuando hablamos del aprendizaje pensamos inmediatamente en las personas. Aprenden los niños en la escuela, los científicos en sus laboratorios, los médicos en los hospitales, los ingenieros frente a nuevos problemas tecnológicos y los empresarios después de innumerables aciertos y fracasos. El aprendizaje parece pertenecer exclusivamente al individuo. Sin embargo, la historia de la civilización plantea una paradoja que merece una reflexión mucho más profunda. Las personas mueren. Las sociedades permanecen. Si el conocimiento desapareciera con quienes lo adquirieron, cada generación tendría que comenzar nuevamente desde el punto de partida. Ninguna civilización habría logrado avanzar más allá de la experiencia inmediata de sus contemporáneos.

Cada generación nace sobre una plataforma intelectual construida por quienes la precedieron. Nadie necesita descubrir nuevamente la escritura para aprender a leer. Ningún estudiante de ingeniería comienza calculando desde los principios que conocieron Arquímedes o Newton. Ningún médico reconstruye por sí mismo el conocimiento anatómico acumulado durante siglos. Cada nuevo ser humano recibe un patrimonio intelectual inmensamente

superior al que sería capaz de producir individualmente durante toda su vida.

Una biblioteca puede contener millones de libros y, aun así, una sociedad puede dejar de innovar. Una universidad puede graduar miles de profesionales y producir escasa investigación. Una empresa puede repetir durante décadas exactamente los mismos procedimientos mientras el mundo cambia aceleradamente a su alrededor. La acumulación de información constituye apenas la materia prima del aprendizaje. Lo decisivo ocurre cuando ese conocimiento modifica la conducta colectiva de una sociedad.

Obsérvese, por ejemplo, la evolución de la navegación. Durante milenios los marinos aprendieron observando las estrellas, las corrientes marinas y el comportamiento del viento. Aquellos conocimientos permanecieron inicialmente como experiencia individual. Más tarde comenzaron a transmitirse entre generaciones mediante la práctica. Posteriormente fueron sistematizados en escuelas navales. Finalmente dieron origen a nuevas ciencias, nuevas tecnologías y nuevas rutas comerciales que modificaron la economía mundial. El conocimiento dejó de pertenecer al navegante para convertirse en patrimonio de la civilización.

El aprendizaje civilizacional adquiere profundidad cuando la memoria no se limita a

conservar información, sino que mantiene abiertas las preguntas que permiten producir conocimiento nuevo. La tradición intelectual cumple precisamente esa función: recibe hallazgos anteriores, los somete a nuevas circunstancias y los conecta con problemas que todavía no habían aparecido. Una sociedad creadora no elige entre memoria e innovación; convierte la memoria en plataforma desde la cual cada generación puede ampliar lo recibido y ensayar soluciones superiores.

Tecnología, innovación y productividad

Ésta es, probablemente, la diferencia más importante entre administrar el presente y construir el futuro. Administrar consiste en utilizar adecuadamente las capacidades existentes. Construir el futuro exige algo más complejo: incorporar esas capacidades al patrimonio permanente de la sociedad. Una investigación científica solamente adquiere dimensión civilizacional cuando otras personas pueden desarrollarla. Una innovación empresarial solamente transforma la economía cuando deja de ser una excepción y comienza a difundirse. Una universidad cumple plenamente su misión cuando los conocimientos que produce modifican la manera de pensar de generaciones que todavía no han nacido.

No existe mejor ejemplo que la construcción de las grandes universidades. Las instituciones académicas que hoy representan algunos de los principales centros de investigación del mundo no fueron concebidas para resolver únicamente las necesidades de quienes las fundaron. Sus creadores entendieron que el conocimiento constituye una inversión cuyo rendimiento se multiplica precisamente porque trasciende el tiempo de una generación. Cada profesor forma estudiantes que posteriormente enseñarán a otros; cada descubrimiento abre nuevas líneas de investigación; cada biblioteca amplía el patrimonio intelectual disponible para quienes todavía no han iniciado su vida académica. La universidad representa una de las expresiones más acabadas de la confianza que una civilización deposita en su propio futuro.

No debe sorprender, por consiguiente, que las economías más innovadoras sean también aquellas donde el fracaso empresarial o científico no representa necesariamente una condena definitiva. Quien jamás se equivoca probablemente tampoco intenta modificar aquello que ya existe. La historia del progreso humano está construida sobre innumerables intentos que no alcanzaron los resultados esperados y que, sin embargo, permitieron descubrir caminos posteriormente recorridos por otros. Una cultura verdaderamente creadora distingue cuidadosamente entre el error derivado de

la negligencia y el error que acompaña inevitablemente a toda búsqueda honesta del conocimiento. Solamente en el segundo caso el fracaso deja de ser una derrota para convertirse en parte del aprendizaje colectivo.

Responder únicamente que la productividad aumenta gracias a la tecnología resulta insuficiente. La tecnología, por sí sola, no modifica la realidad económica. Debe ser concebida, desarrollada, financiada, incorporada a los procesos productivos, aceptada por quienes la utilizan y, finalmente, perfeccionada mediante la experiencia acumulada. Cada uno de estos pasos depende de personas e instituciones capaces de aprender, cooperar y organizar conocimiento. Lo que verdaderamente incrementa la productividad no es la existencia de una nueva máquina, sino la extraordinaria capacidad de una sociedad para transformar conocimiento en mejores formas de producir.

La empresa representa el espacio donde todas esas transformaciones terminan encontrándose. Cada proceso productivo resume innumerables decisiones previas relacionadas con la investigación, la formación del talento, el diseño organizacional, la inversión, la administración y la cooperación entre personas cuyas especialidades son profundamente distintas. Cuando la productividad aumenta, el resultado visible suele atribuirse a una máquina más eficiente o a un procedimiento mejor diseñado. Sin

embargo, detrás de ambos existe un largo proceso de aprendizaje colectivo que raramente aparece reflejado en los indicadores económicos.

La productividad deja de ser un indicador estrictamente económico para convertirse en una medida indirecta de la capacidad creadora de una civilización. Allí donde la productividad crece de manera sostenida durante décadas, difícilmente puede atribuirse el fenómeno a una sola política pública, a una tecnología específica o a un ciclo económico favorable. Lo que realmente ha aumentado es la capacidad colectiva para descubrir mejores formas de utilizar el conocimiento, organizar los recursos y resolver problemas humanos. La productividad refleja, en última instancia, la calidad del aprendizaje acumulado por una sociedad.

Esta afirmación puede parecer, en un primer momento, excesivamente abstracta. No lo es. Cada máquina existente dentro de una fábrica representa miles de horas de investigación, diseño, ingeniería, experiencia industrial y aprendizaje acumulado. Ningún equipo moderno apareció espontáneamente como consecuencia de una inversión financiera. Antes de que el inversionista adquiriera esa maquinaria, innumerables científicos, técnicos, empresarios y trabajadores habían contribuido durante décadas al perfeccionamiento de los conocimientos que hicieron posible su existencia. El

capital material constituye solamente la expresión visible de un capital intelectual mucho más profundo.

Esta afirmación modifica el centro de gravedad de la teoría económica. Durante siglos el análisis se concentró en la asignación eficiente de recursos escasos. Esa preocupación continúa siendo válida. Sin embargo, el siglo XXI plantea un desafío distinto. Las sociedades compiten cada vez menos por la disponibilidad de recursos naturales y cada vez más por la capacidad para generar conocimiento útil, incorporarlo rápidamente a sus instituciones y convertirlo en soluciones económicas. La ventaja competitiva comienza a depender menos de aquello que una nación posee y más de aquello que una nación aprende.

En este punto aparece una responsabilidad compartida entre la universidad y la empresa que pocas veces se analiza con suficiente detenimiento. La universidad preserva, amplía y organiza el conocimiento. La empresa lo confronta con la realidad económica y descubre nuevas preguntas que posteriormente regresan a la investigación científica. No se trata de instituciones separadas que ocasionalmente colaboran. Forman parte de un mismo ciclo creador. Allí donde esa relación se fortalece, el conocimiento circula con rapidez y la innovación adquiere continuidad. Allí donde ambas permanecen aisladas, la investigación corre el riesgo de alejarse de los problemas reales y la actividad

económica termina dependiendo excesivamente de descubrimientos producidos en otros lugares.

La economía contemporánea produce cantidades extraordinarias de información. Las universidades generan conocimiento. Pero las grandes civilizaciones se distinguen, sobre todo, por desarrollar sabiduría institucional: la capacidad de decidir correctamente cómo utilizar el conocimiento para ampliar la libertad, fortalecer las instituciones y crear valor para las generaciones futuras. Responder esta pregunta exige desplazar nuevamente la atención desde los factores hacia las instituciones. El conocimiento no surge espontáneamente como consecuencia de la acumulación de información. Requiere organizaciones capaces de producirlo, preservarlo, transmitirlo y perfeccionarlo. Ningún descubrimiento científico alcanza importancia económica mientras permanezca aislado dentro de un laboratorio. Ninguna innovación tecnológica transforma la productividad mientras no encuentre empresas capaces de incorporarla, universidades capaces de enseñarla, inversionistas dispuestos a financiarla e instituciones jurídicas que protejan los derechos derivados de su creación. El conocimiento comienza a adquirir relevancia económica cuando deja de pertenecer exclusivamente al individuo y pasa a integrarse dentro del funcionamiento normal de la sociedad.

Aquí comienza a distinguirse el planteamiento desarrollado en este tratado. No basta con afirmar que el conocimiento constituye un factor de producción. Tal afirmación ya forma parte del consenso contemporáneo. La cuestión verdaderamente relevante consiste en comprender que el conocimiento solamente produce desarrollo cuando se convierte en una capacidad organizada de la civilización. Mientras permanezca disperso, constituye una posibilidad. Cuando la universidad lo sistematiza, la empresa lo incorpora a sus procesos, el sistema financiero facilita su expansión y las instituciones garantizan un entorno estable para su aplicación, el conocimiento deja de ser un recurso potencial y comienza a transformarse en una fuerza creadora de riqueza.

Resulta difícil exagerar la importancia de estas aportaciones. Gracias a ellas comprendemos mucho mejor la naturaleza de los mercados, el papel de las instituciones, la función de la innovación y la relevancia del conocimiento. Sin embargo, al observar conjuntamente esta evolución intelectual comienza a surgir una pregunta distinta. Peter Drucker sostuvo que el desafío central de la sociedad del conocimiento consistía en elevar la productividad del trabajo basado en conocimiento (Drucker, 1993). Su planteamiento adquiere una dimensión aún mayor cuando se observa que el conocimiento no solamente aumenta la productividad del trabajador.

Aumenta la productividad del tiempo. Permite que una generación alcance, en pocos años, niveles de aprendizaje que anteriormente requerían toda una vida. Cada avance del conocimiento modifica la relación entre el tiempo disponible y el valor que puede producirse durante ese tiempo.

Universidad y transferencia de capacidades

En este punto conviene hacer una distinción que considero esencial para el desarrollo de esta teoría. Con frecuencia se utilizan indistintamente los términos información, conocimiento y experiencia. Sin embargo, representan etapas diferentes de un mismo proceso. La información constituye el conjunto de datos disponibles sobre una determinada realidad. El conocimiento comienza cuando esos datos son comprendidos, organizados y sometidos a verificación. La experiencia aparece cuando ese conocimiento se contrasta repetidamente con la realidad y demuestra su utilidad para resolver problemas concretos. Pero todavía existe un nivel adicional. Cuando la experiencia deja de depender de una persona específica y pasa a incorporarse a la manera normal de actuar de una organización, se convierte en aprendizaje institucional.

Ésta es la diferencia que explica por qué determinadas organizaciones sobreviven durante

siglos mientras otras desaparecen poco después de haber alcanzado el éxito. No depende exclusivamente de sus recursos financieros ni de la capacidad de sus dirigentes. Depende, sobre todo, de la habilidad para transformar el aprendizaje individual en procedimientos, principios, cultura organizacional y criterios permanentes de actuación. Peter Senge (Senge, 1990) (1990) utilizó la expresión *learning organization* para describir aquellas organizaciones capaces de aprender continuamente. La presente obra comparte esa preocupación, aunque propone ampliarla. No basta con que una organización aprenda. Debe lograr que ese aprendizaje fortalezca progresivamente la capacidad creadora de la sociedad de la cual forma parte.

Las universidades ilustran con claridad esta diferencia. Su misión no consiste únicamente en transmitir el conocimiento existente. También tienen la responsabilidad de cuestionarlo, ampliarlo y preparar a quienes posteriormente continuarán esa misma tarea. Cuando cumplen adecuadamente esa función, el conocimiento deja de avanzar mediante esfuerzos aislados y comienza a hacerlo mediante una continuidad institucional que atraviesa generaciones completas de investigadores. El progreso científico responde precisamente a esa acumulación organizada de aprendizaje.

El aprendizaje institucional constituye una de las formas más elevadas de capital. No aparece

registrado en los balances financieros ni puede adquirirse mediante una simple transferencia de recursos. Es el resultado de años de disciplina organizacional, de liderazgo, de investigación, de evaluación crítica y de disposición permanente para corregir errores. Cada institución que aprende reduce la incertidumbre de quienes interactúan con ella y amplía simultáneamente la capacidad creadora de toda la sociedad.

Peter Drucker observó que el emprendimiento no constituye un rasgo de personalidad sino una disciplina susceptible de aprenderse y desarrollarse (Drucker, 1985). La observación posee una enorme trascendencia para esta teoría. Si emprender puede aprenderse, entonces la sociedad tiene la responsabilidad de crear las condiciones necesarias para que ese aprendizaje ocurra. La educación deja de limitarse a preparar empleados para organizaciones existentes y comienza también a formar personas capaces de crear nuevas organizaciones. Ésta representa una diferencia sustancial en la manera de comprender la función económica de la educación.

Las capacidades no aparecen espontáneamente. Constituyen el resultado de un proceso continuo de formación, utilización, evaluación y perfeccionamiento. Una sociedad no adquiere capacidad científica simplemente porque inaugure laboratorios; tampoco desarrolla capacidad

empresarial únicamente porque aumente el número de empresas registradas. En ambos casos existe un proceso previo, más lento y menos visible, mediante el cual las personas aprenden, las organizaciones incorporan ese aprendizaje y las instituciones crean las condiciones para que dicho conocimiento pueda utilizarse repetidamente. Sólo cuando esas tres dimensiones actúan conjuntamente puede hablarse, en sentido estricto, de una capacidad desarrollada.

Este razonamiento permite comprender por qué la emigración del talento constituye uno de los desafíos más complejos para las economías pequeñas. La movilidad humana ha acompañado permanentemente la historia de la civilización y, en muchos casos, ha favorecido la difusión del conocimiento. El problema aparece cuando una sociedad forma sistemáticamente capacidades que terminan fortaleciendo de manera permanente otras economías sin lograr desarrollar mecanismos eficaces para renovarlas o recuperarlas. La pérdida no consiste únicamente en el número de personas que emigran. Consiste en la disminución de la capacidad colectiva para producir conocimiento, crear empresas, dirigir instituciones y formar nuevas generaciones.

No obstante, el conocimiento tampoco debe entenderse como un recurso aislado. Ninguna sociedad se desarrolla simplemente porque existan personas altamente preparadas. El conocimiento

solamente produce efectos duraderos cuando logra incorporarse al funcionamiento normal de las instituciones. Una investigación científica modifica la realidad económica cuando encuentra empresas capaces de aplicarla. Una innovación tecnológica transforma la productividad cuando la organización aprende a integrarla dentro de sus procesos. Una universidad contribuye al desarrollo cuando el conocimiento que genera fortalece simultáneamente la capacidad de las personas, de las empresas y del Estado para resolver problemas cada vez más complejos. El conocimiento, por sí mismo, representa una posibilidad. Su verdadera importancia aparece cuando la sociedad aprende a organizarlo.

La empresa desempeña un papel decisivo dentro de este proceso porque representa el espacio donde el conocimiento deja de ser exclusivamente académico y comienza a demostrar su utilidad práctica. Sin embargo, reducir el conocimiento a su aplicación empresarial sería igualmente insuficiente. El desarrollo requiere un proceso de retroalimentación permanente. La empresa plantea nuevos problemas que regresan a la universidad convertidos en preguntas de investigación. La universidad produce respuestas que posteriormente son perfeccionadas por la experiencia empresarial. Las instituciones públicas incorporan ese aprendizaje para mejorar la calidad del entorno económico. El sistema financiero facilita la expansión de aquellas iniciativas que

demuestran mayor capacidad para crear valor. Cada organización contribuye desde su propia naturaleza, pero ninguna agota por sí sola el proceso completo.

Aquí aparece una consecuencia particularmente importante para esta teoría. El conocimiento constituye el único patrimonio que aumenta cuanto mayor es la capacidad de una sociedad para compartirlo inteligentemente. Una empresa que protege su información estratégica actúa racionalmente. Sin embargo, una sociedad que impide sistemáticamente la circulación del conocimiento termina limitando su propia capacidad creadora. El equilibrio entre protección de la innovación y difusión del aprendizaje constituye una de las funciones más delicadas de toda economía desarrollada. Allí donde ese equilibrio se rompe, el conocimiento pierde parte de su capacidad transformadora.

La historia del desarrollo confirma esta observación. Las grandes etapas de expansión científica y económica coincidieron con períodos caracterizados por una intensa circulación de ideas. Las universidades medievales europeas, las academias científicas de la Ilustración, la revolución industrial británica, el extraordinario desarrollo tecnológico norteamericano del siglo XX y los modernos ecosistemas internacionales de investigación muestran una característica común. Ninguno de ellos descansó exclusivamente sobre el

talento individual. Todos construyeron instituciones capaces de conservar, perfeccionar y transmitir conocimiento de manera continua.

Capítulo 9. Instituciones, libertad y Estado de Derecho

Capítulo 9. Instituciones, libertad y Estado de Derecho requiere instituciones que combinen autoridad, previsibilidad y capacidad de aprendizaje. El Estado aporta valor cuando protege derechos, provee bienes públicos esenciales y reduce fricciones innecesarias, no cuando sustituye la iniciativa que corresponde a personas, empresas y organizaciones intermedias. La calidad institucional se reconoce en reglas comprensibles, decisiones trazables y continuidad suficiente para que invertir y cooperar no dependan de relaciones personales ni de cambios coyunturales.

La capacidad creadora necesita un entorno donde las personas puedan actuar, asociarse y conservar una parte razonable de los frutos de su esfuerzo. El Estado de Derecho convierte esa libertad en una expectativa protegida, no en una concesión discrecional. Propiedad, contratos, debido proceso y reglas estables reducen la incertidumbre que de otro modo inmoviliza capital y talento.

Las instituciones también contienen abusos. La libertad económica pierde legitimidad si descansa en privilegios cerrados, captura regulatoria o impunidad. Un orden creador combina libertad con responsabilidad y competencia con reglas que se aplican de manera general.

Reglas, incentivos y confianza

No resulta casual que muchas de las instituciones económicas que todavía hoy consideramos fundamentales tengan su origen en ese período. Los contratos mercantiles modernos, los seguros marítimos, las letras de cambio, la banca comercial y las primeras formas de sociedades permanentes surgieron como respuestas prácticas a problemas concretos planteados por el crecimiento del comercio internacional. La empresa no fue el resultado de una teoría económica. Fue la consecuencia natural de una realidad que exigía nuevas formas de cooperación y coordinación.

Esta observación adquiere especial relevancia porque, con frecuencia, el debate público ha tendido a enfrentar instituciones que, en realidad, cumplen funciones diferentes. Se contraponen la empresa al Estado, el mercado a la sociedad o el capital al trabajo, como si el progreso dependiera de la victoria de uno sobre los otros. La experiencia histórica demuestra una realidad mucho más compleja. Las

sociedades que alcanzaron mayores niveles de prosperidad fueron aquellas capaces de desarrollar instituciones fuertes, diferenciadas y complementarias. El problema nunca ha sido la existencia de la empresa, del mercado o del Estado; el problema aparece cuando alguna de esas instituciones pretende ocupar el espacio que corresponde a las demás.

Esta misma lógica puede extenderse a la sociedad en su conjunto. Una civilización no prospera porque acumule instituciones. Prospera cuando esas instituciones continúan estimulando la creación de nuevas posibilidades humanas. La universidad existe para producir conocimiento, no únicamente para transmitir el ya existente. La empresa existe para crear valor, no solamente para preservar mercados conquistados. El gobierno existe para garantizar un orden que permita a la sociedad desplegar plenamente su capacidad creadora, no para sustituirla. Incluso la familia cumple una misión semejante cuando prepara a cada nueva generación para ampliar el horizonte de oportunidades recibido de quienes la precedieron.

Éste fue, probablemente, el mayor desafío económico de toda civilización avanzada. La especialización aumentaba la productividad, pero al mismo tiempo multiplicaba la necesidad de coordinación. Cuanto mayor era el conocimiento acumulado, más difícil resultaba integrarlo dentro de

un proceso productivo coherente. El agricultor dependía del fabricante de herramientas; el fabricante necesitaba al comerciante; el comerciante requería financiamiento; el financiamiento descansaba sobre instituciones jurídicas que protegieran los contratos. La complejidad crecía continuamente. La riqueza comenzó a depender menos del esfuerzo individual y mucho más de la capacidad de la sociedad para coordinar inteligentemente millones de decisiones independientes.

Libertad económica y responsabilidad

Esta relación entre libertad y creación merece ser examinada cuidadosamente. La libertad, por sí sola, no produce prosperidad. Una sociedad puede reconocer amplios espacios de autonomía individual y, sin embargo, carecer de instituciones capaces de proteger los derechos de propiedad, hacer cumplir los contratos o garantizar la estabilidad jurídica indispensable para la inversión. La historia demuestra que la libertad económica florece cuando descansa sobre un orden institucional sólido. Sin embargo, la afirmación inversa también resulta verdadera. Ningún sistema institucional, por eficiente que sea, puede sustituir indefinidamente la creatividad de millones de personas actuando

libremente. Las instituciones crean el marco; la libertad llena ese marco de iniciativas.

No obstante, la libertad a la cual nos referimos no debe confundirse con la ausencia de toda limitación. La experiencia histórica demuestra precisamente lo contrario. Las sociedades más libres han sido también aquellas que desarrollaron instituciones capaces de establecer reglas claras, proteger los contratos, garantizar la igualdad ante la ley y ofrecer seguridad jurídica a quienes deciden invertir, innovar o emprender. La libertad económica florece cuando existe un orden institucional que la protege. No prospera en el vacío ni puede sostenerse sobre la arbitrariedad. La historia del comercio internacional, del derecho mercantil y de la empresa moderna constituye una demostración permanente de esta realidad.

Esta observación posee una consecuencia de extraordinaria importancia. El desarrollo no puede entenderse como una política pública. Las políticas públicas pueden facilitarlo, acelerarlo, obstaculizarlo o incluso desviarlo temporalmente. Pero el desarrollo, en su sentido más profundo, constituye una conducta social antes que una decisión gubernamental. Es una forma de actuar, de pensar y de organizar la vida colectiva. Allí donde la creación de valor se convierte en una aspiración compartida, las instituciones tienden gradualmente a alinearse con ese propósito. Allí donde esa aspiración

desaparece, incluso las mejores instituciones terminan perdiendo eficacia porque dejan de responder a la orientación cultural predominante.

Aquí aparece una responsabilidad que corresponde particularmente a las instituciones educativas. La misión de la escuela y de la universidad no puede limitarse a preparar profesionales para ocupaciones existentes. Debe formar ciudadanos capaces de desempeñarse en ocupaciones que todavía no existen, utilizando tecnologías que aún no han sido plenamente desarrolladas y resolviendo problemas cuya naturaleza apenas comenzamos a comprender. Educar deja entonces de significar transmitir respuestas. Comienza a significar desarrollar la capacidad permanente de formular mejores preguntas.

El Estado como garante y facilitador

Esta diferencia resulta decisiva para comprender la naturaleza del desarrollo contemporáneo. Durante gran parte de la historia las sociedades preparaban a las nuevas generaciones para un mundo relativamente estable. Hoy ocurre exactamente lo contrario. El entorno cambia con tal rapidez que la principal competencia deja de ser la especialización estática y pasa a ser la adaptación inteligente. Las civilizaciones que prosperarán no serán

necesariamente aquellas que posean más recursos, sino aquellas que desarrollen instituciones capaces de aprender, desaprender y volver a aprender con mayor velocidad que la transformación de su entorno.

Desde los primeros asentamientos humanos, toda civilización ha necesitado algún tipo de autoridad encargada de preservar el orden colectivo. La protección de la vida, la resolución pacífica de controversias, la defensa frente a amenazas externas y la definición de normas comunes constituyen funciones cuya existencia antecede incluso a la formación del Estado moderno. Sin un mínimo de estabilidad jurídica y social resulta extraordinariamente difícil desarrollar mercados, proteger la propiedad, celebrar contratos o planificar inversiones de largo plazo. La economía necesita orden. Esta afirmación constituye uno de los fundamentos más antiguos del pensamiento político y económico.

Aquí aparece igualmente la función insustituible del Estado de Derecho. La libertad económica solamente puede desarrollarse plenamente cuando descansa sobre reglas conocidas, estables y aplicables de manera imparcial. El inversionista necesita certeza jurídica; el trabajador necesita protección frente a la arbitrariedad; el consumidor necesita confianza en el cumplimiento de las normas; el empresario necesita saber que los contratos serán

respetados y que las controversias encontrarán solución mediante instituciones independientes. Ninguno de estos elementos surge espontáneamente. Todos requieren un orden jurídico sólido y una autoridad legítima capaz de hacerlo cumplir.

Este razonamiento permite comprender por qué algunas naciones muestran una notable estabilidad a pesar de atravesar crisis económicas, conflictos políticos o profundas transformaciones tecnológicas. Su fortaleza no proviene de la ausencia de dificultades. Proviene de la calidad de sus instituciones. Cuando las instituciones conservan la capacidad de aprender, corregirse y transmitir ese aprendizaje, la sociedad mantiene intacta la posibilidad de renovarse. Las circunstancias cambian; la capacidad creadora permanece.

Instituciones que protegen la creación

La economía suele representar el crecimiento mediante series estadísticas que describen la evolución del ingreso, de la inversión o de la productividad. Todos esos indicadores son necesarios. Ninguno, sin embargo, logra medir directamente la capacidad de una sociedad para aprender institucionalmente. Y, sin embargo, es precisamente esa capacidad la que explica por qué dos países con recursos semejantes pueden recorrer trayectorias completamente distintas durante un siglo. Allí donde

las instituciones aprenden, la economía encuentra un terreno fértil para innovar. Allí donde las instituciones dejan de aprender, incluso abundantes recursos terminan utilizándose con rendimientos decrecientes.

En este punto resulta útil recordar una observación formulada por Douglass North. Las instituciones reducen la incertidumbre proporcionando reglas estables para la interacción humana (North, 1990). La afirmación conserva plena vigencia. Sin embargo, las instituciones no representan un fin en sí mismas. Su importancia deriva de la capacidad que poseen para facilitar la cooperación, proteger el aprendizaje acumulado y hacer posible que una generación entregue a la siguiente un punto de partida superior al que ella misma recibió. Cuando las instituciones cumplen esa función, la creación deja de depender exclusivamente del talento individual y comienza a formar parte del funcionamiento normal de la sociedad.

La empresa ocupa un lugar central dentro de este sistema creador porque constituye la institución donde el conocimiento deja de ser una posibilidad intelectual y se transforma en actividad económica. Pero la empresa no actúa aisladamente. Su capacidad para innovar depende de la existencia de universidades que formen talento, de sistemas financieros que asignen eficientemente el ahorro hacia la inversión, de un orden jurídico que proteja

los contratos y la propiedad, de una administración pública que facilite la actividad productiva y de una cultura que valore el esfuerzo creador. Ninguna de estas instituciones sustituye a las demás. Todas participan de un mismo proceso cuyo resultado es la ampliación de la capacidad creadora de la sociedad.

Capítulo 10. Cooperación y organización de capacidades

La lógica de cooperación y organización de capacidades no exige uniformidad política. Cada territorio conserva su jurisdicción y su identidad, mientras coopera en problemas cuya escala supera las fronteras administrativas: puertos, cadenas de suministro, energía, formación, mercados y resiliencia. Gran Caribe convierte esa interdependencia en una plataforma de acción productiva y no en un proyecto supranacional.

Ninguna persona, empresa o territorio posee por sí solo todas las capacidades necesarias para desarrollarse. La cooperación permite conectar especializaciones y alcanzar escalas que serían imposibles de manera aislada. El desafío consiste en organizar esa cooperación sin borrar autonomía ni convertir coordinación en dependencia burocrática.

Redes empresariales, universidades, gremios, gobiernos locales y organizaciones culturales pueden

actuar como nodos de esa arquitectura. Cuando comparten información y estándares, las capacidades dispersas se convierten en oportunidades concretas.

Cooperación, especialización y redes

Esta afirmación puede parecer evidente, pero durante siglos la humanidad buscó la explicación de la prosperidad en lugares equivocados. El mercantilismo identificó la riqueza con la acumulación de metales preciosos; el fisiocratismo la situó casi exclusivamente en la tierra; otras corrientes la asociaron al trabajo o al capital como si cada uno de estos factores pudiera actuar aisladamente. Adam Smith (Smith, 1776/1976) dio un paso decisivo al demostrar que la división del trabajo aumentaba extraordinariamente la productividad. Más tarde, Schumpeter colocó al empresario innovador en el centro del cambio económico. Douglass North (North, 1990) explicó que las instituciones condicionaban el desempeño de las economías. Cada uno iluminó una parte del fenómeno. Sin embargo, todos ellos observaban distintas manifestaciones de un mismo proceso: la extraordinaria capacidad del ser humano para crear valor cuando actúa dentro de un orden que protege su libertad y organiza su cooperación.

Éste fue uno de los grandes desafíos organizacionales de la historia económica. La

división del trabajo multiplicaba la productividad, como observaría siglos después Adam Smith (Smith, 1776/1976), pero también aumentaba extraordinariamente la complejidad de la coordinación. Ya no bastaba con que cada individuo dominara su propio oficio. Era necesario articular centenares y posteriormente miles de conocimientos distintos dentro de un mismo proceso productivo. Ningún artesano aislado podía construir un ferrocarril; ningún comerciante individual podía organizar una red mundial de distribución; ningún científico, por brillante que fuera, podía desarrollar por sí solo un avión comercial, un satélite de comunicaciones o un sistema operativo utilizado por millones de personas.

Fluidez institucional

No me refiero a la cooperación entendida como un acto ocasional de colaboración entre individuos o instituciones. Me refiero a la cooperación como uno de los grandes descubrimientos de la civilización. Si la creación representa el acto originario del desarrollo, la cooperación constituye el mecanismo mediante el cual esa creación deja de pertenecer al individuo para convertirse en patrimonio de la sociedad.

Toda actividad económica presupone algún grado de cooperación. Ninguna persona produce por sí sola

todo cuanto necesita para vivir; ninguna empresa reúne internamente la totalidad de los conocimientos requeridos para desarrollar sus productos; ninguna nación alcanza niveles elevados de prosperidad aislándose del resto del mundo. La cooperación no constituye, por tanto, una circunstancia excepcional dentro de la economía. Constituye su condición ordinaria. Lo extraordinario no es que las personas cooperen, sino la escala y la complejidad que esa cooperación ha alcanzado a lo largo de la historia.

Adam Smith observó que la división del trabajo permitía incrementar extraordinariamente la productividad porque hacía posible la especialización de funciones (Smith, 1776/1976). Sin embargo, la especialización sólo produce sus mayores beneficios cuando existe un grado suficiente de coordinación entre quienes participan en el proceso productivo. El trabajo dividido requiere, al mismo tiempo, trabajo integrado. Cuanto mayor es la especialización de una economía, mayor es también la necesidad de instituciones capaces de coordinar esfuerzos que ya no pueden comprenderse desde una sola perspectiva. La cooperación deja entonces de ser una consecuencia de la división del trabajo y se convierte en la condición que hace posible su funcionamiento.

Empresa, universidad y sector público

Esta transformación posee profundas implicaciones para la teoría del desarrollo. Durante mucho tiempo la economía centró su atención en los factores de producción y en la eficiencia con la cual eran utilizados. Esa aproximación permitió comprender aspectos esenciales del crecimiento económico, pero dejó relativamente inexplorada una cuestión distinta: la calidad de las relaciones que permiten combinar esos factores. El capital, el trabajo, la tecnología y el conocimiento producen resultados diferentes según la naturaleza de la cooperación que exista entre ellos. Dos sociedades pueden disponer de recursos semejantes y alcanzar desempeños completamente distintos porque difiere la calidad de las instituciones que facilitan la cooperación entre sus ciudadanos.

Douglass North sostuvo que las instituciones reducen la incertidumbre y hacen posible la cooperación humana en gran escala (North, 1990). Su observación permite comprender que la cooperación no depende exclusivamente de la buena voluntad de los individuos. Requiere reglas previsibles, derechos claramente definidos, mecanismos eficaces para resolver controversias y una cultura donde el cumplimiento de la palabra tenga un valor reconocido. Allí donde esas condiciones existen, la cooperación se convierte en un activo económico de

enorme importancia. Allí donde se debilitan, una parte creciente del talento social debe destinarse a administrar la incertidumbre en lugar de crear nuevo valor.

La región como sistema de capacidades

No debe confundirse, sin embargo, la cooperación con la uniformidad. Una economía dinámica necesita precisamente lo contrario. Necesita diversidad de perspectivas, pluralidad de iniciativas y libertad para ensayar soluciones diferentes. La cooperación no consiste en pensar todos de la misma manera, sino en construir instituciones capaces de integrar inteligentemente diferencias legítimas alrededor de objetivos comunes. Las sociedades más innovadoras rara vez son las más homogéneas. Son aquellas que aprenden a transformar la diversidad en una fuente permanente de creación.

La historia demuestra que las grandes etapas de prosperidad no fueron el resultado de una institución excepcional actuando en solitario. Fueron el producto de sistemas completos que alcanzaron un elevado grado de coordinación. Esa coordinación nunca fue perfecta ni estuvo libre de conflictos. Precisamente porque las instituciones conservaban autonomía pudieron corregirse, competir, cooperar y adaptarse a circunstancias cambiantes. El desarrollo no surgió de la uniformidad. Surgió del equilibrio dinámico

entre organizaciones diferentes que compartían un mismo marco de libertad, de confianza y de responsabilidad.

Densidad institucional y cooperación productiva

La cultura determina finalmente la calidad de esa organización. Allí donde predominan la confianza, la responsabilidad, el respeto por el conocimiento y la cooperación, las capacidades encuentran condiciones favorables para integrarse naturalmente. Allí donde prevalecen la fragmentación, la desconfianza y el cortoplacismo, incluso abundantes recursos permanecen incapaces de producir desarrollo sostenido. La cultura no añade capacidades al sistema; determina la eficacia con que esas capacidades pueden organizarse.

El Gran Caribe se concibe precisamente como un ecosistema civilizacional regional. No aspira a sustituir gobiernos nacionales ni a reproducir modelos supranacionales centralizados. Su propósito consiste en interconectar los ecosistemas existentes en cada territorio del Gran Caribe mediante una arquitectura de cooperación permanente. Cada cámara de comercio, cada universidad, cada centro tecnológico, cada organización cultural, cada empresa y cada institución pública conservará plenamente su identidad. La integración ocurrirá

mediante la cooperación funcional, el intercambio de capacidades y la construcción de confianza.

La diferencia es importante. Las cadenas de valor describen principalmente la organización internacional de la producción. Las redes de capacidades abarcan algo más amplio: conocimiento, universidades, diásporas, organizaciones empresariales, centros de pensamiento, cultura, innovación, comercio, inversión, diplomacia económica y cooperación institucional. En otras palabras, no sólo explican cómo se produce un bien, sino cómo una civilización organiza internacionalmente sus capacidades para aprender y prosperar.

El décimo postulado afirma que la cooperación representa la forma superior de organización entre civilizaciones maduras. La competencia continúa siendo un poderoso mecanismo de innovación, pero alcanza su máximo potencial cuando opera dentro de ecosistemas caracterizados por la confianza, la cooperación y el intercambio permanente de capacidades. Las civilizaciones del siglo XXI competirán aprendiendo unas de otras con mayor velocidad que sus competidores.

La historia confirma que el desarrollo no enfrenta necesariamente al Estado y al mercado. Exige una organización inteligente de sus relaciones, capaz de proteger la libertad, asegurar bienes públicos y

permitir que la empresa transforme conocimiento y capital en valor. La experiencia puertorriqueña del Development by Invitation y del llamado Puerto Rico Method of Development ofrece un caso especialmente útil para observar esa interacción entre inversión externa, aprendizaje institucional y acumulación de capacidades propias. Su importancia reside menos en reproducir una política histórica que en comprender las condiciones que permiten convertir una etapa de atracción de capital en una fase sostenida de creación endógena.

Capítulo 11. Desarrollo, continuidad y renovación

La continuidad vinculada con desarrollo, continuidad y renovación no significa inmovilidad. Instituciones, empresas y culturas sobreviven cuando documentan lo aprendido, forman relevo y son capaces de corregirse antes de que el entorno las vuelva obsoletas. Preservar una misión puede requerir cambiar procedimientos, tecnologías y liderazgos.

El desarrollo no es una condición estática que una sociedad alcanza una vez y conserva automáticamente. Cada generación recibe instituciones, infraestructura, conocimientos y hábitos que puede fortalecer, renovar o deteriorar. La

continuidad exige preservar lo valioso sin confundir preservación con inmovilidad.

Renovar significa adaptar capacidades a circunstancias nuevas. Una economía madura sustituye tecnologías obsoletas, actualiza instituciones y forma nuevas competencias sin destruir innecesariamente la memoria acumulada. Ese equilibrio entre continuidad y cambio constituye una de las tareas centrales del desarrollo.

Desarrollo como acumulación de capacidades

Toda generación enfrenta desafíos que obligan a revisar las explicaciones heredadas. Las teorías económicas, políticas y sociales no son piezas de museo; son instrumentos intelectuales para comprender la realidad y orientar la acción. Cuando las circunstancias cambian, también debe evolucionar nuestra capacidad para interpretarlas. Pocas palabras han ejercido tanta influencia sobre la política pública, la economía y las relaciones internacionales como la palabra desarrollo. Sin embargo, pocas han sido utilizadas con tanta ambigüedad. Desde mediados del siglo XX prácticamente toda estrategia nacional ha proclamado perseguir el desarrollo, aunque los significados atribuidos al término han variado

profundamente según la época, la escuela económica predominante y la realidad política de cada país.

En sus primeras formulaciones contemporáneas, el desarrollo fue entendido casi exclusivamente como crecimiento económico. La experiencia de la reconstrucción europea posterior a la Segunda Guerra Mundial, la industrialización acelerada de varias economías y el extraordinario aumento de la producción mundial llevaron a identificar el progreso con el incremento del ingreso nacional, de la capacidad industrial y del consumo. Bajo esta perspectiva, el Producto Interno Bruto se convirtió en el principal indicador del éxito de una nación.

En primer lugar, el desarrollo no puede reducirse a riqueza. La riqueza constituye una manifestación del desarrollo, pero no su esencia. Dos sociedades pueden poseer niveles similares de ingreso y, sin embargo, diferir profundamente en su capacidad para innovar, adaptarse, emprender o sostener su prosperidad frente a cambios tecnológicos, económicos o geopolíticos. En tercer lugar, el desarrollo constituye un fenómeno eminentemente social. Aunque las decisiones individuales resultan indispensables, solamente adquieren plena capacidad transformadora cuando interactúan dentro de un ecosistema donde existen confianza, seguridad jurídica, mercados abiertos, instituciones eficaces y una cultura que valore el mérito, la innovación y la responsabilidad. La prosperidad nunca es el producto

aislado de individuos extraordinarios; es la consecuencia de una sociedad que ha aprendido a organizar inteligentemente el talento de millones de personas.

El desarrollo deja de entenderse como una meta cuantificable para convertirse en una capacidad permanente de renovación. Las sociedades verdaderamente desarrolladas no son aquellas que alcanzan un determinado nivel de riqueza, sino aquellas que desarrollan la aptitud para seguir creando riqueza, conocimiento, instituciones y oportunidades bajo circunstancias históricas cambiantes. Su mayor fortaleza no reside en lo que poseen, sino en su extraordinaria capacidad para reinventarse sin perder los principios que sostienen su libertad y su cohesión.

Uno de los errores más persistentes en la historia del pensamiento económico ha sido analizar la riqueza como un objeto y no como un proceso. Con frecuencia se discute cómo distribuirla, cómo gravarla, cómo medirla o cómo incrementarla, pero rara vez se estudia con suficiente profundidad cómo nace realmente. Esta omisión no es menor. Cuando una sociedad pierde de vista el origen de la riqueza, termina concentrando sus esfuerzos en administrar sus resultados en lugar de fortalecer las condiciones que la hacen posible. Toda política pública construida sobre esa premisa corre el riesgo de convertirse en un ejercicio permanente de redistribución de una

riqueza cuya capacidad de renovación comienza lentamente a deteriorarse.

La historia económica demuestra que la riqueza nunca ha surgido espontáneamente de los recursos materiales. Durante siglos se creyó que la prosperidad de una nación dependía principalmente de la fertilidad de sus tierras, de la abundancia de minerales preciosos o del acceso privilegiado a determinadas rutas comerciales. Sin embargo, la experiencia terminó demostrando que ninguno de esos factores resultaba suficiente. Existen territorios extraordinariamente ricos en recursos naturales que continúan atrapados en el subdesarrollo, mientras otros, prácticamente desprovistos de ellos, han construido algunas de las economías más dinámicas del mundo. La diferencia no reside en aquello que la naturaleza entregó, sino en la capacidad que la sociedad desarrolló para transformar esos recursos mediante el conocimiento, la organización y el trabajo humano.

La consecuencia de esta reflexión es profunda. Una nación que aspire al desarrollo no puede limitarse a preguntarse cuánto produce. Debe preguntarse, sobre todo, si está fortaleciendo o debilitando su capacidad para seguir produciendo en el futuro. Ésa es la diferencia entre una economía que vive de sus activos y otra que renueva constantemente su capacidad creadora. La primera puede disfrutar períodos temporales de abundancia,

pero terminará agotándolos. La segunda encontrará siempre nuevas formas de crear riqueza porque habrá comprendido que el recurso más importante no se encuentra debajo del suelo ni dentro de sus bancos, sino en la inteligencia, la libertad y el espíritu emprendedor de su gente.

Por esa razón, la creación de riqueza debe analizarse siempre desde una perspectiva dinámica. Lo verdaderamente importante no es cuánto produjo una economía durante el último año, sino si fortaleció o debilitó las condiciones que le permitirán producir más y mejor durante las próximas generaciones. El desarrollo no puede reducirse a una fotografía anual del ingreso nacional. Debe entenderse como una película de larga duración donde cada generación recibe un conjunto de capacidades, las utiliza y decide, consciente o inconscientemente, si las ampliará o las reducirá antes de entregarlas a quienes habrán de sucederla.

Es precisamente en este punto donde la teoría económica comienza a encontrarse con la filosofía del desarrollo. La creación de riqueza deja de ser un problema exclusivamente técnico para convertirse en una responsabilidad moral. Cada generación administra un patrimonio que no le pertenece plenamente. Lo recibió del esfuerzo acumulado de quienes la precedieron y tiene la obligación de transmitirlo fortalecido a quienes todavía no han nacido. Esa continuidad constituye el verdadero

fundamento de una civilización próspera. Una sociedad que consume sistemáticamente el capital físico, humano, institucional o moral heredado podrá disfrutar de prosperidad durante algún tiempo, pero inevitablemente comprometerá el futuro de sus descendientes. Por el contrario, una sociedad que transforma la riqueza presente en nuevas capacidades amplía continuamente el horizonte de libertad y oportunidades para las generaciones venideras.

Éste es el punto donde comienza a revelarse una de las preguntas centrales de esta obra. Si la empresa representa el principal mecanismo mediante el cual una sociedad organiza su capacidad creadora, entonces el verdadero desafío del desarrollo no consiste solamente en atraer empresas o aumentar la inversión. Consiste, sobre todo, en construir una civilización capaz de producir continuamente nuevos empresarios, nuevas organizaciones y nuevas capacidades productivas. La riqueza será entonces la consecuencia natural de una sociedad que aprendió a organizar su creatividad de manera cada vez más eficiente y responsable. Esa posibilidad, más que cualquier recurso natural o coyuntura económica favorable, constituye el fundamento último de una prosperidad verdaderamente sostenible.

Cuando observamos con detenimiento la historia del desarrollo económico encontramos que los grandes períodos de expansión comercial estuvieron

acompañados por una transformación semejante. Las ciudades italianas del Renacimiento, la Liga Hanseática en el norte de Europa, la República Holandesa durante el siglo XVII, la Revolución Industrial británica y, más tarde, el extraordinario desarrollo empresarial de los Estados Unidos compartieron un rasgo común: todas desarrollaron instituciones capaces de organizar crecientes niveles de cooperación entre personas que jamás se habían conocido previamente. La empresa moderna constituye una expresión particularmente sofisticada de esa capacidad organizativa.

Precisamente por ello, el desarrollo económico no puede medirse exclusivamente por la intensidad del intercambio comercial. Existen economías con elevados niveles de actividad comercial cuya capacidad empresarial permanece limitada. Del mismo modo, existen sociedades que, aun participando de mercados relativamente pequeños, han logrado construir organizaciones productivas extraordinariamente competitivas. Lo que finalmente determina la prosperidad de largo plazo no es solamente cuánto comercia una nación, sino la calidad, la diversidad y la capacidad de innovación de las empresas que participan en ese comercio.

Aquí conviene introducir una reflexión que adquiere particular importancia para Puerto Rico y, en general, para las economías insulares. Durante décadas, buena parte de la discusión sobre el

desarrollo se concentró en atraer inversión externa mediante incentivos contributivos, subsidios o políticas de promoción industrial. Esa estrategia produjo resultados importantes y permitió incorporar industrias de alto valor agregado. Sin embargo, con frecuencia dejó en un segundo plano una pregunta igualmente trascendental: ¿qué ocurre con la capacidad empresarial de la propia sociedad? Una economía puede recibir importantes flujos de inversión y, sin embargo, no desarrollar simultáneamente un tejido suficientemente robusto de empresas nativas capaces de innovar, exportar, internacionalizarse y liderar nuevos sectores productivos.

Este cambio de perspectiva tiene consecuencias profundas para la teoría del desarrollo. Si la empresa representa una innovación institucional de semejante magnitud, entonces el progreso económico de una nación no dependerá exclusivamente de la cantidad de empresas que existan dentro de su territorio, sino de la calidad institucional de esas organizaciones y de la capacidad de la sociedad para crearlas, fortalecerlas, renovarlas y proyectarlas hacia nuevos mercados. La atención deja de concentrarse exclusivamente en el empresario individual para dirigirse hacia el ecosistema que hace posible la aparición continua de nuevas organizaciones productivas.

Resulta ilustrativo comparar este fenómeno con otras grandes instituciones históricas. La familia organiza la vida social básica y transmite valores entre generaciones. La universidad organiza el conocimiento y preserva la memoria intelectual de una sociedad. El Estado organiza el ejercicio legítimo de la autoridad y garantiza el orden jurídico. La empresa, por su parte, organiza la capacidad productiva de la comunidad. Ninguna de estas instituciones sustituye a las demás. Cada una responde a una necesidad distinta y complementaria. El desarrollo sostenido de una nación depende, precisamente, del equilibrio y fortalecimiento simultáneo de todas ellas.

Esta afirmación posee profundas implicaciones para la teoría del desarrollo. Si la riqueza principal de una empresa es, en realidad, la capacidad organizada de crear valor, entonces el objetivo de una sociedad no debe limitarse a aumentar el número de organizaciones existentes. Debe procurar que esas organizaciones aprendan, innoven, cooperen y evolucionen constantemente. Una economía integrada por miles de empresas incapaces de adaptarse difícilmente sostendrá su competitividad durante mucho tiempo. En cambio, una sociedad que desarrolla organizaciones flexibles, intensivas en conocimiento y abiertas a la innovación habrá construido uno de los pilares más sólidos de su prosperidad futura.

Ésta ha sido una de las constantes de la historia económica moderna. Ninguna nación ha logrado sostener altos niveles de desarrollo durante largos períodos únicamente mediante la inversión pública o mediante la abundancia de recursos naturales. Tampoco lo ha conseguido exclusivamente a través de políticas monetarias o fiscales acertadas. Las experiencias de Inglaterra durante la Revolución Industrial, de los Estados Unidos durante los siglos XIX y XX, de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, del Japón en la posguerra, de Corea del Sur, Singapur, Irlanda e Israel muestran una regularidad difícil de ignorar. Todas ellas desarrollaron una extraordinaria capacidad para crear, fortalecer y proyectar empresas capaces de competir más allá de sus fronteras nacionales. La prosperidad apareció como consecuencia de esa capacidad organizativa y no como su punto de partida.

Estos ejemplos no deben interpretarse como modelos susceptibles de copiar mecánicamente. Cada sociedad posee circunstancias históricas, culturales y políticas propias. Sin embargo, todos ellos permiten identificar un principio común. Las naciones que alcanzan un desarrollo sostenido no son aquellas que logran atraer ocasionalmente grandes inversiones, sino aquellas que desarrollan la capacidad permanente de crear organizaciones productivas cada vez más sofisticadas. En ellas reside la verdadera continuidad del desarrollo.

De esta relación surge una cuestión central. Si la empresa constituye la institución mediante la cual una sociedad organiza su capacidad creadora, entonces el verdadero desafío del desarrollo económico consiste en comprender cómo se forman las condiciones que permiten el nacimiento, crecimiento y renovación constante de esa institución. La respuesta ya no puede buscarse exclusivamente dentro de la empresa. Debe buscarse en la interacción entre cultura, educación, libertad económica, instituciones, mercados de capital, seguridad jurídica y liderazgo social. Solamente cuando todas esas dimensiones comienzan a actuar de manera armónica puede afirmarse que una sociedad ha iniciado un auténtico proceso de desarrollo civilizacional.

Precisamente por ello conviene abandonar otra simplificación frecuente. No toda empresa contribuye de la misma manera al desarrollo de una nación. Existen organizaciones cuyo propósito principal consiste en aprovechar rentas protegidas, privilegios regulatorios o posiciones dominantes obtenidas al margen de la competencia. Otras, por el contrario, construyen su crecimiento sobre la innovación, la eficiencia, la creación de nuevos mercados y la generación permanente de valor. Ambas pueden obtener beneficios económicos; sin embargo, sus efectos sobre la sociedad son profundamente distintos. Las primeras tienden a concentrar riqueza

sin ampliar significativamente la capacidad productiva de la economía. Las segundas fortalecen la competitividad general del sistema al incorporar conocimiento, desarrollar talento, elevar los estándares tecnológicos y estimular nuevas iniciativas empresariales.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, la continuidad empresarial transmite mucho más que activos financieros. En el desarrollo de «Desarrollo como acumulación de capacidades», cada generación recibe procesos, reputación, proveedores y conocimiento tácito acumulado; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: la sucesión responsable debe renovar esa herencia sin destruir la memoria productiva. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

La continuidad empresarial no debe confundirse con inmovilismo. Las organizaciones también envejecen. Algunas desaparecen porque dejan de responder a las necesidades del mercado; otras porque se resisten a incorporar nuevas tecnologías; otras porque pierden la capacidad de formar nuevos líderes. La renovación constituye una condición indispensable de la permanencia. Las economías más dinámicas no son aquellas donde sobreviven todas las empresas existentes, sino aquellas donde la

desaparición de unas organizaciones es compensada por el nacimiento de otras capaces de responder a los desafíos de una nueva etapa histórica. La vitalidad empresarial reside, precisamente, en esa capacidad de renovación permanente.

No existe deshonra alguna en el trabajo asalariado. Toda economía moderna necesita trabajadores altamente capacitados y organizaciones capaces de ofrecer empleos dignos. Sin embargo, una sociedad donde la inmensa mayoría de sus ciudadanos aspira exclusivamente a trabajar para otros difícilmente desarrollará una capacidad sostenida para crear nuevas empresas, nuevas industrias y nuevos sectores productivos. Toda economía necesita empleados competentes; pero también necesita una proporción suficiente de ciudadanos dispuestos a asumir la incertidumbre inherente al emprendimiento. El equilibrio entre ambas funciones constituye uno de los elementos menos estudiados y, al mismo tiempo, más determinantes del desarrollo económico de largo plazo.

La reflexión precedente conduce naturalmente a otra cuestión cuya importancia pocas veces ha sido examinada con suficiente detenimiento. Si aceptamos que el desarrollo depende, en gran medida, de la capacidad de una sociedad para producir empresarios y organizaciones innovadoras, resulta inevitable preguntarnos cuál es el verdadero origen

de esa capacidad. ¿Se trata de un atributo exclusivamente económico? ¿Depende del sistema educativo? ¿Es consecuencia de la cultura? ¿O responde, acaso, a una combinación mucho más compleja de factores cuya interacción todavía no comprendemos plenamente?

Durante buena parte del siglo XX predominó la tendencia a buscar una explicación única. Algunas corrientes atribuyeron el desarrollo a la disponibilidad de capital. Otras enfatizaron la industrialización, la planificación económica, la apertura comercial o la intervención del Estado. Más recientemente, la atención se desplazó hacia el conocimiento, la innovación y las instituciones. Cada una de estas interpretaciones logró explicar una dimensión importante del fenómeno. Sin embargo, la experiencia acumulada por las naciones demuestra que ninguna variable, considerada aisladamente, posee la capacidad suficiente para sostener por sí sola el desarrollo de una civilización.

Esta última observación merece una atención especial. El desarrollo económico comienza mucho antes de que aparezca el capital. Comienza cuando una sociedad desarrolla la convicción de que el futuro puede construirse deliberadamente y no simplemente esperarse. Esa diferencia psicológica y cultural ha separado históricamente a las sociedades dinámicas de aquellas que permanecen atrapadas en una lógica de dependencia. Allí donde predomina la

expectativa de que el progreso vendrá exclusivamente desde el gobierno, desde la ayuda externa o desde circunstancias favorables del mercado internacional, la iniciativa individual pierde fuerza y la empresa deja de ocupar el lugar que naturalmente le corresponde dentro del proceso de desarrollo.

Esta observación adquiere una relevancia particular cuando se analiza la evolución de las pequeñas economías abiertas. En ellas, la tentación de depender exclusivamente de la inversión externa suele ser considerable. La llegada de grandes empresas internacionales puede generar empleo, incorporar nuevas tecnologías y dinamizar importantes sectores productivos. Todo ello constituye un beneficio indiscutible. Sin embargo, la experiencia internacional demuestra que el verdadero desarrollo aparece cuando esa inversión externa encuentra una sociedad capaz de generar simultáneamente sus propias empresas, sus propios empresarios y sus propias innovaciones. La inversión internacional acelera el desarrollo; difícilmente puede sustituir la capacidad empresarial de una nación.

Es precisamente aquí donde comienza a delinearse uno de los principios centrales de esta obra. El desarrollo sostenible no consiste en atraer riqueza creada por otros, sino en aumentar progresivamente la capacidad de la propia sociedad

para crear riqueza nueva. La diferencia puede parecer sutil, pero sus implicaciones son profundas. Una economía basada exclusivamente en la atracción de capital externo permanece siempre expuesta a decisiones tomadas fuera de su territorio. En cambio, una economía que desarrolla una sólida base empresarial propia incorpora un elemento de estabilidad y resiliencia mucho mayor. No depende exclusivamente de circunstancias externas porque posee la capacidad de generar continuamente nuevas iniciativas productivas desde su propio tejido social.

Esta diferencia explica por qué algunas naciones logran recuperarse rápidamente después de profundas crisis económicas o de conflictos devastadores. Alemania, Japón y Corea del Sur experimentaron, en distintos momentos de su historia, pérdidas materiales de enorme magnitud. Sin embargo, conservaron buena parte de sus capacidades organizacionales, educativas y empresariales. El capital físico fue destruido; la capacidad para organizar conocimiento permaneció. Esa circunstancia permitió reconstruir en pocas décadas economías altamente competitivas. La verdadera riqueza nunca había desaparecido porque continuaba existiendo en la formación de sus ciudadanos, en la fortaleza de sus instituciones y en la calidad de sus organizaciones.

Este principio posee implicaciones profundas para la formulación de políticas de desarrollo. Con

demasiada frecuencia los gobiernos concentran sus esfuerzos en atraer inversiones específicas, promover industrias determinadas o estimular proyectos particulares. Aunque todas estas iniciativas pueden resultar valiosas, ninguna sustituye la necesidad de fortalecer la capacidad general de la sociedad para producir empresas, formar empresarios y desarrollar organizaciones cada vez más sofisticadas. Las inversiones individuales terminan; las capacidades permanecen. Las empresas pueden cambiar de propietario, de mercado o incluso de país; la experiencia acumulada por una sociedad continúa enriqueciendo su potencial de desarrollo durante generaciones.

A partir de esta perspectiva, la prosperidad deja de medirse exclusivamente por la riqueza acumulada y comienza a evaluarse por la calidad de las capacidades que una generación transmite a la siguiente. La empresa ocupa entonces un lugar central dentro de la arquitectura del desarrollo porque constituye el principal espacio donde esas capacidades se crean, se perfeccionan y se difunden. Cada organización que innova, forma talento, desarrolla proveedores, incorpora tecnología o conquista nuevos mercados amplía simultáneamente el patrimonio intangible de toda la sociedad. Ésa es la razón por la cual el desarrollo no puede reducirse al análisis del crecimiento económico. Debe comprenderse como un proceso continuo de

expansión de capacidades organizacionales que permiten a una civilización reinventarse una y otra vez frente a los desafíos de cada época.

Con frecuencia se utiliza esta palabra para describir realidades muy distintas. Se habla de capacidad instalada para referirse al potencial productivo de una fábrica; de capacidad fiscal para describir los recursos del Estado; de capacidad tecnológica para evaluar el nivel de desarrollo científico de una organización; de capacidad institucional para medir la eficacia de las entidades públicas; e incluso de capacidad humana para describir habilidades individuales. Cada uno de estos usos resulta correcto dentro de su contexto. No obstante, ninguno permite comprender plenamente el fenómeno que nos ocupa. La capacidad de una sociedad no constituye la simple suma de las capacidades de sus individuos ni de sus organizaciones. Es una propiedad emergente que aparece cuando personas e instituciones aprenden a cooperar de manera estable para alcanzar objetivos que ninguna de ellas podría lograr por separado.

Esta precisión resulta indispensable porque modifica la manera en que interpretamos el desarrollo. Si el desarrollo dependiera exclusivamente de la acumulación de recursos materiales, bastaría con aumentar la inversión para garantizar el progreso. Si dependiera únicamente del conocimiento, sería suficiente ampliar la cobertura

educativa. Si la clave residiera exclusivamente en las instituciones, bastaría con reformar el marco jurídico. La experiencia demuestra que ninguna de estas estrategias, considerada aisladamente, produce resultados permanentes. El desarrollo surge cuando una sociedad logra articular recursos, conocimiento, instituciones y cultura dentro de un sistema capaz de reproducir continuamente nuevas capacidades.

La historia económica ofrece numerosos ejemplos que respaldan esta afirmación. Después de la Segunda Guerra Mundial, tanto Europa Occidental como Japón recibieron importantes recursos para su reconstrucción. Sin embargo, el éxito de aquel esfuerzo no puede explicarse únicamente por la magnitud de la ayuda financiera. Los recursos externos encontraron sociedades que conservaban una extraordinaria capacidad organizativa, una sólida tradición educativa, instituciones relativamente estables y una cultura orientada hacia el trabajo y la reconstrucción. La ayuda aceleró un proceso cuya posibilidad ya existía. Allí donde esas capacidades estaban ausentes, inversiones comparables produjeron resultados considerablemente más modestos. La diferencia no residía en el volumen del capital recibido, sino en la capacidad de las sociedades para transformarlo en desarrollo.

Esta observación obliga a reconsiderar uno de los supuestos más extendidos en las políticas públicas

contemporáneas. Con frecuencia se identifica el desarrollo con la asignación de recursos. Se diseñan programas para distribuir financiamiento, crear incentivos o aumentar el gasto público con la expectativa de que tales medidas producirán crecimiento económico. Sin embargo, la evidencia histórica demuestra que los recursos solamente generan desarrollo cuando fortalecen capacidades previamente existentes o contribuyen a crear otras nuevas. Allí donde los recursos sustituyen el esfuerzo institucional o desincentivan la iniciativa empresarial, terminan debilitando precisamente aquello que pretendían fortalecer.

Conviene formular una precisión que considero fundamental para la arquitectura intelectual de este tratado. La capacidad no debe entenderse como un atributo estático. Las capacidades se desarrollan, se perfeccionan, se deterioran y, en ocasiones, desaparecen. Una sociedad que deja de invertir en educación reduce progresivamente su capacidad científica. Una empresa que abandona la innovación termina perdiendo competitividad. Una institución que renuncia al mérito deteriora lentamente su capacidad para tomar decisiones acertadas. Del mismo modo, una comunidad que fortalece la confianza, la cooperación y la libertad económica incrementa gradualmente su capacidad para emprender proyectos cada vez más ambiciosos. Las capacidades constituyen, por tanto, un patrimonio

dinámico cuya evolución determina el verdadero potencial de desarrollo de una nación.

Esta perspectiva permite comprender que el objetivo último de una estrategia de desarrollo no consiste simplemente en aumentar el ingreso nacional o atraer nuevas inversiones. Su propósito fundamental debe ser fortalecer la capacidad creadora de la sociedad. Todo aquello que amplía esa capacidad -una mejor educación, empresas más innovadoras, instituciones más confiables, mercados más competitivos, mayor libertad para emprender y una cultura que valore el conocimiento y la responsabilidad- contribuye directamente al desarrollo. Todo aquello que la debilita, aunque produzca beneficios inmediatos, termina comprometiendo la prosperidad futura. Desde esta óptica, la riqueza deja de ser el punto de partida del desarrollo para convertirse en una de sus manifestaciones más visibles. La verdadera riqueza de una nación reside, en realidad, en la extraordinaria capacidad de su sociedad para seguir creando riqueza mucho después de haber consumido los recursos materiales con los que inició su camino.

Deterioro silencioso y pérdida de aprendizaje

La historia ofrece innumerables ejemplos de este fenómeno. Las grandes civilizaciones no

desaparecieron de un día para otro. Roma continuó poseyendo caminos, puertos, ejércitos y una compleja administración mucho después de haber perdido buena parte de la vitalidad que había hecho posible su expansión. La España del Siglo de Oro administró durante largo tiempo el inmenso patrimonio acumulado en etapas anteriores mientras otras naciones desarrollaban nuevas formas de organización comercial, financiera e industrial. El mismo patrón puede observarse, con matices distintos, en diferentes épocas y regiones. La decadencia rara vez comienza con la pobreza; comienza cuando la capacidad de crear deja de crecer al mismo ritmo que la capacidad de administrar.

El desarrollo deja de entenderse como un proceso de acumulación y comienza a revelarse como un proceso continuo de creación. La riqueza representa una creación. El conocimiento representa una creación. La innovación representa una creación. Las instituciones eficaces representan una creación. La cultura misma constituye una creación colectiva que cada generación recibe, transforma y transmite. Todo aquello que fortalece la capacidad de una sociedad para seguir creando amplía simultáneamente sus posibilidades de desarrollo. Todo aquello que limita esa capacidad termina reduciendo, tarde o temprano, su potencial de prosperidad.

Esta observación nos conduce hacia una conclusión de extraordinaria importancia para el

resto del tratado. El recurso más valioso de una nación no es su territorio, ni sus recursos naturales, ni siquiera el volumen de capital acumulado por su economía. Su patrimonio verdaderamente estratégico consiste en la capacidad colectiva de sus ciudadanos para crear continuamente nuevas soluciones frente a problemas cambiantes. Esa capacidad creadora constituye la fuente original de toda riqueza, de toda innovación y de todo progreso institucional. Allí donde permanece viva, las crisis se transforman en oportunidades. Allí donde se debilita, incluso la abundancia material termina revelándose insuficiente para sostener el desarrollo.

La capacidad de crear constituye, probablemente, el rasgo más distintivo de la condición humana. Desde sus orígenes, el hombre no se limitó a adaptarse al medio en que vivía. Modificó el medio para hacerlo compatible con sus aspiraciones. Donde existía una cueva construyó una vivienda; donde existía un sendero levantó un camino; donde existía un río construyó un puente; donde existía un intercambio ocasional desarrolló un mercado; donde existía un conocimiento disperso fundó una universidad. La historia de la civilización puede interpretarse, en gran medida, como la historia de esa extraordinaria capacidad para transformar la realidad mediante el ejercicio organizado de la inteligencia. Ninguna otra especie ha demostrado una facultad semejante para imaginar un estado futuro

distinto del presente y dedicar generaciones enteras a construirlo deliberadamente.

Esta idea posee consecuencias de enorme importancia para comprender el desarrollo económico. Una sociedad puede aumentar su riqueza durante algún tiempo gracias a circunstancias favorables, pero solamente conservará esa prosperidad si mantiene viva la capacidad de seguir creando. El desarrollo no depende exclusivamente de los recursos disponibles en un momento determinado. Depende, sobre todo, de la aptitud para convertir cada generación de conocimientos en el punto de partida de una generación superior. Cuando esa continuidad creadora se interrumpe, la economía comienza lentamente a perder dinamismo aunque sus indicadores todavía reflejen prosperidad. La decadencia económica suele anunciarse mucho antes en la disminución de la creatividad que en la disminución del ingreso.

Conviene formular una afirmación que acompañará el resto del tratado. Las sociedades verdaderamente prósperas no son aquellas que poseen más riqueza. Son aquellas que desarrollan una mayor capacidad para crear riqueza nueva. La diferencia parece únicamente semántica, pero transforma completamente la comprensión del desarrollo. La riqueza acumulada puede agotarse. La capacidad de crear riqueza constituye, por el contrario, un patrimonio que se fortalece

precisamente cuando se ejerce. Una civilización que conserva viva esa facultad nunca depende exclusivamente de los recursos heredados, porque posee la inteligencia, las instituciones y las organizaciones necesarias para generar continuamente nuevas fuentes de prosperidad.

No resulta casual que las sociedades con mayor continuidad histórica hayan desarrollado también una profunda valoración del largo plazo. Sus instituciones fueron diseñadas pensando en décadas y, en ocasiones, en siglos. Las universidades más antiguas del mundo continúan formando profesionales muchos siglos después de la desaparición de quienes las fundaron. Empresas familiares iniciadas por un pequeño taller artesanal han sobrevivido a guerras, crisis económicas y transformaciones tecnológicas porque cada generación comprendió que no administraba únicamente un patrimonio privado, sino una responsabilidad recibida de sus antecesores. La continuidad institucional constituye una de las expresiones más visibles de una civilización que piensa históricamente.

Esta expansión constituye uno de los rasgos más extraordinarios de la civilización. La escasez permanece; pero la capacidad para responder a ella aumenta constantemente. Cada avance científico amplía el número de soluciones posibles. Cada innovación tecnológica transforma limitaciones

anteriores en oportunidades futuras. Cada empresa que descubre una forma más eficiente de organizar el trabajo incrementa la productividad general de la economía. El desarrollo no elimina la escasez; modifica continuamente la frontera de lo posible.

Aquí conviene introducir una distinción que considero esencial para el resto del tratado. No toda creación económica aumenta la capacidad futura de una civilización. Existen actividades que producen ingresos inmediatos sin fortalecer las bases permanentes del desarrollo. Otras, por el contrario, generan inicialmente retornos modestos, pero incrementan de manera significativa el potencial creador de las generaciones futuras. La construcción de una universidad, el establecimiento de un centro de investigación, la formación rigurosa de maestros, científicos, ingenieros y empresarios, el fortalecimiento de un sistema judicial confiable o el desarrollo de instituciones que protejan la libertad económica representan inversiones cuya contribución trasciende ampliamente los beneficios inmediatos que producen. Su verdadero valor reside en ampliar la capacidad futura de la sociedad para seguir creando.

Es precisamente en este punto donde la cultura adquiere un lugar central dentro de la teoría del desarrollo. Con frecuencia se la considera un fenómeno paralelo a la economía, cuando en realidad constituye uno de sus fundamentos más profundos.

La cultura define aquello que una sociedad admira, aquello que recompensa y aquello que transmite a sus hijos. Si una comunidad reconoce el mérito, la responsabilidad, el trabajo bien hecho, la innovación, el ahorro, el cumplimiento de la palabra y el respeto por el conocimiento, estará formando continuamente personas preparadas para ampliar las posibilidades económicas de la siguiente generación. Si, por el contrario, premia la dependencia, el privilegio, la improvisación, el rentismo o la búsqueda permanente de beneficios desvinculados de la creación de valor, terminará debilitando precisamente las capacidades de las cuales depende su desarrollo futuro.

En este punto comienza a emerger una convicción que atravesará toda esta obra. El desarrollo no constituye un programa gubernamental, un plan quinquenal ni un conjunto de incentivos económicos. El desarrollo es una expresión de la cultura de una civilización. Es la consecuencia visible de una sociedad que decidió organizar su libertad, su conocimiento, su empresa y sus instituciones alrededor de un propósito común: ampliar continuamente las posibilidades humanas. Cuando esa decisión cultural se consolida, la economía deja de depender exclusivamente de circunstancias externas y comienza a convertirse en la manifestación natural de una comunidad que ha aprendido a crear más de lo que consume, a construir

más de lo que destruye y a entregar a sus hijos una capacidad superior a la que recibió de sus padres.

Esta comprensión del desarrollo permite igualmente redefinir la misión de las instituciones públicas y privadas. Ninguna de ellas existe para justificar su propia permanencia. Todas encuentran su legitimidad en la medida en que fortalecen la capacidad de la sociedad para crear nuevas oportunidades. La universidad mediante el conocimiento; la empresa mediante la innovación y la producción; el sistema financiero mediante la movilización eficiente del capital; el Estado mediante la protección del orden jurídico; la familia mediante la formación del carácter y la transmisión de valores. Cuando cada institución cumple adecuadamente su función, la civilización adquiere una extraordinaria capacidad para ampliar continuamente el horizonte de libertad de sus ciudadanos. Ésa es, en última instancia, la manifestación más elevada de la riqueza y el fundamento más sólido sobre el cual puede edificarse un desarrollo verdaderamente perdurable.

Aquí conviene formular una afirmación que considero fundamental para el presente tratado. La cultura constituye el límite superior del desarrollo económico posible. Ninguna política pública, ningún programa de incentivos, ninguna inversión extranjera y ninguna reforma institucional podrá sostener indefinidamente niveles de desarrollo superiores a los que la cultura de una sociedad está

preparada para respaldar. Puede producirse un crecimiento acelerado durante algún tiempo. Pueden alcanzarse indicadores extraordinarios bajo circunstancias excepcionales. Sin embargo, si esos avances no encuentran una cultura que los haga propios, terminarán debilitándose con el paso de las generaciones.

Esta realidad explica por qué tantas estrategias de desarrollo producen resultados diferentes aun cuando aplican instrumentos aparentemente semejantes. Las políticas económicas nunca operan sobre un terreno vacío. Actúan sobre una cultura previamente existente. Allí donde los valores sociales favorecen la iniciativa individual, la cooperación voluntaria y el respeto por las instituciones, las reformas económicas encuentran un terreno fértil. Allí donde predominan la desconfianza, la dependencia o la incertidumbre institucional, los mismos instrumentos producen efectos considerablemente más modestos. No porque las políticas sean necesariamente incorrectas, sino porque la cultura limita la capacidad de la sociedad para apropiarse de ellas.

El análisis económico comienza a revelar una dimensión mucho más amplia. El desarrollo deja de ser un fenómeno exclusivamente financiero, tecnológico o institucional para convertirse en una expresión de la cultura de una civilización. La riqueza refleja aquello que una sociedad es capaz de

producir; la cultura explica por qué esa sociedad decidió producir precisamente de esa manera y no de otra. Cuando ambas dimensiones evolucionan conjuntamente, el desarrollo adquiere una extraordinaria capacidad de permanencia. Cuando se separan, la prosperidad comienza lentamente a perder sus fundamentos más profundos.

A juicio del autor, la continuidad de una civilización depende, en última instancia, de su capacidad para conservar viva la cultura de la creación. Mientras una sociedad continúa creyendo que el futuro puede construirse mediante el trabajo, el conocimiento, la libertad responsable y la organización institucional, conserva intacta la posibilidad de reinventarse frente a circunstancias cambiantes. Cuando esa convicción comienza a desaparecer y es sustituida por la expectativa de administrar indefinidamente el patrimonio heredado, el proceso de declinación se inicia mucho antes de que aparezcan sus manifestaciones económicas visibles.

Este fenómeno reviste una importancia extraordinaria para las pequeñas economías abiertas. Las grandes potencias poseen, en ocasiones, la capacidad de compensar durante algún tiempo determinados deterioros culturales mediante el tamaño de sus mercados, la fortaleza de sus instituciones acumuladas o la magnitud de su capital financiero. Las economías pequeñas carecen de ese

margen. Su principal activo estratégico no es el volumen de recursos naturales ni la dimensión de su territorio. Es la calidad de su gente y la cultura mediante la cual esa gente decide organizar su inteligencia, su trabajo y su capacidad de cooperación. Cuando una pequeña sociedad fortalece esa cultura, puede competir exitosamente con economías mucho mayores. Cuando la debilita, ninguna política pública será suficiente para compensar esa pérdida.

Puerto Rico constituye un ejemplo particularmente interesante para examinar esta realidad. A lo largo de su historia moderna ha demostrado una extraordinaria capacidad para producir profesionales, empresarios, científicos, artistas, educadores y líderes que han contribuido significativamente tanto al desarrollo de la Isla como al de los Estados Unidos y otras regiones del mundo. Esa realidad evidencia que el talento humano nunca ha sido nuestra principal limitación. La pregunta verdaderamente importante consiste en determinar si nuestras instituciones, nuestra cultura pública y nuestras políticas económicas han logrado convertir de manera sistemática ese talento en una capacidad permanente para crear empresas, conocimiento, innovación y prosperidad. Ésta es una cuestión que trasciende el debate partidista y se sitúa en el terreno mucho más amplio de la construcción civilizacional.

Éste es, a juicio del autor, el verdadero punto de encuentro entre la economía y la filosofía de la historia. Las naciones no permanecen vivas únicamente porque administran correctamente sus recursos. Permanecen vivas porque cada generación decide, consciente o inconscientemente, si continuará ampliando el horizonte de posibilidades recibido de quienes la precedieron. Allí donde esa decisión se renueva constantemente, el desarrollo deja de ser un episodio económico y se convierte en una característica permanente de la civilización misma. Allí comienza, verdaderamente, la historia de los pueblos que logran trascender el paso del tiempo.

Precisamente aquí aparece uno de los principios que orientarán este tratado. Toda política económica debe ser evaluada mediante un criterio que trasciende sus efectos inmediatos. La pregunta decisiva no consiste únicamente en determinar quién recibe un beneficio o quién asume un costo. La pregunta verdaderamente importante es otra: ¿esta decisión fortalece o debilita la capacidad creadora de la sociedad? Si fortalece la disposición para emprender, aprender, innovar, ahorrar, invertir y organizar nuevas empresas, estará contribuyendo al desarrollo aunque sus beneficios tarden algún tiempo en manifestarse. Si, por el contrario, reduce progresivamente esa capacidad, podrá producir resultados favorables durante un período limitado,

pero terminará erosionando el fundamento mismo sobre el cual descansa la prosperidad futura.

Esta reflexión resulta particularmente pertinente para Puerto Rico y para muchas economías del Caribe. Nuestra historia económica ha estado profundamente influenciada por programas de incentivos, transferencias federales, inversiones externas y políticas públicas de promoción industrial. Todos estos instrumentos han desempeñado un papel importante en distintas etapas de nuestro desarrollo y sería intelectualmente deshonesto desconocer sus contribuciones. Sin embargo, la pregunta que debemos formularnos mirando hacia el futuro es diferente. ¿Estamos construyendo una economía cuya principal fortaleza reside en la capacidad de atraer recursos externos o una sociedad cuya principal fortaleza consiste en generar continuamente nuevas capacidades desde su propio talento, sus propias empresas y sus propias instituciones?

En este punto comienza a perfilarse uno de los postulados fundamentales de la presente obra. El desarrollo no consiste simplemente en aumentar el ingreso nacional, elevar la inversión o mejorar determinados indicadores macroeconómicos. El desarrollo consiste en desplazar progresivamente el centro de gravedad de la sociedad desde la transferencia hacia la creación; desde la dependencia hacia la iniciativa; desde la administración del patrimonio heredado hacia la ampliación constante

del patrimonio que será legado a las generaciones futuras. Cuando ese desplazamiento se consolida, la economía deja de ser una sucesión de ciclos favorables y comienza a convertirse en la expresión permanente de una civilización que ha hecho de la creación su principal forma de existencia histórica.

Ésta es, probablemente, la razón por la cual el desarrollo debe entenderse como un proceso de civilización antes que como un simple proceso económico. Una civilización progresa cuando aumenta continuamente su capacidad para crear valor allí donde antes solamente existían limitaciones. Progresa cuando transforma problemas en oportunidades, conocimiento en innovación, libertad en responsabilidad y cooperación en prosperidad. La riqueza constituye la manifestación visible de ese proceso. El valor constituye su sustancia. Y la creación representa el acto profundamente humano mediante el cual una generación amplía el horizonte de posibilidades de la siguiente. En esa continuidad creadora reside, a juicio del autor, la explicación más profunda del desarrollo económico y el fundamento permanente de la prosperidad de las sociedades libres.

Aquí conviene introducir una precisión de especial importancia para el presente tratado. El intercambio no crea automáticamente desarrollo. Puede utilizarse para distribuir privilegios tanto como para generar prosperidad. Puede servir a la

innovación o al rentismo. Puede fortalecer la competencia o consolidar monopolios protegidos. La diferencia nunca depende exclusivamente de la existencia del intercambio. Depende de la calidad institucional dentro de la cual éste ocurre. Cuando el intercambio se desarrolla bajo un Estado de Derecho sólido, reglas transparentes y mercados abiertos a la competencia, se convierte en uno de los mecanismos más poderosos para ampliar la creación de valor. Cuando queda capturado por privilegios, corrupción o arbitrariedad, comienza lentamente a perder esa capacidad creadora.

Este cambio posee implicaciones profundas para la teoría del desarrollo. Tradicionalmente se preguntaba qué recursos posee una nación. En la nueva etapa histórica la pregunta decisiva comienza a ser otra: ¿con cuántas capacidades es capaz de integrarse una nación para multiplicar el valor creado por sus propios recursos? La riqueza deja de depender exclusivamente de lo que un país produce por sí solo y comienza a depender también de la calidad de las redes de cooperación que logra construir con el resto del mundo. La integración deja de ser un fenómeno comercial para convertirse en un fenómeno civilizacional.

La historia demuestra que ninguna ventaja económica permanece indefinidamente. Los recursos naturales se agotan o pierden importancia relativa. Las tecnologías terminan siendo reemplazadas por

otras más eficientes. Las ventajas geográficas disminuyen conforme evolucionan los medios de transporte y comunicación. Incluso las instituciones, cuando dejan de adaptarse a nuevas circunstancias, comienzan lentamente a perder eficacia. La permanencia del desarrollo nunca ha dependido de conservar intactas las ventajas del pasado. Ha dependido siempre de la capacidad para producir continuamente nuevas ventajas antes de que las anteriores dejen de ser suficientes.

Precisamente aquí aparece uno de los grandes desafíos del siglo XXI. La velocidad con la cual evoluciona el conocimiento supera crecientemente la capacidad de muchas instituciones para incorporarlo. Tecnologías que hoy parecen revolucionarias pueden quedar superadas pocos años después. Profesiones enteras experimentan profundas transformaciones antes de que una generación complete su vida laboral. Las organizaciones que sobreviven no son necesariamente las más grandes ni las más antiguas. Son aquellas que desarrollan la capacidad institucional para aprender más rápido que la velocidad con la cual cambia su entorno. Esta afirmación resulta igualmente válida para las empresas, las universidades, los gobiernos y las naciones.

La ventaja competitiva deja de ser un estado para convertirse en un proceso. Ninguna organización puede considerarse definitivamente preparada.

Ninguna economía alcanza un punto donde el aprendizaje deje de ser necesario. El desarrollo permanente exige una actitud de renovación continua. Cada nueva generación recibe conocimientos acumulados durante siglos, pero tiene igualmente la responsabilidad de ampliarlos antes de transmitirlos a quienes la sucederán. La continuidad creadora de la civilización depende precisamente de esa cadena ininterrumpida de aprendizaje organizado.

Esta diferencia permite comprender una realidad que rara vez aparece formulada de manera explícita. El verdadero desarrollo no consiste en alcanzar un determinado nivel económico. Consiste en adquirir la capacidad permanente de renovarse sin perder la identidad que hace posible esa renovación. Una sociedad desarrollada no es aquella que ha resuelto definitivamente sus problemas. Es aquella que ha construido instituciones capaces de enfrentar problemas nuevos con una eficacia creciente. La prosperidad deja entonces de entenderse como una condición estática y comienza a revelarse como la consecuencia de una extraordinaria capacidad para adaptarse creativamente a un mundo en constante transformación.

Aquí aparece una diferencia fundamental entre crecimiento y desarrollo. El crecimiento puede producirse como consecuencia de circunstancias favorables. El desarrollo exige una arquitectura

institucional capaz de sostener la renovación cuando esas circunstancias cambian. Una economía puede crecer gracias a un auge temporal de determinadas industrias, a una coyuntura internacional favorable o a un incremento extraordinario de la inversión. Sin embargo, solamente una sociedad que aprende continuamente será capaz de mantener su prosperidad una vez desaparezcan esos factores excepcionales. El crecimiento describe una trayectoria económica. El desarrollo describe una capacidad civilizacional.

Ésta constituye, probablemente, una de las responsabilidades más importantes de toda generación. No basta con aumentar la riqueza recibida. No basta con construir nuevas empresas, nuevas universidades o nuevas instituciones. El verdadero desafío consiste en dotarlas de la capacidad de renovarse continuamente frente a circunstancias imprevisibles. Allí reside la diferencia entre una obra importante y una obra perdurable. Las primeras responden exitosamente a los problemas de su tiempo. Las segundas conservan la capacidad de responder a problemas que todavía no existen.

Durante más de dos siglos el desarrollo económico ha sido explicado principalmente como un proceso de acumulación de capital, incremento de la productividad, expansión del comercio, industrialización, fortalecimiento institucional o

innovación tecnológica. Cada una de estas explicaciones ha enriquecido nuestra comprensión del progreso humano. Sin embargo, ninguna logra explicar por sí sola por qué determinadas sociedades mantienen durante siglos una capacidad permanente para renovarse, mientras otras, aun alcanzando elevados niveles de prosperidad, terminan perdiendo gradualmente su dinamismo creador. El propósito de esta obra no consiste en sustituir las teorías existentes del desarrollo, sino en integrarlas dentro de una explicación más amplia cuyo objeto de estudio es la capacidad de una civilización para crear, organizar, renovar y transmitir valor de una generación a la siguiente.

La historia económica suele medir el desarrollo mediante indicadores observables. El ingreso per cápita, la productividad, la inversión, el comercio internacional, la esperanza de vida o los niveles educativos constituyen instrumentos indispensables para comparar economías y evaluar su evolución. Sin embargo, todos ellos describen resultados alcanzados. Ninguno explica plenamente el proceso mediante el cual una sociedad llega a producir esos resultados de manera sostenida. La diferencia no es menor. La economía ha perfeccionado extraordinariamente los instrumentos para medir el desarrollo, pero continúa enfrentando el desafío de comprender con igual profundidad el mecanismo que lo hace posible.

A juicio del autor, ese mecanismo no reside exclusivamente en el capital, ni en el trabajo, ni en la tecnología, ni siquiera en las instituciones consideradas aisladamente. Todos estos elementos participan del proceso, pero ninguno constituye su origen. El desarrollo comienza cuando una sociedad incrementa de manera continua su capacidad para crear nuevas capacidades. Esta afirmación puede parecer circular, pero describe uno de los fenómenos más importantes de la evolución humana. Cada descubrimiento científico amplía las posibilidades de nuevos descubrimientos. Cada innovación tecnológica facilita innovaciones posteriores. Cada empresa que perfecciona una forma de organización transmite conocimientos que otras organizaciones utilizan para avanzar aún más. La civilización progresa porque cada generación aumenta el potencial creador de la siguiente.

Esta observación permite comprender por qué el desarrollo nunca puede interpretarse como un fenómeno exclusivamente económico. Una sociedad desarrolla nuevas capacidades cuando fortalece simultáneamente múltiples dimensiones de su organización. Desarrolla capacidad científica mediante la investigación; capacidad empresarial mediante la innovación y el emprendimiento; capacidad institucional mediante el fortalecimiento del Estado de Derecho; capacidad educativa mediante la formación del talento; capacidad cultural mediante

la transmisión de valores compatibles con la libertad, la responsabilidad y el mérito. Ninguna de estas capacidades opera de manera aislada. Todas interactúan continuamente dentro de una misma arquitectura civilizacional.

Conviene introducir una afirmación que acompañará el resto de este tratado. La expansión de las capacidades humanas constituye el verdadero propósito del desarrollo económico. El aumento de la riqueza representa un medio extraordinariamente poderoso para alcanzar ese propósito, pero nunca debe confundirse con el propósito mismo. La riqueza adquiere sentido cuando amplía la libertad para aprender, crear, emprender, investigar, innovar y transmitir oportunidades a las generaciones futuras. Allí donde la riqueza deja de fortalecer las capacidades humanas y se convierte exclusivamente en un objeto de consumo o de acumulación, comienza lentamente a perder su función civilizacional.

Renovación de métodos e instituciones

El desarrollo deja de entenderse como un simple proceso de crecimiento económico y comienza a revelarse como la expansión deliberada de las capacidades mediante las cuales una sociedad aprende a crear continuamente nuevas posibilidades para todos sus integrantes. La prosperidad constituye la consecuencia visible de ese proceso. La libertad

constituye su condición indispensable. La empresa representa su principal organización económica. La cultura le proporciona dirección. Las instituciones garantizan su estabilidad. Y la educación asegura su continuidad histórica. Cuando todas estas dimensiones convergen, el desarrollo deja de depender de circunstancias excepcionales para convertirse en una cualidad permanente de la civilización.

Resulta importante precisar que el presente tratado no establece una oposición entre creación y distribución. Ambas forman parte del funcionamiento normal de cualquier economía. Toda comunidad distribuye ingresos mediante los mercados, redistribuye recursos mediante el sistema contributivo y desarrolla mecanismos de solidaridad para atender necesidades colectivas. Nada de ello resulta incompatible con una economía dinámica. El problema aparece únicamente cuando la distribución deja de concebirse como consecuencia de la creación y comienza a sustituirla como eje central de la discusión pública. En ese momento, la atención de la sociedad se desplaza lentamente desde la expansión de las capacidades hacia la administración del patrimonio existente.

La historia económica ofrece numerosos ejemplos de esta transformación. Civilizaciones extraordinariamente prósperas comenzaron a experimentar dificultades no porque hubieran

perdido súbitamente sus recursos, sino porque fueron debilitando progresivamente los mecanismos mediante los cuales esos recursos continuaban siendo creados. El deterioro rara vez comenzó con una crisis financiera. Comenzó mucho antes, cuando disminuyó el prestigio social del emprendimiento, cuando la innovación dejó de ocupar un lugar central dentro de la cultura, cuando la inversión productiva fue desplazada por actividades orientadas principalmente a capturar riqueza ya existente y cuando la formación de nuevas capacidades perdió prioridad frente a la administración de las capacidades heredadas.

Esta observación conduce a una conclusión de extraordinaria importancia para la teoría del desarrollo. El verdadero patrimonio de una nación no consiste en el volumen de riqueza que posee en un momento determinado. Consiste en la fortaleza de los procesos mediante los cuales esa riqueza continúa siendo creada. Dos sociedades pueden mostrar niveles semejantes de ingreso y, sin embargo, encontrarse en situaciones históricas completamente distintas. Una puede estar ampliando continuamente su capacidad creadora; la otra puede estar consumiendo lentamente el patrimonio acumulado durante generaciones anteriores. Los indicadores económicos describen una fotografía del presente. Solamente el análisis de la capacidad creadora

permite comprender la dirección futura de la civilización.

Conviene formular el primer gran principio de la presente teoría del desarrollo. Toda sociedad puede decidir cómo distribuir la riqueza que produce. Sin embargo, ninguna sociedad puede distribuir de manera sostenible una riqueza cuya capacidad creadora se encuentre debilitándose. La creación constituye el fundamento permanente sobre el cual descansa toda política económica, toda estrategia social y toda aspiración de prosperidad compartida. Alterar ese orden significa confundir las consecuencias con las causas. Preservarlo significa reconocer que el desarrollo comienza siempre allí donde una civilización fortalece las instituciones, la cultura y las organizaciones capaces de producir continuamente nuevo valor.

En consecuencia, la primera responsabilidad histórica de una sociedad que aspire al desarrollo no consiste en preguntarse cómo administrar mejor la riqueza existente. Consiste en preguntarse cómo ampliar continuamente la capacidad de crear riqueza nueva. Una vez comprendida esta secuencia, la distribución deja de convertirse en un conflicto permanente por un patrimonio limitado y comienza a transformarse en la consecuencia natural de una civilización que expande constantemente sus posibilidades de creación. Allí reside, a juicio del

autor, el fundamento más sólido de una economía libre, dinámica y socialmente responsable.

No obstante, una vez aseguradas esas condiciones, el proceso creador pertenece principalmente a la sociedad. Ningún ministerio puede descubrir todas las innovaciones futuras. Ninguna oficina gubernamental puede anticipar con precisión las necesidades cambiantes de millones de consumidores. Ninguna planificación central posee la información dispersa que diariamente manejan quienes producen, investigan, comercian, enseñan y emprenden. El desarrollo aparece precisamente porque la inteligencia colectiva de una sociedad supera ampliamente la capacidad de cualquier autoridad para dirigirla en todos sus detalles. Ésta constituye una de las mayores fortalezas de las sociedades libres.

Esta observación explica por qué dos sociedades que invierten cantidades semejantes pueden experimentar trayectorias económicas completamente distintas. La diferencia no reside exclusivamente en cuánto invierten. Reside en aquello que deciden fortalecer mediante esa inversión. Existen inversiones orientadas principalmente a sostener el consumo presente y otras dirigidas a ampliar la capacidad creadora del futuro. Ambas cumplen funciones legítimas dentro de una economía. Sin embargo, solamente las segundas incrementan de manera permanente el potencial de

desarrollo de la civilización. La calidad de la inversión termina siendo tan importante como su magnitud.

La historia económica ofrece numerosos ejemplos de esta diferencia. Existen países que recibieron enormes flujos de capital durante determinados períodos sin lograr consolidar un desarrollo sostenible. Otros, con recursos mucho más limitados, utilizaron esas inversiones para fortalecer universidades, desarrollar industrias nacionales, formar talento altamente especializado y construir instituciones capaces de seguir innovando una vez modificadas las condiciones internacionales. La diferencia nunca estuvo exclusivamente en el volumen del capital. Estuvo en la capacidad para convertir ese capital en capacidades permanentes.

Resulta posible formular un principio general que acompañará el resto del tratado. Ninguna inversión debe evaluarse exclusivamente por el rendimiento económico que produce durante el próximo ejercicio fiscal. Su verdadero valor reside en la capacidad que deja instalada dentro de la sociedad para seguir creando riqueza, conocimiento e instituciones una vez concluido el ciclo inicial de la inversión. Allí reside la diferencia entre crecimiento transitorio y desarrollo permanente.

El desarrollo económico deja de entenderse como la simple acumulación de capital. Comienza a

revelarse como un proceso continuo de acumulación de capacidades organizadas. Cada inversión amplía el repertorio de posibilidades de la civilización. Cada empresa fortalece la inteligencia colectiva de la economía. Cada universidad incrementa el potencial científico de la nación. Cada institución confiable reduce los costos de cooperación futura. Cuando estas capacidades comienzan a reforzarse mutuamente, la prosperidad deja de depender del volumen de recursos disponibles y pasa a depender de la extraordinaria habilidad de una sociedad para transformar inversión en capacidades y capacidades en creación permanente de valor. Allí, a juicio del autor, reside la esencia del desarrollo económico sostenible y el fundamento sobre el cual descansa la continuidad de la civilización.

Esta función educativa explica igualmente por qué las economías más dinámicas muestran una extraordinaria densidad empresarial. No se trata únicamente de un mayor número de organizaciones productivas. Se trata de una sociedad donde miles de empresas están formando diariamente nuevas generaciones de directivos, técnicos, investigadores, emprendedores y trabajadores altamente especializados. La empresa no solamente produce riqueza. Produce personas capaces de seguir produciendo riqueza. En ello reside una parte esencial de la continuidad del desarrollo.

El desarrollo económico adquiere un significado mucho más amplio. No dependerá exclusivamente de la existencia de empresas, sino de la calidad institucional de esas empresas, de su capacidad para aprender, innovar, cooperar y formar nuevas capacidades dentro de la sociedad. Las naciones verdaderamente desarrolladas no serán aquellas que simplemente acumulen un mayor número de organizaciones económicas. Serán aquellas que logren convertir a la empresa en la principal escuela de creación de valor, de liderazgo, de conocimiento y de responsabilidad social. Allí, a juicio del autor, reside una de las contribuciones más importantes de la empresa a la continuidad de la civilización.

Conviene precisar desde el inicio que el liderazgo al cual se refiere este tratado no constituye una cualidad carismática ni un atributo reservado a determinadas personalidades excepcionales. Tampoco se limita al ejercicio de la autoridad política o administrativa. El liderazgo representa una capacidad institucional mediante la cual una sociedad organiza inteligentemente su energía creadora alrededor de objetivos que trascienden el interés inmediato de los individuos. Allí donde esa capacidad existe, el desarrollo adquiere dirección. Allí donde desaparece, incluso abundantes recursos permanecen dispersos e incapaces de producir transformaciones duraderas.

Puede formularse un principio general. El desarrollo económico no depende únicamente de la existencia de recursos, de capital o de conocimiento. Depende igualmente de la capacidad de convocar esos elementos dentro de una arquitectura institucional orientada hacia la creación permanente de valor. Allí donde esa capacidad convocante se fortalece, la sociedad multiplica sus posibilidades de innovación, de cooperación y de prosperidad. Allí donde se debilita, incluso recursos abundantes permanecen fragmentados e incapaces de producir transformaciones sostenibles.

Aquí aparece una diferencia que la teoría del desarrollo apenas ha comenzado a explorar. Las sociedades no prosperan simplemente porque poseen conocimiento. Prosperan porque aprenden a institucionalizarlo. Es decir, desarrollan mecanismos mediante los cuales las experiencias individuales dejan de ser patrimonio privado para convertirse en capacidades permanentes de la civilización. La verdadera innovación no consiste únicamente en descubrir algo nuevo. Consiste en lograr que ese descubrimiento modifique la conducta futura de millones de personas que jamás conocerán personalmente a su autor.

Ésta es una de las razones por las cuales tantas estrategias de desarrollo producen resultados temporales. Incorporan recursos externos, pero no fortalecen suficientemente las organizaciones

encargadas de generar capacidades propias. Durante algunos años los indicadores económicos mejoran. Sin embargo, una vez desaparecen las circunstancias favorables, la sociedad descubre que sigue dependiendo de capacidades creadas en otros lugares.

La palabra autonomía suele interpretarse como aislamiento o autosuficiencia. Ninguna de esas interpretaciones corresponde al sentido utilizado en este tratado. Ninguna nación moderna puede ni debe aspirar a producir por sí sola todo aquello que necesita. La prosperidad contemporánea depende precisamente de la cooperación internacional, del comercio y de la integración de capacidades. La autonomía creadora significa algo distinto. Significa poseer la capacidad intelectual e institucional para contribuir activamente a esa integración mundial mediante conocimiento propio, innovación propia y organizaciones capaces de generar valor original.

Y, quizás, ésta sea la definición más exigente del desarrollo que podamos formular: el momento en que una nación deja de medir su progreso exclusivamente por aquello que produce y comienza a medirlo por aquello que hace posible que la humanidad produzca mejor. En ese instante el desarrollo deja de ser una aspiración nacional para convertirse en una contribución civilizacional. Allí, verdaderamente, comienza la historia de los pueblos que trascienden su tiempo.

Quizá éste sea uno de los mayores descubrimientos de la humanidad y, paradójicamente, uno de los menos estudiados por la teoría económica. La riqueza puede perderse y volver a recuperarse. Los edificios pueden destruirse y reconstruirse. Incluso las fronteras de los Estados han cambiado innumerables veces a lo largo de la historia. Lo que verdaderamente determina la continuidad de una civilización es la capacidad de sus instituciones para conservar y transmitir aquellas formas de conocimiento que permiten volver a crear riqueza cuando las circunstancias cambian.

El desarrollo deja de ser una sucesión de episodios exitosos y comienza a entenderse como un proceso continuo de acumulación institucional. Las sociedades verdaderamente desarrolladas no son aquellas que producen un mayor número de acontecimientos extraordinarios. Son aquellas que logran convertir esos acontecimientos en capacidades permanentes. Allí donde cada generación debe reconstruir lo que la anterior olvidó, el progreso avanza con enorme dificultad. Allí donde cada generación recibe una plataforma institucional más sólida que la heredada por sus padres, el desarrollo adquiere un carácter acumulativo.

Por esa razón, toda teoría del desarrollo que limite su atención al crecimiento económico termina observando solamente la superficie del fenómeno. Debajo de los indicadores existe una realidad mucho

más profunda: la lenta construcción de instituciones que aprenden, conservan, perfeccionan y transmiten capacidades creadoras. El crecimiento puede fluctuar con los ciclos económicos. La fortaleza institucional, en cambio, determina la trayectoria histórica de una sociedad durante siglos. Quizá por ello las grandes civilizaciones no deban juzgarse únicamente por la riqueza que produjeron, sino por la calidad de las instituciones que legaron a quienes vinieron después. Allí comienza, verdaderamente, la historia del desarrollo.

Por ello, la libertad no debe considerarse únicamente un derecho que la sociedad concede a sus ciudadanos. Debe entenderse también como una responsabilidad compartida. Cada generación recibe un espacio de libertad construido por quienes la precedieron y tiene la obligación de ampliarlo mediante instituciones más sólidas, una cultura de mayor responsabilidad y una economía capaz de ofrecer oportunidades crecientes. Solamente así la libertad deja de ser una conquista circunstancial y comienza a convertirse en una capacidad civilizacional. Y solamente entonces el desarrollo encuentra el terreno donde la creación de valor puede renovarse ininterrumpidamente a través del tiempo.

Uno de los rasgos que distinguen a las grandes civilizaciones es su relación con el tiempo. No todas las sociedades piensan de la misma manera acerca

del futuro. Algunas concentran la mayor parte de su energía en resolver las urgencias del presente; otras desarrollan la capacidad de realizar sacrificios inmediatos para alcanzar objetivos que solamente producirán resultados muchos años después. Esta diferencia, que podría parecer cultural o incluso psicológica, posee profundas consecuencias económicas. El desarrollo comienza a cambiar de naturaleza cuando una comunidad deja de organizarse exclusivamente para atender el día de hoy y empieza a construir deliberadamente el mañana.

Esta capacidad de pensar en generaciones, y no solamente en ejercicios fiscales, constituye uno de los indicadores más precisos del desarrollo. Las sociedades que viven permanentemente absorbidas por la urgencia terminan consumiendo buena parte de su energía en administrar el presente. Las sociedades que aprenden a construir el futuro desarrollan una relación distinta con el tiempo. Comprenden que algunas de las decisiones más importantes nunca producirán beneficios inmediatos y, precisamente por ello, merecen ser adoptadas.

Quizá ésta sea una de las razones por las cuales las civilizaciones verdaderamente perdurables nunca organizaron su existencia alrededor de la inmediatez. Organizaron su presente de tal manera que cada decisión ampliara, aunque fuera modestamente, las posibilidades de quienes habrían de continuar la

obra. El desarrollo, entendido de esta forma, deja de ser una carrera por alcanzar determinados niveles de ingreso y se convierte en una responsabilidad histórica. Cada generación recibe una civilización inacabada y tiene la oportunidad -y el deber- de entregarla más libre, más capaz y más creadora de lo que la encontró. En esa continuidad silenciosa, más que en cualquier indicador económico aislado, reside la verdadera medida del desarrollo.

Cuando una sociedad contempla durante siglos los mismos problemas y termina encontrando soluciones semejantes, solemos atribuir esa continuidad a la tradición. Cuando esa misma sociedad comienza a resolver esos problemas de manera diferente, hablamos de innovación. Ambas expresiones describen fenómenos reales, pero ninguna explica plenamente aquello que ocurre entre una y otra. La innovación no aparece espontáneamente. Tampoco constituye un accidente histórico. Es la manifestación visible de una cultura que ha aprendido a considerar la creación como una conducta normal de la vida cotidiana.

En ese momento ocurre una transformación silenciosa que ninguna estadística puede registrar plenamente. La comunidad deja de preguntarse únicamente cómo administrar los recursos que posee y comienza a preguntarse qué nuevas posibilidades puede crear con ellos. Esa diferencia marca el tránsito desde una economía que vive principalmente

de la acumulación hacia una civilización que vive fundamentalmente de su capacidad para crear. Y quizá sea allí, más que en cualquier otro lugar, donde deba buscarse la explicación última del desarrollo económico duradero. No en la abundancia de recursos, ni siquiera en la magnitud de la riqueza acumulada, sino en la consolidación de una cultura donde crear constituye la expresión más elevada de la libertad, de la responsabilidad y de la confianza que una generación deposita en la siguiente.

Ésta es una de las razones por las cuales el presente tratado propone comprender la productividad como una consecuencia y no como una causa. La productividad no constituye el punto de partida del desarrollo; constituye una de sus manifestaciones más visibles. Antes de que aumente la productividad ha debido aumentar el conocimiento, mejorar la organización, fortalecerse la confianza, ampliarse las capacidades institucionales y consolidarse una cultura que premie la innovación. Allí donde esos elementos permanecen estancados, difícilmente la productividad podrá sostener una trayectoria ascendente durante largos períodos de tiempo.

Quizá por ello las grandes transformaciones económicas nunca comenzaron simplemente con una acumulación extraordinaria de dinero. Comenzaron cuando una sociedad encontró formas nuevas de convertir esa acumulación en capacidades

permanentes. La Revolución Industrial no consistió únicamente en reunir recursos financieros. Consistió en crear empresas capaces de organizar trabajo, conocimiento y tecnología de una manera desconocida hasta entonces. La expansión universitaria del siglo XIX no respondió exclusivamente al aumento de los presupuestos educativos. Representó la decisión consciente de convertir parte de la riqueza acumulada en una capacidad científica permanente. Cada gran etapa del desarrollo confirma la misma secuencia histórica: primero se crea valor; después ese valor se transforma en capital; finalmente el capital amplía la capacidad para crear un valor todavía mayor.

Sin embargo, el propio desarrollo de la economía obliga hoy a formular una nueva pregunta. Si la productividad explica la riqueza de las naciones, ¿qué explica la productividad? La respuesta ya no puede encontrarse exclusivamente en la división del trabajo. La organización científica de la producción, la revolución tecnológica, la expansión de las universidades, la investigación aplicada y la extraordinaria velocidad con la que circula el conocimiento han transformado profundamente la naturaleza del desarrollo. Sin abandonar las enseñanzas de Smith, resulta necesario avanzar un paso adicional. El verdadero recurso estratégico de una nación ya no es solamente su capacidad para

producir. Es su capacidad para aprender a producir de una manera continuamente superior.

Ésta constituye una de las razones por las cuales la educación ocupa un lugar tan central dentro de la presente teoría del desarrollo. No porque la educación produzca automáticamente riqueza, sino porque amplía la materia prima de toda creación futura. Sin embargo, incluso esta afirmación requiere una precisión importante. La educación no debe medirse únicamente por la cantidad de personas escolarizadas ni por el número de títulos conferidos. Su verdadera contribución depende de la capacidad para desarrollar pensamiento crítico, disciplina intelectual, creatividad, juicio ético y disposición permanente hacia el aprendizaje. Una sociedad puede aumentar considerablemente sus niveles de escolaridad sin incrementar proporcionalmente su capacidad para crear conocimiento nuevo. El desarrollo exige ambas cosas.

La consecuencia de este proceso resulta evidente. El conocimiento deja de constituir un patrimonio exclusivamente académico para convertirse en un activo económico de primer orden. Pero reducirlo a esa dimensión sería igualmente insuficiente. El conocimiento representa, además, un patrimonio civilizacional. Cada generación recibe un volumen de inteligencia acumulada incomparablemente superior al que podría producir por sí misma. La verdadera medida del desarrollo consiste en determinar cuánto

aumenta ese patrimonio antes de transmitirlo a quienes vendrán después. Allí comienza a percibirse la diferencia entre una economía que administra recursos y una civilización que amplía continuamente su capacidad creadora.

En consecuencia, la riqueza de las naciones no puede explicarse plenamente sin comprender antes la riqueza de su conocimiento. Y esta última no debe medirse únicamente por la cantidad de información disponible, sino por la capacidad de una sociedad para transformarla en criterio, organización, innovación y valor. En esa transformación silenciosa reside, probablemente, el proceso más importante de la economía contemporánea y uno de los fundamentos esenciales sobre los cuales descansará el desarrollo durante el siglo XXI.

Todas estas aportaciones enriquecieron extraordinariamente la teoría del desarrollo. Sin embargo, observadas en conjunto, parecen conducir hacia una pregunta que todavía permanece parcialmente abierta. Si el conocimiento explica una parte creciente del crecimiento económico, ¿qué explica la capacidad de una sociedad para producir, organizar y multiplicar ese conocimiento de manera continua? En este sentido, resulta particularmente valiosa la observación formulada por Friedrich Hayek al señalar que el conocimiento relevante para el funcionamiento de la economía permanece distribuido entre millones de personas y que ninguna

autoridad puede concentrarlo completamente (Hayek, 1945). Esta idea posee implicaciones mucho más profundas de las que habitualmente se le atribuyen. Si el conocimiento se encuentra disperso, entonces el desarrollo dependerá menos de la capacidad de una autoridad para dirigir la economía y mucho más de la existencia de instituciones que permitan descubrir, coordinar y aprovechar inteligentemente ese conocimiento distribuido.

Esta diferencia permite comprender por qué algunas sociedades producen innovación de manera continua mientras otras dependen principalmente de innovaciones desarrolladas en el exterior. La diferencia rara vez reside en la inteligencia de sus habitantes. Reside, sobre todo, en la calidad de las organizaciones encargadas de transformar inteligencia individual en capacidad colectiva. Allí donde esa transformación ocurre de manera permanente, el conocimiento adquiere un carácter acumulativo y el desarrollo deja de depender exclusivamente de circunstancias favorables.

Durante el siglo XX esa conversación adquirió una profundidad extraordinaria. Joseph Schumpeter sostuvo que la innovación constituye el verdadero motor del desarrollo económico y que el empresario desempeña una función creadora al alterar continuamente el equilibrio existente mediante nuevas combinaciones de recursos (Schumpeter, 1934/1983). Décadas más tarde, Friedrich Hayek

demonstraría que el conocimiento relevante para la economía permanece disperso entre millones de individuos y que ninguna autoridad posee la información suficiente para sustituir los mecanismos mediante los cuales la sociedad descubre y coordina ese conocimiento (Hayek, 1945). Douglass North ampliaría aún más el análisis al demostrar que las instituciones reducen la incertidumbre y permiten que las sociedades acumulen capacidades económicas durante largos períodos de tiempo (North, 1990).

Tal vez ésta sea la diferencia más importante entre una economía que simplemente crece y una civilización que verdaderamente se desarrolla. La primera aumenta temporalmente su producción. La segunda amplía de manera permanente su capacidad para producir nuevas formas de valor. En ello reside, probablemente, la diferencia fundamental entre el crecimiento económico y el desarrollo civilizacional.

La diferencia entre crecimiento y desarrollo comienza precisamente en este punto. Mientras el crecimiento describe un resultado económico observable, el desarrollo describe la capacidad de una sociedad para reproducir continuamente las condiciones que hacen posible nuevos resultados económicos. Esta diferencia, aparentemente conceptual, explica buena parte de las contradicciones que la literatura económica ha intentado resolver durante las últimas décadas.

La economía ha dedicado una atención extraordinaria a la escasez. Desde los trabajos de Lionel Robbins (1932), la disciplina quedó definida como el estudio de la conducta humana frente a recursos escasos susceptibles de usos alternativos. La definición ha demostrado una notable capacidad explicativa y continúa siendo uno de los fundamentos del análisis económico contemporáneo. Sin embargo, la evolución de las sociedades plantea una pregunta adicional que merece ser considerada con detenimiento. Si todos los recursos son escasos, ¿existe alguno cuya escasez determine el valor de todos los demás?

Douglass North observó que las instituciones evolucionan de manera incremental y que buena parte de su fortaleza proviene precisamente de esa continuidad histórica (North, 1990). La observación posee una importancia que trasciende el ámbito institucional. Toda capacidad compleja requiere tiempo para consolidarse. La investigación científica necesita años de trabajo antes de producir resultados relevantes. La formación de un médico, de un ingeniero o de un investigador exige largos períodos de estudio y experiencia. La reputación de una empresa se construye lentamente, pero puede deteriorarse en muy poco tiempo. La historia económica confirma una y otra vez que los procesos fundamentales del desarrollo obedecen a ritmos que

ninguna decisión administrativa puede alterar completamente.

Continuidad sin inmovilidad

La productividad adquiere entonces una dimensión distinta. Tradicionalmente se la interpreta como la capacidad de producir más utilizando la misma cantidad de factores o una cantidad menor de ellos. Esa explicación conserva toda su validez. Sin embargo, también puede entenderse como la capacidad de una sociedad para utilizar mejor el tiempo disponible de sus ciudadanos. Cada innovación que reduce procesos improductivos libera horas que pueden orientarse hacia la investigación, el emprendimiento, la educación o la creación de nuevas empresas. La productividad no solamente incrementa la producción; amplía el horizonte temporal de la civilización.

Ésta constituye una diferencia fundamental entre el crecimiento económico y el desarrollo. El crecimiento puede medirse por la cantidad de bienes y servicios producidos durante un período determinado. El desarrollo debe medirse también por la capacidad de una sociedad para ampliar el tiempo disponible para crear nuevo valor. Allí donde el conocimiento, las instituciones y la organización económica logran liberar crecientemente el tiempo de las personas, la civilización comienza a multiplicar

sus posibilidades futuras. Cada hora ahorrada mediante una mejor organización puede convertirse en una hora dedicada a investigar, enseñar, emprender o innovar. La economía deja entonces de administrar únicamente recursos materiales y comienza a administrar oportunidades históricas.

Douglass North observó que las instituciones reducen la incertidumbre porque proporcionan reglas estables para la interacción humana (North, 1990). Sin embargo, la estabilidad institucional no debe confundirse con inmovilidad. Una institución verdaderamente sólida no es aquella que permanece inalterable frente al cambio. Es aquella que aprende sin perder su identidad. La historia demuestra que muchas organizaciones desaparecieron precisamente porque confundieron permanencia con resistencia al aprendizaje. La continuidad institucional nunca ha consistido en preservar intactas las respuestas del pasado. Ha consistido en conservar la capacidad de formular mejores respuestas para problemas nuevos.

Por esa razón, el desarrollo no depende únicamente de la existencia de buenas instituciones. Depende de la existencia de instituciones que conservan la capacidad de aprender. La diferencia puede parecer sutil, pero determina la trayectoria de las civilizaciones. Las primeras administran el presente con eficiencia. Las segundas construyen el futuro con inteligencia. La empresa representa una de las expresiones más avanzadas de esa cooperación

organizada. En ella convergen conocimientos científicos, experiencia técnica, capacidad administrativa, recursos financieros, creatividad, disciplina y confianza. Ninguno de estos elementos, considerado aisladamente, basta para producir desarrollo. Es la interacción entre todos ellos la que permite transformar una idea en un bien útil, una necesidad social en una oportunidad económica y una inversión en nueva capacidad productiva. La empresa no elimina la diversidad de talentos; la organiza alrededor de un propósito compartido.

La realidad presenta un comportamiento muy diferente. Ninguna empresa toma decisiones ignorando el marco institucional donde opera. Ninguna universidad desarrolla investigación completamente al margen de las necesidades de la sociedad. Ningún sistema financiero puede cumplir adecuadamente su función si no existe un aparato productivo capaz de transformar el crédito en inversión y la inversión en riqueza. Del mismo modo, ninguna política pública produce resultados permanentes cuando las instituciones sociales encargadas de ejecutarla carecen de la capacidad para aprender, adaptarse y corregirse. Cada uno de estos componentes influye sobre los demás de manera continua. El desarrollo constituye precisamente la expresión de esa interacción.

En este sentido, el desarrollo se asemeja más a un organismo que a un mecanismo. Un organismo no

puede comprenderse examinando separadamente cada uno de sus órganos. La función del corazón depende del sistema circulatorio; éste, a su vez, depende del sistema respiratorio; todos dependen del funcionamiento del conjunto. La economía presenta un comportamiento semejante. La empresa, la universidad, el sistema financiero, el Estado, la familia, las organizaciones profesionales y las instituciones culturales forman parte de un mismo organismo social cuya capacidad creadora depende del equilibrio alcanzado entre todos ellos.

La consecuencia de este razonamiento resulta particularmente importante para la teoría del desarrollo. Ninguna estrategia nacional puede limitarse a fortalecer instituciones aisladas. Debe procurar aumentar la calidad de las relaciones que esas instituciones mantienen entre sí. Una universidad conectada con el aparato productivo genera un efecto distinto al de una universidad que investiga de manera completamente desvinculada de las necesidades de la sociedad. Una empresa integrada a centros de investigación y redes internacionales de innovación desarrolla capacidades diferentes de aquellas que operan de manera aislada. La calidad del desarrollo depende, en gran medida, de la calidad de esas conexiones.

Comienza a perfilarse con mayor claridad el objeto central de esta obra. La economía no estudia únicamente la producción de riqueza. Estudia, o

debería estudiar, la arquitectura mediante la cual una sociedad organiza todas sus capacidades para crear valor de manera sostenida. La riqueza representa el resultado visible de esa arquitectura. El desarrollo representa la calidad de su diseño. La continuidad civilizacional dependerá, finalmente, de la capacidad para conservar, perfeccionar y transmitir esa arquitectura a las generaciones futuras.

La palabra civilización suele utilizarse para describir grandes períodos históricos o extensas comunidades humanas unidas por elementos culturales, religiosos, lingüísticos o políticos. Se habla de la civilización egipcia, de la grecorromana, de la china o de la occidental como si el término describiera principalmente una identidad histórica. Esa aproximación resulta correcta dentro de la historia y de la antropología. Sin embargo, desde la perspectiva del desarrollo económico resulta insuficiente. Explica quiénes fueron esas sociedades, pero dice muy poco acerca de la razón por la cual algunas lograron sostener durante siglos una extraordinaria capacidad para crear riqueza, conocimiento e instituciones, mientras otras perdieron gradualmente esa facultad aun conservando buena parte de su patrimonio material.

La presente obra parte de una observación distinta. Una civilización puede entenderse como el sistema mediante el cual una comunidad humana

organiza, conserva y amplía su capacidad para crear valor a través del tiempo. Esta definición no pretende sustituir las desarrolladas por otras disciplinas. Su propósito es delimitar con precisión el objeto de estudio del desarrollo. Lo verdaderamente importante no es únicamente la existencia de una cultura compartida, de un territorio o de una autoridad política. Lo decisivo consiste en determinar si esa comunidad ha desarrollado instituciones capaces de convertir la inteligencia, el trabajo, el capital y la libertad en un proceso permanente de creación.

Esta característica distingue a las civilizaciones de las economías circunstancialmente prósperas. Una economía puede crecer gracias a condiciones excepcionalmente favorables: abundancia de recursos naturales, expansión del comercio internacional o elevadas inversiones durante un período determinado. Una civilización demuestra su fortaleza cuando mantiene su capacidad creadora aun después de desaparecer esas circunstancias. La explicación no debe buscarse únicamente en los indicadores económicos. Debe encontrarse en la calidad de las instituciones, en la fortaleza de la cultura, en la continuidad del conocimiento y en la capacidad para reorganizar creativamente los recursos disponibles frente a nuevas realidades.

Esta afirmación conduce naturalmente a una consecuencia de considerable importancia. La

continuidad del desarrollo no puede asegurarse mediante una política pública, una reforma económica o un programa de inversión considerados individualmente. Requiere la preservación del sistema completo que hace posible la creación de valor. Cuando ese sistema permanece sano, las crisis dejan de representar interrupciones definitivas y comienzan a convertirse en oportunidades para reorganizar capacidades, incorporar nuevo conocimiento y fortalecer instituciones. La resiliencia económica deja entonces de depender exclusivamente de los recursos disponibles y pasa a depender de la calidad de la arquitectura institucional de la civilización.

Por ello, el desarrollo no debe entenderse únicamente como el incremento sostenido de la producción o del ingreso. Debe comprenderse como el fortalecimiento continuo del sistema creador de una civilización. Mientras ese sistema conserve la capacidad de aprender, innovar, cooperar y transmitir esas capacidades a las generaciones futuras, la prosperidad seguirá siendo una posibilidad real. Allí donde ese sistema se deteriora, el crecimiento económico termina convirtiéndose en un episodio transitorio antes que en una característica permanente de la historia de una sociedad.

De ello se desprende una consecuencia que considero esencial para la arquitectura de esta obra.

El objeto último del desarrollo no consiste únicamente en aumentar el ingreso nacional ni en elevar los niveles de productividad. Su propósito más profundo es ampliar la capacidad creadora de las personas. La riqueza adquiere significado porque permite desarrollar mejor esa capacidad; las instituciones se justifican porque la protegen; la empresa encuentra su misión porque la organiza; la educación cumple su razón de ser porque la cultiva. El desarrollo deja entonces de ser un fin en sí mismo para convertirse en el medio mediante el cual la persona realiza una de sus facultades más elevadas: transformar la realidad mediante la inteligencia, el trabajo y la cooperación.

No debe subestimarse la importancia de ese momento. Allí comienza la transformación de una capacidad individual en una capacidad social. Mientras la idea permanece únicamente en la imaginación de quien la concibe, sus efectos son necesariamente limitados. Cuando esa misma idea adquiere forma organizacional, comienza a movilizar recursos, atraer talento, generar conocimiento, crear empleo y establecer relaciones económicas que trascienden ampliamente a su creador. La empresa representa, en consecuencia, el primer mecanismo mediante el cual la creatividad individual adquiere permanencia institucional.

Esta afirmación permite comprender un aspecto que con frecuencia permanece implícito en el debate

económico. Las sociedades no compiten únicamente por atraer capital. Compiten por atraer y conservar talento emprendedor. El capital financiero busca entornos donde pueda producir rendimientos razonables. La creatividad humana busca, además, libertad, seguridad jurídica, reconocimiento al mérito y posibilidades reales de crecimiento. Cuando una nación pierde sistemáticamente a quienes poseen mayor capacidad para crear organizaciones, pierde mucho más que población económicamente activa. Pierde parte de su potencial para renovar el tejido empresarial que sostendrá el desarrollo de las generaciones futuras.

En consecuencia, la calidad de una economía puede medirse también por la facilidad con la cual una idea legítima logra transformarse en una empresa responsable. Allí donde ese tránsito ocurre con relativa naturalidad, la sociedad dispone de un mecanismo permanente para incorporar conocimiento, responder a nuevas necesidades y ampliar continuamente su capacidad creadora. Allí donde ese tránsito se vuelve excepcional, el desarrollo comienza lentamente a depender de capacidades creadas en otros lugares.

Sin embargo, conviene evitar una interpretación simplista. Una sociedad emprendedora no puede medirse únicamente por el número de empresas registradas cada año. Muchas organizaciones nacen respondiendo a circunstancias coyunturales y

desaparecen poco tiempo después. El verdadero indicador del desarrollo reside en la capacidad para formar empresas que sobrevivan, aprendan, innoven y transmitan conocimiento organizacional a las generaciones siguientes. La continuidad empresarial posee una importancia tan grande como la creación inicial. Una economía donde las empresas nacen continuamente pero pocas logran consolidarse refleja una capacidad emprendedora todavía incompleta.

La explicación de esta diferencia no debe buscarse únicamente en la magnitud de los recursos disponibles. Debe encontrarse en aquello que permanece cuando desaparecen las circunstancias que originalmente produjeron la prosperidad. Una inversión puede concluir; un recurso natural puede agotarse; un ciclo económico favorable puede invertirse; una tecnología puede ser superada por otra más eficiente. Lo verdaderamente importante consiste en determinar qué capacidades conserva la sociedad después de haber atravesado cada una de esas etapas. Si al finalizar el proceso existen mejores instituciones, una fuerza laboral más preparada, empresas más sólidas, universidades con mayor capacidad investigativa, sistemas financieros más eficientes y una cultura económica más madura, el crecimiento habrá dejado una herencia permanente. Si nada de ello ocurre, la riqueza producida durante ese período terminará diluyéndose con la misma rapidez con la cual apareció.

Por esta razón, el desarrollo posee un carácter esencialmente acumulativo. Cada generación recibe un conjunto de capacidades construidas por quienes la precedieron. Algunas son visibles, como las carreteras, los puertos, las universidades o los sistemas de comunicación. Otras permanecen ocultas a primera vista, aunque resultan mucho más valiosas. La disciplina administrativa de una empresa, la credibilidad de un banco central, la independencia de los tribunales, la calidad de la investigación científica o la cultura de cumplimiento de los contratos constituyen formas de capital institucional cuya construcción requiere largos períodos de tiempo y cuya pérdida puede comprometer el desarrollo de varias generaciones.

La experiencia internacional confirma reiteradamente esta observación. Existen países que, aun atravesando profundas crisis económicas o conflictos políticos de gran magnitud, recuperan rápidamente su capacidad de crecimiento. Existen otros que, después de recibir cuantiosos recursos financieros o experimentar largos períodos de expansión económica, muestran enormes dificultades para sostener esos avances. La diferencia no puede atribuirse exclusivamente a las políticas económicas adoptadas en uno u otro momento. Debe buscarse en la calidad de las capacidades acumuladas durante décadas. Allí donde esas capacidades permanecen sólidas, la recuperación encuentra un fundamento

firme. Allí donde nunca llegaron a consolidarse, incluso las mejores políticas producen resultados limitados.

Este razonamiento permite comprender por qué las decisiones más trascendentales para el desarrollo no siempre generan resultados visibles durante el período en que son adoptadas. La fundación de una universidad, la reforma de un sistema educativo, la consolidación de un servicio civil profesional, el fortalecimiento de la investigación científica o la modernización de un sistema judicial producen efectos cuyo verdadero alcance solamente puede apreciarse muchos años después. Precisamente por ello requieren una visión del desarrollo que trascienda los ciclos políticos y las coyunturas económicas. Las sociedades que han alcanzado mayores niveles de prosperidad han aprendido que las capacidades más importantes son también las más lentas de construir.

Aquí comienza a apreciarse una característica que acompañará el resto de esta obra. El desarrollo no debe evaluarse únicamente por la cantidad de riqueza que una generación logra producir, sino por la magnitud de las capacidades que deja disponibles para la siguiente. Una generación puede consumir buena parte de la riqueza que recibe y, sin embargo, ampliar considerablemente el patrimonio institucional, científico y empresarial de la sociedad. Otra puede producir elevados niveles de ingreso y, al

mismo tiempo, debilitar las capacidades sobre las cuales descansará el futuro. La diferencia entre ambas no aparecerá inmediatamente en las estadísticas. Se hará evidente cuando la siguiente generación intente continuar el proceso de desarrollo.

El desarrollo, entendido de esta manera, deja de ser un objetivo que una generación alcanza para sí misma. Se convierte en una responsabilidad histórica. Cada generación administra un patrimonio de capacidades que no creó por completo y que tampoco le pertenece exclusivamente. Lo recibe como herencia y tiene la obligación de ampliarlo antes de transmitirlo. En esa continuidad reside la diferencia entre una economía que simplemente produce riqueza y una civilización que aprende a reproducir indefinidamente su capacidad creadora.

Este aspecto merece particular atención porque constituye uno de los principios que atraviesan toda esta teoría. Ningún recurso posee valor permanente por sí mismo. Su importancia depende de la capacidad que genera. El conocimiento vale porque aumenta la capacidad de comprender y resolver problemas. El capital vale porque amplía la capacidad de producir. La educación vale porque desarrolla la capacidad de aprender y de crear. Las instituciones valen porque fortalecen la capacidad de cooperar. El desarrollo aparece cuando esas

capacidades dejan de evolucionar aisladamente y comienzan a reforzarse unas a otras.

Aquí resulta oportuno volver sobre una idea que, aunque ya ha sido mencionada, requiere ahora una formulación más precisa. La riqueza constituye un medio; las capacidades constituyen un patrimonio. La diferencia entre ambos conceptos no es simplemente terminológica. Una sociedad puede perder una parte considerable de su riqueza material y, sin embargo, reconstruirla con relativa rapidez si conserva intactas sus capacidades científicas, empresariales e institucionales. En cambio, una sociedad que pierde esas capacidades difícilmente podrá preservar su prosperidad durante mucho tiempo, aun cuando conserve temporalmente abundantes recursos financieros o naturales. La historia de numerosas economías confirma esta afirmación con notable claridad.

La formación de capacidades exige, además, continuidad. Ninguna universidad alcanza excelencia mediante reformas ocasionales. Ninguna empresa construye prestigio internacional a partir de decisiones aisladas. Ningún sistema judicial adquiere credibilidad por efecto de una sola ley. Las capacidades complejas responden a procesos acumulativos donde cada generación incorpora nuevos conocimientos sobre los cimientos contruidos por la anterior. Esta continuidad explica por qué el desarrollo debe analizarse siempre en

horizontes temporales amplios. Los resultados inmediatos poseen importancia política; las capacidades acumuladas determinan la trayectoria histórica de una nación.

No debe interpretarse, sin embargo, que las capacidades pertenecen exclusivamente al ámbito económico. La confianza constituye una capacidad social. La credibilidad institucional constituye una capacidad política. La calidad del debate público constituye una capacidad democrática. La disposición para cooperar constituye una capacidad cultural. Todas ellas inciden directamente sobre el desarrollo porque determinan la calidad del entorno dentro del cual las personas, las empresas y las instituciones realizan su labor creadora. Reducir el análisis exclusivamente a las capacidades productivas significaría ignorar buena parte de las condiciones que hacen posible la prosperidad.

Por esta razón, la teoría del desarrollo propuesta en esta obra no identifica el progreso con la simple acumulación de riqueza ni con el crecimiento de determinados indicadores macroeconómicos. El verdadero progreso ocurre cuando una sociedad incrementa de manera permanente el conjunto de capacidades que le permiten enfrentar con mayor inteligencia, mayor libertad y mayor eficacia los desafíos del futuro. Esa acumulación constituye el patrimonio más valioso de una nación porque

permanece disponible aun cuando cambien las circunstancias económicas, tecnológicas o políticas.

En última instancia, toda capacidad representa una forma organizada de libertad. Cuanto mayores son las capacidades de una persona, de una empresa o de una nación, mayor es también el número de posibilidades reales entre las cuales puede elegir. El desarrollo no amplía únicamente el ingreso; amplía el horizonte de acción. Hace posible emprender donde antes sólo existía dependencia; investigar donde antes únicamente había repetición; innovar donde antes predominaba la imitación. Allí reside la diferencia esencial entre una economía que administra recursos y una sociedad que aprende continuamente a ampliar sus capacidades creadoras.

Si el desarrollo consiste en la acumulación progresiva de capacidades, el estancamiento económico no puede explicarse únicamente por la ausencia de crecimiento. Debe comprenderse como un proceso de deterioro, pérdida o insuficiente renovación de aquellas capacidades que anteriormente hicieron posible la creación de valor. Esta afirmación parece sencilla, pero modifica profundamente la forma tradicional de interpretar las crisis económicas. La mayor parte de ellas no destruyen inicialmente la riqueza. Comienzan debilitando las capacidades que permiten producirla.

La historia ofrece numerosos ejemplos de este fenómeno. Las grandes civilizaciones rara vez desaparecieron de manera repentina. Mucho antes de que sus indicadores económicos evidenciaran un deterioro irreversible, comenzaron a observarse signos menos visibles: el debilitamiento de las instituciones, la pérdida de confianza entre los actores económicos, la reducción del esfuerzo científico, la rigidez administrativa, el deterioro de la educación, la emigración del talento y la creciente dificultad para transformar conocimiento en innovación. Cada uno de estos procesos parecía, en su origen, un problema aislado. Con el paso del tiempo se hizo evidente que todos respondían a una misma realidad: la capacidad creadora de la sociedad estaba disminuyendo.

Algo semejante ocurre con las instituciones públicas. El desarrollo institucional no puede medirse únicamente por el número de organismos existentes ni por el volumen de sus presupuestos. Una institución se fortalece cuando aumenta su capacidad para resolver problemas públicos con mayor eficiencia, transparencia y legitimidad. Se debilita cuando dedica una parte creciente de sus recursos a preservar su propia existencia antes que a cumplir la función para la cual fue creada. En este punto el deterioro administrativo deja de ser un problema de gestión y comienza a convertirse en un obstáculo para el desarrollo de toda la sociedad.

Por esta razón, el desarrollo exige un proceso permanente de renovación. Las capacidades no constituyen un patrimonio que pueda conservarse indefinidamente sin esfuerzo. Requieren actualización continua, aprendizaje constante y disposición para revisar prácticas que anteriormente resultaron exitosas pero que ya no responden adecuadamente a nuevas circunstancias. La continuidad del desarrollo depende tanto de la capacidad para preservar lo valioso como de la capacidad para transformar aquello que ha dejado de ser suficiente.

En consecuencia, la teoría del desarrollo no puede limitarse a explicar cómo se forman las capacidades. Debe explicar igualmente cómo se conservan y cómo se regeneran. La creación constituye el origen del desarrollo; la renovación permanente constituye la condición de su continuidad. Allí reside la diferencia entre las sociedades que experimentan episodios de prosperidad y aquellas que logran convertir esa prosperidad en una característica permanente de su historia.

El conocimiento posee una característica que lo diferencia de cualquier otro recurso económico. Su utilización no implica necesariamente su agotamiento. Un bien material cambia de propietario cuando es transferido; el conocimiento, por el contrario, puede compartirse innumerables veces sin disminuir la capacidad de quien originalmente lo

produjo. Esta singularidad modifica profundamente la naturaleza del desarrollo económico y explica buena parte de las transformaciones observadas durante los últimos siglos.

Esta afirmación permite comprender una diferencia que con frecuencia permanece oculta detrás de los indicadores educativos. La formación profesional constituye una condición necesaria para el desarrollo, pero no suficiente. Una economía puede graduar miles de universitarios cada año y continuar dependiendo de tecnologías, patentes, modelos empresariales o investigaciones producidas en otros lugares. El problema no reside en la calidad individual de esos profesionales, sino en la ausencia de mecanismos institucionales capaces de transformar ese conocimiento en nuevas capacidades económicas. La educación desarrolla personas; el desarrollo exige, además, organizaciones que sepan utilizar el talento de esas personas para ampliar continuamente el patrimonio creador de la sociedad.

Por ello, el verdadero patrimonio económico de una nación no puede medirse exclusivamente mediante el valor de sus activos materiales ni por el tamaño de su producto interno bruto. Debe medirse igualmente por la calidad del conocimiento que ha logrado incorporar a sus instituciones, por la capacidad de sus organizaciones para renovarlo permanentemente y por la facilidad con la cual ese conocimiento se convierte en nuevas capacidades

creadoras. Allí donde ese patrimonio intelectual continúa ampliándose, el desarrollo mantiene abiertas sus posibilidades futuras. Allí donde comienza a deteriorarse, incluso la riqueza acumulada termina mostrando límites que ninguna inversión aislada puede superar.

En definitiva, el conocimiento representa mucho más que un recurso adicional dentro del proceso productivo. Constituye el mecanismo mediante el cual una civilización logra evitar que cada generación tenga que comenzar nuevamente desde el punto de partida. Gracias a él, el desarrollo adquiere continuidad histórica. Cada generación recibe un patrimonio intelectual superior al que habría podido construir por sí sola y tiene la responsabilidad de enriquecerlo antes de transmitirlo. En esa continuidad silenciosa reside una de las mayores fortalezas de toda sociedad verdaderamente desarrollada.

Capítulo 12. Responsabilidad intergeneracional

El valor de capítulo 12. responsabilidad intergeneracional aparece cuando cultura y producción dejan de considerarse ámbitos separados. Los hábitos sobre trabajo, confianza, cooperación, excelencia y responsabilidad influyen directamente

sobre los costos de coordinar y sobre la disposición a invertir a largo plazo. Una cultura productiva conserva identidad mientras crea nuevas capacidades y convierte creatividad en patrimonio económico y social.

Toda decisión económica distribuye oportunidades a través del tiempo. Endeudamiento, inversión, educación, infraestructura, preservación ambiental e instituciones afectan no sólo a quienes deciden hoy, sino a quienes recibirán sus consecuencias. La responsabilidad intergeneracional exige incorporar esa dimensión al cálculo público y privado.

Una generación actúa responsablemente cuando entrega a la siguiente más capacidades de las que recibió o, al menos, evita consumir aquellas que no puede reponer. Esa obligación no impide usar recursos presentes; obliga a convertir una parte de ellos en conocimiento, capital e instituciones que mantengan abiertas las posibilidades futuras.

La herencia recibida

Toda reflexión seria sobre el desarrollo termina enfrentándose, tarde o temprano, con un hecho que la teoría económica suele aceptar sin detenerse suficientemente a examinar. Ninguna generación comienza realmente desde cero. Cada sociedad recibe una herencia que no produjo y que, sin embargo,

condiciona profundamente sus posibilidades de progreso. Esa herencia está compuesta por elementos visibles e invisibles. Incluye carreteras, puertos, sistemas eléctricos, edificios públicos y empresas, pero comprende igualmente universidades, instituciones jurídicas, hábitos de trabajo, conocimientos acumulados, valores culturales, confianza social y una determinada concepción de la libertad. Todo ese patrimonio fue construido lentamente por quienes nos precedieron y constituye el punto de partida desde el cual cada generación inicia su propio recorrido histórico.

Las naciones no heredan el desarrollo. Lo construyen generación tras generación. No lo reciben de los gobiernos, ni de los mercados, ni de la fortuna histórica. Lo crean cuando una cultura de libertad, responsabilidad, conocimiento, empresa e instituciones convierte la creatividad humana en una obra colectiva que trasciende la vida de quienes la iniciaron. La riqueza es solamente el testimonio visible de ese proceso. La verdadera herencia de una civilización es haber enseñado a sus hijos a seguir creando.

Liderazgo como custodia

El liderazgo es custodia porque administra temporalmente capacidades que pertenecen a una institución o comunidad más amplia. Quien dirige

recibe activos, reputación y conocimiento acumulados por otros y debe utilizarlos sin agotarlos. El resultado inmediato importa, pero también importa lo que queda disponible para el relevo.

La riqueza deja de identificarse con el resultado final de la actividad económica y comienza a entenderse como un proceso permanente de expansión de la libertad humana mediante la creación organizada de valor. Cada generación recibe un conjunto de oportunidades, pero también la responsabilidad de ampliarlas antes de transmitir las. Allí reside la diferencia entre una sociedad que simplemente administra el patrimonio heredado y otra que contribuye activamente a engrandecerlo. La primera vive del pasado; la segunda construye el futuro.

Sucesión, memoria y relevo

Cada una de estas contribuciones respondió a las necesidades intelectuales de su tiempo. Ninguna debe interpretarse como una teoría excluyente de las anteriores. La historia del pensamiento económico puede entenderse, más bien, como una conversación ininterrumpida en la cual cada generación amplía el horizonte dejado por quienes la precedieron. Quizá por esa razón las grandes obras de la civilización nunca fueron el resultado de una sola generación. Fueron posibles porque cada generación recibió

parte del tiempo acumulado por quienes la precedieron en forma de conocimiento, instituciones y capital. Esa herencia permitió comenzar donde otros habían terminado. Y ésa, probablemente, constituye una de las expresiones más profundas del desarrollo: la capacidad de transformar el tiempo vivido por una generación en posibilidades abiertas para la siguiente.

El deber de ampliar las oportunidades

La responsabilidad intergeneracional se vuelve concreta cuando cada decisión se examina por su efecto sobre oportunidades futuras. Endeudarse, invertir, educar, preservar o regular son actos que distribuyen capacidad entre generaciones. El deber consiste en evitar que el bienestar presente dependa de cerrar opciones a quienes todavía no participan en la decisión.

Esta observación posee una importancia extraordinaria para la teoría del desarrollo. Una sociedad progresa cuando cada generación recibe instituciones capaces de resolver problemas que la generación anterior ya había aprendido a enfrentar. De esa manera, la inteligencia colectiva deja de emplear su tiempo en reconstruir permanentemente soluciones conocidas y puede concentrarse en desafíos todavía no resueltos. El desarrollo adquiere así un carácter acumulativo. Cada generación amplía

el horizonte de la siguiente no porque le entregue respuestas definitivas, sino porque le evita comenzar nuevamente desde el principio.

Capital generacional y deber de transmisión

Desde la perspectiva de la economía de la creación, la continuidad institucional impone una responsabilidad intergeneracional. En el desarrollo de «Capital generacional y deber de transmisión», cada generación recibe libertades, organizaciones, infraestructura y conocimiento que no creó por sí sola; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: administrar esa herencia exige conservar lo valioso y ampliar las posibilidades futuras. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

La trascendencia generacional exige comprender que la historia no constituye una sucesión de administraciones independientes. Cada generación ocupa temporalmente una posición de custodia sobre un patrimonio común. Ese patrimonio incluye recursos naturales, instituciones, conocimiento científico, memoria histórica, infraestructura, cultura, capital social y credibilidad internacional. La administración responsable de ese patrimonio exige

una visión que trascienda los ciclos políticos, los intereses coyunturales y las ventajas inmediatas.

La empresa familiar ofrece una de las expresiones más claras de esta tensión. En buena parte del Caribe y de Iberoamérica, una proporción considerable del tejido productivo surgió de familias que convirtieron trabajo, ahorro y sacrificio en negocios capaces de sostener comunidades enteras. La primera generación crea; la segunda organiza; la tercera enfrenta el desafío de conservar y renovar. Cuando la sucesión se prepara adecuadamente, la empresa incorpora nuevas competencias sin perder la disciplina que permitió su nacimiento. Cuando se improvisa, los vínculos familiares pueden sustituir la competencia profesional y el patrimonio acumulado comienza a fragmentarse.

En última instancia, toda nación enfrenta una decisión que trasciende cualquier generación particular. Puede limitarse a administrar el patrimonio recibido o puede asumir la responsabilidad de ampliarlo. La primera opción garantiza continuidad durante algún tiempo. La segunda hace posible la evolución de la civilización. Esa decisión, repetida generación tras generación, explica por qué algunas sociedades se convierten en referentes históricos mientras otras permanecen atrapadas en ciclos recurrentes de improvisación. El desarrollo comienza cuando una nación comprende

que su principal responsabilidad no consiste en preservar el pasado, sino en construir mayores capacidades para el futuro.

El desarrollo adquiere una dimensión acumulativa. Cada generación recibe un patrimonio compuesto por instituciones, conocimientos, organizaciones, infraestructura, valores y experiencias. Ese patrimonio constituye el capital civilizacional disponible al inicio de su tiempo histórico. La responsabilidad de esa generación consiste en incrementarlo antes de transmitirlo a la siguiente. Cuando este proceso se mantiene durante décadas o siglos, las capacidades nacionales aumentan progresivamente y la sociedad desarrolla una notable resiliencia frente a las crisis. Cuando se interrumpe, incluso economías previamente exitosas comienzan a perder competitividad y cohesión.

Existe, además, una dimensión moral que no puede ser ignorada. Cada generación administra un patrimonio que no creó completamente por sí misma. Recibe una lengua, un sistema jurídico, conocimientos científicos, infraestructura, tradiciones culturales y organizaciones que fueron construidas mediante el esfuerzo acumulado de quienes la precedieron. Esa herencia impone una responsabilidad. El desarrollo no puede limitarse a disfrutar el patrimonio recibido; exige ampliarlo y transmitirlo fortalecido. La verdadera medida del

progreso no consiste únicamente en determinar cuánto consumió una generación, sino cuánto aumentó la capacidad creadora de aquellas que vendrán después.

El capital civilizacional representa la memoria viva de la evolución histórica. Cada generación recibe un patrimonio compuesto por instituciones, conocimientos, valores, organizaciones, infraestructura y experiencias acumuladas. Ese patrimonio no constituye un legado pasivo. Representa el punto de partida desde el cual la siguiente generación podrá avanzar o retroceder. El verdadero indicador de progreso consiste, por tanto, en determinar si una sociedad incrementa o disminuye su capital civilizacional con el paso del tiempo.

Toda civilización se sostiene sobre un acuerdo silencioso entre generaciones. Ninguna generación comienza desde cero. Ninguna construye completamente sola el mundo que habita. Cada una recibe un patrimonio compuesto por instituciones, conocimientos, infraestructura, cultura, descubrimientos científicos, empresas, universidades, tradiciones democráticas y principios éticos que fueron edificados por quienes la precedieron. Del mismo modo, cada generación tiene el deber de enriquecer ese patrimonio antes de transmitirlo a quienes aún no han nacido.

Capítulo 13. Patrimonio civilizatorio y civilización creadora

Capítulo 13. Patrimonio civilizatorio y civilización creadora introduce la dimensión temporal del desarrollo. Una sociedad no parte de cero: recibe lenguajes, hábitos, instituciones, conocimientos y patrimonios que pueden ser preservados, degradados o enriquecidos. La responsabilidad intergeneracional consiste en utilizar esa herencia para ampliar las posibilidades futuras, no para inmovilizarla ni consumirla sin reemplazo.

El patrimonio civilizatorio está compuesto por activos materiales e inmateriales acumulados a través del tiempo: instituciones, conocimiento, infraestructura, lenguaje, valores, memoria, empresas y redes de confianza. Ese patrimonio reduce el costo de comenzar de nuevo y permite que cada generación se apoye en logros anteriores.

Una civilización creadora no se limita a conservar ese legado. Lo utiliza como plataforma para producir nuevas capacidades. La tradición adquiere vitalidad cuando puede dialogar con innovación y cuando el respeto al pasado no impide responder a desafíos nuevos.

El patrimonio visible e invisible

Desde la perspectiva de la economía de la creación, la riqueza adquiere dimensión civilizatoria cuando amplía capacidades y continuidad. En el desarrollo de «El patrimonio visible e invisible», producción, libertad, conocimiento y confianza se refuerzan dentro de instituciones capaces de aprender; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: la acumulación pierde sentido si no eleva el punto de partida de la generación siguiente. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

Es precisamente aquí donde comienza a perfilarse una idea que, a mi juicio, acompañará toda la arquitectura del tratado. La prosperidad no constituye el patrimonio más valioso de una nación. El patrimonio verdaderamente decisivo es la cultura que hace posible volver a crear prosperidad una y otra vez. Cuando esa cultura permanece viva, las crisis económicas, los cambios tecnológicos e incluso las grandes transformaciones geopolíticas terminan convirtiéndose en oportunidades para una nueva etapa de crecimiento. Cuando esa cultura desaparece, ninguna cantidad de riqueza acumulada resulta suficiente para garantizar el futuro. Las naciones no

declinan porque se empobrecen; comienzan a empobrecerse cuando dejan de crear.

A lo largo de la historia, las sociedades nunca enfrentaron únicamente el desafío de producir. Antes de producir debieron resolver un problema mucho más complejo: coordinar el esfuerzo de personas cuyas capacidades, conocimientos e intereses eran diferentes. Ninguna civilización alcanzó niveles elevados de prosperidad mientras la producción permaneció limitada al esfuerzo aislado del individuo o de la familia. El verdadero salto histórico ocurrió cuando las comunidades comenzaron a descubrir mecanismos que permitían organizar inteligentemente el trabajo de miles de personas alrededor de objetivos compartidos.

Precisamente por ello resulta insuficiente medir la prosperidad de una nación exclusivamente mediante el valor de sus activos acumulados. Dos países pueden disponer de recursos naturales semejantes y alcanzar resultados completamente distintos. La diferencia no radica en aquello que poseen, sino en la capacidad de sus ciudadanos para descubrir nuevas formas de utilizarlo. La verdadera riqueza de una civilización no consiste en la magnitud de su patrimonio físico, sino en la calidad de su imaginación organizada. Una sociedad capaz de reinventar continuamente el valor de sus recursos nunca permanecerá limitada por las condiciones materiales de las cuales parte.

Creación, memoria y continuidad

La misma lógica puede observarse en la evolución de las naciones. Existen países que durante décadas disfrutaron de elevados niveles de ingreso gracias a recursos naturales, posiciones geográficas privilegiadas o ventajas históricas acumuladas. Sin embargo, cuando esos factores dejan de ser suficientes, solamente sobreviven aquellas economías que desarrollaron una capacidad permanente para generar nuevas fuentes de riqueza. La historia económica demuestra que ningún recurso natural ha garantizado por sí solo la prosperidad de una civilización. Lo que verdaderamente distingue a las sociedades perdurables es su extraordinaria capacidad para transformar circunstancias cambiantes en nuevas oportunidades de creación.

Esta dimensión intergeneracional obliga igualmente a reconsiderar el concepto de responsabilidad económica. Con frecuencia se entiende que la responsabilidad consiste en administrar correctamente los recursos disponibles. Sin embargo, una responsabilidad mucho más profunda consiste en preservar y ampliar la capacidad creadora de la sociedad. Las decisiones verdaderamente trascendentales no son aquellas que aumentan temporalmente el consumo, sino aquellas que fortalecen el patrimonio institucional, educativo, empresarial y cultural sobre el cual descansará la

prosperidad futura. Allí reside la diferencia entre una economía orientada al corto plazo y una civilización que ha aprendido a pensar históricamente.

Esta reflexión permite comprender por qué la educación ocupa un lugar tan central dentro de la presente obra. Con demasiada frecuencia se analiza el sistema educativo exclusivamente desde la perspectiva de la formación profesional o de la preparación para el mercado laboral. Sin negar la importancia de tales objetivos, conviene recordar que la misión histórica de la educación siempre ha sido considerablemente más amplia. Toda civilización educa, en primer lugar, para transmitir una determinada manera de comprender la realidad. Educa para formar el carácter, desarrollar el juicio, fortalecer la responsabilidad, cultivar el respeto por la verdad y preparar ciudadanos capaces de ampliar el patrimonio intelectual, moral y económico recibido de generaciones anteriores. La formación técnica constituye solamente una parte de esa misión.

La arquitectura del desarrollo

Esta observación obliga a reconsiderar la función histórica de la empresa. Tradicionalmente se afirma que las empresas existen para producir bienes y servicios. Tal descripción resulta correcta, pero incompleta. La empresa existe porque constituye el mecanismo institucional más eficiente que la

civilización ha desarrollado para transformar conocimiento en valor y valor en prosperidad compartida. Su propósito económico no consiste simplemente en fabricar productos. Consiste en resolver problemas humanos de una manera que aumente el bienestar de la sociedad y que, al hacerlo, genere simultáneamente la riqueza necesaria para asegurar su continuidad.

Desde los primeros intercambios realizados entre comunidades primitivas hasta los complejos mercados financieros contemporáneos, el intercambio ha acompañado permanentemente la evolución de la civilización. Ninguna sociedad desarrolló niveles elevados de prosperidad permaneciendo aislada. Allí donde las personas descubrieron que podían cooperar mediante el intercambio voluntario comenzaron a surgir formas de especialización, división del trabajo y acumulación de conocimiento que transformaron profundamente la condición humana.

Comienza a revelarse una conclusión de extraordinaria importancia. La prosperidad de una nación no depende únicamente de la cantidad de recursos que posee, sino de la intensidad, la calidad y la libertad con que sus ciudadanos intercambian conocimientos, experiencias, talento y capital para crear valor conjuntamente. Una civilización progresa cuando transforma el intercambio en cooperación creadora. Allí donde esa cooperación florece, la

riqueza deja de ser una suma de bienes individuales y se convierte en la manifestación visible de una inteligencia colectiva organizada. Ésa es, probablemente, una de las expresiones más elevadas del desarrollo económico y uno de los fundamentos más sólidos de las sociedades verdaderamente libres.

El éxito de una nación no debe medirse exclusivamente por el tamaño de su gobierno ni por la dimensión de su sector privado. Debe evaluarse por la calidad de la relación institucional que ambos mantienen con una sociedad libre, creadora y responsable. Allí donde el orden protege la libertad y la libertad fortalece el orden mediante la creación permanente de valor, el desarrollo deja de depender de coyunturas excepcionales y comienza a convertirse en una característica estable de la civilización. En ello reside uno de los fundamentos esenciales de una teoría del desarrollo orientada no solamente al crecimiento económico, sino a la permanencia de la prosperidad a través de las generaciones.

La civilización creadora

La creación posee, además, una dimensión moral que pocas veces recibe la atención que merece. Crear implica asumir responsabilidad por aquello que todavía no existe. Supone abandonar la comodidad de lo conocido para adentrarse en el terreno incierto

de la posibilidad. Por esa razón, toda sociedad creadora necesita desarrollar simultáneamente una ética de la libertad y una ética de la responsabilidad. La primera protege el derecho de innovar; la segunda exige que esa innovación produzca un beneficio legítimo para la comunidad. Separadas, ambas resultan insuficientes. Unidas, constituyen uno de los fundamentos más sólidos de una civilización dinámica.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, el patrimonio civilizatorio incluye bienes físicos, conocimiento, libertad protegida y confianza institucional. En el desarrollo de «La civilización creadora», su valor reside en permitir que personas que no se conocen cooperen y construyan sobre aprendizajes anteriores; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: una contabilidad del desarrollo debe reconocer aquello que sostiene creación aun cuando no aparezca en un balance. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, el patrimonio se conserva renovándolo y no inmovilizándolo. En el desarrollo de «La civilización creadora», conocimiento, instituciones e infraestructura pierden valor cuando dejan de practicarse, aprender o adaptarse; por eso

corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: la continuidad exige distinguir principios permanentes de formas que deben cambiar. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, el desarrollo depende de organizar deliberadamente capacidades que por separado permanecen incompletas. En el desarrollo de «La civilización creadora», la coordinación debe respetar subsidiariedad, escala y responsabilidad de cada actor; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: una región progresa cuando las conexiones multiplican lo que personas e instituciones pueden crear. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

Capítulo 14. El aparato formal de la Economía de la Creación

El aparato formal de la Economía de la Creación ocupa un lugar definido dentro del argumento y debe juzgarse por las consecuencias que permite observar. La teoría distingue entre actividad que consume recursos y capacidad que crea opciones nuevas; esa diferencia obliga a identificar mecanismos, responsabilidades y efectos acumulativos. Una idea adquiere valor práctico cuando ayuda a decidir y también a corregir.

Una teoría adquiere utilidad cuando sus conceptos pueden relacionarse mediante proposiciones claras. El aparato formal de la Economía de la Creación organiza esas relaciones para distinguir fundamentos, mecanismos y consecuencias. Su propósito no es convertir la economía en una colección de fórmulas, sino hacer explícita la lógica que conecta persona, creación, empresa, capital, conocimiento, institución y desarrollo.

Las leyes y teoremas que siguen deben leerse como instrumentos de razonamiento. Permiten formular hipótesis, comparar experiencias y reconocer condiciones bajo las cuales una capacidad puede multiplicarse o perderse.

Los axiomas operativos

Ningún activo, empresa o mercado surge antes de que una persona reconozca una posibilidad y decida actuar sobre ella. Las organizaciones pueden ampliar esa capacidad y el capital puede extender su alcance, pero el impulso inicial continúa perteneciendo a la inteligencia y a la voluntad humanas. Este axioma vincula la teoría económica con una antropología de la responsabilidad.

Antes de producir debe existir una idea sobre qué problema resolver, qué necesidad atender y cómo combinar capacidades para hacerlo. La producción repite, escala o perfecciona un acto creador anterior. Por esa razón, una sociedad que protege únicamente la producción existente y descuida la creación termina agotando la fuente de su renovación.

Crear exige la posibilidad de proponer algo distinto y de asumir el riesgo de comprobar su utilidad. La libertad académica, económica, cultural y cívica permite que múltiples soluciones compitan y que el aprendizaje colectivo avance mediante la comparación de resultados. Cuando la libertad se reduce sistemáticamente, también disminuye la diversidad de experimentos de la que depende la innovación.

El conocimiento disperso puede poseer valor intelectual y, sin embargo, permanecer sin efecto

sobre la productividad. La empresa, la universidad, las redes profesionales y las instituciones públicas lo convierten en procesos, tecnologías, estándares y decisiones capaces de producir resultados. Organizar el conocimiento no significa centralizarlo, sino crear relaciones que permitan combinarlo sin destruir la autonomía de quienes lo poseen.

Leyes derivadas de la creación y las capacidades

Toda sociedad que aumenta sostenidamente sus capacidades creadoras incrementará su productividad de largo plazo. Esta relación vincula la creación presente con la posibilidad futura y debe ser contrastada mediante historia económica, estudios institucionales y evidencia empresarial.

Toda riqueza que no se transforme parcialmente en capacidades terminará disminuyendo o perdiendo relevancia frente a los cambios del entorno. Su importancia reside en impedir que la riqueza sea confundida con la fuente que permite recrearla.

Toda institución que deje de aprender comenzará eventualmente a perder capacidad creadora, aun cuando conserve durante algún tiempo sus activos y su autoridad formal. Esta relación vincula la creación presente con la posibilidad futura y debe ser

contrastada mediante historia económica, estudios institucionales y evidencia empresarial.

Toda sociedad que reduzca sistemáticamente la libertad terminará reduciendo la innovación y la velocidad de su aprendizaje colectivo. Su importancia reside en impedir que la riqueza sea confundida con la fuente que permite recrearla.

Teorema de la Continuidad Civilizacional

Teorema de la Continuidad Civilizacional introduce la dimensión temporal del desarrollo. Una sociedad no parte de cero: recibe lenguajes, hábitos, instituciones, conocimientos y patrimonios que pueden ser preservados, degradados o enriquecidos. La responsabilidad intergeneracional consiste en utilizar esa herencia para ampliar las posibilidades futuras, no para inmovilizarla ni consumirla sin reemplazo.

Una civilización conserva su desarrollo mientras sea capaz de renovar continuamente las capacidades creadoras de sus instituciones.

El teorema se deriva de tres relaciones previamente establecidas. La creación necesita libertad; la continuidad necesita instituciones; y las instituciones sólo conservan su utilidad cuando aprenden. De esta combinación se sigue que la riqueza acumulada no basta para sostener una

civilización cuando sus organizaciones pierden capacidad para renovar conocimiento, liderazgo y confianza.

Su consecuencia práctica es exigente: toda política de conservación debe incluir mecanismos de renovación. Proteger una institución no significa inmovilizarla, sino asegurar que su propósito pueda cumplirse bajo condiciones nuevas. La continuidad civilizacional depende de transmitir principios mientras cambian los instrumentos.

Teorema de la Acumulación de Capacidades

La prosperidad se vuelve recurrente cuando una sociedad convierte una parte suficiente de su riqueza presente en capacidades institucionales, intelectuales, empresariales y culturales para el futuro.

La riqueza es un resultado que puede consumirse, transferirse o perderse; las capacidades permiten producirla nuevamente. Cuando el ahorro se transforma en capital productivo, el conocimiento en organización y la experiencia en memoria institucional, la sociedad disminuye su dependencia de circunstancias extraordinarias. La acumulación de capacidades explica por qué algunas economías reconstruyen con rapidez aquello que materialmente habían perdido.

El teorema obliga a distinguir entre gasto e inversión mediante un criterio civilizacional. No toda erogación que se denomina inversión crea una capacidad permanente, y no toda actividad cultural o educativa carente de retorno financiero inmediato constituye consumo. La pregunta decisiva es cuánto aumenta la facultad futura de la sociedad para resolver problemas y crear oportunidades.

Canon de la creación

e la creación se relaciona con la secuencia persona, creación, emprendimiento, empresa, institución, desarrollo y civilización. El propósito de esa secuencia es mostrar cómo una capacidad individual puede adquirir escala social sin perder responsabilidad ni finalidad humana. Cada etapa añade organización y continuidad a la anterior.

Crear exige libertad para imaginar y responsabilidad para responder por las consecuencias. La creación económica legítima transforma recursos en valor sin depender de privilegios que impidan a otros participar. Cuando ese proceso amplía capacidades, la rentabilidad y el bien social dejan de ser objetivos opuestos y pueden convertirse en dimensiones complementarias de una misma actividad.

Toda creación económica debe ampliar la capacidad responsable de la persona y conservar las

condiciones que permiten continuar creando. La innovación que destruye confianza, conocimiento o libertad consume parte del patrimonio del cual depende su propio futuro. La creación alcanza dimensión civilizacional cuando deja instituciones, capacidades y oportunidades que otros pueden ampliar.

De la intuición doctrinal a una arquitectura contrastable

La Economía de la Creación desarrolla una teoría general sobre el origen humano del valor y sobre la manera en que la capacidad creadora se convierte en patrimonio productivo. Su objeto no es describir una región específica, sino explicar la secuencia que une persona, creación, emprendimiento, empresa, capital, conocimiento, institución, desarrollo y civilización. Gran Caribe, al igual que otras aplicaciones regionales desarrolladas en la colección, permite observar cómo esos principios adquieren forma dentro de una geografía y una red institucional concretas. La aplicación amplía la teoría cuando la somete a la experiencia, pero no sustituye su fundamento general.

La coherencia de la Economía de la Creación exige integrar sus distintos niveles doctrinales dentro de una misma arquitectura. Los axiomas fijan los fundamentos; los principios ordenan su operación;

las leyes y teoremas proponen relaciones abiertas a contrastación; y los cánones y preceptos traducen la teoría a responsabilidades institucionales concretas. Esta jerarquía evita que la obra se reduzca a una suma de intuiciones y permite que cada concepto pueda relacionarse con la persona, la creación, la empresa, el conocimiento, las instituciones y la continuidad entre generaciones.

Este último postulado no constituye únicamente una definición. Representa un principio ordenador de la teoría general del desarrollo aquí articulada: cada ley, canon, modelo y aplicación debe poder relacionarse con la organización de capacidades humanas, económicas, institucionales, culturales y tecnológicas. Esa exigencia protege la coherencia interna del sistema sin convertirlo en una doctrina cerrada. Una teoría conserva vitalidad cuando sus conceptos se refuerzan mutuamente y, al mismo tiempo, permanecen abiertos a la experiencia y a la contrastación.

La creación de regiones como Silicon Valley representa quizá la expresión más visible de este modelo. Sin embargo, sería un error interpretar Silicon Valley como una simple concentración geográfica de empresas tecnológicas. Su verdadero valor radica en la densidad institucional alcanzada por el ecosistema. Universidades como Stanford y Berkeley, empresas emergentes, inversionistas

especializados, laboratorios de investigación, cultura emprendedora, seguridad jurídica y disponibilidad de capital de riesgo conformaron una arquitectura extraordinariamente difícil de reproducir mediante políticas aisladas. Silicon Valley no fue creado por decreto. Fue el resultado acumulativo de instituciones que aprendieron a cooperar durante décadas.

Toda teoría aspira a explicar la realidad mediante un conjunto reducido de principios fundamentales. En las ciencias naturales esos principios reciben frecuentemente el nombre de leyes. En las matemáticas se denominan axiomas cuando constituyen proposiciones básicas aceptadas como punto de partida de un sistema lógico. Las ciencias sociales, debido a la complejidad inherente del comportamiento humano, rara vez alcanzan el mismo grado de universalidad. Sin embargo, ello no impide identificar supuestos fundamentales suficientemente consistentes como para organizar una teoría general.

El desarrollo aparece como una consecuencia acumulativa de innumerables decisiones individuales que responden a incentivos relativamente estables. Ningún gobierno puede ordenar que una sociedad innove. Ninguna ley puede decretar la creatividad. Ninguna política pública puede imponer la confianza interpersonal. Lo que sí pueden hacer las instituciones es crear un ambiente donde innovar

resulte razonable, donde cooperar produzca beneficios mutuos, donde cumplir la ley genere seguridad jurídica y donde el conocimiento encuentre reconocimiento social y recompensa económica. Las instituciones no sustituyen la libertad humana; crean las condiciones dentro de las cuales la libertad despliega todo su potencial creador.

Capítulo 15. Tiempo, confianza y horizonte creador

Tiempo, confianza y horizonte creador traduce la doctrina en un criterio de decisión. Obliga a identificar qué capacidad se ampliará, quién asumirá responsabilidad, qué incentivo cambiará y qué patrimonio subsistirá después de la intervención. Ese examen separa la aspiración retórica del desarrollo que puede verificarse y sostenerse.

La creación necesita tiempo. Muchas capacidades se forman durante años antes de producir resultados visibles, y gran parte del capital sólo puede recuperarse mediante horizontes largos. Una economía dominada por la urgencia sacrifica con facilidad aquello que todavía no puede mostrar rendimiento inmediato.

La confianza permite atravesar ese intervalo entre esfuerzo y resultado. Reduce la necesidad de verificar cada acción y hace posible comprometer recursos hoy

para una posibilidad futura. El horizonte creador surge cuando tiempo y confianza se combinan en instituciones capaces de sostener proyectos largos.

El tiempo como dimensión económica

Toda economía es también una administración del tiempo. El ahorro desplaza consumo presente hacia posibilidades futuras, la inversión transforma recursos actuales en capacidades todavía inexistentes y la educación sacrifica una parte del presente para ampliar el horizonte de la persona. Por eso una sociedad creadora no puede juzgar todas sus decisiones por el rendimiento inmediato: debe aprender a distinguir entre aquello que produce una satisfacción pasajera y aquello que construye capacidades que permanecen.

El tiempo permite comprender por qué dos sociedades con recursos semejantes pueden recorrer trayectorias radicalmente distintas. Una puede consumir su patrimonio heredado, diferir mantenimiento y utilizar el endeudamiento para sostener estructuras que no se renuevan; otra puede invertir en conocimiento, infraestructura, empresa y cultura institucional. La diferencia no reside solamente en cuánto gastan, sino en la relación que establecen entre presente y futuro.

La confianza como capital invisible

La creación económica exige confianza porque casi toda actividad productiva relevante depende de compromisos cuyo resultado se materializa después. El crédito supone confianza en la capacidad de pago, el empleo supone confianza recíproca entre empresa y trabajador, la inversión supone confianza en las reglas y la cooperación supone confianza en que cada parte cumplirá aquello que ha asumido. Cuando esa confianza se debilita, aumenta el costo de cada transacción y una porción creciente de la energía social se consume en protegerse de los demás.

La confianza no sustituye la ley; la hace más eficaz. Un buen orden institucional combina reglas claras, cumplimiento verificable y reputaciones que se acumulan con el tiempo, porque ninguna economía puede descansar únicamente en contratos exhaustivos. La creación florece cuando las personas pueden anticipar que el esfuerzo, el ahorro y la innovación no serán castigados arbitrariamente y que la palabra empeñada conserva valor económico y moral.

Horizonte creador e intergeneracionalidad

El horizonte creador amplía la unidad de análisis más allá del individuo aislado y del ciclo político. La familia, la empresa, la universidad y las instituciones

cívicas transmiten activos materiales e inmateriales de una generación a otra, y cada una administra un patrimonio que no comenzó con ella. Esa continuidad introduce una obligación: recibir, conservar, renovar y entregar más capacidad de la que se recibió.

El desarrollo no es simplemente una suma de períodos de crecimiento. Es una cadena de creación y transmisión en la que cada generación decide si será consumidora del patrimonio acumulado o administradora responsable de nuevas posibilidades. La economía de la creación encuentra allí su criterio más exigente, porque obliga a medir el éxito por lo que permanece cuando quienes tomaron las decisiones ya no están presentes.

El tiempo como dimensión de toda decisión de capital

Esta perspectiva modifica también la manera en que debe entenderse el ahorro. Tradicionalmente se le ha considerado como la porción del ingreso que no se consume en el presente para destinarla a inversión futura. Esa definición continúa siendo válida desde el punto de vista económico. Sin embargo, desde la óptica del desarrollo, el ahorro representa algo más profundo: constituye un acto de confianza en el porvenir. Una persona, una empresa o una sociedad sólo renuncian al consumo inmediato cuando creen que el futuro ofrecerá oportunidades suficientemente

valiosas para justificar ese sacrificio presente. El ahorro expresa, por tanto, una convicción acerca de la estabilidad institucional, de la seguridad jurídica y de la capacidad de una economía para seguir creciendo. Allí donde esa confianza desaparece, el horizonte temporal de las decisiones comienza a reducirse y el desarrollo pierde uno de sus fundamentos más importantes.

Quizá sea éste uno de los mayores desafíos de nuestra época. La aceleración tecnológica, la velocidad de la información y la presión permanente por obtener resultados inmediatos tienden a reducir el horizonte temporal de las decisiones públicas y privadas. Sin embargo, el desarrollo continúa obedeciendo a una lógica distinta. La confianza requiere tiempo. La reputación requiere tiempo. La formación de investigadores, empresarios y líderes requiere tiempo. Las instituciones requieren tiempo. Ninguna innovación tecnológica ha conseguido eliminar esta realidad. Por el contrario, cuanto más rápido cambia el mundo, mayor importancia adquieren aquellas instituciones capaces de proporcionar continuidad, estabilidad y sentido de dirección.

Precisamente por ello, la teoría de la fluidez sostiene que toda arquitectura institucional debe diseñarse para ampliar el horizonte de acción de la persona. Cada simplificación administrativa

representa tiempo recuperado para crear. Cada mejora educativa amplía el espacio intelectual desde el cual una nueva generación puede innovar. Cada fortalecimiento del Estado de Derecho aumenta la confianza necesaria para emprender. Cada avance científico incorpora nuevas posibilidades de transformación económica. Cada manifestación cultural preserva la identidad indispensable para que el cambio no destruya la cohesión de la comunidad. El desarrollo aparece cuando todas estas ampliaciones individuales comienzan a reforzarse mutuamente.

La teoría de la fluidez encuentra aquí una de sus manifestaciones más completas. La fluidez no facilita únicamente la circulación del conocimiento, del capital o de las decisiones administrativas. Facilita también la circulación de la confianza. Allí donde la confianza puede desarrollarse entre instituciones, sectores económicos y naciones, disminuyen las barreras invisibles que tradicionalmente limitan la cooperación. El tiempo destinado a protegerse de la incertidumbre comienza a transformarse en tiempo dedicado a innovar, emprender y construir nuevas capacidades. La confianza deja entonces de ser una virtud exclusivamente moral para convertirse en uno de los activos estratégicos más importantes del desarrollo.

La cultura completa finalmente esta arquitectura temporal. Las sociedades que valoran la puntualidad, el cumplimiento, la confianza, la responsabilidad y el respeto por el tiempo de los demás desarrollan naturalmente mayores niveles de velocidad institucional. No se trata únicamente de eficiencia administrativa. Se trata de una concepción cultural donde el tiempo constituye un recurso moral además de económico. Desperdiciar el tiempo de un ciudadano mediante procesos innecesarios significa consumir una parte irrepetible de su capacidad creadora. Una civilización madura comprende que proteger el tiempo de las personas constituye una forma superior de respeto por su dignidad.

Sostengo que la fluidez constituye igualmente un indicador de confianza. Cuanto mayor sea la confianza existente entre ciudadanos, empresas e instituciones, menor será la necesidad de controles redundantes. La confianza reduce costos de transacción, disminuye tiempos de decisión y fortalece la cooperación voluntaria. La desconfianza produce el efecto contrario. Multiplica formularios, certificaciones, permisos, inspecciones y procedimientos destinados a sustituir mediante regulación aquello que la cultura dejó de proporcionar espontáneamente. La burocracia aparece muchas veces como el costo visible de una insuficiente confianza social.

El tiempo se convierte en una categoría económica de enorme importancia para el desarrollo. El ahorro de tiempo no constituye únicamente una comodidad para el ciudadano. Representa una forma de acumulación de capital productivo. Cada hora liberada de procedimientos innecesarios puede transformarse en educación continua, innovación, investigación, creación artística, actividad empresarial o participación cívica. Cuando millones de ciudadanos recuperan sistemáticamente parte de ese tiempo, la economía incorpora una nueva capacidad productiva sin necesidad de aumentar la población ni de ampliar la jornada laboral. El desarrollo aparece entonces como una consecuencia directa de una mejor organización del recurso más equitativamente distribuido entre todos los seres humanos.

Todo capital representa tiempo acumulado. Todo conocimiento representa tiempo invertido en aprender, experimentar y corregir errores. Una institución sólida representa décadas, y con frecuencia siglos, de construcción gradual de confianza. Una empresa centenaria resume incontables decisiones tomadas por personas que jamás llegaron a conocerse entre sí. Incluso la infraestructura física constituye la materialización de esfuerzos realizados durante generaciones. Cuando se observa la economía desde esta perspectiva, el

tiempo deja de ser únicamente una variable utilizada para descontar flujos financieros futuros. Comienza a revelarse como el recurso fundamental sobre el cual descansa toda creación de valor.

Capítulo 16. Una métrica de la capacidad creadora

Una métrica de la capacidad creadora explica por qué recursos semejantes pueden generar resultados muy distintos. Trabajo, capital y conocimiento necesitan reglas, responsabilidades y conexiones que permitan combinarlos con oportunidad y disciplina. La organización multiplica capacidades porque reduce fricción, preserva aprendizaje y hace posible una escala que los esfuerzos aislados no alcanzarían.

El producto interno bruto mide actividad económica, pero no captura por sí solo la calidad de las capacidades que una sociedad está construyendo. Dos economías con igual producción presente pueden tener perspectivas radicalmente distintas si una invierte en conocimiento, innovación e instituciones y la otra consume su base productiva.

Una métrica de la capacidad creadora debe observar formación de capital, productividad, aprendizaje, diversificación empresarial, innovación, propiedad, resiliencia y continuidad. El objetivo no es

reemplazar una medida por un índice único, sino ampliar el tablero con el que se evalúa el desarrollo.

Más allá del producto

El producto interno bruto es indispensable para medir actividad, pero no puede describir por sí solo la calidad del proceso que produce esa actividad. Dos economías pueden registrar ritmos semejantes de crecimiento mientras una fortalece conocimiento, capital productivo e instituciones y la otra consume activos, posterga mantenimiento o depende de transferencias que no amplían su base creadora. La teoría necesita, por tanto, distinguir producción corriente de capacidad futura.

Una métrica de la capacidad creadora debe observar simultáneamente el capital humano, la inversión productiva, la creación y supervivencia de empresas, la difusión tecnológica, la calidad institucional, la investigación aplicada y la formación de redes. Ningún indicador individual agota el fenómeno. Lo que interesa es la dirección del sistema: si sus componentes se refuerzan mutuamente y amplían la posibilidad de crear valor en el futuro.

Indicadores de creación, renovación y transmisión

La creación puede aproximarse mediante indicadores de nuevas empresas, innovación,

propiedad intelectual, productividad y diversificación productiva; la renovación requiere observar inversión en mantenimiento, actualización tecnológica, aprendizaje y relevo institucional; la transmisión exige estudiar movilidad social, continuidad empresarial, calidad educativa y capacidad de conservar conocimiento. Estos indicadores no deben convertirse en una nueva burocracia estadística. Su función es obligar a la sociedad a mirar aquello que habitualmente permanece oculto detrás de los agregados.

La medición sirve cuando mejora el juicio, no cuando lo sustituye. El propósito de un cuadro de indicadores es permitir comparaciones a través del tiempo, identificar deterioros silenciosos y reconocer dónde la intervención pública, privada o académica puede remover obstáculos. Una economía creadora necesita datos, pero necesita todavía más la capacidad de interpretarlos a la luz de un propósito.

Del indicador a la decisión

La utilidad de una métrica se prueba cuando modifica decisiones. Si una región descubre que forma talento que posteriormente no encuentra espacios de aplicación, la respuesta no consiste en reducir la educación sino en construir el ecosistema empresarial e institucional que permita utilizar ese conocimiento. Si observa que dispone de capital pero

carece de proyectos financiables, debe mejorar la preparación de proyectos, la gobernanza y la intermediación antes de concluir que el problema es simplemente la falta de fondos.

La economía de la creación propone así una disciplina de causalidad. Antes de aumentar recursos, pregunta qué capacidad falta; antes de crear una institución, pregunta qué función debe cumplir; antes de aprobar una política, pregunta qué comportamiento espera modificar. Ese método reduce la tentación de confundir actividad con resultado y gasto con desarrollo.

Medir capacidades sin reducir la teoría a indicadores

Si el capital constituye el instrumento mediante el cual una sociedad amplía sus capacidades, entonces resulta indispensable preguntarnos cuáles son esas capacidades y cómo deben ordenarse dentro de un proyecto de desarrollo. Durante demasiado tiempo, el análisis económico ha tendido a concentrarse en la medición de los resultados, mientras ha dedicado menor atención a la arquitectura que los hace posibles. Se calcula con precisión el producto interno bruto, la inversión, la productividad o el ingreso per cápita, pero con mucha menor frecuencia se estudia la calidad del entramado institucional que permitió alcanzar esos resultados. Sin embargo, la historia

demuestra que los indicadores son siempre la consecuencia visible de una realidad mucho más profunda e invisible: la capacidad de una sociedad para organizar inteligentemente sus recursos alrededor de una visión compartida de largo plazo.

Por ello, antes de estudiar la empresa como organización económica, este tratado propone estudiarla como una creación institucional de la civilización. Esa aproximación exige abandonar momentáneamente los balances financieros, las estructuras corporativas y los indicadores contables para formular una pregunta mucho más profunda: ¿por qué la humanidad necesitó inventar la empresa? La respuesta a esa interrogante nos conducirá, no solamente a comprender mejor la naturaleza del desarrollo económico, sino también a explicar por qué la empresa privada terminó convirtiéndose en el principal mecanismo mediante el cual las sociedades modernas organizan su capacidad creadora.

Durante más de un siglo, la teoría del desarrollo concentró buena parte de sus esfuerzos en explicar cómo aumentar la producción, acelerar el crecimiento económico o elevar el ingreso de las naciones. Estos objetivos continúan siendo legítimos y necesarios. Sin embargo, la presente doctrina sostiene que ninguno de ellos constituye el verdadero objeto del desarrollo. Todos representan

consecuencias, indicadores o manifestaciones de un fenómeno mucho más profundo. El desarrollo no tiene por finalidad producir más riqueza; tiene por finalidad ampliar permanentemente la capacidad creadora de la civilización.

El desarrollo suele describirse mediante cifras. Producto interno bruto, ingreso per cápita, productividad laboral, inflación, desempleo, balanza comercial o inversión extranjera directa constituyen indicadores indispensables para comprender la evolución de una economía. No obstante, ninguna sociedad ha despertado una mañana convertida en una economía desarrollada porque alguno de esos indicadores mejoró durante un año. Los indicadores describen una realidad; no la crean. Son consecuencia de procesos mucho más profundos que comenzaron mucho antes de que la estadística pudiera registrarlos.

Esta afirmación modifica profundamente la manera tradicional de interpretar el éxito económico. Con demasiada frecuencia las sociedades evalúan su progreso observando únicamente los resultados acumulados en un momento determinado: el ingreso nacional, la productividad, la inversión, el empleo o el crecimiento del producto interno. Todos estos indicadores poseen indudable importancia, pero describen solamente una fotografía del presente. La verdadera fortaleza de una nación reside en su

capacidad para responder a los desafíos del futuro. Una economía puede exhibir excelentes indicadores y, sin embargo, carecer de la flexibilidad institucional necesaria para enfrentar una transformación tecnológica, una crisis internacional o un cambio profundo en la estructura de los mercados. Del mismo modo, una sociedad que aún no ha alcanzado elevados niveles de ingreso puede construir una extraordinaria capacidad adaptativa que le permita avanzar sostenidamente durante generaciones.

Considero necesario formular una afirmación que acompañará el resto de la obra. La prosperidad sostenible constituye, en realidad, la manifestación económica de una inteligencia civilizacional madura. Los indicadores económicos expresan aquello que previamente ocurrió en la cultura, en las instituciones, en la educación, en la empresa privada y en la organización social. El crecimiento económico representa el efecto visible de una arquitectura mucho más profunda e intangible. Por esa razón, ninguna estrategia de desarrollo será plenamente exitosa si limita su atención a los indicadores económicos sin fortalecer simultáneamente la inteligencia colectiva que les da origen.

En consecuencia, la empresa privada adquiere una dimensión que trasciende la actividad económica. La empresa constituye uno de los principales espacios donde la capacidad creadora de

la sociedad encuentra aplicación práctica. Cada nueva empresa representa una solución propuesta a un problema humano. Cada innovación expresa una forma distinta de comprender la realidad. Cada inversión constituye un acto de confianza en el futuro. Obstaculizar sistemáticamente ese proceso significa limitar la capacidad creadora de toda la civilización. Facilitarlo significa ampliar las posibilidades de desarrollo para las generaciones presentes y futuras.

La historiografía económica ha descrito tradicionalmente el Development by Invitation mediante indicadores relativamente convencionales. Se estudian las inversiones realizadas, el empleo generado, la expansión industrial, el crecimiento del ingreso o la evolución de las exportaciones. Todos estos indicadores resultan indispensables para comprender el impacto económico del proceso. Sin embargo, observan únicamente su dimensión más visible. Existe otra transformación, menos evidente, cuya importancia histórica probablemente haya sido subestimada: la transferencia masiva de conocimiento organizacional hacia la economía puertorriqueña.

Capítulo 17. Tecnología, datos y soberanía del conocimiento

Capítulo 17. Tecnología, datos y soberanía del conocimiento pertenece a la infraestructura productiva de una sociedad. Su contribución consiste en elevar la calidad de las decisiones, acelerar el aprendizaje y convertir experiencia en capacidad reproducible. Rinde plenamente cuando universidad, empresa y cultura intercambian conocimiento de forma continua y la tecnología amplía el juicio humano.

La tecnología convierte conocimiento en capacidad reproducible. Los datos, a su vez, permiten observar procesos con una precisión que modifica decisiones empresariales y públicas. Esa infraestructura digital puede elevar productividad, pero también concentra poder cuando el acceso, los estándares o la propiedad del conocimiento quedan excesivamente cerrados.

La soberanía del conocimiento no significa aislamiento tecnológico. Significa desarrollar capacidad propia para comprender, adaptar y gobernar tecnologías esenciales, proteger activos intelectuales y participar en redes globales desde una posición de competencia y no de dependencia absoluta.

Datos, propiedad intelectual y soberanía del conocimiento

La propiedad, sin embargo, no debe interpretarse de manera restringida. El patrimonio de una civilización no se limita a la tierra, a los edificios o a la maquinaria. En la economía contemporánea, el conocimiento, la propiedad intelectual, las marcas, las tecnologías, los datos, las redes empresariales y la innovación representan formas igualmente legítimas de capital. Una sociedad verdaderamente desarrollada procura que un número creciente de ciudadanos pueda participar de esa nueva economía del conocimiento, no solamente como trabajadores, sino también como creadores y propietarios.

Una categoría útil para describir parte de este fenómeno es la de capital intelectual incorporado: el conocimiento que viaja implícitamente con la inversión, las empresas, las tecnologías y las organizaciones. La literatura sobre transferencia tecnológica, capacidades de absorción, derrames de conocimiento, aprendizaje organizacional y sistemas de innovación demuestra que el capital productivo transmite mucho más que activos físicos. La aportación específica de esta obra consiste en observar cómo ese conocimiento incorporado se organiza, se convierte en memoria institucional y permanece disponible después de la inversión inicial. Utilizada con esta cautela, la categoría permite

distinguir entre la simple recepción de tecnología y la verdadera acumulación de capacidades.

La transmisión intergeneracional del conocimiento también puede observarse en trayectorias personales e institucionales. El Dr. Ramón C. Barquín II dedicó buena parte de su vida profesional al desarrollo de las comunicaciones, los sistemas de información, la informática aplicada y la reflexión sobre ciberética y ciberseguridad, vinculando esos campos con la protección de la integridad de los procesos cívicos y electorales. Su trabajo en organizaciones de educación cívica, continuado entre generaciones de la familia Barquín, ilustra cómo el conocimiento técnico adquiere una dimensión civilizacional cuando se incorpora a instituciones que lo preservan y lo transmiten. El valor de ese legado no reside solamente en las soluciones producidas en un momento determinado, sino en la capacidad que deja organizada para quienes continúan la obra.

Conviene introducir una distinción conceptual que será utilizada a lo largo de toda esta obra. No todo conocimiento posee la misma naturaleza. Existe un conocimiento explícito, que puede documentarse, enseñarse y transmitirse mediante libros, normas, procedimientos o bases de datos. Existe también un conocimiento tácito, formado por la experiencia, la intuición y las habilidades que difícilmente pueden

reducirse a un manual. A éstos debemos añadir una tercera dimensión, frecuentemente menos estudiada, pero igualmente relevante: el conocimiento implícito, es decir, aquel que emerge de la interacción entre personas, instituciones y contextos específicos y que permite comprender relaciones complejas aun cuando nunca hayan sido formalmente descritas.

Este razonamiento posee una importancia extraordinaria para comprender el siglo XXI. Hoy solemos hablar de inteligencia artificial, computación cuántica, biotecnología, robótica o nanotecnología como si el futuro dependiera exclusivamente de la velocidad con que aparezcan nuevas herramientas. La historia demuestra una realidad diferente. Ninguna tecnología transforma por sí sola una economía. Lo hace únicamente cuando encuentra universidades capaces de investigarla, empresas dispuestas a aplicarla, sistemas financieros preparados para respaldarla, instituciones jurídicas que protejan la innovación y una cultura que valore el conocimiento como fuente legítima de progreso. La tecnología acelera el desarrollo; la organización lo hace posible.

Esta afirmación explica por qué la presente doctrina concede tanta importancia a la organización del conocimiento. El conocimiento, por sí solo, no transforma una sociedad. Las bibliotecas más extensas jamás produjeron desarrollo únicamente

por acumular información. Lo que transforma a una civilización es su capacidad para convertir el conocimiento en decisiones, las decisiones en instituciones y las instituciones en hábitos permanentes de aprendizaje colectivo. Allí reside la diferencia entre una sociedad informada y una sociedad verdaderamente desarrollada. La primera posee datos; la segunda posee la capacidad institucional para utilizar esos datos en beneficio del bien común.

La empresa creadora frente a la aceleración tecnológica

Del mismo modo, la empresa privada deja de ser observada exclusivamente como una organización destinada a producir bienes y servicios. La empresa constituye un espacio privilegiado para la aplicación práctica del conocimiento. En ella convergen la investigación, la creatividad, la experiencia acumulada, la observación permanente del mercado y la capacidad de transformar ideas en soluciones concretas para la sociedad. La innovación empresarial no surge espontáneamente. Es el resultado de una organización inteligente del conocimiento que integra personas, procesos, tecnología y cultura alrededor de un propósito común. La empresa representa, por tanto, una

institución esencial dentro de la arquitectura del desarrollo.

La empresa privada participa igualmente de este proceso evolutivo. Cada innovación empresarial incorpora nuevas formas de organización, nuevos métodos de producción, nuevas tecnologías y nuevas respuestas a necesidades emergentes. La empresa constituye uno de los principales laboratorios donde la civilización experimenta continuamente con el futuro. Allí donde el emprendimiento florece dentro de un entorno institucional estable y competitivo, la sociedad desarrolla una capacidad permanente para reinventarse. Allí donde la iniciativa privada se encuentra sistemáticamente limitada, la innovación pierde uno de sus motores más dinámicos.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, las diásporas demuestran que conocimiento, capital y confianza pueden circular más allá del territorio. En el desarrollo de «La empresa creadora frente a la aceleración tecnológica», su influencia depende de redes, instituciones y proyectos que conecten residencia y origen; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: la afinidad cultural se vuelve desarrollo sólo cuando se traduce en cooperación productiva verificable. Su verificación

exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

La historia reciente confirma esta observación. La reconstrucción japonesa posterior a la Segunda Guerra Mundial no consistió simplemente en importar tecnología occidental. Consistió en desarrollar una extraordinaria capacidad para perfeccionarla mediante procesos de mejora continua. La República de Corea siguió una trayectoria semejante. Inicialmente aprendió, adaptó y reprodujo tecnologías desarrolladas en otros países; posteriormente comenzó a liderar sectores completos de innovación. Israel construyó un ecosistema donde universidades, Fuerzas Armadas, empresas de base tecnológica y capital de riesgo interactúan de manera permanente. Estonia convirtió la transformación digital del Estado en una plataforma para el surgimiento de nuevas industrias intensivas en conocimiento. Ninguno de estos casos responde a una fórmula única. Todos comparten, sin embargo, un principio organizacional: la innovación dejó de ser un acontecimiento y pasó a convertirse en una institución.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, la Revolución Industrial transformó la relación entre conocimiento, técnica y empresa. En el desarrollo de «La empresa creadora frente a la aceleración tecnológica», la innovación dejó de

depender sólo del oficio individual y comenzó a organizarse en sistemas de producción y aprendizaje; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: esa transición anticipa la responsabilidad contemporánea de conectar investigación, empresa y formación. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

La empresa privada desempeña un papel decisivo dentro de esta arquitectura. Cada empresa constituye un nodo de conexión entre talento, tecnología, inversión, mercados y conocimiento. Las cadenas de suministro, las redes de innovación, los clústeres industriales y las alianzas empresariales representan formas superiores de conectividad económica. Del mismo modo, la universidad actúa como nodo de conexión entre investigación, formación del talento y desarrollo científico. Las instituciones públicas garantizan el marco jurídico que permite que dichas conexiones se desarrollen con estabilidad y confianza. Ningún componente sustituye a otro; todos participan de una misma red civilizacional.

Capítulo 18. Los cinco postulados organizadores de la Economía de la Creación

Los cinco postulados organizadores de la Economía de la Creación se relaciona con la secuencia persona, creación, emprendimiento, empresa, institución, desarrollo y civilización. El propósito de esa secuencia es mostrar cómo una capacidad individual puede adquirir escala social sin perder responsabilidad ni finalidad humana. Cada etapa añade organización y continuidad a la anterior.

Los cinco postulados sintetizan la lógica de la teoría y ofrecen un marco para evaluar decisiones económicas. Cada uno expresa una relación distinta entre persona, conocimiento, capital, empresa, instituciones y tiempo. Su utilidad consiste en mantener conectadas dimensiones que suelen discutirse por separado.

Los postulados no sustituyen el análisis empírico. Funcionan como preguntas disciplinarias: qué capacidad se crea, quién puede utilizarla, cómo se organiza, qué instituciones la sostienen y qué legado deja. Aplicados conjuntamente permiten distinguir crecimiento transitorio de desarrollo acumulativo.

Cinco postulados organizadores



Figura 3. Cinco postulados organizadores de la Economía de la Creación

Fuente: elaboración propia a partir del marco conceptual desarrollado en esta obra.

De la persona a la creación organizada

El cuarto postulado afirma que la libertad responsable constituye la condición indispensable para la producción sostenible de capacidades. La creatividad, la innovación, la empresa y la investigación florecen únicamente allí donde las personas pueden actuar con suficiente autonomía dentro de un marco institucional estable y éticamente orientado. La libertad sin responsabilidad degenera en arbitrariedad; la responsabilidad sin libertad degenera en inmovilidad. La civilización madura organiza ambas dimensiones dentro de un mismo sistema.

El tercer postulado establece que la civilización constituye la unidad superior de organización del desarrollo. Las personas crean capacidades, las familias transmiten valores, las empresas producen riqueza, las universidades generan conocimiento, las instituciones organizan la cooperación y la cultura orienta el comportamiento colectivo. Sin embargo, únicamente la civilización integra todas esas dimensiones dentro de un propósito histórico compartido. El desarrollo auténtico ocurre cuando esa integración funciona armónicamente.

El quinto postulado sostiene que la cultura representa el principal acelerador o el principal obstáculo del desarrollo civilizacional. Ninguna política pública puede sustituir indefinidamente una cultura que desalienta el mérito, la confianza, la cooperación y el aprendizaje permanente. Del mismo modo, una cultura orientada hacia la excelencia puede compensar limitaciones materiales durante largos períodos históricos. La cultura constituye el software invisible sobre el cual operan las instituciones de una civilización.

El segundo postulado sostiene que el desarrollo representa un proceso de creación de capacidades y no únicamente de acumulación de riqueza. La riqueza constituye un instrumento indispensable para el progreso, pero sólo adquiere significado cuando fortalece la capacidad permanente de una

sociedad para aprender, innovar, emprender, cooperar y transmitir esas capacidades a las generaciones futuras. Toda prosperidad que no fortalezca capacidades termina siendo transitoria.

El primer postulado afirma que la persona constituye el origen, el propósito y el límite moral del desarrollo. Ninguna organización económica, ninguna institución política y ninguna estrategia de crecimiento adquieren legitimidad si dejan de reconocer la dignidad de la persona como fundamento de toda civilización. El desarrollo no existe para justificar estructuras; las estructuras existen para ampliar responsablemente las posibilidades de desarrollo de la persona.

Capital, conocimiento, democracia y generaciones

La economía clásica ha prestado considerable atención a la acumulación de capital financiero y físico. La teoría contemporánea incorporó posteriormente el capital humano, el capital social y el capital intelectual. Esta obra propone ampliar esa visión mediante el concepto de capital civilizacional, precisamente porque reconoce que el patrimonio más valioso de una sociedad consiste en la capacidad acumulada para producir libertad, conocimiento, innovación, cooperación y prosperidad. Ninguna

generación tiene derecho a disminuir ese patrimonio. Todas tienen la obligación de incrementarlo.

El séptimo postulado afirma que la empresa constituye una institución civilizacional. Su misión trasciende la generación de beneficios económicos. Organiza talento, transforma conocimiento en prosperidad, desarrolla liderazgo, fortalece cadenas de capacidades y contribuye a la acumulación del capital civilizacional. Una economía sin empresa dinámica puede sobrevivir temporalmente; difícilmente podrá sostener un proceso continuo de desarrollo.

En este sentido, deseo incorporar una reflexión que ha acompañado mi vida pública y académica durante muchos años y que sintetiza buena parte de la filosofía que inspira esta obra. Mi abuelo, el Embajador Ramón Barquín, solía afirmar que "es el deber de cada generación enriquecer y fortalecer la democracia para sí y para las futuras generaciones". Esa expresión, formulada originalmente en el contexto de la vida democrática, trasciende ampliamente el ámbito político. Resume una concepción del desarrollo como responsabilidad intergeneracional. La democracia, las instituciones, el conocimiento y la empresa no pertenecen exclusivamente a quienes las administran en un momento determinado. Constituyen un legado que cada generación recibe con la obligación moral de

fortalecer antes de transmitirlo. Éste es, en esencia, el primer principio doctrinal de la Organización del Desarrollo.

Quizá por esa razón las grandes obras de la civilización nunca fueron el resultado de una sola generación. Fueron posibles porque cada generación recibió parte del tiempo acumulado por quienes la precedieron en forma de conocimiento, instituciones y capital. Esa herencia permitió comenzar donde otros habían terminado. Y ésta, probablemente, constituye una de las expresiones más profundas del desarrollo: la capacidad de transformar el tiempo vivido por una generación en posibilidades abiertas para la siguiente.

La democracia representa el marco donde este pacto puede renovarse pacíficamente generación tras generación. Su mayor fortaleza no consiste únicamente en permitir la alternancia política. Consiste en ofrecer mecanismos institucionales para corregir errores, incorporar nuevas ideas y preservar la libertad necesaria para que el conocimiento continúe evolucionando. Una democracia madura no teme al cambio; aprende a gobernarlo.

Esta dimensión ética explica por qué la presente obra concede tanta importancia a la democracia representativa y a la sociedad civil organizada. La democracia no constituye solamente un mecanismo para elegir gobernantes. Constituye el procedimiento

mediante el cual una sociedad aprende a corregir sus errores sin destruir sus instituciones. De igual forma, las organizaciones intermedias —cámaras de comercio, colegios profesionales, universidades, fundaciones, organizaciones culturales y entidades cívicas— representan espacios donde se construye el capital social indispensable para sostener la cooperación de largo plazo. Allí se forman liderazgos, se transmiten valores, se comparte conocimiento y se fortalece la confianza que posteriormente hace posible el desarrollo económico. En ausencia de estos cuerpos intermedios, la sociedad pierde parte de su capacidad para organizarse y corre el riesgo de trasladar al Estado responsabilidades que corresponden naturalmente a la iniciativa libre de los ciudadanos.

Toda civilización produce conocimiento. Incluso las sociedades más modestas acumulan, generación tras generación, experiencias, técnicas, valores, soluciones e innovaciones que les permiten adaptarse a las circunstancias de su tiempo. Sin embargo, la historia demuestra que la simple acumulación de conocimiento jamás ha garantizado el desarrollo. Bibliotecas enteras permanecieron durante siglos sin transformar las condiciones materiales de los pueblos; descubrimientos científicos extraordinarios tardaron décadas en incorporarse a los procesos productivos; investigaciones de enorme valor

permanecieron confinadas a laboratorios sin alcanzar jamás a la sociedad. La diferencia entre el conocimiento y el desarrollo no radica en la cantidad de información disponible. Radica en la capacidad de una civilización para convertir ese conocimiento en acción organizada.

Capítulo 19. Liderazgo, convocatoria y sociedad emprendedora

Capítulo 19. Liderazgo, convocatoria y sociedad emprendedora merece atención porque vincula iniciativa, organización y continuidad productiva. Su eficacia depende de reglas previsibles, responsabilidad en la asignación de recursos y capacidad para aprender de los resultados. Cuando esas condiciones convergen, el crecimiento se traduce en empleo, propiedad, conocimiento y oportunidades más amplias.

Una sociedad emprendedora no surge únicamente de programas de apoyo empresarial. Requiere una cultura que reconozca la iniciativa, instituciones que permitan experimentar y líderes capaces de convocar a personas distintas alrededor de oportunidades compartidas. El liderazgo económico efectivo crea condiciones para que otros creen.

Convocar significa convertir capacidades dispersas en acción coordinada sin anular autonomía. Ese principio aplica a empresas, universidades, gobiernos, gremios y comunidades. La sociedad emprendedora aparece cuando la creación deja de ser excepcional y se convierte en una posibilidad accesible para una parte cada vez mayor de la población.

El liderazgo que convoca capacidades

Esta organización exige igualmente una nueva concepción del liderazgo. El liderazgo deja de identificarse con la capacidad de dirigir estructuras jerárquicas para convertirse en la capacidad de articular capacidades dispersas alrededor de un propósito común. El dirigente del siglo XXI no será quien concentre mayor autoridad, sino quien logre construir mayores niveles de confianza entre instituciones autónomas, facilitando la cooperación sin sacrificar la independencia de cada una de ellas. La autoridad deja de descansar exclusivamente sobre la jerarquía y comienza a fundamentarse en la legitimidad intelectual, la credibilidad y la capacidad de integrar voluntades.

La teoría de la organización del desarrollo parte de una convicción sencilla: las sociedades prosperan cuando aprenden a coordinar inteligentemente sus capacidades y declinan cuando esas capacidades

dejan de reforzarse mutuamente. La universidad produce y conserva conocimiento; la empresa lo convierte en innovación y valor; el Estado garantiza el marco jurídico; la cultura transmite hábitos de confianza y responsabilidad; la sociedad civil fortalece la cooperación; y el liderazgo organiza propósitos compartidos. Ninguna de estas instituciones basta por sí sola. La prosperidad sostenible surge de la calidad de las conexiones que permiten que sus capacidades circulen, se multipliquen y sobrevivan al relevo generacional.

Esta conciencia protege al liderazgo de la apropiación personal de la institución y permite comprender que la obra pertenece a un propósito mayor que cualquiera de sus protagonistas. en el Gran Caribe, ese propósito es construir una región capaz de organizar sus capacidades, ampliar su libertad económica, movilizar capital productivo y ofrecer a las generaciones futuras un espacio más amplio para crear.

Esta perspectiva permite comprender por qué determinadas sociedades muestran una extraordinaria continuidad institucional. No dependen permanentemente de figuras excepcionales para resolver cada nuevo desafío. Han desarrollado organizaciones capaces de formar nuevos líderes, renovar sus estructuras y ampliar continuamente su capacidad creadora. El liderazgo

deja entonces de ser un atributo individual para convertirse en una característica permanente de la civilización. Cada generación forma la siguiente. Cada institución prepara a quienes posteriormente asumirán nuevas responsabilidades. El conocimiento sobre cómo convocar capacidades deja de pertenecer a personas concretas y pasa a incorporarse al patrimonio institucional de la sociedad.

Ésta es precisamente la aportación que pretende realizar la presente obra. Propongo entender el desarrollo como un sistema de capacidades organizadas deliberadamente alrededor de un propósito civilizatorio. La economía constituye uno de sus pilares; la democracia representativa, otro; la empresa privada, la universidad, la investigación científica, la cultura, la seguridad jurídica, la sociedad civil organizada y el liderazgo forman igualmente parte de esa estructura. Ninguno de ellos resulta autosuficiente. Todos dependen de los demás para alcanzar plenamente su finalidad. La fortaleza del edificio reside menos en la calidad individual de cada componente que en la coherencia de la arquitectura que los integra.

De ello se desprende que la fluidez constituye una expresión de la madurez civilizacional. No es una política pública aislada ni una técnica administrativa. Es el resultado visible de una sociedad que ha logrado armonizar cultura, instituciones, empresa, educación,

tecnología y liderazgo alrededor de un propósito común. Allí donde la fluidez aumenta, la inteligencia colectiva encuentra menos obstáculos para producir innovación; la empresa encuentra mayor libertad para crear riqueza; la universidad transfiere conocimiento con mayor rapidez; el Estado fortalece su legitimidad; y la persona recupera el tiempo indispensable para desarrollar plenamente sus capacidades.

La empresa privada participa de esta arquitectura como principal mecanismo de transformación de capacidades en prosperidad. La universidad incorpora conocimiento. Las instituciones proporcionan estabilidad. La infraestructura conecta territorios, mercados y personas. La tecnología acelera la circulación del conocimiento. La cultura orienta el comportamiento colectivo. El liderazgo armoniza el conjunto alrededor del propósito histórico compartido. Ninguno de estos componentes puede reclamar superioridad absoluta sobre los demás. Todos son indispensables porque todos participan de un mismo diseño civilizacional.

Sociedad emprendedora y movilidad

La consecuencia de este razonamiento trasciende ampliamente el ámbito empresarial. Allí donde una sociedad multiplica el número de personas capaces de emprender, está multiplicando simultáneamente

su capacidad para resolver problemas, identificar oportunidades y generar riqueza. Cada nuevo empresario incorpora una perspectiva distinta, una experiencia particular y una manera original de responder a las necesidades de la comunidad. El emprendimiento constituye, por tanto, un mecanismo de descubrimiento social. Las economías más dinámicas no son aquellas donde unos pocos emprenden exitosamente, sino aquellas donde miles de ciudadanos consideran natural transformar una idea en una empresa y una empresa en una institución capaz de servir a la sociedad.

En ese sentido, conviene observar con atención un fenómeno que suele pasar inadvertido. Ninguna sociedad alcanza niveles elevados de prosperidad cuando desconfía sistemáticamente de quienes crean riqueza. Tampoco cuando considera sospechosa la iniciativa empresarial o entiende el beneficio económico como una actividad moralmente cuestionable. La historia económica demuestra exactamente lo contrario. Allí donde el emprendimiento se convierte en una actividad socialmente respetada, donde el éxito empresarial inspira nuevas iniciativas y donde la innovación recibe reconocimiento antes que sospecha, la capacidad de una economía para generar oportunidades aumenta de manera significativa. La empresa privada no constituye un actor marginal

dentro del desarrollo. Es uno de sus principales motores.

La empresa privada participa igualmente en esta evolución. Cada innovación modifica hábitos de consumo, formas de organización, relaciones laborales y expectativas sociales. Cada emprendimiento introduce nuevas maneras de resolver problemas y nuevas oportunidades para la creación de valor. La empresa constituye, por tanto, uno de los espacios donde la cultura aprende a relacionarse con el cambio. Una sociedad que valora el emprendimiento desarrolla mayor disposición para experimentar, asumir riesgos responsables y adaptarse creativamente a las transformaciones del entorno. Esa actitud cultural termina fortaleciendo la capacidad adaptativa de toda la civilización.

En consecuencia, la empresa privada adquiere una dimensión que trasciende la producción de bienes y servicios. La empresa constituye la institución mediante la cual una sociedad transforma conocimiento en riqueza, riqueza en inversión, inversión en empleo, empleo en movilidad social y movilidad social en estabilidad democrática. Allí donde la empresa florece dentro de un marco de responsabilidad, competencia, innovación y ética, la prosperidad encuentra uno de sus principales motores. Allí donde la empresa es obstaculizada por arquitecturas institucionales incapaces de

comprender su función civilizacional, la sociedad termina limitando su propia capacidad para financiar sus aspiraciones colectivas.

Esta visión modifica igualmente la comprensión del papel de la empresa privada dentro de la civilización. La empresa representa uno de los espacios donde la libertad adquiere una expresión económica concreta. Cada nuevo emprendimiento constituye una manifestación de la capacidad humana para imaginar soluciones, asumir riesgos y crear valor allí donde anteriormente no existía. Obstaculizar innecesariamente ese proceso significa limitar una de las principales fuentes de innovación y movilidad social disponibles para cualquier nación. Facilitarlo, por el contrario, fortalece la capacidad de toda la sociedad para ampliar continuamente su base productiva.

Esta visión transforma también la política pública. El propósito no consiste en sustituir la iniciativa privada mediante programas estatales permanentes. El propósito consiste en remover los obstáculos que impiden a millones de personas convertirse en propietarias de empresas, activos, conocimiento y capital. La mejor política económica será aquella que facilite la formación de nuevos propietarios, fortalezca la movilidad económica y permita que el éxito empresarial deje de ser una excepción para convertirse en una posibilidad abierta para cualquier

ciudadano dispuesto a asumir el esfuerzo, el riesgo y la responsabilidad que ello implica.

El Gran Caribe encuentra aquí una de sus mayores aspiraciones. Nuestra región no alcanzará plenamente su potencial únicamente atrayendo inversión externa. Deberá formar una nueva generación de empresarios, inversionistas, científicos, innovadores y propietarios capaces de construir empresas regionales, desarrollar tecnologías propias, crear marcas globales y participar activamente en la economía internacional. La verdadera integración regional comenzará cuando el capital creado por nuestros propios pueblos encuentre oportunidades para crecer dentro del Gran Caribe y proyectarse desde allí hacia el mundo.

Capítulo 20. La Economía de las Oportunidades

La prosperidad adquiere sentido cuando amplía el campo de acción de la persona. Una economía puede exhibir cifras favorables y, sin embargo, mantener cerrados los caminos que permiten a un joven convertir conocimiento en empresa, a una familia transformar ahorro en patrimonio o a un trabajador acceder a formas superiores de productividad. Por eso el desarrollo no debe observarse únicamente desde la riqueza acumulada, sino desde la cantidad y

calidad de oportunidades reales que una sociedad es capaz de producir y renovar.

Esta perspectiva no sustituye los indicadores económicos tradicionales. El ingreso, la productividad, la inversión, el empleo y las exportaciones continúan siendo indispensables para conocer el estado de una economía, pero ninguno de ellos describe por sí solo el horizonte abierto a las personas. La pregunta complementaria es más exigente: qué puede hacer una persona responsable con su talento dentro de las instituciones que la rodean, y cuántas puertas permanecen efectivamente disponibles para crear, aprender, invertir y participar.

La Economía de las Oportunidades se integra así a la Economía de la Creación. La primera pregunta cómo se expande el horizonte humano; la segunda explica de dónde surge la capacidad material e institucional para hacerlo. Ambas se encuentran en la empresa, el conocimiento, el capital, la libertad y la responsabilidad intergeneracional, porque una oportunidad que depende exclusivamente de una coyuntura no constituye todavía una capacidad duradera.

Oportunidades como medida del desarrollo

La empresa privada ocupa una función central dentro de esta economía de las oportunidades porque constituye el principal mecanismo mediante el cual las oportunidades se transforman en realidades económicas. Cada nueva empresa crea empleos, desarrolla proveedores, incorpora innovación, forma liderazgo y amplía el horizonte de posibilidades para muchas otras personas. Allí donde florece un ecosistema empresarial dinámico, las oportunidades dejan de ser excepcionales para convertirse en una característica permanente de la sociedad.

Esta comprensión modifica igualmente el significado de la igualdad. La presente doctrina sostiene que la misión de una civilización no consiste en uniformar los resultados, sino en ampliar las oportunidades. La verdadera igualdad reside en garantizar que cada persona pueda desarrollar plenamente sus capacidades, independientemente de su origen. Cuando las oportunidades se multiplican, la movilidad social deja de depender del privilegio y comienza a depender crecientemente del mérito, del esfuerzo y del talento. Allí donde la libertad económica se combina con educación de excelencia y reglas justas, la sociedad encuentra uno de los mecanismos más poderosos para combatir la pobreza.

Desde la perspectiva de la economía de la creación, una civilización justa no promete resultados idénticos, pero sí condiciones reales para participar y crear. En el desarrollo de «Oportunidades como medida del desarrollo», libertad formal sin educación, instituciones o acceso productivo deja capacidades sin ejercer; por eso corresponde examinar cómo la persona transforma imaginación y libertad en valor. La conclusión normativa es clara: la medida social es cuántas personas pueden convertir talento y esfuerzo en una vida digna. Su verificación exige observar la capacidad creadora que queda disponible para otros.

En el Caribe y en buena parte de Iberoamérica, la confianza empresarial se ha construido históricamente mediante el conocimiento directo, la reputación y el cumplimiento de la palabra. Esa dimensión humana no debe descartarse en nombre de una institucionalidad fría, porque muchas oportunidades nacen precisamente del vínculo personal y de la certeza adquirida durante años de interacción. Sin embargo, una alianza que aspira a articular a toda una región no puede depender de que cada nuevo participante conozca personalmente a quienes ocupan posiciones de liderazgo. La confianza personal debe transformarse en confianza institucional, de modo que una empresa, una universidad o una organización cultural pueda

incorporarse al proyecto y comprender qué puede esperar, qué debe aportar y bajo qué reglas se desarrollará la relación.

La respuesta que propone esta obra es inequívoca. El desarrollo existe para la persona humana. No para el Estado, no para los mercados, no para las instituciones ni para las estadísticas macroeconómicas. Todos esos elementos constituyen instrumentos. La persona constituye el propósito. En consecuencia, una sociedad no puede considerarse verdaderamente desarrollada únicamente porque incremente su producción, eleve sus exportaciones o acumule mayores niveles de capital. El desarrollo solamente alcanza su plena legitimidad cuando esas transformaciones se traducen en una ampliación real y sostenida de las oportunidades que tienen las personas para aprender, emprender, innovar, crear riqueza y construir un proyecto de vida digno.

De la riqueza a las posibilidades reales

Ésta constituye una de las razones por las cuales la empresa privada ocupa un lugar tan destacado en la presente obra. No porque sea superior a las demás instituciones, sino porque representa el principal mecanismo mediante el cual la libertad económica organiza recursos dispersos para producir valor social. La empresa convierte conocimiento en producción, producción en empleo y empleo en

oportunidades para millones de personas. Pero su capacidad aumenta considerablemente cuando opera dentro de una sociedad donde las universidades producen talento, el Estado garantiza reglas estables, la justicia protege los derechos, las organizaciones gremiales fortalecen la cooperación y la cultura recompensa la innovación. La empresa privada florece cuando forma parte de una arquitectura institucional madura.

A esta propiedad sistémica la denominamos fluidez. La fluidez representa la capacidad de una civilización para permitir que el conocimiento circule, que las decisiones se ejecuten, que las instituciones cooperen, que el capital encuentre oportunidades productivas, que el talento pueda desarrollarse y que la innovación alcance rápidamente a la sociedad. No constituye una simple característica administrativa ni un atributo tecnológico. Es una propiedad estructural de la arquitectura institucional. Allí donde la fluidez aumenta, la sociedad acelera su capacidad para aprender, adaptarse y crear riqueza. Allí donde disminuye, comienzan a multiplicarse las resistencias que ralentizan el desarrollo, aun cuando existan abundantes recursos económicos.

La empresa privada ocupa una posición central porque somete las capacidades al contraste de la realidad. Un conocimiento que no logra resolver

problemas, reducir costos, mejorar productos o crear nuevas oportunidades permanece incompleto desde el punto de vista económico. La empresa transforma conocimiento en producción, empleo, inversión e intercambio. Al hacerlo, también descubre nuevas preguntas que regresan a la universidad, a los centros de investigación y a las instituciones públicas. El desarrollo surge de ese movimiento constante entre comprensión y aplicación.

Ésta representa una diferencia importante respecto de ciertos enfoques contemporáneos que reducen el desarrollo exclusivamente a indicadores económicos o sociales. Sin desconocer la utilidad de esas mediciones, considero que todas ellas adquieren pleno significado únicamente cuando fortalecen la autonomía responsable de las personas. Una educación de calidad no constituye un fin en sí misma; amplía la libertad intelectual del ciudadano. Un sistema judicial independiente fortalece la libertad jurídica. La empresa privada amplía la libertad económica mediante la creación de oportunidades productivas. La democracia representativa protege la libertad política. La investigación científica expande la libertad del conocimiento. Cada una de estas dimensiones contribuye a formar una arquitectura donde la persona dispone de mayores posibilidades para desarrollar plenamente sus capacidades.

Esta reflexión conduce inevitablemente al papel de la empresa privada. Con frecuencia se la describe únicamente como una unidad de producción o como un agente económico que participa en los mercados. Esa definición resulta correcta, pero insuficiente. La empresa constituye, además, una institución de creación de conocimiento aplicado. En su interior convergen investigación, organización, liderazgo, innovación, aprendizaje continuo y formación de capital humano. Cada empresa exitosa representa una acumulación extraordinaria de experiencia organizacional que difícilmente puede reproducirse mediante decreto. Allí donde florecen miles de empresas dinámicas, la sociedad desarrolla simultáneamente una inmensa capacidad para resolver problemas, descubrir oportunidades y adaptar permanentemente sus procesos productivos a nuevas circunstancias.

Conclusión

La Economía de la Creación concluye donde comenzó: en la persona. Ninguna teoría del capital, de la empresa o del conocimiento conserva sentido si olvida que todos esos instrumentos existen para ampliar la capacidad humana de imaginar, producir, cooperar y transmitir. La creación es económica porque genera valor, pero es también civilizacional

porque convierte libertad y conocimiento en patrimonio que puede sobrevivir a una generación.

El criterio final no es cuánto logra acumular una sociedad, sino qué capacidad deja instalada para que otros puedan crear después. Esa prueba obliga a mirar empresa, capital, universidad, cultura e instituciones como partes de una misma arquitectura. Una economía madura no abraza el capital por veneración al dinero; lo abraza porque, bien organizado, permite financiar las aspiraciones sociales que una comunidad decide perseguir.

La obra queda abierta a contraste, medición y perfeccionamiento. Una teoría de la creación que se negara a aprender de la experiencia traicionaría su propio fundamento. Su propósito es ofrecer un lenguaje para distinguir entre consumir y construir, transferir y crear, administrar el presente y ampliar el futuro.

La economía de la creación devuelve el análisis económico al acto humano que precede a toda distribución: la capacidad de imaginar una posibilidad y organizar recursos para convertirla en valor. La persona no aparece como una variable secundaria, sino como origen, propósito y medida de la actividad económica. Emprendimiento, empresa, capital e institución constituyen etapas mediante las cuales esa capacidad individual puede adquirir continuidad social.

La riqueza duradera no se reduce a la acumulación de bienes. Es memoria organizada de conocimientos, relaciones, instituciones y decisiones que permiten crear nuevamente en el futuro. Por esa razón, el ahorro y la inversión sólo cumplen plenamente su función cuando amplían capacidades, protegen la libertad responsable y dejan a la siguiente generación un campo de acción mayor que el recibido.

La empresa ocupa una posición central porque somete las ideas a la realidad, coordina conocimiento disperso y convierte cooperación en resultados. Su legitimidad se fortalece cuando crea valor para clientes, trabajadores, proveedores, inversionistas y comunidades sin consumir las condiciones que hacen posible su continuidad. La defensa de la empresa privada exige, por tanto, una ética de responsabilidad tan rigurosa como la defensa de la libertad económica.

Una civilización creadora no elimina la transferencia ni desconoce la solidaridad. Las integra dentro de una economía capaz de producir continuamente nuevos recursos, soluciones y oportunidades. El desafío consiste en impedir que la administración del patrimonio heredado sustituya la voluntad de ampliarlo.

La secuencia persona, creación, emprendimiento, empresa, institución, desarrollo y civilización resume

el recorrido de esta obra. Su propósito no es clausurar la discusión, sino ofrecer una arquitectura para examinar cada política, inversión y organización mediante una pregunta decisiva: cuánto aumenta o disminuye la capacidad de las personas para crear responsablemente el futuro. Allí reside la medida más profunda de una economía y la razón por la cual el desarrollo pertenece, en última instancia, a la continuidad de la obra humana.

El aparato formal incorporado en esta edición no pretende encerrar la creación dentro de una terminología rígida. Permite distinguir aquello que la obra afirma como fundamento, aquello que propone como relación causal y aquello que todavía debe contrastarse. Esa disciplina fortalece la voz narrativa porque ofrece un punto de referencia común para cada capítulo y para los tomos que desarrollan la teoría general.

Síntesis y horizonte de la obra

En ese contexto adquiere pleno sentido uno de los principios rectores de esta obra: abracemos el capital para lograr las aspiraciones sociales de nuestros pueblos. Esta afirmación no constituye una consigna económica ni una concesión ideológica. Expresa una convicción profundamente humanista. El capital carece de valor cuando se convierte en un fin en sí mismo, pero adquiere una extraordinaria legitimidad

cuando financia educación, investigación, infraestructura, emprendimiento, cultura, salud, innovación y oportunidades para que cada persona pueda desarrollar plenamente sus capacidades. La verdadera discusión nunca ha debido girar en torno a si una sociedad necesita capital. La cuestión esencial consiste en determinar cómo organizar ese capital para ponerlo al servicio del desarrollo integral de la persona y de la continuidad de la civilización.

Éste será uno de los principios permanentes del tratado. El Estado tiene la responsabilidad irrenunciable de garantizar el Estado de Derecho, proteger las libertades fundamentales, asegurar reglas claras, invertir en infraestructura esencial y crear un entorno donde las personas puedan desarrollar plenamente su iniciativa. Pero la creación cotidiana de riqueza, la innovación, la generación de empleo, la inversión y el descubrimiento de nuevas oportunidades corresponden, principalmente, a la sociedad organizada y, de manera muy especial, a la empresa privada. No por una preferencia ideológica, sino porque la evidencia histórica demuestra que ninguna institución ha demostrado mayor capacidad para transformar conocimiento en prosperidad que millones de personas emprendiendo libremente dentro de un marco jurídico estable.

Esta afirmación exige, sin embargo, una aclaración igualmente importante. Defender el papel

de la empresa privada no equivale a reducir el desarrollo al crecimiento económico. La riqueza constituye un medio, nunca un fin. El capital adquiere su verdadera legitimidad cuando amplía las oportunidades de las personas, fortalece las instituciones, impulsa la investigación científica, mejora la educación, facilita el acceso a la salud, promueve la cultura y crea condiciones para que cada generación disponga de mayores posibilidades que la anterior. Dicho de otra manera, el capital encuentra su más alta justificación cuando se convierte en un instrumento para el desarrollo integral de la sociedad.

Existe un capital que especula sin producir capacidades. Existe un capital que busca privilegios en lugar de competencia. Existe un capital que consume riqueza previamente creada sin ampliar la capacidad productiva de la sociedad. Ese capital difícilmente fortalece el desarrollo. Pero existe también un capital que financia innovación, impulsa emprendedores, desarrolla infraestructura, fortalece universidades, incorpora tecnología y amplía permanentemente las oportunidades disponibles para millones de personas. Éste constituye el capital que la presente doctrina reconoce como uno de los principales aliados del desarrollo civilizacional.

Por ello, la presente doctrina afirma que abrazar el capital no significa rendirse ante el capital.

Significa comprender su función dentro de la civilización. El capital constituye conocimiento acumulado, ahorro transformado en inversión, confianza proyectada hacia el futuro y capacidad para emprender obras que ninguna persona podría realizar aisladamente. Su legitimidad proviene precisamente de su capacidad para ampliar las oportunidades disponibles para la sociedad. El capital improductivo se agota; el capital creador multiplica capacidades.

Toda generación recibe un mundo que no creó. Hereda un idioma, unas instituciones, una memoria, una infraestructura, un patrimonio de conocimientos y una manera particular de interpretar la relación entre la persona, el trabajo, el capital y la comunidad. Incluso cuando una sociedad se imagina completamente nueva, actúa desde categorías, hábitos y capacidades formadas antes de su nacimiento. La creación humana nunca comienza desde la nada. Comienza desde lo recibido.

Apéndice A. Tabla conceptual

Matriz de la secuencia de la Economía de la Creación

ente	Función	Resultado
	Imagina, elige y asume responsabilidad	Capacidad creadora indivi

	Transforma conocimiento y trabajo en valor	Soluciones y riqueza nuev
imiento	Descubre oportunidades y asume riesgo	Experimentación económi
	Coordina recursos, personas y tiempo	Capacidad productiva orga
ón	Conserva reglas, memoria y confianza	Continuidad y cooperaciór
o	Acumula y renueva capacidades	Oportunidades ampliadas
ión	Transmite patrimonio entre generaciones	Continuidad creadora

Nota. Elaboración conceptual del autor a partir de la arquitectura doctrinal desarrollada en la obra.

Apéndice B. Programa de tablas, gráficas y visuales

Las figuras y cuadros de esta sección sintetizan las relaciones principales del argumento y facilitan su lectura comparada.

Propuesto	Propósito	Fuentes o insumos	Ubicación
Conceptual de la	Representar relaciones entre conceptos, capítulos y secuencia doctrinal	Figura conceptual; no requiere datos empíricos	Después de introducción
ía de ntes	Ordenar procesos históricos y autores discutidos	Fuentes primarias y bibliografía académica	Capítulo correspondiente

comparativa	Contrastar modelos, etapas o instituciones	Indicadores y categorías verificadas	Cierre de la analítica
e indicadores	Mostrar tendencias cuantitativas relevantes	Banco Mundial, FMI, CEPAL, OCDE, UNCTAD u organismo oficial pertinente	Apéndice estadístico
a de la secuencia	Persona → creación → emprendimiento → empresa → institución → desarrollo → civilización	Figura conceptual	Después de la introducción

Apéndice C. Matriz del aparato doctrinal integrado

Elemento	Función en esta obra	Vinculación principal
Elementos operativos	Fijan el origen humano, la prioridad de la creación, la libertad y la organización del conocimiento.	Capítulos 1–10
Elementos derivadas	Relacionan capacidades, riqueza, aprendizaje y libertad.	Capítulos 6–11
Elementos	Explican continuidad y acumulación entre generaciones.	Capítulos 12–14

Nota. Matriz de integración doctrinal elaborada para relacionar los elementos del aparato doctrinal con los conceptos centrales de esta obra.

Apéndice D. Sistema de representación visual de la obra

Elemento	Función analítica	Aplicación en la obra
Elementos creadora	Diagrama causal	Persona → creación emprendimiento → empleo institución → desarrollo civilización
Elementos creación-transferencia	Comparación conceptual	Distingue gasto que crea capacidades de inversión reproduce o expande
Elementos horizonte intergeneracional	Línea de tiempo	Representa transmisión capital, conocimiento instituciones entre generaciones

Este apéndice reúne los cuadros y figuras que condensan relaciones desarrolladas a lo largo de La Economía de la Creación. Su función es permitir una lectura transversal de la secuencia persona, creación, emprendimiento, empresa, institución, desarrollo y civilización, sin sustituir la argumentación narrativa de los capítulos.

Referencias

- Coase, R. H. (1937). The nature of the firm. *Economica*, 4(16), 386–405. <https://doi.org/10.1111/j.1468-0335.1937.tb00002.x>
- Drucker, P. F. (1985). *Innovation and entrepreneurship: Practice and principles*. Harper & Row.
- Drucker, P. F. (1993). *Post-capitalist society*. HarperBusiness.
- Hayek, F. A. (1945). The use of knowledge in society. *American Economic Review*, 35(4), 519–530.
- Marshall, A. (1920). *Principles of economics* (8th ed.). Macmillan.
- North, D. C. (1990). *Institutions, institutional change and economic performance*. Cambridge University Press.
- Porter, M. E. (1990). *The competitive advantage of nations*. Free Press.
- Ricardo, D. (2004). *On the principles of political economy and taxation*. Dover Publications. (Original work published 1817).
- Romer, P. M. (1990). Endogenous technological change. *Journal of Political Economy*, 98(5, Part 2), S71–S102. <https://doi.org/10.1086/261725>
- Schumpeter, J. A. (1983). *The theory of economic development: An inquiry into profits, capital, credit, interest, and the business cycle* (R. Opie, Trans.). Transaction Books. (Original English edition published 1934).
- Sen, A. (1999). *Development as freedom*. Alfred A. Knopf.

- Senge, P. M. (1990). *The fifth discipline: The art and practice of the learning organization*. Doubleday.
- Smith, A. (1776). *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations* (R. H. Campbell & A. S. Skinner, Eds.). Clarendon Press. (Original work published 1776).
- Solow, R. M. (1957). Technical change and the aggregate production function. *The Review of Economics and Statistics*, 39(3), 312–320.
<https://doi.org/10.2307/1926047>
- Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2012). *Why nations fail: The origins of power, prosperity, and poverty*. Crown Publishers.
- Hirschman, A. O. (1958). *The strategy of economic development*. Yale University Press.
- Lewis, W. A. (1954). Economic development with unlimited supplies of labour. *The Manchester School*, 22(2), 139–191.
<https://doi.org/10.1111/j.1467-9957.1954.tb00021.x>
- Nelson, R. R., & Winter, S. G. (1982). *An evolutionary theory of economic change*. Harvard University Press.
- Ostrom, E. (1990). *Governing the commons: The evolution of institutions for collective action*. Cambridge University Press.
- Penrose, E. T. (1959). *The theory of the growth of the firm*. Basil Blackwell.
- Polanyi, M. (1966). *The tacit dimension*. Doubleday.
- Williamson, O. E. (1985). *The economic institutions of capitalism*. Free Press.

- Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2012). *Why nations fail: The origins of power, prosperity, and poverty*. Crown Business.
- Amsden, A. H. (1989). *Asia's next giant: South Korea and late industrialization*. Oxford University Press.
- Coase, R. H. (1937). The nature of the firm. *Economica*, 4(16), 386-405.
- Hayek, F. A. (1945). The use of knowledge in society. *American Economic Review*, 35(4), 519-530.
- Kirzner, I. M. (1973). *Competition and entrepreneurship*. University of Chicago Press.
- Lee, K. Y. (2000). *From third world to first: The Singapore story, 1965-2000*. HarperCollins.
- Romer, P. M. (1990). Endogenous technological change. *Journal of Political Economy*, 98(5, Part 2), S71-S102.
- Schumpeter, J. A. (1942). *Capitalism, socialism and democracy*. Harper & Brothers.
- Smith, A. (2003). *The wealth of nations*. Bantam Classics. (Original work published 1776).
- Solow, R. M. (1956). A contribution to the theory of economic growth. *Quarterly Journal of Economics*, 70(1), 65-94.
- World Bank. (1993). *The East Asian miracle: Economic growth and public policy*. Oxford University Press.
- Arrow, K. J. (1962). The economic implications of learning by doing. *The Review of Economic Studies*, 29(3), 155-173. <https://doi.org/10.2307/2295952>
- Lee, K. Y. (2000). *From Third World to First: The Singapore story: 1965-2000*. HarperCollins.
- Polanyi, M. (1966). *The tacit dimension*. University of Chicago Press.

Schumpeter, J. A. (2008). Capitalism, socialism and democracy. Harper Perennial Modern Thought. (Original work published 1942)

Robbins, L. (1932). An essay on the nature and significance of economic science. Macmillan.

Sobre el autor

El Dr. Ramón C. Barquín III es empresario, académico, autor y dirigente de instituciones empresariales, educativas y cívicas. Su obra examina la relación entre la persona, la empresa privada, el conocimiento, las instituciones y el desarrollo regional, a partir de una trayectoria dedicada a la creación y conducción de organizaciones. desde el Gran Caribe ha impulsado una visión del Gran Caribe sustentada en la cooperación entre empresas, universidades y entidades culturales, con el propósito de ampliar la capacidad productiva y la integración de la región.



SINOPSIS

La creación como origen del valor
y del progreso humano.

El capital como extensión responsable
de la inteligencia y la voluntad.

El conocimiento como fuerza productiva
que transforma realidades.

Hacia un desarrollo integral que dignifica
a la persona y eleva a las naciones.

